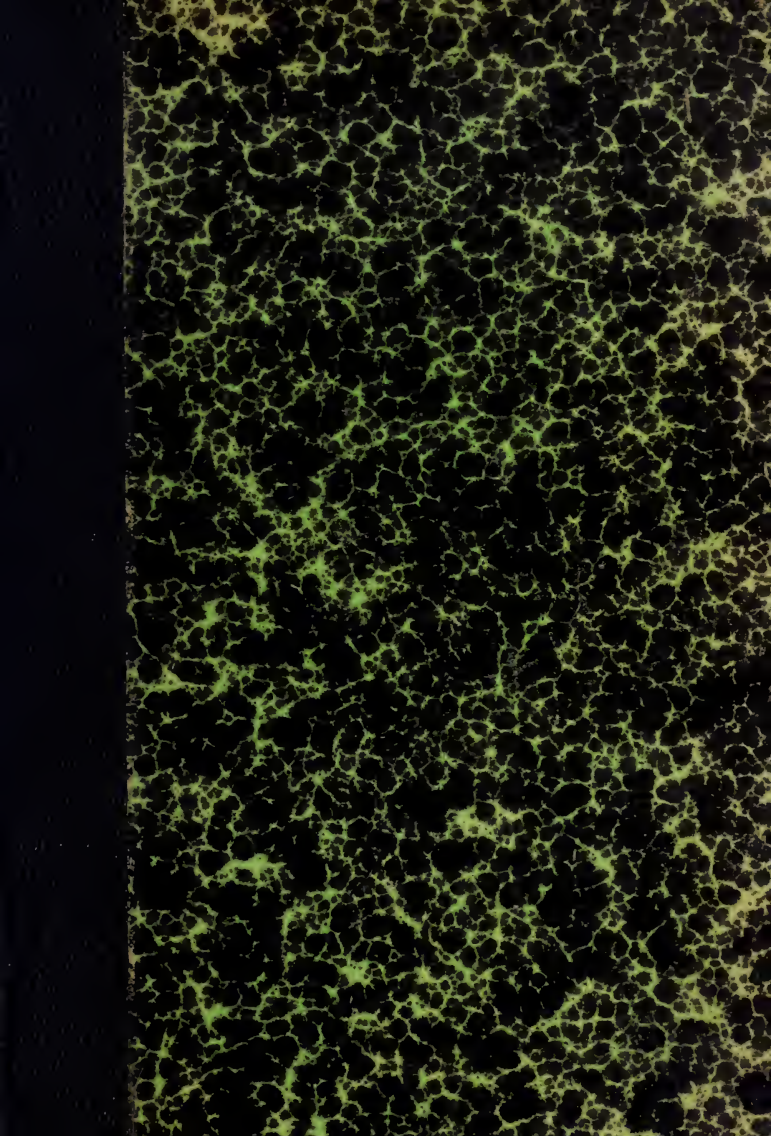






COLECCIÓN D HISTORIADORES CLÁSICOS DEL PERV

TOMO IV

LOS COMENTARIOS REALES D LOS INCAS

ESCRITOS



TOMO IV

HOMENAJE AL CENTENARIO
de la Independencia Nacional

Anotaciones y concordancias con las crónicas de Indias
por

Horacio H. Urteaga,
Miembro de número del Instituto Histórico del Perú

LIMA
IMP. y LIBRERIA SANMARTI y Cia.
MCMXX

Francisco Pizarro, Conquistador del Perú



Reconstrucción según antiguas referencias por el artista nacional J. Alcántara Latorre.

COLECCION DE HISTORIADORES CLASICOS DEL PERU, T. IV.

LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

POR

GARCILASO DE LA VEGA

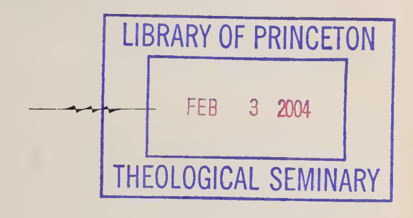
TOMO IV

Anotaciones y Concordancias con las Crónicas de Indias

por

HORACIO H. URTEAGA

Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú.



LIMA

IMPRENTA y LIBRERIA SANMARTI y Cia.

MCMXX



SEGUNDA PARTE

de los Comentarios Reales

del Inca

Garcilaso de la Vega

TOMO IV.

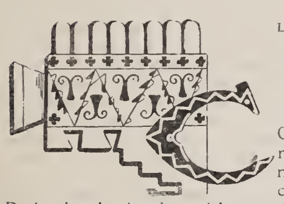


LIBRO TERCERO

Contiene la conquista de los Charcas. La ida de Gonzalo Pizarro a la conquista de la Canela. Los muchos y grandes trabajos que pasó. La traición de Francisco de Orellana. Una conjuración contra el marqués don Francisco Pizarro, y cómo le mataron. Don Diego de Almagro se hace jurar por gobernador del Perú. Las contradicciones que le hicieron. La ida del Licenciado Vaca de Castro al Perú. Los capitanes que elije para la guerra. Gonzalo Pizarro vuelve a Quitu. La cruel batalla de Chupas. La muerte de don Diego de Almagro. Nuevas leyes y ordenanzas que en la corte de España se hicieron para los dos imperios, México y Perú. Los buenos sucesos de México por la prudencia y buen juicio de su visitador. — Contiene veinte y dos capítulos.

CAPITULO I

LA CONQUISTA DE LOS CHARCAS, Y ALGUNAS BATALLAS QUE INDIOS Y ESPAÑOLES TUVIERON



CON la muerte de don Diego de Almagro y con la ausencia de Hernando Pizarro, quedó todo el peso de la conquista y del gobierno del Perú sobre los hombros del marqués don Francisco Pizarro. El cual, esforzándose a llevar lo uno y lo otro, que para todo le había dado Dios caudal si los malos consejeros no se lo disminuyeran. Sosegó la tierra con enviar los capitanes a las conquistas que en el libro precedente se han dicho; y a su hermano Gonzalo Pizarro envió a la conquista del Collao y de los Charcas, que están doscientas leguas al Mediodía del Cosco. Envióle acompañado de la mayor parte de los caballeros que con don Pedro de Alvarado fueron para que ganasen nuevas tierras; porque las ganadas hasta entonces, que eran las que ahora son términos de la ciudad del Cosco y de la ciudad de los Reyes y todos los valles de la costa de la mar hasta Tumpis. es-

taban repartidos en los primeros conquistadores que se hallaron en la prisión de Atahuallpa; y era menester ganar más tierra para repartir a los segundos que entraron con don Diego de Almagro y con don Pedro de Alvarado.

Gonzalo Pizarro fué al Collao, con mucha y muy lucida gente. A los principios hicieron los indios poca resistencia, más cuando los vieron en los términos de los Charcas, alejados ciento y cincuenta leguas del Cosco, los apretaron malamente; y les dieron muchas batallas, en que hubo muchas muertes de ambas partes, y los indios mataron muchos caballos, porque la pretensión de ellos donde ponían toda su esperanza para la victoria, era en matar los caballos; porque muertos ellos, les parecía que con facilidad matarían a sus dueños, por las ventajas que a pie les tenían. En una batalla de aquellas acaeció que habiéndose peleado de ambas partes muy bravamente, y muértose mucha gente de los indios, al fin hubieron la victoria los españoles. Y siguiendo el alcance por todas partes, acertaron a ir con Gonzalo Pizarro tres compañeros.

El uno fué Garcilaso de la Vega, y el otro Juan de Figueroa, y el tercero Gaspar Lara, que todos tuvieron indios en la ciudad, que hoy llaman ciudad de la Plata, que en lengua de indio solía llamarse Chuquisaca; y después los mejoraron en la ciudad del Cosco, donde yo los conocí.

Yendo todos cuatro por un llano alentando los caballos del trabajo de la batalla pasada (lejos de donde se había dado) vieron asomar por un cerrillo bajo siete indios, gentiles hombres, apercibidos de sus arcos y flechas, que venían a hallarse en la batalla, todos muy emplumados y arreados de sus galas. Los cuales luego que vieron los españoles, se pusieron en ala, apartándose cada cual del otro diez o doce pasos, para dividir los enemigos que fuesen a ellos apartados y no juntos. Apercibieron las armas con determinación de pelear; y aunque los españoles hicieron señas que no temiesen, que no querían haber batalla con ellos sino que fuesen amigos: los indios no quisieron partido alguno, y asi arremetieron los unos a los otros con grande ánimo y mucha bizarría.

Los españoles, según ellos decían, iban corridos y avergonzados de ir cuatro caballeros bien armados encima de sus caballos, y con sus lanzas en las manos contra siete indios a pie y desnudos, sin armas defensivas; más ellos los recibieron con tan buen ánimo, como si llevaran petos fuertes, y pelearon varonilmente ayudándose unos a otros. Que el indio que quedaba libre (que no arremetía el español con él) favorecía al otro con quien peleaba el cristiano; acometiendo ya por través, ya por las espaldas con tanta destreza y ferocidad, que le convenía al cristiano guardarse tanto del uno como del otro; según el orden y concierto que los indios traían, que casi siempre peleaban dos indios con cada español. Al cabo de mucho rato que duró la batalla vencieron los españoles que cada cual dellos mató un indio.

Yendo uno dellos sobre un indio que se iba huyendo, el indio se abajó por una piedra que se vió delante de sí, y se la tiró al español, y le dió en el barbote que llevaba delante del rostro, y lo medio aturdió, que a no lo llevar se creyó que lo matara segun la fuerza con que le tiró la piedra. El español aunque maltratado acabó de matar al indio.

Los tres indios se escaparon con la huída: los españoles tuvieron por bien que se fuesen: que según quedaron mal parados de la primera y segunda batalla, no quisieron seguirles ni gozar de la victoria que pudieran alcanzar en matar tres indios; parecióles cosa indigna dellos.

Juntáronse todos cuatro para ver cómo quedaban: halláronse que los tres estaban heridos, cada cual de dos, tres heridas, aunque pequeñas; y el cuarto sacó su caballo herido de un mal flechazo que duró muchos días en sanar. Contando este suceso, el que sacó el caballo herido decía:

Todos cuatro salimos heridos, y yo fuí el más lastimado; porque la herida de mi caballo la tomara yo más aina en mi persona por la falta que me hizo.

Yo se lo oí en mis niñeces al mismo que lo contaba. Era común dolor de todos los españoles que ganaron el Nuevo Mundo, sentir más las heridas de sus caballos que las suyas; y así lo encareció este caballero. Volviéronse a su ejército, donde contaron a los compañeros que había sido más reñida y más peligrosa la batalla de los siete indios, que la que tuvieron antes el mismo día con seis o siete mil dellos. Hubo otras muchas batallas semejantes en aquella jornada; y en una dellas pasó lo que contamos en el último capítulo del libro primero de esta segunda parte, hablando de la lealtad y amor que los indios tenían a los españoles que les rendían en las batallas. Así caminaron con muchas peleas que cada tercer día tenían, hasta que llegaron al pueblo llamado Chuquisaca de gente belicosa. Allí cargaron muchos millares de indios, y tuvieron muy apretados a los españoles, con hambre y batallas continuas, y muchas heridas y muertes, como lo dicen, aunque brevemente, los historiadores, Gomara, capítulo ciento y cuarenta y tres; y Zárate, libro tercero, capítulo doce. Que Gonzalo Pizarro llegó a descubrir hasta la provincia de los Charcas, donde le cercaron muchos indios de guerra que sobre él vinieron, y le pusieron en tanto aprieto, que fué forzado a pedir socorro, y que el marqués se lo envió desde el Cusco con mucha gente de a caballo; y porque más presto les llegase el socorro, fingió el marqués que él en persona iba a ello, y salió de la ciudad dos o tres jornadas.

El cerco que estos autores dicen fué muy riguroso; tanto que, viéndose los españoles en lo último, temiendo perecer todos, dieron aviso al marqués por via de los indios domésticos que tenían de servicio, que estos eran los que, como se ha visto, servían de mensageros en los peligros semejantes: así los enviaron entonces por muchas partes, para que si los enemigos matasen algunos, escapasen otros

El marqués viendo la necesidad de su hermano Gonzalo Pizarro, y la de todos los suyos, mandó a un capitan que fuese al socorro, y el hizo la demostración que Agustín de Zárate dice, porque más presto le llegase el socorro; pero no bastara la diligencia del uno y la ostentación del otro para librar de muerte los del cerco, si Dios no peleara por ellos; porque mientras fueron y vinieron con el socorro, estuvieron tan apretados, que se daban por rendidos, hasta que el divino Santiago, Patrón de España, peleó visiblemente en favor de ellos como lo hizo en el Cosco.

Los cristianos, viendo su favor y amparo, y que tan a la mira dellos andaba para socorrerles en semejantes trabajos, se esforzaron de manera que cuando llegó el socorro ya andaban victoriosos. Y por este favor que allí les hizo nuestro Señor, determinaron fundar en aquel lugar un pueblo de cristianos que hoy tiene iglesia catedral y cancillería real, y las minas del Potochi a diez y ocho leguas de sí, que le han ennoblecido y enriquecido como se vé. El P. Blas Valera contando en suma las batallas memorables que entre indios y españoles hubo en el Perú, cuenta la que tuvieron en esta provincia, y dice, que Dios peleó con ella por su Evangelio.

CAPITULO II

EL MARQUES HACE REPARTIMIENTO DEL REINO Y PROVINCIA DE LOS CHARCAS, Y GONZALO PIZARRO VA A LA CONQUISTA DE LA CANELA

SOSEGADA la guerra, y los indios puestos en paz, hizo el marqués repartimiento dellos en los más principales españoles que se hallaron en aquella conquista: dió un repartimiento muy bueno a su hermano Hernando Pizarro, y otro a Gonzalo Pizarro, en cuyo distrito se descubrieron, años después, las minas de plata de Potosí, en las cuales cupo a Hernando Pizarro, como a vecino de aquella ciudad, (aunque él estaba ya en España) una mina que dieron a sus ministros para que le enviasen la plata della. La cual salió tan rica, que en más de ocho meses sacaron della plata acendrada, finísima de toda ley, sin hacer otro beneficio al metal más de fundirlo.

Añadimos esta riqueza aquí, porque se me fué de la memoria cuando tratamos de aquel famoso cerro en la primera parte de estos Comentarios. A Garcilaso de la Vega, mi señor, dieron el repartimiento llamado Tapac-ri. A Gabriel de Rojas dieron otro mucho bueno, y lo mismo a otros muchos caballeros en espacio de más de cien leguas de término que aquella ciudad entonces tenía; del cual dieron después parte a la ciudad que llamaron de la Paz.

No valían aquellos repartimientos cuando se dieron entonces sino muy poco, aunque tenían muchos indios, y eran de tierra muy fértil y abundante, hasta que se descubrieron las minas del Potosí: entonces subieron las rentas a diez por uno, que los repartimientos que rentaban a dos, tres, cuatro mil pesos, rentaron después a veinte, treinta, cuarenta mil pesos. El marqués don Francisco Pizarro habiendo mandado fundar la villa que llamaron de la Plata, que hoy se llama ciudad de la Plata, y habiendo repartido los indios de su jurisdicción en los ganadores y conquistadores della, que todo fué año de mil y quinientos y treinta y ocho y treinta y nueve, no habiendo

reposado aun dos años de las guerras civiles y conquistas pasadas, pretendió otras tan dificultosas y más trabajosas, como luego se dirá. Con la muerte de don Diego de Almagro quedó el marqués solo gobernador de más de setecientas leguas de tierra que hay Norte Sur, dende los Charcas a Quitu, donde tenía bien que hacer en apaciguar y allanar las nuevas conquistas que sus capitanes en diversas partes hacían, y proveer de justicia y quietud para los pueblos que ya tenía pacíficos; pero como el mandar y señorear sea insaciable, no contento con lo que tenía, procuró nuevos descubrimientos, porque su ánimo belicoso pretendía llevar y pasar adelante las buenas andanzas que hasta allí había tenido.

Tuvo nueva que fuera de los términos de Quitu, y fuera de lo que los reyes Incas señorearon, había una tierra muy larga y ancha, donde se criaba canela, por la cual llamaron la Canela. Parecióle enviar a la conquista della a su hermano Gonzalo Pizarro, para que tuviese otra tanta tierra que gobernar como él; y habiéndolo consultado con los de su secreto, renunció la gobernación de Quitu en el dicho su hermano, para que los de aquella ciudad le socorriesen en lo que hubiese menester, porque de allí había de hacer su entrada, por estar la Canela al Levante de Quitu. Con esta determinación envió a llamar a Gonzalo Pizarro, que estaba en los Charcas ocupado en la nueva población de la ciudad de la Plata, y en dar orden y asiento para gozar del repartimiento de indios que le había cabido. Gonzalo Pizarro vino luego al Cosco donde su hermano estaba; y habiendo platicado entre ambos la conquista de la Canela, se apercibió para ella, aceptando con muy buen ánimo la jornada, por mostrar en ella el valor de su persona para semejantes hazañas.

Hizo en el Cosco más de doscientos soldados, los ciento de a caballo, y los demás infantes; gastó con ellos más de sesenta mil ducados. Fué a Quitu, quinientas leguas de camino, donde estaba Pedro de Puelles por gobernador. Por el camino peleó con los indios que andaban alzados; tuvo batallas ligeras con ellos; pero los de Huanucu le apretaron malamente, tanto, que como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo primero, le envió el marqués socorro con Francisco de Chaves.

Gonzalo Pizarro libre de aquel peligro y de otros no tan grandes, llegó a Quitu. Mostró a Pedro de Puelles las provisiones del marqués su hermano; fué obedecido. Y como gobernador de aquel reino aderezó lo necesario para su jornada; hizo más de otros cien soldados, que por todos fueron trescientos y cuarenta, los ciento y cincuenta de a caballo, y los demás infantes.

Llevó más de cuatro mil indios de paz, cargados con sus armas y bastimento, y lo demás necesario para la jornada, como hierro, hachas, machetes, sogas, y maromas de cáñamo, y clavazon para lo que por allá se les ofreciese.

Llevaron así mismo cerca de cuatro mil cabezas de ganado de puercos, y de las ovejas mayores de aquel imperio, que también ayudaron a llevar parte de la munición y carguío.

Dejó en Quitu por su lugar-teniente a Pedro de Puelles, y habiendo reformado y dado nueva orden en ciertas cosas que tenían necesidad de reformación, salió de Quitu por Navidad del año mil y quinientos treinta y nueve. Anduvo en buena paz y muy regalado de los indios todo lo que duró el camino, hasta salir del imperio de los Incas. Luego entró en una provincia que los historiadores llaman Quijos. Y porque en esta jornada de la Canela, Francisco Lopez de Gomara y Agustín de Zárate van muy conformes, contando los sucesos della casi por una mismas palabras, y porque yo las oí a muchos de los que en este descubrimiento se hallaron con Gonzalo Pizarro, diré, recogiendo de los unos y de los otros, lo que pasó.

Es así que en aquella provincia de los Quijos, que es al Norte de Quitu, salieron muchos indios de guerra a Gonzalo Pizarro; más luego que vieron los muchos españoles y caballos que llevaban se retiraron la tierra adentro, donde nunca más parecieron. Pocos días desto tembló la tierra bravísimamente, que se cayeron muchas casas en el pueblo donde estaba. Abrióse la tierra por muchas partes, hubo relámpagos, truenos, rayos, tantos y tan espesos, que se admiraron los españoles muy mucho; juntamente llovió muchos días tanta agua, que parecía que la echaban a cántaros: admiróles la novedad de la tierra, tan diferente de la que habían visto en el Perú. Pasados cuarenta o cincuenta días que tuvieron esta tormenta, procuraron pasar la Cordillera Nevada; y aunque iban bien apercibidos (como aquella Sierra sea tan extraña) les cayó tanta nieve y hizo tanto frio, que se helaron muchos indios, porque visten poca ropa, y esa de muy poco abrigo. Los españoles, por huir del frío y de la nieve, y de aquella mala región, desampararon el ganado y la comida que llevaban, entendiendo hallarla donde quiera que hubiese población de indios. Pero sucediòles en contra, porque pasada aquella Cordillera, tuvieron mucha necesidad de bastimento; porque la tierra que hallaron (por ser estéril) no tenía habitadores. Diéronse priesa a salir de ella, llegaron a una provincia y pueblo que llaman Sumaco, puesto a las faldas de un volcan, donde hallaron comida; pero tan cara, que en dos meses que allí estuvieron no les cesó de llover jamás ni un solo día, con que recibieron mucho daño, que se les pudrió mucha ropa de la que llevaban de vestir.

En aquella provincia llamada Sumaco, que está debajo de la Equinocial, o muy cerca, se crían los árboles que llaman canela, la que iban a buscar. Son muy altos, con hojas grandes como de laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda, que se crian en capullos como de bellotas. Y aunque el árbol, y sus hojas, raíces y corteza huelen y saben a canela, la más perfecta canela son los capullos. Por los

montes se crían muchos árboles de aquellos incultos, y dan fruto; pero no es tan bueno como el que sacan los indios de los árboles que plantan y cultivan en sus tierras para sus grangerías con sus comarcanos, más no con los del Perú; los cuales nunca quisieron ni quieren otras especias que su «uchu», que los españoles llaman allá, ají, y en España pimiento. (1)

---

(1) Véase Herrera. HECHOS DE LOS CASTELLANOS *Década VI*, lib. VIII, cc. VI y VII. Zárate, *Conquista del Perú*. Lib. IV. cc. I y II; Montesinos *Anales* año de 1539. Gomara. *Historia* de la Indias, c, CXLIII. Pedro Pizarro *Descubrimiento y Conquista del Perú*. Col. Urteaga Romero, tomo VI.

CAPITULO III

LOS TRABAJOS QUE GONZALO PIZARRO Y LOS SUYOS PASARON, Y COMO HICIERON UNA PUENTE DE MADERA Y UN BERGANTIN PARA PASAR EL RIO GRANDE

EN Sumaco y su comarca hallaron los españoles que los indios andaban en cueros sin ropa ninguna; las mugeres llevaban un trapillo pequeño por delante por la honestidad. Andan desnudos porque allí es la tierra muy caliente, y como llueve tanto se les pudre la ropa como hemos dicho.

Decían los españoles que hacían discretamente los indios en no curar de ropa, pues no la podían gozar, ni la habían menester.

En Sumaco dejó Gonzalo Pizarro la más de su gente, y llevó consigo los más ágiles: fué a buscar camino a ver si lo había por alguna parte para pasar adelante, porque todo lo que hasta allí habían andado, que eran casi cien leguas, eran montañas cerradas, donde en muchas partes tuvieron necesidad de abrir camino a fuerza de brazos y a golpe de hachas. Los indios que llevaban por guías les mentían, que muchas veces los encaminaban en contra de la verdad, que porque no fuesen a sus tierras o a las de sus amigos y confederados, los encaminaban a la otra mano, donde hallaban desiertos inhabitables, y padecían grandísima hambre, que les obligaba a sustentarse con yerbas y raíces, y fruta silvestre, que cuando la hallaban se daban por bien andantes.

Con estos trabajos y otros que se pueden imaginar mejor que escribir, llegaron a una provincia llamada Cuca, algo más poblada que las pasadas, donde hallaron bastimento, y el señor della les salió de paz, y les regaló como mejor pudo, dándoles comida, que era lo que más habían menester. Por allí pasa un río muy grande, que se entiende que es el principal de los rios que se juntan para hacer el rio que llaman de Orellana, que otros llaman Marañon.

Allí paró cerca de dos meses, aguardando que llegasen los españoles que dejó en Sumaco, que les había dado orden que le siguiesen

por el rastro cuando no hallasen guías. Habiendo llegado los compañeros, y descansado del trabajo del camino pasado, caminaron todos juntos por la ribera de aquel río grande, y en más de cincuenta leguas que anduvieron no hallaron vado ni puente por donde lo pasar, porque el rio era tan grande que no permitía lo uno ni lo otro.

Al cabo deste largo camino, hallaron que el rio hacía un salto de una peña de más de doscientas brazas de alto que hacía tan gran ruido que lo oyeron más de seis leguas antes que llegasen a él. Admiráronse de ver cosa tan grande y tan estraña; pero mucho más se admiraron cuarenta o cincuenta leguas más abajo, cuando vieron que aquella inmensidad de aguas de aquel rio se recogía, y colaba por una canal de otra peña grandísima.

La canal es tan estrecha, que de la una ribera a la otra no hay más de veinte pies: es de peña tajada de la una parte y de la otra, y tan alta, que de lo alto della (por donde pasaron luego estos españoles) hasta el agua, había otras doscientas brazas, como las de el saltadero. Cierto es cosa maravillosa que en aquella tierra se hallen cosas tan grandes y admirables, que excedan a todo encarecimiento que dellas se puede hacer, como estos dos pasos y otros muchos que por esta historia se pueden notar. Gonzalo Pizarro y sus capitanes, considerando que no había otro paso más fácil para pasar de la otra parte del rio, y ver lo que por allá había, porque todo lo que hasta allí habían andado era tierra estéril, flaca y desventurada, acordaron hacer una puente encima de aquel canal; más los indios de la otra parte, aunque eran pocos, lo defendían varonilmente. Por lo cual fué forzoso a los españoles pelear con ellos, lo que no habían hecho hasta allí con indio alguno de aquella región. Tiráronles con los arcabuces, y a pocos indios que mataron huyeron los demás, asombrados de una cosa tan estraña para ellos, como ver que los matasen a ciento y a doscientos pasos de distancia. Fueron pregonando la braveza y ferocidad de aquella gente: decían que traían relámpagos, truenos y rayos, para matar los que no les obedecían. Los españoles viendo el paso desembarazado hicieron una puente de madera, donde es de considerar el trabajo que pasarían para echar la primera viga de la una parte a la otra, que en tanta altura como hay de las peñas al agua, aun el mirarla era temeridad. Como le acaeció a un español, que se atrevió a mirar desde el canto de la peña aquella brava corriente del agua que pasaba por la canal, que se le desvaneció la cabeza, y dió consigo de allí abajo. Los demás españoles viendo la desgracia del compañero, anduvieron más recatados, y con mucho trabajo y dificultad, echaron la primera viga, y con ayuda de ella las demás que fueron menester; hicieron una puente por donde seguramente pasaron hombres y caballos, y la dejaron como se estaba, para si fuese menester volver a pasar por ella. Caminaron rio abajo por unas montañas tan bravas y cerradas, que en muchas partes tuvieron necesidad de abrir el camino a golpes de hacha.

Con estos trabajos llegaron a una tierra que llaman Guema, tan pobre y hambrienta como la más estéril de las pasadas; hallaron muy pocos indios, y esos, en viendo los españoles se entraban por los montes, donde nunca más parecían.

Los españoles y sus indios domésticos se sustentaron con yerbas y raices, y renuevos tiernos de árboles que se dejaban comer, como por acá los pámpanos. Con la hambre y los trabajos del camino, y con la mucha agua que les llovía (que siempre traían la ropa de vestir mojada) enfermaron y murieron muchos indios y españoles: más con todas estas dificultades caminaron muchas leguas, y llegaron a otra tierra donde hallaron indios de alguna más policia que los pasados comían pan de maiz y vestían ropa de algodón; pero era tan lluviosa como la que atrás dejaron. Enviaron corredores por todas partes a ver si hallaban algun camino abierto más todos volvieron en breve tiempo con unas mismas nuevas, que la tierra era toda montaña brava, llena de ciénegas, lagos y pantanos, que no tenía salida a parte ninguna, ni se podían vadear. Con esto acordaron hacer un bergantin para poderse valer en el pasaje del rio, de una parte a otra: que ya por allí iba tan grande, que tenía casi dos leguas de ancho. Asentaron fragua para hacer la clavazon: hicieron carbon con mucho trabajo, porque el agua que llovía tan de ordinario, no les dejaba quemar la leña. Hicieron cobertizos donde quemarla: también hicieron chozas en que defenderse del agua, que aunque la tierra por ser debajo de la línea Equinocial es muy caliente, no se podían defender del agua llovediza. Hicieron parte de la clavazon de las herraduras de los caballos, que para dar de comer alguna cosa de sustancia a los enfermos, habían muerto, y también para socorrerse los sanos cuando no tenían otro remedio. Otra parte de la clavazon hicieron del hierro que llevaban, que lo tenían en más que el oro.

Gonzalo Pizarro como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera en forjar el hierro, hacer el carbon, y en cualquiera otro oficio por muy bajo que fuese, por dar ejemplo a todos los demás, para que nadie se escusase de hacer lo mismo. De brea para el bergantin, sirvió mucha resina de árboles que cogieron, que la había en abundancia. La estopa fueron mantas y camisas viejas (y lo más cierto las podridas) con que cada uno acudía a porfía de los demás, aunque quedase sin camisa; porque les parecía que la salud y el remedio de todos ellos consistía en el bergantin, y así lo acabaron con el afan que se ha dicho, y lo echaron al agua con grandísimo regocijo, pareciéndoles que aquel día se acababan todos sus trabajos: más dentro de pocos días quisieran no haberlo hecho, como luego veremos. **(2)**

(2) Véase las obras señaladas en la nota anterior, y además la minuciosa descripción de Prescott en su *Conquista del Perú*, Lib. IV, c. IV.

CAPITULO IV

FRANCISCO DE ORELLANA SE ALZA CON EL BERGANTIN Y VIENE A ESPAÑA A PEDIR AQUELLA CONQUISTA, Y SU FIN Y MUERTE

ECHARON en el bergantin todo el oro que traían que eran más de cien mil pesos y muchas esmeraldas muy ricas, el hierro y el herraje, y todo lo demás que llevaban de precio y estima. Metieron dentro los enfermos más debilitados que no podían caminar por tierra. Así salieron de aquel paraje, habiendo caminado hasta allí casi doscientas leguas; y fueron por el rio abajo los unos por tierra y los del bergantin por el agua, no alejándose los unos de los otros, sino que cada noche se juntaban a dormir juntos. Y todos ellos caminaban con grandísimo trabajo, porque los de tierra abrían el camino en muchas partes a golpe de hacha y hocino para pasar adelante; y los del bergantin trabajaban en resistir las corrientes del agua, por no alejarse de los compañeros. Cuando no podían hacer camino por la ribera del río, por la bravosidad de la montaña, pasaban de la una ribera a la otra en el bergantin, y en cuatro canoas que llevaban; y era lo que más sentían porque tardaban dos y tres días en pasarlo, y la hambre los apretaba malamente. Habiendo caminado más de dos meses, con los afanes que hemos dicho, toparon algunos indios que les dijeron por señas, y algunas palabras que entendían los indios domésticos, que diez jornadas de allí hallarían tierra poblada, muy abundante de comida, y rica de oro y de lo demás que buscaban. Dieron por señas, que aquella tierra estaba en la ribera del otro gran rio que se juntaba con el que llevaban. Con esta nueva se alentaron los españoles. Gonzalo Pizarro eligió para el bergantín un capitan llamado Francisco Orellana, y cincuenta soldados que fuesen con él, donde los indios decían (que sería como ochenta leguas de donde estaban) y que llegado a la junta de los dos rios grandes, dejasen allí todo el fardaje que llevaban, y cargasen de bastimento el bergantin, y volviesen el rio arriba a socorrer la gente que iba tan afligida de

hambre, que cada día había muertos, así españoles como indios, los cuales llevaban la peor parte, porque de cuatro mil que entraron en esta jornada, eran ya muertos más de dos mil. Francisco de Orellana siguió su camino, y en tres días sin remo ni vela, navegó con sola la corriente del agua las ochenta leguas, y aun a su parecer eran más de ciento; no halló el bastimento que le habían prometido; y pareciéndole que si procurase volver con la nueva a Gonzalo Pizarro, no navegaría en un año, segun la brava corriente del río, lo que habían navegado en tres días, y que si allí le esperase, era sin provecho de los unos y de los otros; y no sabiendo lo que Gonzalo Pizarro tardaría en llegar allí, acordó mudar propósito, sin consultarlo con nadie, y alzó velas y siguió su camino adelante, con intención de negar a Gonzalo Pizarro y venirse a España, y pedir aquella conquista y gobernación para sí. Contradijéronselo muchos de los que llevaba, sospechando su mala intención: dijéronle que no excediese de la orden de su capitan general, ni le desamparase en tan gran necesidad; pues sabía cuán grande la tenía de aquel bergantin. Particularmente se lo dijo un religioso llamado fray Gaspar de Carvajal, y un caballero mozo, natural de Badajoz, llamado Hernan Sanchez de Vargas, a quien los contradictores tomaron por caudillo, y hubieran de llegar a las manos, sino que Francisco de Orellana los apaciguó por entonces con buenas palabras, aunque después cuando tuvo los émulos sobornados con grandes promesas, maltrató de palabras y obra al buen religioso, y si no lo fuera se lo dejara allí desamparado, como dejó a Hernan Sanchez de Vargas. Que por darle más cruel muerte y más duradera, no lo mató sino que lo desamparó en aquel desierto, rodeado por una parte de montañas bravas, y por la otra por un rio tan grande para que no pudiese salir por agua ni por tierra, y pereciese de hambre. Siguió su camino Francisco de Orellana, y luego otro día por mostrar más al descubierto su intención, renunció el poder que llevaba de Gonzalo Pizarro, por no hacer cosa como súbdito suyo, y se hizo elegir por capitan de su magestad, sin dependencia de otro. Hazaña (que mejor se podía llamar traición) que la han hecho otros magnates en las conquistas del Nuevo Mundo, como refiere algunas de ellas el capitan Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés, coronista de la católica magestad del emperador Carlos Quinto, en el libro diez y siete, capítulo veinte, de su Historia General de las Indias; y dice que los que las hicieron fueron en la misma moneda pagados, de los que les sucedieron en los cargos. En confirmación de lo cual alega el proverbio, que dice, matarás y matarte han, y matarán al que matare. Si fuera lícito pasar adelante, en lo que este autor acerca de esto escribe, dijéramos hechos de grandes cautelas y traiciones, que pasaron después del coronista, en los mismos casos que él escribió. Más dejarlos hemos; porque son ofensivos sin respetar truenos ni relámpagos, ni al mismo rayo, porque ha habido de todo y no es bien que

se diga. Francisco de Orellana tuvo por el rio abajo algunas refriegas con los indios, moradores de aquella ribera, que se mostraron muy fieros, donde en algunas partes salieron las mugeres a pelear, juntamente con sus maridos. Por lo cual por engrandecer Orellana su jornada, dijo, que era tierra de amazonas, y así pidió a su magestad la conquista dellas. Adelante destas provincias, el rio abajo, halló otros indios, más domésticos, que lo recibieron de paz, y se admiraron de ver el bergantin y hombres tan estraños para ellos: hiciéronles amistad, diéronles comida cuanta quisieron: pararon allí los españoles algunos días, hicieron otro bergantin, porque en el primero venían muy apretados. Así salieron a la mar, doscientas leguas de la isla de la Trinidad, segun la carta de marear, habiendo pasado los trabajos que se han dicho, y muy grandes peligros por el rio, que muchas veces se vieron perdidos para anegarse. En aquella isla compró Orellana un navío con que vino a España, y pidió a su magestad la conquista de aquella tierra, engrandeciendo su empresa con decir, que era tierra de mucho oro y plata, y piedras preciosas, certificándolo con la buena muestra que de aquellas cosas llevaba. Su magestad le hizo merced de la conquista, y de la gobernación de lo que ganase. Orellana hizo más de quinientos soldados, de gente muy lucida, y caballeros muy principales, con los cuales se embarcó en San Lucar para su jornada, y murió en la mar, y los suyos se desperdigaron por diversas partes. Este fin tuvo aquella jornada conforme a sus malos principios. De aquí volveremos a Gonzalo Pizarro, que lo dejamos en grandes trabajos. El cual, habiendo despachado a Francisco de Orellana con el bergantin, hizo diez o doce canoas, y otras tantas balsas para poder pasar el río de una parte a otra, cuando por tierra les atajasen las bravas montañas, como otras veces se habían visto atajados. Caminaron con esperanza de que su bergantin les socorrería presto con bastimento, para defenderse de la hambre que llevaban, porque no tuvieron otro enemigo en toda esta jornada. Llegaron al cabo de dos meses a la junta de los dos ríos grandes, donde pensaban hallar su bergantin, que les estaría esperando con bastimentos, ya que por la mucha corriente del rio no había vuelto a ellos Halláronse engañados, perdida la esperanza de salir de aquel infierno, que este nombre se le puede dar a la tierra do pasaron tantos trabajos y miserias, sin remedio y esperanza de salir dellas Hallaron a la junta de los dos rios grandes al buen Hernan Sanchez de Vargas, que con el ánimo y constancia de caballero hijodalgo había perseverado a estarse quedo, sufriendo la hambre y las demás incomodidades que tenía, por dar a Gonzalo Pizarro entera razon de lo que Francisco de Orellana había hecho contra su capitan general, y contra el mismo Hernan Sanchez, por haberle contradicho sus malos propósitos. De todo lo cual quedó Gonzalo Pizarro admirado, que hubiese hombres en el mundo tan en contra de las esperanzas que dellos se podían tener. Los capitanes y

soldados recibieron tanta pena y dolor de verse engañados de sus esperanzas, y desamparados de todo remedio, que no les faltó sino desesperar.

Su general, aunque sentía la misma pena que todos, les consoló y esforzó, diciéndoles, que tuviesen ánimo para llevar como españoles aquellos trabajos y otros mayores, si mayores podían ser, que cuanto mayores hubiesen sido, tanta más honra y fama dejarían en los siglos del mundo. Que pues les había cabido en suerte ser conquistadores de aquel imperio, hiciesen como hombres escogidos por la Providencia divina para tal y tan gran empresa. Con esto se esforzaron todos, viendo el esfuerzo de su capitan general, que conforme a la opinión vulgar había de ser su sentimiento mayor que el de todos. Siguieron su viage todavía por las riberas de aquel gran río, ya por la una banda de el, ya por la otra, como les era forzoso pasarse de la una ribera a la otra. Era increible el trabajo que tenían para pasar los caballos en las balsas, que todavía llevaban más de ochenta dellos, de ciento y cincuenta que sacaron de Quitu. También llevaban casi dos mil indios de los cuatro mil que sacaron del Perú, los cuales servían como hijos a sus amos en aquellos trabajos y necesidades, buscándoles yerbas, y raíces, y frutas silvestres, zapos y culebras, y otras malas sabandijas, si las había por aquellas montañas, que todo les hacía buen estómago a los españoles, que peor les iba con la falta de cosas tan viles.



CAPITULO V

GONZALO PIZARRO PRETENDE VOLVERSE A QUITU, Y LOS DE CHILI TRATAN DE MATAR AL MARQUES

CON estas miserias caminaron por el rio abajo otras cien leguas, sin hallar mejora en la tierra, ni esperanza en lo adelante; porque, antes de día en día se iba empeorando la tierra que pasaban, sin prometer alguna buena esperanza de sí. Lo cual considerado y platicado por el general y sus capitanes, acordaron volverse a Quitu, (si les fuese posible volver a él) de donde se habían alejado más de cuatrocientas leguas. Y porque por el rio arriba por donde habían ido, era imposible poder navegar por la brava corriente dél, acordaron tomar otro camino, y volvieron al Septentrion del río, porque notaron a la ida que aquella parte había menos lagos, ciénegas y pantanos que por la otra parte. Entráronse por las montañas, abriendo los caminos con hachas y hocinos, que segun iban acostumbrados a ello era lo menos trabajoso, si juntamente hubiera que comer: donde los dejaremos por decir lo que le sucedió al marqués don Francisco Pizarro, entre tanto que su hermano Gonzalo Pizarro, andaba en los trabajos que hemos dicho: que parece que estos caballeros, así como fueron escogidos para tan famosas hazañas, así también lo fueron para trabajos y desventuras, que no faltaron en ellos hasta acabarles la vida con muertes de mucha lástima y dolor para los que les conocieron. Es así que habiendo el marqués repartido las provincias de los Charcas en los ganadores de aquel reino, y reformado en el Cosco algunas cosas de importancia, que las pasiones pasadas de los de Almagro y de los suyos habían causado, dejándolo todo en paz y quietud, se fué a la ciudad de los Reyes, por favorecer con su presencia a la población della donde, como atrás dijimos, estaba don Diego de Almagro el mozo, que lo envió preso Hernando Pizarro luego que degolló a su padre. Halló el marqués que algunos del bando de Almagro, de los más señalados, estaban en compañía de don Diego de Almagro el

mozo; y él los entretenía con darles de comer de la renta de un buen repartimiento de indios que su padre le había dado; y esto hacía, porque a todos los demás de su bando les habían quitado los indios, dándolos por traidores, porque se hallaron del bando de don Diego de Almagro. El marqués como era noble y generoso de condición, procuró regalar aquellos caballeros con darles grandes ayudas de costa, y proveerlos en oficios y cargos de justicia, y de la hacienda real. Más ellos, esperando el castigo que se había de hacer en los del bando de los Pizarros, por la muerte tan injusta de don Diego de Almagro, y por las crueldades que en la batalla de las Salinas y después de ella se hicieron, no quisieron recebir merced ninguna, por no tener que agradecer, ni ocasión de perder el rencor que contra el marqués y los suyos tenían, ni que en ningun tiempo hubiese quien dijese, que habiendo recebido sus dones, trataban todavía de enemistad contra ellos. Así estuvieron socorriéndose unos a otros, sin querer recebir cosa alguna de los del bando de Pizarro por mucha necesidad que tuviesen. Lo cual visto y considerado por algunos familiares y consejeros del marqués (como malos ministros) le aconsejaron, que pues aquellos hombres no querían ser sus amigos por bien, les hiciese que lo fuesen por mal, o a lo menos se rindiesen por la necesidad y hambre que pasasen. El marqués (aunque contra su voluntad) por condescender con la de los consejeros, más que por ejecutar la suya, porque nunca tuvo intención de hacer mal a nadie, por contrarios enemigos que les sintiese, quitó los indios a don Diego de Almagro, en cuya posada se recogían los demás a comer, para que no teniendo que comer, lo fuesen a buscar por otras tierras, y se fuesen de aquella ciudad. Este hecho, en lugar de domar a los de Almagro, los indignó a mayor ira y zaña, que es oficio ordinario del rigor y de la tiranía, principalmente con los que no lo merecen. Y así luego que vieron este mal término que con ellos se usó, en lugar de irse de aquella ciudad, escribieron los de Almagro a otras muchas partes donde sabían que habían españoles de su bando, para que fuesen a la ciudad de los Reyes, donde ellos estaban, y les ayudasen en sus pretensiones. Entre los que se mostraban de el bando de los Almagros había muchos que no se habían hallado con él en las guerras pasadas, sino que eran de los nuevamente entrados en la tierra, que unos, sin ocasión alguna, se aficionaban a la una parte y otros a la otra, como siempre suele acaecer donde quiera que hay bandos. Así se juntaron más de doscientos soldados en la ciudad de los Reyes, que vinieron a ella de trescientas y cuatrocientas leguas de tierra. Viéndose tantos juntos de una parcialidad, cobraron ánimo unos con otros, y con alguna libertad procuraron haber armas, que hasta allí no habían osado ni aun mentarlas, porque estaban en son de prisiones. Mas por la blanda condición del Marqués que había disimulado con ellos, se pusieron en toda libertad, y trataron de vengar la muerte de don Diego de Almagro en la persona del marqués,

ya que Hernando Pizarro (que fué el que causó todos aquellos males pasados, presentes y por venir) se había venido a España. Sus tratos y conciertos no fueron tan secretos que no viniese parte de ellos a noticia de los consejeros del marqués. Los cuales le importunaban con gran instancia castigase aquellos motines y levantamientos, quitando la vida a los mas principales, y desterrando del reino a los demás antes que hiciesen algunos levantamientos en perjuicio suyo y de los de su bando, (el marqués, como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, quinto y sexto,) por estas palabras:

Era tan confiado y de tan buena condicion, que respondía: que dejasen aquellos cuitados, que harta mala ventura tenían, viéndose pobres, y vencidos, y corridos. Y así confiado Don Diego y su gente en la buena condición y paciencia del marqués, le iban perdiendo la vergüenza, tanto, que algunas veces los mas principales pasaban por delante dél sin quitarse las gorras, ni hacerle otro acatamiento ninguno.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Es así que la pobreza que pasaban era tanta, que hubo camarada de siete soldados que posaban en una posada, y entre todos ellos no había mas que una capa, y esa no nueva, sino raída, y con ella salían todos a negociar por su rueda, aguardando el que había de salir a que volviese el compañero que estaba fuera. Lo mismo era en la comida, que todos juntaban en poder de Juan de Rada los dineros que tenían, y lo que ganaban al juego, para que él fuese tesorero y despensero comun de todos ellos. Conforme a la mucha probreza era también la libertad y desvergüenza que de la mansedumbre y piedad del marqués cobraron, que entre otras que hicieron la mas desvergonzada fué que una noche ataron tres sogas en la picota que está en la plaza de aquella ciudad, y la una tendieron hacia la casa de Antonio Picado, secretario del marqués, y la otra a la del doctor Juan Velasquez, que era alcalde mayor, y la tercera a la casa del mismo marqués. Que fué una soberbia y desvergüenza que bastaba para que con las mismas sogas los ahorcaran a todos ellos. Más la nobleza de la condición del marqués no solamente no hizo castigo ni pesquiza, más antes los disculpaba con los que los acusaban, diciendo, que como gente vencida y aniquilada, hacían aquello a más no poder; que los dejesen, que les bastaba su desventura. Lo cual sabido por los de Chili, en lugar de aplacarse, se desvergonzaron e indignaron más y más, hasta hacer lo que hicieron, que fué matar al marqués, como luego veremos.

CAPITULO VI

UN DESCOMEDIMIENTO QUE PRECIPITO A LOS DE CHILI A MATAR AL MARQUES, Y COMO ACOMETIERON EL HECHO.

LOS de Almagro entre todos sus atrevimientos y desvergüenzas estaban suspensos, que no sabían a qué determinarse, que aunque habían acordado de matar al marqués, por otra parte querían esperar lo que la magestad imperial mandaba en el castigo de la muerte de don Diego de Almagro. porque supieron que don Diego de Alvarado (que como dijimos vino a España a acusar a los Pizarros) había alcanzado juez para la causa; pero también supieron que el poder que el juez llevaba era muy limitado, no para castigar a nadie, ni para remover al marqués de la gobernación, sino para hacer información de lo pasado y traerla a España, para que su magestad pronunciara el castigo que se había de hacer en los culpados. De lo cual se mostraron muy sentidos los de Almagro, que quisieran un juez pesquisador que a diestro y a siniestro cortara cabezas, todas las que ellos quisieran nombrar, y confiscara bienes que les aplicaran a ellos. En esta confusión acordaron esperar que el juez llegase a ver como procedía en su comisión, si era tan limitada como les habían dicho, o más amplia como ellos quisieran. Porque como hombres mal intencionados, trataban unos con otros en secreto, diciendo, que si el juez no prendía al marqués, luego que llegase, y hacía otros castigos rigurosos los matarían a entrambos, y se alzarían con la tierra vengándose de la injuria que el marqués les había hecho, y de la omisión que el emperador había mostrado en castigar delito tan atroz como (les parecía) la muerte de don Diego de Almagro. Este pensamiento de alzarse con la tierra ejecutaron después como se verá por la historia.

Por toda la ciudad de los Reyes era tan público que los de Chili trataban de matar al marqués, que muchos amigos suyos que lo entendieron, le avisaron de ello. A los cuales, como dice Agustín de Zárate, libro cuarto, capítulo séptimo, por estas palabras:

Respondía que sus cabezas guardarían la suya; y tan descuidadamente se trataba que muchas veces se iba con un solo page pasean-

do fuera de la ciudad a unos molinos que labraba. Y a los que le decían, ¿que porqué no traía gente de guarda? Respondía, que no quería que pensasen o dijesen que se guardaba del Licenciado Vaca de Castro, que venía por juez contra él. Y así los de Chili para descuidar al marqués, echaron fama que Vaca de Castro era muerto. Y un día lo fué a ver Juan de Rada con algunos de los suyos, y le halló en un verjel donde le dijo: ¿que qué era la causa porque su señoría lo quería matar a él y a sus compañeros? Y el marqués le respondió con juramento que nunca tal intención había tenido, que antes le habían dicho que ellos le querían matar y que compraban armas para ello. Juan de Rada le respondió, que no era mucho, que pues su señoría compraba lanzas, que ellos comprasen corazas para se defender. Y tuvo atrevimiento para decir esto, porque bien cerca de allí dejaba en retaguarda más de cuarenta hombres muy bien armados. Y también le dijo que para que su señoría se asegurase de aquella sospecha, diese licencia a don Diego y a los suyos para salir de la tierra. Y el marqués no tomando ninguna sospecha de aquellas palabras, antes teniendo lástima dellos, los aseguró con amorosas palabras, diciendo que no había comprado las lanzas para contra ellos. Y luego el mesmo cogió unas naranjas, y se las dió a Juan de Rada, que entonces por ser las primeras, se tenían en mucho; y le dijo al oído, que viese de lo que tenía necesidad que él lo proveería. Y Juan de Rada le besó por ello las manos; y dejando tan seguro al marqués se despidió de él, y se fué a su posada, donde con los más principales de los suyos concertó que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habían hecho el día de San Juan como lo tenían concertado.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate; y lo mismo dice Francisco Lopez de Gomara. De manera que el buen marqués andaba tan descuidado de que le matasen los de Chili, como ellos ansiosos de matarle: más como se ha dicho, aguardaban la venida del juez, y ver como procedía en el caso. Esta remisión de los de Almagro trocó en cólera, ira y zaña un mal hecho que Antonio Picado, secretario del marqués hizo en aquellos días; y fué que como los de Chili hubiesen puesto las sogas en la picota, como atrás se dijo, que la una dellas le amenazaba y anduviesen tan desvergonzados y descomedidos contra el marqués, y que por otra parte no eran más que amenazas y blasonar del arnés, sin curar de vestirlo (motejándoles de esta cobardía) sacó puesta en la gorra una medalla de oro muy rica, esmaltada en ella una higa con una letra que decía: para los de Chili. De lo cual se afrentaron e indignaron tanto aquellos bravos soldados, que determinaron ejecutar la muerte del marqués sin aguardar la llegada del juez; y así lo trataron más al descubierto que hasta entonces. De tal manera que por vía de un sacerdote que supo en secreto el cómo y cuándo acordaban de matarle, lo entendió el marqués, y lo trató con el doctor Velasquez, su alcalde mayor y con su secretario Antonio Picado. Los cuales le

aseguraron de el temor diciendo: que no había para qué hacer caso de gente tan desventurada, que decían aquellas cosas por entretener su hambre y mala ventura. Pero el marqués, (recelándose ya fuera de su primera opinión) dejó de ir a misa a la iglesia mayor día de San Juan, año de mil y quinientos y cuarenta y uno, que era el día que habían señalado para su muerte. Lo mismo hizo el domingo siguiente, que fué a veinte y seis de junio, escusándose que estaba mal dispuesto; y era con deseo de encerrarse por algunos días para dar orden y remedio con sus amigos y valedores cómo se atajasen las desvergüenzas y atrevimientos de sus contrarios, que eran ya demasiados. Los vecinos de la ciudad y caballeros principales, luego que oyeron misa aquel domingo, fueron a visitar al marqués viendo que había faltado della, y como lo hubiesen visto, se volvieron a comer a sus casas: solamente quedaron con él, el doctor Valasquez, y Francisco de Chaves, que era un caballero íntimo amigo del marqués. Los de Chili sintiendo que el marqués se recataba ya más que hasta entonces, y que los de su bando le visitaban en tanto número, sospecharon que se hacía conciertos de matarlos. Con este temor, como gente desesperada, aquel mismo domingo a la hora que todos comían, y que apenas había acabado de comer el marqués, salieron por el rincon de la plaza, que está a mano izquierda de la iglesia catedral, donde posaba don Diego de Almagro el mozo, y los más principales de su valía, y fueron toda la plaza al sesgo, que es bien larga, hasta la casa del marqués, que estaba al otro rincón de la plaza. Los que fueron eran trece, los doce de ellos nombra Francisco Lopez de Gomara, no más de los nombres, sin decir de dónde eran naturales, que son los que se siguen.

Juan de Rada que iba por caudillo de los demás; Martín de Bilbao; Diego Mendez; Cristobal de Sosa; Martín Carrillo; Arbolancha; Hinojeros; Narvaez; San Millan; Porras; Velasquez. Francisco Nuñez; y Gomez Perez, que fué el que Gomara no nombra. Fueron por toda la plaza con las espadas desnudas diciendo a grandes voces: muera el tirano traidor que ha hecho matar al juez que el emperador enviaba para su castigo. La causa que tuvieron para ir tan descubiertos haciendo tan gran ruido, fué para que la gente de la ciudad, que estaba sosegada en sus casas, entendiese que eran muchos los que hacían aquel hecho, (pues se atrevían a cometerlo tan en público) no osasen salir de sus casas a socorrer al marqués. Estraño atrevimiento y hecho temerario fué de la manera que lo hicieron, pero la desgracia del marqués lo ordenó de suerte que salieron los de don Diego de Almagro con la pretensión que tenían de vengar su muerte, como se verá.

CAPITULO VII

LA MUERTE DEL MARQUES DON FRANCISCO PIZARRO Y SU POBRE ENTIERRO.

SINTIENDO el ruido que los de Chili llevaban algunos indios del servicio del marqués, entraron donde estaba, y le avisaron de la gente que venía, y de qué manera venía. El marqués que estaba hablando con su alcalde mayor el doctor Velasquez, y con el capitan Francisco de Chaves, que era como su teniente general, y con Francisco Martín de Alcántara, su hermano materno, y con otros doce y trece criados de casa, con el aviso de los indios sospechó lo que fué. Mandó a Francisco de Chaves que cerrase la puerta de la sala y de la cuadra donde estaban, mientras él y los suyos se armaban para salir a defenderse de los que venían. Francisco de Chaves entendiendo que era alguna pendencia particular de soldados, y que bastaría su autoridad a apaciguarla, (en lugar de cerrar las puertas como le fué mandado) salió a ellos y los halló que subían ya la escalera. Y turbado de ver lo que no pensó, les preguntó diciendo: ¿qué es lo que mandan vuesas mercedes? Uno dellos le dió por respuesta una estocada. El viéndose herido, para defenderse echó mano a su espada; luego cargaron todos sobre él, y uno dellos le dió una cuchillada tan buena en el pescuezo, que como dice Gomara, capítulo ciento y cuarenta y cinco, le llevó la cabeza a cercen, y rodó el cuerpo la escalera abajo. Los que estaban en la sala, que eran criados del marqués, salieron a ver el ruido, y viendo muerto a Francisco de Chaves, volvieron huyendo como mercenarios, y se echaron por las ventanas que salían a un huerto de la casa; y entre ellos fué el doctor Velasquez con la vara en la boca, porque no le estorbase las manos, como que por ella le hubiesen de respetar los contrarios, los cuales entraron en la sala y no hallando gente en ella, pasaron a la cuadra. El marqués sintiéndolos tan cerca, salió a medio armar, que no tuvo lugar de atarse las correas de unas coracinas que se había puesto. Sacó embrazada una adarga y una

espada en la mano. Salieron con él su hermano Francisco Martín de Alcántara, y dos pages, ya hombres, el uno llamado Juan de Vargas, hijo de Gomez de Tordoya, y el otro Alonso Escandon, los cuales no sacaron armas defensivas, porque no tuvieron lugar de poderlas tomar. El marqués y su hermano se pusieron a la puerta, y la defendieron valerosamente gran espacio de tiempo, sin poderles entrar los enemigos. El marqués con gran ánimo decía a su hermano, mueran que traidores son. Peleando valientemente los unos y los otros, mataron al hermano del marqués, porque no llevaba armas defensivas. Uno de los pages se puso luego en su lugar, y él y su señor defendían la puerta tan varonilmente, que los enemigos desconfiaban de poderla ganar; y temiendo que si durara mucho la pelea, vendría socorro al marqués y los matarían a todos, tomándolos en medio. Juan de Rada y otro de los compañeros, arrebataron en brazos a Narvaez, y lo arrojaron la puerta adentro para que el marqués se cebase en él, y entre tanto entrasen los demás. Así sucedió, que el marqués recibió a Narvaez con una estocada y otras heridas que le dió, de que murió luego. Entretanto entraron los demás, y los unos acudieron al marqués, y los otros a los pajes, los cuales murieron peleando como hombres, y dejaron mal heridos a cuatro de los contrarios. Viendo sólo al marqués, acudieron todos a él, y le cercaron de todas partes; el se defendió buen espacio de tiempo como quien era, saltando a unas partes y a otras, trayendo la espada con tanta fuerza y destreza, que hirió malamente a tres de sus contrarios pero como eran tantos para uno solo, y su edad pasaba ya de los sesenta y cinco años, se desalentó, de manera que uno de sus enemigos se le acercó, y le dió una estocada por la garganta, de que cayó en el suelo, pidiendo confesión a grandes voces; y caído como estaba, hizo una cruz con la mano derecha, y puso la boca sobre ella; y besándola espiró el famoso sobre los famosos don Francisco Pizarro, el que tanto enriqueció y engrandeció, y hoy engrandece la corona de España, y a todo el mundo, con las riquezas del imperio que ganó; como se vé, y como atrás en muchas partes hemos dicho Y con todas sus grandezas y riquezas acabó tan desamparado y pobre que no tuvo con qué, ni quien lo enterrase. Donde la fortuna en menos de una hora igualó su disfavor y miseria, al favor y prosperidad que en el discurso de toda su vida le había dado. En confirmación de lo cual Agustín de Zárate, lib. 4, cap. 8 dice lo que se sigue.

Así dió el ánima a Dios, muriendo asimismo allí los dos pages del marqués; y de parte de los de Chili murieron cuatro y quedaron otros heridos: y en sabiéndose la nueva en la ciudad acudieron más de doscientos hombres en favor de don Diego; porque aunque estaban apercibidos, no se osaban mostrar hasta ver como sucedia el hecho, y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas a todos los que acudían en favor del marqués. Y como salieron los

matadores con las espadas sangrientas, Juan de Rada hizo subir á caballo a don Diego, e ir por la ciudad diciendo que en el Perú ni había otro gobernador ni rey sobre él; y después de saquear la casa del marqués y de su hermano, y de Antonio Picado, hizo al cabildo de la ciudad que recibiese por gobernador a don Diego, so color de la capitulación que con su magestad se había hecho al tiempo del descubrimiento, para que don Diego tuviese la gobernación de la Nueva Toledo, y después dél su hijo, o la persona que él nombrase, y mataron algunos vasallos que sabían que eran criados y servidores del marqués, y era tan grande lástima oir los llantos que las mugeres de los muertos y robados hacían.

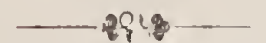
Al marqués llevaron unos negros a la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar hasta que Juan de Barbarán, vecino de Trujillo, que había sido criado del marqués y su muger, sepultaron a él y a su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero licencia de don Diego para ello. Y fué tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la orden de Santiago, ni ponerle las espuelas según el estilo de los caballeros de la orden; porque fueron avisados que los de Chili venían con priesa para cortar la cabeza de el marqués y ponerla en la picota. Y así Juan de Barbarán lo enterró, haciendo luego las honras y exequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dejándolo en la sepultura, fueron a poner en cobro sus hijos, que andaban escondidos y descarriados, quedando los de Chili apoderados de la ciudad.

Donde se pueden ver las cosas del mundo, y variedad de la fortuna, que en tan breve tiempo, un caballero, que tan grandes tierras y reinos había descubierto y gobernado y poseído tan grandes riquezas, y dado tanta renta y haciendas. como se hallará haber repartido (en respeto del tiempo) el más poderoso príncipe del mundo, viniese a ser muerto sin confesión, ni dejar otra orden en su ánima ni en su descendencia: por mano de doce hombres, en medio del día, y estando en una ciudad donde todos los vecinos eran criados, deudos y soldados suyos, que a todos les había dado de comer muy prósperamente, sin que nadie le viniese a socorrer; antes se le huyesen y desamparasen los criados que tenía en su casa; y que le enterrasen tan ignominiosamente, como está dicho, y que de tanta riqueza y prosperidad como había poseído en un momento, viniese a no haber de toda su hacienda con qué comprar la cera de su enterramiento; y que todo esto le sucediese sobre estar avisado por todas las vías que arriba hemos dicho y otras muchas, de los tratos que sobre esto había.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Donde parece que se vuelve a representar la muerte y entierro de don Diego de Almagro, pues tan semejante fué en todo la una a la otra, para que en todos los sucesos de la vida y muerte, ambos fuesen compañeros; como lo juraron cuando hicieron la compañía para ganar aquel imperio; que cierto,

es cosa de notar cuán iguales fueron en todo, como lo dice el mismo Agustín de Zárate, según veremos en el capítulo siguiente. Muchos años después, sosegadas las guerras que en aquel reino hubo, sacaron de la sepultura los huesos de este valeroso caballero, y por honrarle como él merecía, los pusieron en una caja en un hueco que hicieron en el hastial de la iglesia catedral de aquella ciudad, a mano derecha del altar mayor, donde yo le dejé el año de mil y quinientos y sesenta cuando vine a España. Fué la muerte del marqués a veinte y seis de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno.

Agustín de Zárate, como tan buen historiador, imitando al gran Plutarco, semeja estos dos famosos y desdichados españoles mal pagados del mundo, nunca jamás bastantemente loados; y comparando el uno al otro, y cotejando las costumbres, vida y muerte de ambos a dos, hace capítulo de por sí, que es el noveno de su libro cuarto, y en el nuestro (que es el tercero de la segunda parte de los Comentarios) será el octavo aunque ageno. El cual con su mismo título sacado a la letra, dice así: (3)



(3) Herrera. Hechos de los Castellanos. Década VI. Lib. XCII. Pedro Pizarro. *Relación del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Col. Urteaga Romero. t VI. Montesinos *Anales. Año de 1641*. Edición oficial peruana, Madrid . Zárate. *Conquista del Perú*. Lib. IV, c. VI. Gomara. *Historia de las Indias*. c. CXLV.

CAPITULO VIII

DE LAS COSTUMBRES Y CALIDADES DEL MARQUES DON FRANCISCO PIZARRO. Y DE EL ADELANTADO DON DIEGO DE ALMAGRO.

PUES toda esta historia, y el descubrimiento de las provincias del Perú de que trata, tiene origen de los dos capitanes de que hasta ahora hemos hablado, que son el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, es justo escribir sus costumbres y calidades. comparándolos entre sí, como hace Plutarco cuando escribe los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejanza. Y porque de su linage está ya dicho arriba lo que se puede saber en lo demás, ambos eran personas animosas y esforzadas, y grandes sufridores de trabajo, y muy virtuosos, y amigos de hacer placer a todos, aunque fuese a su costa. Tuvieron gran semejanza en las inclinaciones, especialmente en el estado de la vida, porque ninguno dellos se casó. Aunque cuando murieron el que menos tenía, era de edad de sesenta y cinco años.

Ambos fueron inclinados a las cosas de la guerra, aunque el adelantado todavía. faltando la ocasión de las armas, se aplicaba de muy buena gana a las grangerías.

Ambos comenzaron la conquista del Perú de mucha edad, en la cual trabajaron como arriba está dicho y declarado, aunque el marqués sufrió grandes peligros, y muchos más que el adelantado.

Porque mientras el uno andaba en la mayor parte de el descubrimiento, el otro se quedó en Panamá proveyendo lo necesario como está contado.

Ambos eran de grandes ánimos, y que siempre pretendieron y concibieron en ellos altos pensamientos, y los pusieron en obra, con padecer muchos trabajos, y con ser muy humanos y amigables a su gente. Igualmente fueron liberales en la obra, aunque en las apariencias llevaba ventaja el adelantado; porque era muy amigo de que se sonase y se publicase lo que daba. Lo cual tenía al contrario el mar-

ques, porque antes se indignaba de que se supiesen sus liberalidades, y procuraba de las encubrir: teniendo más respeto a proveer la necesidad de aquel a quien daba que a ganar honra con la dádiva.

Y así aconteció saber que a un soldado se le había muerto un caballo, y bajando él al juego de la pelota de su casa, donde pensó hallarle, llevaba en el seno un tejuelo de oro que pesaba diez libras, para dársele de su mano. Y no hallándole allí, concertóse entre tanto un partido de pelota, y jugó el marqués sin desnudarse el sayo, porque no le viesen el tejuelo, ni osó sacarle del seno, por espacio de más de tres horas, hasta que vino el soldado a quien le había de dar, y secretamente lo llamó a una pieza apartada, y se le dió diciéndole que más quisiera haberle dado tres tantos, que sufrir el trabajo que había padecido con su tardanza. Y otros muchos ejemplos se podrían traer desta calidad. Y por maravilla el marqués nada daba que no fuese por su propia mano, casi procurando que no se supiese.

Y por esta razon fué siempre tenido por más largo el adelantado, parque con dar mucho tenía formas como pareciese más. Pero en cuanto a esta virtud de magnificencia pueden justamente ser igualadas; pues (como decía el mismo marqués) por razon de la compañía que tenían de toda la hacienda, no daba ninguno nada en que el otro no hubiese la mitad.

Y así tanto hacía el que lo permitía dar sabiéndolo, como el que lo daba. Basta para comprobación de esto, que con ser ambos en sus vidas de los más ricos hombres, así de dinero como de rentas, y que más pudieron dar y retener, que ningun príncipe sin corona, que en muchos tiempos se haya visto: murieron tan pobres, que no solamente no hay memoria de estados ni hacienda que hayan dejado, pero que apenas se hallase en sus bienes con qué enterrarlos: como se escribe de Caton y de Sila, y de otros muchos capitanes romanos que fueron enterrados del público.

Ambos fueron muy aficionados a hacer por sus criados y gente, y enriquecerlos y actecentarlos, y librarlos de peligro. Pero era tanto el exceso que en esto tenía, el marqués, que aconteció pasando un río que llaman de la Barranca, la gran corriente llevarle un indio de su servicio, de los que llaman Yanaconas y echarse el marqués a nado tras él, y sacarle asido de los cabellos y ponerse a peligro, por la gran furia del agua, que ninguno de todo su ejército, por mancebo y valiente que fuera, se osara poner. Y reprendiéndole su demasiada osadía algunos de sus capitanes les respondió, que no sabían ellos qué cosa era querer bien un criado.

Aunque el marqués gobernó más tiempo y más pacíficamente, don Diego fué mucho más ambicioso, y deseoso de tener mandos y gobernación. El uno y el otro conservaron la antigüedad, y fueron tan aficionados della, que casi nunca mudaron traje del que en su mocedad usaban, especialmente el marqués, que nunca se vistió de ordinario,

sino un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo, y el talle a los medios pechos, y unos zapatos de venado blancos y un sombrero blanco, y su espada y puñal a la antigua.

Y cuando algunas fiestas por importunación de sus criados, se ponía una ropa de martas, que le envió el marqués del Valle de la Nueva España, en viniendo de misa la arrojaba de sí, quedándose en cuerpo y trayendo de ordinario unas tobajas al cuello, porque lo más de el día, en tiempo de paz, empleaba en jugar a la bola y a la pelota, y para limpiarse el sudor de la cara.

Entreambos capitanes fueron pacientísimos de trabajo y de hambre, y particularmente lo mostraba el marqués en los ejercicios destos juegos que hemos dicho, que había pocos mancebos que pudiesen durar con él. Era mucho más inclinado a todo género de juego que el adelantado, tanto que algunas veces se estaba jugando a la bola todo el día, sin tener en cuenta con quien jugaba aunque fuese un marinero o un molinero, ni permitir que le diesen la bola, ni hiciesen otras ceremonias que a su dignidad se debían.

Muy pocos negocios le hacían dejar el juego, especialmente cuando perdía, sino eran nuevos alzamientos de indios; que en esto era tan presto, que a la hora se echaba las corazas, y con su lanza y adarga salía corriendo por la ciudad, y se iba hácia donde había la alteración sin esperar su gente, que después le alcanzaba corriendo a toda furia.

Eran tan animosos y diestros en la guerra de los indios estos dos capitanes, que cualquiera dellos solo no dudaba romper por cien indios de guerra. Tuvieron harto buen entendimiento y juicio en todas las cosas que se habían de proveer, así de guerra como de gobernación, especialmente siendo personas no solamente no leídas, pero que de todo punto no sabían leer ni escribir, ni aun firmar. Que en ellos fué cosa de gran defecto, porque demás de la falta que les hacía para tratar negocios de tanta calidad, en ninguna cosa de todas sus virtudes y inclinaciones dejaban de parecer personas nobles, sino en solo esto, que los sabios antiguos tuvieron por argumento de bajeza de linage.

Fué el marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacía, así de gobernación como de repartimientos de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro.

Puédense escusar, con lo que escusa Ovidio a Rómulo, de ser mal astrólogo, de que más sabía las cosas de las armas que de las letras, y tenía mayor cuidado de vencer los comarcanos. Ambos a dos eran tan afables y tan comunes a su gente y ciudad, que se andaban de casa en casa solos, visitando los vecinos y comiendo con el primero que los convidaba.

Fueron igualmente abstinentes y templados, así en comer y beber como en refrenar su sensualidad, especialmente con mugeres de

Castilla; porque les parecía que no podían tratar desto sin perjudicar a sus vecinos, cuyas hijas o mujeres eran. Y aun en cuanto a las mugeres indias del Perú, fué mucho más templado el adelantado, porque no se le conoció hijo ni conversación con ellas, como quiera que el marqués tuvo amistad con una señora india, hermana de Atabaliba, de la cual dejó un hijo llamado don Gonzalo, que murió de edad de catorce años, y una hija llamada doña Francisca. Y en otra india del Cusco tuvo un hijo, llamado don Francisco. Y el adelantado aquel hijo de quien hemos dicho que mató al marqués, le había habido en una india de Panamá.

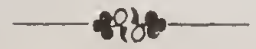
Recibieron entrambos mercedes de su magestad, porque a don Francisco Pizarro, como está dicho, le dió título de marqués y gobernador de la Nueva Castilla, y le dió el hábito de Santiago. Y a don Diego de Almagro le dió la gobernación de la Nueva Toledo, y le hizo adelantado.

Particularmente el marqués fué muy aficionado, y temeroso del nombre de su magestad, tanto que se abstenía de hacer muchas cosas en que tenía poder, diciendo que no quería que dijese su magestad que se extendía en la tierra. Y muchas veces hallándose en las funciones se levantaba de su silla a alzar los granitos de oro y plata que se caían de lo que saltaba del cincel con que cortaban los quintos reales; diciendo que con la boca cuando no hubiese otra cosa, se había de allegar la hacienda real. Vinieron a ser semejantes hasta en las muertes, y en el género dellas; pues al adelantado mató el hermano del marqués, y al marqués mató el hijo del adelantado.

También fué el marqués muy aficionado de acrecentar aquella tierra, labrándola y cultivándola. Hizo unas muy buenas casas en la ciudad de los Reyes, y en el río della dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenía desocupados, dando industria a los maestros que los hacían.

Puso gran diligencia en hacer la iglesia mayor de la ciudad de los Reyes, y los monasterios de Santo Domingo y la Merced, dándoles indios para su sustentación y para reparo de los edificios. Hasta aqui es de Agustin de Zarate.

Declararemos en el capitulo siguiente lo que este autor dice, y diremos otras excelencias deste caballero, nunca jamás bastantemente loado. (4)



(4) Consúltese los interesantes Artículos biográficos de D Manuel Mendiburu *Diccionario —Histórico biográfico*, Pizarro, tomo..... pag..... Almagro, t I pag...... Véase además Quintana, Vidas de españoles ilustres. Francisco Pizarro, Edición de las obras de Quintana. Edición.......

CAPITULO IX

LA AFABILIDAD DEL MARQUES Y LAS INVENCIONES QUE HACIA PARA SOCORRER A LOS QUE SENTIA QUE TENIAN NECESIDAD.

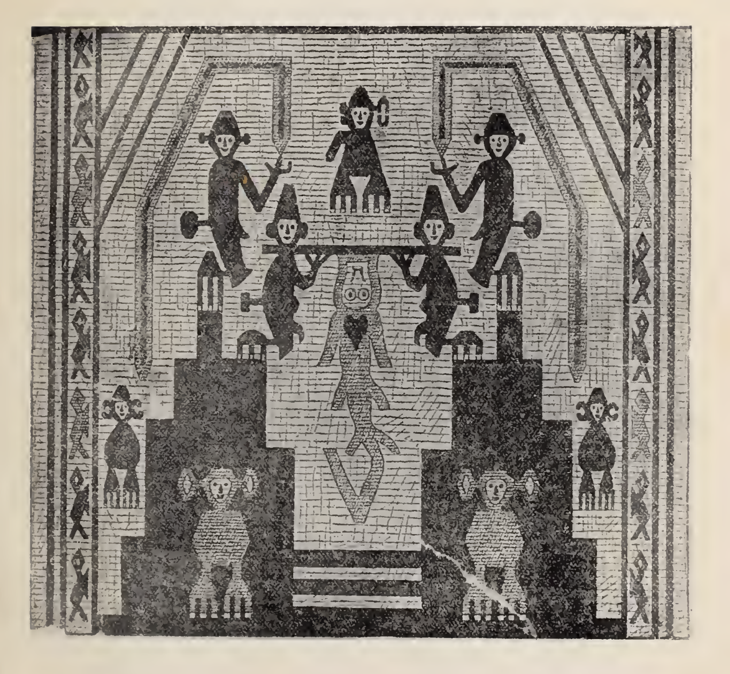
EL marqués don Francisco no tuvo más que un hijo y una hija. y Gonzalo Pizarro tuvo un hijo como dijimos en el libro nono, capítulo treinta y ocho, y Zárate los hace todos hijos del marqués. La madre del hijo del marqués era hija y no hermana de Atahuallpa. La hija hubo en una hija de Huaina Capac que se llamó doña Beatriz Huailas Ñusta, como largamente lo dijimos todo en el capítulo alegado.

Y lo que este autor dice, que habiendo sido estos dos gobernadores tan ricos, murieron tan pobres que apenas se hallase en sus bienes con qué enterrarlos; es cierto que no hubo bienes muchos ni pocos, sino que los enterraron de limosna

A don Diego de Almagro enterró un hombre que había sido su esclavo, y al marqués otro que había sido su criado, como lo dice el mismo autor. Y los que al uno y al otro llevaron a enterrar fueron negros e indios, como lo dicen ambos autores. Y esto baste para que se vea cómo trata y paga el mundo a los que más le sirven cuando más lo han menester.

El marqués fué tan afable y blando de condición, que nunca dijo mala palabra a nadie. Jugando a la bola no consentía que nadie la alzase del suelo para dársela; y si alguno lo hacía, la tomaba y la volvía a echar lejos de sí, y él mismo iba por ella. Alzando una vez la bola se ensució la mano con un poco de lodo que la bola tenía: alzó el pié y limpió la mano en el alpargate que tenía calzado. Que entonces y aun muchos años después, como yo lo alcancé, era gala y bravosidad usar en la milicia alpargates antes que zapatos. Un criado de los favorecidos del marqués cuando le vió limpiarse al alpargate, se llegó a él y le dijo: vuesa señoría pudiera limpiarse la mano en ese paño de narices que tiene en la cinta, y no en el alpargate. El marqués

PAÑOS FÚNEBRES SACADOS DE LOS SEPULCROS DE ANCÓN (COSTA PERUANA)



Este lienzo extraído de una necrópolis de la región de los Yungas, ostenta escenas de sacrificio y la adoración del Dios del agua, cuyo culto se había generalizado entre los indios del litoral.

sonriéndose le respondió: dote a Dios, véolo tan blanco que no lo oso tocar.

Jugando un día a los bolos con un buen soldado, llamado Alonso Palomares, hombre alegre y bien acondicionado (que yo alcancé), el marqués yendo perdiendo se amohinaba demasiadamente, y reñía a cada bola con el Palomares, de tal manera que fué notado por todos, que su mohina y rencilla era más que la ordinaria: que fuese por alguna pesadumbre oculta, o por la pérdida, que fueron más de ocho o nueve mil pesos, no se pudo juzgar. Pasáronse muchos días que el marqués no los pagó, aunque el ganador los pedía a menudo.

Un día mostrándose enfadado de que se los pidiese tantas veces, le dijo: no me los pidáis más, que no os los he de pagar. Palomares respondió, pues si vuesa señoría no me los había de pagar ¿para qué me reñía tanto cuando los perdía? Al marqués le cayó en gracia la respuesta, y mandó que le pagasen luego. Jugaba con muchas personas y a todos juegos, y a muchos convidaba el mismo marqués a que jugasen con él, cuando sabía que tenían necesidad por socorrérsela, haciéndose perdedizo en el juego, porque no se afrentase el necesitado si se lo diese de limosna como a menesteroso, sino que antes pareciese que había ganado honra en ser mejor jugador que el marqués. Y que los dineros pareciesen ganados y quitados por fuerza, y no dados por gracia. Cuando jugaba a los bolos con estos tales, daba cinco de corto o de largo, y no derribaba los bolos que podía porque el otro ganase. Y cuando jugaba a los naipes, que las más veces era a la primera, envidaba el resto con la peores cartas que podía; y si por dicha hacía flux o primera, barajaba sus cartas sin mostrarlas, fingiéndose mohino de haber perdido. Con estas cosas y otras semejantes se hizo querer tanto, como sus hazañas y generosidades lo merecían.

Gomara, hablando de la muerte de este príncipe, y más que príncipe, que no hay título en la tierra que signifique por entero sus grandezas y méritos, dice lo que se sigue, capítulo ciento y cuarenta y cinco: era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitan en Navarra, nació en Trujillo y lo echaron a la puerta de la iglesia; mamó una puerca ciertos días, no hallándose quien le quisiese dar leche. Reconocióle después el padre, y traíalo a guardar sus puercos, y así no supo leer: dióles un día mosca a los puercos, y perdiólos; no osó tornar a casa de miedo, y fuese a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó a Urava con Alonso de Ojeda, y con Vasco Núñez de Balboa a descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias a Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman Perú, &c.

Todas son palabras de aquel autor, sobre las cuales había mucho que reprender (si nos fuera lícito) así al que las escribió, como al que se las dió en relación; porque no era razon decir cosas tan bajas de un caballero de quien el mismo ha escrito tantas grandezas, tan hazañosas en armas, aunque fueran verdades, sino callarlas, cuanto más que no tienen verosimilitud alguna.

Quisiera preguntar al que dió la relación, que ¿de dónde sabía cosas tan menudas del nacimiento de un niño tan pobre, que el mismo dice que lo echaron a la iglesia, y que mamó la leche de la bestia por no haber quien quisiese dársela? Que cuando semejantes cosas suceden en hijos de grandes reyes y príncipes, aun es mucho que se tenga cuenta con ellas, cuanto más en un niño desamparado echado a la puerta de la iglesia. Decir que después de haberle reconocido su padre por hijo lo traía a guardar sus puercos, claramente muestra la envidia y malicia del que dió la relación; porque no se compadece que un caballero tan principal, como fué Gonzalo Pizarro, capitan de hombres de armas en Navarra, padre del marqués, trajese a guardar puercos al hijo, habiéndolo ya reconocido.

Decir que dió mosca a los puercos, y que se le perdieron, por lo cual no osó volver a casa de miedo, también arguye mucha malicia del que lo dijo; porque yo con cuidado particular deste paso me he informado de muchos labradores y criadores deste ganado, si es verdad que les dá mosca, y todos generalmente me han dicho que no hay tal.

La envidia en las tierras do hay bandos siempre suele causar semejantes infamias en los hombres más valerosos que en los tales bandos suele haber; que no pudiendo deslustrar ni apocar sus grandes hazañas, principalmente siendo tan grandiosas y notorias, como fueron las del marqués don Francisco Pizarro, procuran inventar semejantes novelas en sus nacimientos y crianzas, porque no fueron tan notorias como sus grandezas y magnanimidades.

La verdad de lo que en esto hay es, que el marqués don Francisco Pizarro, ganador y gobernador de aquel gran imperio, llamado Perú, fué hijo natural de su padre y de su madre, reconocido por tal desde antes que naciera.

Su padre el capitan don Gonzalo Pizarro, casó a la madre de el marqués, que era cristiana vieja, con un labrador muy honrado, llamado Fulano de Alcántara, cuyo hijo fué Francisco Martín de Alcántara, de quien el mismo Gomara dice, medio hermano de Pizarro: murió con el marqués como se ha dicho. Así que de un príncipe tal que puede igualarse con todos los de la fama, no se permite decir cosas semejantes aunque fueran verdades. Y con tanto, no pudiendo loar a este gran caballero como él merece, remitiéndome a que sus hazañas y conquistas más que humanas le loen, que la última fué la del Perú, pasaremos adelante nuestra historia. (5)

(5) El carácter del Conquistador del Perú ha sido estudiado y analizado según sus hechos por Quintana (*Españoles ilustres*) y Mendiburu (*Diccionario Histórico Biográfico.*) *Véase además* Montesinos, *Anales* años de 1525 y 1541 Gomara Ob cit c, CXLIV

CAPITULO X

DON DIEGO DE ALMAGRO SE HACE JURAR POR GOBERNADOR DEL PERU. ENVIA SUS PROVISIONES A DIVERSAS PARTES DEL REINO, Y LA CONTRADICCION DELLAS

EL marqués falleció como se ha dicho, por la demasiada confianza de Francisco de Chaves, que no cerró las puertas como le fué mandado, que al cerrarlas, mientras los contrarios las rompían, tuvieran lugar de armarse los que con el marqués estaban; y quizá sobrepujaran a los de don Diego. Pues siendo no más de cuatro, que eran el marqués y su hermano y sus dos pages, y mal armados mataron cuatro, como lo dicen los autores y hirieron otros: de creer es que si estuvieran bien apercibidos bastaban los cuatro y los otros que se echaron por las ventanas, a defenderse de los enemigos, y aún a vencerlos, que cuando no alcanzaran la victoria, pudiera llegar el socorro con tiempo. Más cuando la desgracia viene mal, se remedia por consejos humanos. El negro que Gomara dice que mataron los de Almagro, fué que sintiendo el tropel que traía peleando con el marqués, subió por la escalera arriba a ayudar a su señor, o morir con él; y cuando llegó a la puerta sintió que ya lo habían muerto, quiso echar el cerrojo por defuera para dejarlos encerrados y llamar la justicia: yendo el negro juntando las puertas, acertó a salir uno de los de dentro, y sintiendo la intención del esclavo arremetió con él y lo mató a estocadas. Fueron siete los que murieron de parte del marqués, y entre ellos un criado de Francisco de Chaves. Luego salieron a la plaza los de Almagro con las espadas ensangrentadas, cantando su victoria. Así acabó el buen marqués, más por la negligencia y confianza de los suyos, que no por la pujanza de sus enemigos. Con el alboroto de su muerte se levantó un gran ruido por toda la ciudad: unos que gritaban diciendo: aquí del rey que matan al marqués: otros que a grandes voces decían: muerto es ya el tirano y vengada la muerte de don

Diego de Almagro. En esta vocería y confusión salieron muchos de un bando y del otro, cada cual a favorecer su partido, y en la plaza hubo muchas revueltas y pendencias, donde hubo muertos y heridos; más luego cesaron los del bando del marqués con la certificación de que era muerto. Los de Chili sacaron a don Diego de Almagro el mozo a la plaza, diciendo que no había otro rey en el Perú sino don Diego de Almagro. El cual sosegada la revuelta de aquel día, se hizo jurar del cabildo por gobernador de la tierra, sin que nadie osase contradecirlo, aunque todos los del cabildo eran del bando contrario; aunque no osó nadie hablar y contradecir lo que pedían los victoriosos. Quitó los ministros que había de la justicia, y puso otros de su bando. Prendió los hombres más ricos y poderosos que en la ciudad de los Reyes había. porque eran del bando contrario; en suma se apoderó de toda la ciudad. Tomó los quintos del rey, que era una grandísima suma, la que estaba recogida. Lo mismo hizo de los bienes de los difuntos y de los ausentes, y bien lo hubo menester todo para socorrer a los suyos, que estaban tan pobres como se ha dicho.

Nombró a Juan de Rada por su capitán general. Hizo capitanes a un Tello de Guzman, natural de Sevilla, y a Francisco de Chaves, deudo muy cercano del otro Francisco de Chaves que mataron con el marqués; que eso tienen las guerras civiles, ser hermanos contra hermanos. Nombró también por capitán a Cristóbal Sotelo, y nombró otros ministros de guerra. A fama destas cosas, acudieron a la ciudad de los Reyes todos los españoles que por la tierra andaban vagando y perdidos; y así hizo don Diego más de ochocientos hombres de guerra. Envió a todas las ciudades del Perú, como fué al Cosco Arequepa, a los Charcas, y por la costa abajo de la mar a Trujillo, y la tierra adentro a los Chachapuyas, a requerir y a mandar absolutamente que le recibiesen por gobernador de todo aquel imperio. En una o en dos ciudades le obedecieron más por miedo que por amor, porque no tenían fuerzas para resistir a cincuenta hombres que don Diego envió a ellas: las demás ciudades resistieron, como luego diremos.

En el Perú es comun lenguage decir la costa abajo, y la costa arriba, no porque haya cuesta que subir y bajar en la costa, que en figura redonda no la puede haber, sino que se dice la costa abajo por la nueva navegación que el viento Sur hace en aquella mar a los que vienen del Perú a Panamá, que es como venir cuesta abajo, porque corre allí siempre aquel viento. Y al contrario dicen costa arriba yendo de Panamá al Perú por la contradicción de el mismo viento, que les hace ir forcejando como si subiesen cuesta arriba. Juan de Rada proveía todo lo que se ha dicho en nombre de don Diego muy absolutamente. sin dar parte a los demás capitanes y compañeros que habían sido en la muerte del marqués; de lo cual nació envidia y rencor en todos los demás principales, y trataron de matar a Juan de Rada.

Sabido el motín dieron garrote a Francisco de Chaves, que era el principal de la liga, y mataron a otros muchos, y entre ellos a Antonio de Orihuela, natural de Salamanca, aunque era recien llegado de España, porque supieron que por el camino había dicho, que eran unos tiranos; y él fué tan mal mirado en su salud, que habiéndolo dicho se fué a meter entre ellos.

Uno de los ministros que don Diego envió por la costa a tomar la posesión de aquellos pueblos y hacer gente para su valía, y tomar armas y caballos a los vecinos, señores de indios, que favorecían la contraria, que todos los más eran sus enemigos, fué un caballero llamado García de Alvarado. El cual fué a Trujillo, quitó el cargo de justicia a Diego de Mora, aunque era teniente de don Diego de Almagro; porque supo que avisaba de todo lo que pasaba a Alonso de Alvarado, que era del bando contrario.

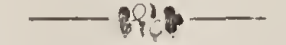
En la ciudad de San Miguel degolló a Francisco de Vozmediano y a Hernando do Villegas: hizo otros grandes desafueros, y mató en Huanucu a Alonso de Cabrera, mayordomo que había sido del marqués D. Francisco Pizarro, porque juntaba algunos compañeros para huirse con ellos al bando del rey.

Otro ministro de don Diego, llamado Diego Mendez, fué a los Charcas, a la villa de la Plata, donde halló el pueblo sin gente, porque los vecinos de él se habían ido por unas partes y por otras a juntarse con los de la ciudad de el Cosco, para ser con ellos de la parte del rey, como luego veremos. Diego Mendez tomó en aquella villa mucho oro que los vecinos tenían escondido en poder de sus indios; los cuales en comun son tan flacos, que por cualquiera amenaza que les hagan descubren todo lo que saben.

Tomó asimismo más de sesenta mil pesos de plata acendrada de las minas que llamaron del Porco, que entonces aún no eran descubiertas las de Potosí. Confiscó y puso en cabeza de don Diego de Almagro los indios y las haciendas que eran del marqués don Francisco Pizarro, que eran riquísimas. Lo mismo hizo de los indios del capitán Diego de Rojas, y de Peranzures, y de Gabriel de Rojas, y de Garcilaso de la Vega, y de todos los demás vecinos de aquella villa que todos los más eran amigos de los Pizarros. Otro mensagero envió a la provincia Chachapuya, donde andaba Alonso de Alvarado pacificándola. El cual luego que vió las provisiones de don Diego, y sus cartas, aunque en ellas le hacía grandes promesas, si le obedecía, y grandes amenazas si le contradecía, dió por respuesta prender al mensagero, y persuadir a cien españoles que consigo tenía, que siguiesen y sirviesen a su magestad, y con consentimiento dellos alzó bandera. Y aunque don Diego le escribió con otros mensageros, nunca le quiso obedecer; antes le respondió que no le recibiría por gobernador hasta ver expreso mandato de su magestad para ello. Y que su magestad no lo mandaría, y que él esperaba con el ayuda de Dios y

de los suyos, vengar la muerte del marqués y castigar el desacato que a su magestad hasta entonces se había hecho. Todo esto hizo Alonso de Alvarado confiado en la aspereza de aquella provincia, que como otras veces hemos dicho, es asperísima, y esperaba Alvarado, aunque tenía poca gente, defenderse hasta que se juntasen otros del bando de Pizarro a servir al emperador, que bien sabía que habían de acudir muchos; y así estuvo esperando lo que sucediese, haciendo llamamiento a la gente que por la costa hubiese. Donde lo dejaremos por decir de otros que hicieron lo mismo. Los mensageros que con las provisiones y poderes de don Diego de Almagro fueron al Cosco, no se atrevieron de hacer de hecho insolencia alguna como habían hecho en otras partes, que aunque en aquella ciudad había muchos de su valía, había muchos más del servicio del rey, y eran hombres más principales, ricos y poderosos, que tenían repartimientos de indios; y los de don Diego eran pobres soldados recien entrados en la tierra que deseaban semejantes revueltas para medrar ellos también. Eran alcaldes a la sazon en aquella ciudad, Diego de Silva, ya otra vez por mí nombrado, hijo de Feliciano de Silva, natural de Ciudad Rodrigo, y Francisco de Carvajal, que después fué maese de campo de Gonzalo Pizarro.

Los cuales habiendo visto las provisiones, que por no irritar a los del bando de don Diego a que hiciesen algún desatino, respondieron, y todo el cabildo con ellos, no contradiciendo ni obedeciendo, y dijeron que para hecho tan solemne, era necesario que don Diego enviara poder más bastante del que envió, y que luego que lo enviase lo recibirían por gobernador. Esto dijeron con determinación de no recibirle, más de entretenerle para que hubiese tiempo y lugar de juntarse los que de su bando estaban ausentes, que los más estaban fuera de la ciudad en sus repartimientos y minas de oro, que casi todos los repartimientos del Cosco las tienen. (6)



(6) Véase Herrera Ob. cit Década VI, lib X. c VII-VIII Pedro Pizarro, ob cit. Col. cit. t. VI. Zárate ob. cit. lib. IV, c. X, XIV y XX Cieza de Leon. *Guerra de Chupas* c. XXXIV p. 121. Edición Madrid 1881.

CAPITULO XI

PREVENCIONES QUE LOS VECINOS DEL COSCO HACEN EN SERVICIO DE SU REY. Y LAS QUE DON DIEGO HACE EN SU FAVOR. Y EL NOMBRAMIENTO DE VACA DE CASTRO EN ESPAÑA POR JUEZ DE LO SUCEDIDO EN EL PERU

GOMEZ de Tordoya, que era de los principales del cabildo del Cosco. no se halló en la ciudad cuando llegaron las provisiones y poder de don Diego de Almagro. Era ido a caza siete u ocho días había: los suyos le hicieron mensagero, avisándole de lo que pasaba. Luego que leyó la carta con el dolor de la muerte del marqués, que era muy grande amigo y servidor suyo. torció la cabeza al halcon que llevaba diciendo más tiempo es de guerra a fuego y sangre. que no de caza y pasatiempos; porque como hombre discreto, entendió que aquellos sucesos habían de causar grandes revueltas y crueles muertes. Fuése luego a la ciudad y entró en ella de noche por no escandalizar los contrarios, y habló a los más principales de su cabildo, y les dijo que les convenía convocar la gente de Arequepa y de los Charcas, y de toda aquella tierra adelante del Cosco al Mediodía, y juntar los españoles que andaban derramados: que hiciesen mensageros con el aviso de lo que pasaba, y que él seria uno de los correos. Concluído esto se salió de la ciudad aquella misma noche, y fué en busca del capitán Nuño de Castro que estaba cerca de la ciudad, quince o veinte leguas en sus indios; y ambos despacharon mensageros a Pedro Anzures, y a Garcilaso de la Vega con aviso de todo lo hasta allí sucedido, y que viniesen al Cosco para juntarse allí todos los servidores de su magestad, y acudir a su servicio como leales vasallos. Despachado este recaudo, se partió Gomez de Tordoya a toda diligencia en seguimiento del capitán Pedro Alvarez Holguin, que con más de cien españoles había ido al Levante de el Collao, a la conquista de unos indios que hay en aquellas partes, que aun hasta ahora no se han conquistado. Con la diligencia que hizo lo alcanzó, y dió cuenta de la muerte del marqués, y como don Diego de Almagro pretendía ser gobernador de aquel imperio Que le suplicaba tomase la empresa y el cargo de tan justa demanda en servicio de Dios y del rey. Que hubiese por bien de ser cabeza y caudillo de la gente que se le juntase; y

para más le obligar le dijo, que él se ofrecía desde luego a ser el primero y el menor de sus soldados. Pedro Alvarez viendo la honra que se le seguía, y cuán justa era la demanda, aceptó el partido, y luego alzó bandera por su magestad, y envió mensageros a los Charcas y Arequepa, dándoles cuenta de su pretensión, y cómo se iba poco a poco con la gente que tenía, hacia el Cosco, para que los que fuesen en pos dél le alcanzasen antes que entrasen en la ciudad. Los mensageros encontraron muchos de los que venían de Arequepa y de los Charcas, que ya toda la tierra estaba alborotada con la nueva confusa que la fama había llevado de la muerte del marqués. Los de Arequepa y de los Charcas se juntaron con Pedro Alvarez Holguin, y fueron al Cosco casi doscientos hombres. Lo cual sabido por los que en aquella ciudad había del bando de don Diego, temiendo no se hiciese en ellos algún riguroso castigo, huyeron una noche más de cincuenta de ellos juntos, con intención de juntarse con don Diego. No iba entre ellos hombre alguno de cuenta. Tras ellos salieron el capitan Nuño de Castro, y el capitan Hernando Bachicao con veinte arcabuceros a la ligera; y dándoles una trasnochada, los prendieron y volvieron al Cosco sin hacerles otro mal. Entretanto llegó Pedro Alvarez Holguin a la ciudad con la buena compañía que traía, donde venían muchos caballeros muy principales. El cabildo del Cosco los recibió con mucho contento; y luego entre los de la ciudad y los que vinieron, se trató elegir capitan general; porque Pedro Alvarez Holguin entrando en ella, renunció el cargo que traía de capitan. Hubo en la elección alguna tardanza y diversidad, no por pasión, sino por comedimiento que entre ellos hubo, porque había muchos caballeros iguales en calidad y que merecían aquel oficio y otros mayores. Más de comun consentimiento de los que vinieron, y de los que estaban en la ciudad, fué elegido y jurado Pedro Alvarez Holguin, por capitan general y justicia mayor del Perú, hasta que su magestad mandase otra cosa. Pudieron hacer esto con buen título los de aquella ciudad; porque a falta de gobernador nombrado por su magestad, podía el cabildo del Cosco (como cabeza de aquel imperio) nombrar ministros para la guerra y para la justicia, entre tanto que su magestad no los nombraba. Eligieron a Gomez de Tordoya por maese de campo; y a Garcilaso de la Vega y a Pedro Anzures por capitanes de caballo, y a Nuño de Castro, y a Hernando Bachicao por capitanes de infantería; y a Martín de Robles por alférez del estandarte real.

Pregonaron guerra contra don Diego de Almagro, y los vecinos del Cosco se obligaron a pagar a su magestad todo lo que Pedro Alvarez Holguin gastase en la guerra de la hacienda real con los soldados si su magestad no lo hubiese por bien gastado. Demás de afianzar y obligarse en particular por la hacienda real, los del Cosco ofrecieron sus personas y haciendas; lo mismo hicieron los vecinos de los Charcas y de Arequepa; y hubo tanta prontitud y buen ánimo en todos al

El Licenciado D. CRISTOBAL VACA de CASTRO



El licẽ vaca
Castro

servicio de su magestad, que en breve tiempo se juntaron más de trescientos y cincuenta hombres de guerra, capitanes y soldados escogidos. Los ciento y cincuenta fueron de a caballo, y los ciento arcabuceros, y los otros ciento piqueros. Tuvo noticia Pedro Alvarez Holguín que Alonso de Alvarado alzó bandera en los Chachapuyas por el emperador, de que él y toda su gente recibieron mucho contento; porque temían que toda la tierra de Rimac a Quitu estaba por don Diego de Almagro. Supieron asimismo que don Diego iba al Cosco a darles batalla, y que llevaba más de ochocientos hombres de guerra; lo cual consultado entre los capitanes, les pareció que no era seguro esperarle en el Cosco, sino irse a juntar con Alonso de Alvarado por el camino de la sierra, por escusar de encontrase con don Diego de Almagro, y por ir recogiendo los amigos y servidores que habían sido del marqués, que andaban huídos de don Diego por las sierras y montes de aquel largo camino. Con esta determinación salieron del Cosco dejando en ella la gente inútil para que pareciese que quedaba por aquellos aquella ciudad. Dejáronle nombrada justicia que la gobernase: caminaron bien apercibidos con sus corredores delante, que descubriesen la tierra con determinación de pelear con don Diego sino pudiesen hurtarle el cuerpo. Entre tanto que estas cosas se ordenaban en el Cosco, don Diego de Almagro y sus capitanes no estaban ociosos en la ciudad de los Reyes: supieron por cartas secretas de sus amigos lo que Pedro Alvarez Holguin había hecho, y cómo determinaba irse por la Sierra a juntarse con Alonso de Alvarado, porque no tenía gente para resistirle. Entonces determinó don Diego con el parecer de sus capitanes, que le saliesen al encuentro: para lo cual envió a llamar a toda priesa a su capitan García de Alvarado que andaba por la costa de Trujillo abajo, juntando gente, armas y caballos. El cual, visto el orden de don Diego, le obedeció, aunque había determinado ir a los Chachapuyas sobre Alonso de Alvarado, que le parecía serle superior. Con la venida de García de Alvarado, salió don Diego de la Ciudad de los Reyes para ir al Cosco contra Pedro Alvarez Holguin. Llevó trescientos de a caballo muy bien aderezados, y ciento y veinte arcabuceros, y más de ciento y sesenta piqueros, que por todos eran casi seiscientos hombres, gente escogida. Entre ellos iban muchos caballeros muy nobles y ricos de los que prendió don Diego cuando mató al marqués.

A la partida, (porque no le quedasen enemigos atrás, ni los del bando del marqués alzasen por cabeza a sus hijos, como los del bando de su padre habían hecho a él) echó de la tierra a los hijos del marqués, y de Gonzalo Pizarro; y para saber si el marqués había dejado algún tesoro secreto, dió un gran tormento a su secretario Antonio Picado; y no habiendo sacado nada dél, mandó ahorcarlo; con lo cual le pagaron la medalla que sacó para los de Chili. Hecho esto, caminó para el Cosco guardando gran orden militar en su viaje. Dejarlo hemos en

su camino, y a Pedro Alvarez Holguin en el suyo, por dar cuenta de lo que su magestad imperial proveyó en España cuando supo las revueltas que en el Perú pasaron hasta la muerte de don Diego de Almagro, el viejo. Eligió su magestad al licenciado Vaca de Castro, que era uno de los del consejo real, para que fuese a hacer información sobre la muerte de don Diego de Almagro, no innovando cosa alguna en el gobierno del marqués; pero también llevaba comisión para que fuese gobernador de la tierra, si el marqués en el entre tanto muriese. Este insigne varón (como sus obras lo dirán) fué natural de la ciudad de León, de la familia de los Vaca de Castro y Quiñones, apellidos nobilísimos, que entre otras muchas semejantes hay en aquella real ciudad.

Embarcóse en Sevilla para el Perú, y con dificultades que en este mar del Norte tuvo, llegó al Nombre de Dios más tarde que se imaginó: de allí pasó a Panamá, donde se embarcó para el Perú en un navío, no tan bien aliñado como fuera menester para apresurar el viaje de una comisión tan grave y tan importante como la que llevaba; porque a pocas leguas de su navegación pararon en la costa por serles el viento contrario. Y tanto lo fué que se les perdió una ancla, y por falta della llevaron las corrientes al navío, y dieron con él en el seno de la Gorgona, por la isla que allí hay deste nombre: malísimo seno para salir dél cualquier navío que en él caiga, principalmente si va hacia el Perú. Por lo cual el licenciado Vaca de Castro habiendo esperado si aprovechaban las diligencias que sus marineros hacían para salir del seno, y viendo que todas les eran vanas, acordó irse por tierra ya que no podía por mar. Fué un camino muy largo y muy trabajoso, donde el licenciado se detuvo más de lo que quisiera por la aspereza de las montañas, ríos grandes y sierras ásperas que pasó, con falta de salud y de mantenimientos, cuya tardanza también fué parte para que don Diego de Almagro apresurara la venganza de la muerte de su padre, pues se dilataba el castigo de su magestad. Con las dificultades dichas llegó el licenciado Vaca de Castro a los términos de Quitu, donde estaba Pedro de Puelles por teniente de Gonzalo Pizarro. Luego que se vió en tierra de su gobernación, y supo lo que en todo el Perú pasaba (que los bandos habían hecho) escribió a todas partes dando cuenta de su llegada y de los poderes que de su magestad llevaba, para que lo recibiesen por su gobernador. Envió comisión a todas las ciudades del Perú, nombrando por jueces dellas a los que lo informaron, que eran personas libres de las pasiones del un bando y del otro. (7)

---

(7) Véase Cieza de Leon. *Guerra de Chupas* c. XXXV. *Crónica– Primera Parte* c. LXXXV; Zárate. ob. cit. lib. IV. c. XVI– XVIII.

CAPITULO XII

RECIBEN LOS DEL RIMAC Y OTRAS PARTES A VACA DE CASTRO POR GOBERNADOR. PERALVAREZ Y LOS SUYOS HACEN UN TRATO DOBLE A DON DIEGO DE ALMAGRO, Y SE JUNTAN CON ALONSO DE ALVARADO

ENTRE las provisiones que despachó el licenciado Vaca de Castro, la que fué a la ciudad de los Reyes fué dirigida a fray Tomás de San Martín, provincial que entonces era de la orden de Santo Domingo, y a Francisco de Barrio-Nuevo, y a Gerónimo de Aliaga, para que entre tanto que el llegaba, entendiesen en la gobernación de aquella ciudad, y de las demás que adelante había.

Los despachos se dieron en el convento de Santo Domingo, pocos días después que don Diego salió de aquella ciudad, donde (aunque el padre provincial estaba ausente, porque don Diego lo había llevado consigo por autorizar su empresa con tal persona) se juntó el cabildo de noche, y de comun consentimiento obedecieron las provisiones, y recibieron al licenciado Vaca de Castro por gobernador de aquel imperio y a Gerónimo de Aliaga, por su teniente; porque también las provisiones venían para él. Hecho este auto, los vecinos se huyeron luego a Trujillo, porque don Diego estaba cerca y le temían. El cual sabida la novedad de aquella ciudad, estuvo por revolver sobre ella, y saquearla, quemarla y echarla por tierra, porque tan presto le hubiese negado. Más no se atrevió porque Pedro Alvarez Holguín no se le pasase entre tanto, que era la presa que él más deseaba hacer, y la que más le importaba. Por este miedo siguió su camino en busca de Pedro Alvarez Holguín, más no le faltaron zozobras; porque sabiéndose en su ejército que el gobernador de su magestad estaba en la tierra, se le huyeron muchos de los más principales, y entre ellos el padre Provincial Juan de Saavedra, el fator Illen Suarez de Carvajal, Diego de Agüero y Gomez de Alvarado. Don Diego pasó adelante con todos estos contrastes, y para mayor pérdida y daño suyo, le

CAPITULO XIII

EL GOBERNADOR ELIGE CAPITANES. ENVIA SU EJERCITO DELANTE. PROVEE OTRAS COSAS NECESARIAS EN SERVICIO DE SU MAGESTAD. CUENTASE LA MUERTE DE CRISTOBAL DE SOTELO POR GARCIA DE ALVARADO, Y LA DE GARCIA DE ALVARADO POR DON DIEGO DE ALMAGRO

PEDRO Alvarez Holguin, y sus capitanes y soldados, demás de la obediencia que en ausencia dieron al gobernador, le obedecieron de nuevo con solemne auto público por escrito, y le entregaron el ejército, deponiendo los capitanes sus oficios y banderas en sus manos. Lo mismo hicieron los regidores, y la justicia de aquella ciudad de Trujillo. El gobernador los recibió como decía; y de nuevo, en nombre de su magestad, les confirmó a todos en los oficios de paz y de guerra que antes tenían. Nombró seis capitanes de a caballo, que fueron Pedro Alvarez Holguin y Alonso de Alvarado, Pedro Anzures, Gomez de Alvarado, Garcilaso de la Vega y Pedro de Puelles. Nombró por capitanes de arcabuceros a Pedro de Vergara, y a Nuño de Castro y a Juan Velez de Guevara, que con ser letrado, era muy buen soldado y hombre de tanta industria, que el mismo había entendido en hacer los arcabuces, con que se hizo la gente de su compañía, sin que por esto dejase de entender en las cosas de las letras; porque así en este tiempo, como en las revueltas de Gonzalo Pizarro (que adelante se tratará) aconteció ser nombrado por alcalde, y hasta medio día andaba en hábito de letrado, honestamente compuesto, y hacía sus audiencias y libraba los negocios; y de medio día abajo se vestía en hábito de soldado con calzas y jubon de colores, recamado de oro y muy lucido, y con pluma y cuera y su arcabuz al hombro, ejercitándose él y su gente en tirar.

Hasta aquí es de Zárate, libro cuarto, capítulo quince, donde muestra bien que se pueden ejercitar juntamente ambos oficios por

los capaces dellos. Nombró a Hernando Bachicao por capitan de piqueros, y a Francisco de Carvajal por sargento mayor, el que después fué maese de campo de Gonzalo Pizarro. Nombró por maese de campo a Gomez de Tordoya, y el estandarte real reservó para sí por hacer oficio de general. Con los capitanes y ministros nombrados, envió el gobernador su ejército delante, en que iban por todos setecientos hombres, los trescientos y setenta arcabuceros, y ciento y sesenta piqueros, y los demás de a caballo. Mandó que el capitan Pedro de Puelles fuese delante con treinta de a caballo descubriendo el campo, y fuese por el camino de la sierra y no pasasen de Sausa, sino que le esperasen allí, porque él pretendía ir por la costa a la ciudad de los Reyes. Ordenó asimismo, que Diego de Mora quedase por teniente de gobernador, y por capitan para la guerra.

Proveído esto, fué a la ciudad de los Reyes, donde recogió las armas y la gente que de todas partes le acudía: y dejando en ella por su teniente a Francisco de Barrio-Nuevo; por capitan de la mar a Juan Perez de Guevara, se partió para Sausa en seguimiento de su ejército. Dejó mandado que si don Diego de Almagro bajase a la Ciudad de los Reyes, el capitan Juan Perez de Guevara, y el teniente Francisco de Barrio-Nuevo, embarcasen en los navíos que en el puerto había, las mujeres y hijos de los vecinos de aquella ciudad, y la gente inútil della; porque el enemigo no los maltratase, que él vendría en seguimiento de don Diego.

Dejarlo hemos en su camino por decir lo que entre tanto sucedió en el Cosco entre los Almagros que no se contentaban la discordia de echar fuego en ambos bandos, sino que la envidia ayudaba a meter zizaña y derramar sangre en un mismo bando, y en los mayores y más principales dél; porque no se contentan estas fieras con los menores. Yendo caminando don Diego de Almagro hacia el Cosco, como atrás dijimos, eligió por muerte de Juan de Rada a Cristobal de Sotelo y a García de Alvarado para consejeros y ministros más allegados a su persona y de más autoridad en su ejército. Envió delante a Cristobal de Sotelo con gente escogida para que fuese al Cosco y tomase la posesión de aquella ciudad, y la redujese a su devoción y servicio, para que lo recibiese cuando él fuese a ella. Sotelo cumplió su mandato, y se entregó en el Cosco porque no halló defensa que le pudiese resistir. Quitó los ministros de justicia que Pedro Alvarez dejó, y puso otros de su bando. Recogió el bastimento que pudo, que lo daban los indios al un bando y al otro de lo que ellos habían de comer, y se quedaban a morir de hambre. Don Diego, llegado al Cosco, hizo mucha pólvora y muy fina, porque en aquel distrito hay salitre más fino que en otra parte del Perú. Fundió artillería con la industria y buena maña de ciertos levantiscos, que así llaman en Indias a los griegos, los cuales le acudieron de muy buena voluntad, por respeto de Pedro d Candia, que por los agravios que atrás dijimos que Hernando Pizarro le hizo,

se había pasado al bando de don Diego de Almagro. Hicieron mucha y muy buena artillería, que también hay en aquel imperio mucho metal para ella; hizo capitan de la artillería a Pedro de Candia. Hicieron asimismo los levantiscos, con el ayuda de los indios plateros, muchos morriones y coseletes de plata y cobre mezclado que salieron muy buenos. El príncipe Manco Inca, que estaba en las montañas desterrado por su voluntad, acordándose de la amistad que con don Diego de Almagro el viejo tuvo, quiso favorecer a su hijo no más de con lo que tenía en su poder, que eran cotas, coracinas, celadas, lanzas y espadas, sillas ginetas, despojos de los españoles que los indios, durante el cerco del Cosco, mataron por los caminos.

De todo lo cual envió el Inca a don Diego mucha cantidad, que de solo cotas y coracinas le llevaron doscientas piezas. En medio de estas prosperidades que don Diego sentía, que todo se le ordenaba mejor que él lo podía pedir, le sucedió un caso de los que la discordia en todas partes procura sembrar. Y fué, que como Cristobal de Sotelo y García de Alvarado, eran las cabezas y miembros principales de aquel ejército, en lugar de unirse y confirmarse para asertar mejor las cosas que ordenaban y proveían, para haber aquel imperio como lo pretendían, se desavenían en toda cosa por pequeña que fuese. De lo cual resultó que andaban ya pocos menos que enemigos declarados, porque en sus pechos y entrañas ya lo estaban; y de tal manera que un día acertaron a reñir en pública plaza: anduvieron en la pendencia tan ejecutivos, que donde pensaron que no fuera nada, mató García de Alvarado a Cristobal de Sotelo. Y como eran los dos tan principales, tenían muchos amigos que acudieron a la pendencia, donde hubo grande alboroto; y se mataran muchos si don Diego no acudiera. El cual con palabras muy mansas y discretas, apaciguó los bandos; pero no dejó de sentir mucho la muerte de Sotelo, porque en todas ocasiones le acudía con mucho ánimo y prontitud; pero disimuló por entonces, reservando el castigo para cuando se ofreciese ocasión. Lo cual no dejó de sospechar García de Alvarado, porque don Diego por mucho que procuraba disimular su enojo, no podía encubrirlo tanto que García de Alvarado no lo sintiese. De donde resultó que temiendo su mal, y viendo que no podía hallar remedio para aplacar a don Diego, andaba muy recatado; más viendo que su recato a la corta o a la larga no le había de aprovechar, determinó matarle, para con su muerte alcanzar del gobernador perdón de sus delitos y de sus amigos. Y consultándolo con algunos dellos de los más confiados, acordaron que García de Alvarado hiciese un banquete solemne y convidase a don Diego, que teniéndole en su casa y entre sus amigos le podrían matar facilmente. Convidaron a don Diego para tal día, y el aceptó el convite, por no dar a entender su pasión tan al descubierto. Pero imaginando como discreto qué era lo que podía ser, se fingió mal dispuesto el día del banquete para no ir a él. En este paso dice Agustín de Zárate lo que se sigue:

Y como esto vió García de Alvarado, que todo lo necesario tenía puesto a punto, determinó ir bien acompañado de sus amigos a importunar a don Diego que fuese al convite, y en el camino le sucedió, que diciendo él a un Martin Carrillo a lo que iba, le respondió que no fuese de su parecer allá, porque entendía que lo habían de matar, y otro soldado le dijo casi lo mismo; lo cual todo no bastó para que dejase de ir y don Diego estaba echado sobre la cama, y dentro del aposento tenía ciertos caballeros armados secretamente. Y como García de Alvarado entró con su gente en la recámara, le dijo: levántese vuesa señoría, que no será nada la mala disposición, e irse ha a holgar un rato, que aunque coma poco haranos cabeza. Don Diego dijo que le placía y pidiendo su capa se levantó, porque estaba recostado en cuerpo con su cota, y espada, y daga. Y comenzando a salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Alvarado que iba delante de don Diego, Juan de Rada que tenia la puerta la cerró, porque era de golpe, y se abrazó con García de Alvarado, y dijo: sed preso; y don Diego echó mano a su espada y le hirió, diciendo: no ha de ser preso sino muerto; y luego salieron Juan Balsa, y Alonso de Saavedra, y Diego Mendez, hermano de Rodrigo Orgoñez y otros de los que estaban en retaguardia, y le dieron tantas heridas que lo acabaron de matar; y sabido por la ciudad, comenzó a haber algún alboroto; pero como don Diego salió a la plaza, apaciguó la gente: caso que huyeron algunos amigos de García de Alvarado. etc.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, lib. 4, cap, 14. Y lo mismo dice Francisco Lopez de Gomara, casi por las propias palabras, cap. 149. El otro soldado que Zárate dice, que avisó a García de Alvarado que no fuese, y no le nombra, se llama Agustín Salado. Y decir que Juan de Rada cerró la puerta, fué yerro de pluma, porque en otra parte ha dicho que murió en Sausa, como ello fué.

El que la cerró se llamaba Pedro de Oñate, y por este servicio hecho tan a tiempo, le hizo don Diego su maese de campo.

CAPITULO XIV

DON DIEGO DE ALMAGRO SALE EN BUSCA DE EL GOBERNADOR. Y GONZALO PIZARRO, HABIENDO PASADO INCREIBLES TRABAJOS SALE DE LA CANELA

PASANDO días después de apaciguada la muerte de García de Alvarado determinó don Diego salir al encuentro al gobernador Vaca de Castro, porque supo que había salido de la ciudad de los Reyes en demanda suya. Quería darle a entender que no le temía, antes debía ser temido dél, por la mucha y muy lucida gente que tenía, que eran setecientos españoles, los doscientos arcabuceros, y doscientos y cincuenta piqueros, entre los cuales muchos llevaban alabardas: tuvo doscientos cincuenta caballos armados con cotas y coracinas, y muchos dellos con los arneses que labraron; gente como diçe Gomara, capítulo ciento y cuarenta y nueve, tan bien armada no la tuvo su padre ni Pizarro. Tenía también mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios.

Hasta aquí son palabras de Gomara; poco más abajo dice, llevó por su general a Juan Balsa y por maese de campo a Pedro de Oñate, &c.

Con esta gente y aparato salió don Diego de Almagro en busca del gobernador Vaca de Castro para darle batalla. Caminó cincuenta leguas hasta ponerse en la provincia que llaman Villca, donde supo que no estaba el ejército real treinta leguas de allí.

Dejaremos los unos y los otros para volver a Gonzalo Pizarro, que lo dejamos a él y a los suyos en mayores trabajos y necesidades, pues peleaban con ríos caudalosísimos, con los cienos y pantanos, que no se podían vadear, con montañas increíbles, de bravas y ásperas, donde hay árboles tan grandes, como lo dice Gomara en el fin del capítulo ochenta y cinco, contando el descubrimiento que Vicente Yañez Pinzon hizo de aquella tierra; y habiendo contado lo que en

ella sucedió al descubridor, dice por última de las monstruosidades que en ella vieron estas palabras.

Trajeron los descubridores cortezas de ciertos árboles que parecía canela, y un cuero de aquel animal que mete los hijos en el pecho; y contaban por gran cosa haber visto árbol que no le abrazaran diez y seis hombres, &c.

Sin estas dificultades peleaban los del Gonzalo Pizarro con la hambre, enemiga cruel de hombres y animales, que tantos dellos ha consumido en aquella tierra inhabitable. Gonzalo Pizarro, como atrás dijimos, acordó volverse al Perú, apartándose del río al Septentrion de él, y caminó por tierras y montañas, no mejores que las pasadas donde abrían los caminos a fuerza de brazos, comiendo yerbas y raíces, y fruta silvestre; y era muy poca la que hallaban, y cuando la hallaban se tenían por bien andantes. Por los lagos, ciénagas y pantanos pasaban los enfermos y enflaquecidos a cuestas; y el que más trabajaba en todo esto era Gonzalo Pizarro y sus capitanes, por dar ánimo y esfuerzo a los suyos a que les imitasen. Así caminaron más de trescientas leguas, sin salir de las dificultades que hemos dicho, ni menoscabárseles los trabajos que se han referido; donde podrá cada uno imaginar cuántos y cuán grandes serían los que pasaron en las cuatrocientas leguas de ida, y en estas trescientas de vuelta, donde fué la hambre tanta, que para resistirla fueron matando los caballos, como les iba forzando la necesidad, hasta que los acabaron todos. Y antes se habían comido los lebreles y alanos que llevaban, que como en nuestra Florida dijimos, han sido de mucho provecho en las conquistas de las Indias: comiéronselos todos. Y como dice Gomara, capítulo ciento y cuarenta y cuatro, estuvieron por comerse los españoles que se morían, conforme al mal uso de los bárbaros de aquellas montañas, &c.

Perecieron de hambre muchos indios y españoles, que aunque la carne de los caballos se repartía por todos, era poca, los sustentaba con la yerba que comían; pero faltándoles aquel socorro morían más apriesa: quedábanse por los caminos, indios y españoles de tres en tres, y de cuatro en cuatro, más y menos, metidos por aquellas montañas vivos, que no podían caminar, (como dijimos de la jornada de Garcilaso de la Vega), que los desamparaban a mas no poder.

Uno de los trabajos mayores que sintieron y pasaron fué la falta de la sal, que en más de doscientas leguas, como dice Zárate, libro cuarto, capítulo quinto, no hallaron rastro della, que como iban por tierras inhabitables, ni la hallaban, ni había quien les dijese con qué podrían socorrer la falta de la sal, que los relajaba y los descoyuntaba, para no poderse valer, ni trabajar, ni caminar; y así se quedaban vivos podridos, y hediendo, como dijimos en la Historia de la Florida, en otra necesidad de sal que allí tuvieron. Con las muchas aguas del cielo y de la tierra, andaban siempre mojados, y se les pudrió la ropa

de vestir cuanta llevaban vinieron a andar en cueros del mayor al menor, sin tener con qué cubrirse. Las vergüenzas cubrían con hojas de árboles de que hacían unos cintos, que les rodeaba todo el cuerpo, y les cubría atrás y adelante. Valíales mucho para poder pasar la desnudez ser aquella región muy caliente; pero zarzas, espinas y otras matas de aquellas bravas montañas, (que cortaban a golpe de hacha) los maltrataron cruelmente con garranchos, que parecían ir desollados.

Fueron tantos y tan crueles los trabajos y falta de comida que Gonzalo Pizarro y los suyos pasaron, que murieron de hambre (que fué la plaga que los consumió) los cuatro mil indios que entraron en este descubrimiento, y entre ellos el indio querido de Gonzalo Pizarro, que quitó las lanzas a los dos caballeros, como atrás queda dicho, cuya muerte sintió y lloró Gonzalo Pizarro, como si fuera la de uno de sus hermanos, y así lo dijo muchas veces: murieron así mismo doscientos y diez españoles de trescientos y cuarenta que entraron, sin los cincuenta que llevó Francisco de Orellana. Los ochenta que quedaron vivos (pasadas las trescientas leguas de montañas) llegaron a unas tierras más abiertas de monte, de menos aguas, donde hallaron alguna caza de aves y animales, entre los cuales había venados, de los cuales mataron los que pudieron con las ballestas y con los arcabuces, con alguna pólvora que pudieron reservar, de cuyos pellejos hicieron calzoncillos cortos, siquiera para cubrir las vergüenzas, que para más no había: las espadas llevaban sin vaina, todas hechas una herrumbre, y ellos a pie y descalzos, tan negros, secos y flacos, que unos a otros no se conocían así llegaron a los términos de Quitu. Besaron la tierra dando gracias a Dios que les hubiese escapado de tantos y de tan grandes trabajos y peligros. Entraban en la comida con tanto deseo de hartarse, que fué necesario que ellos mismos se tasasen para no reventar de ahitos. Otros que eran de diferente complexión, no podían comer lo que quisieran, porque el estómago habituado al ayuno y abstinencia, no quería recibir lo que le daban.

Avisaron a la ciudad de Quitu de como iban, la cual (con las guerras de don Diego de Almagro, donde habían acudido los más principales de sus vecinos) estaba medio despoblada. Pero esos que había, se esforzaron a enviar ropa de vestir a Gonzalo Pizarro y a los suyos, que era la necesidad mayor que traían; más como los de la ciudad eran pocos, y con las guerras había falta de mercaderes, no pudieron juntar toda la ropa que quisieran.

Juntaron seis vestidos, acudiendo cada uno con lo que tenía, capa o sayo, jubon o calzas, gorra o sombrero, y camisas, siquiera para que se vistiera Gonzalo Pizarro, y otros cinco de los más principales: porque para todos fué imposible enviarles recaudo.

Lleváronles una docena de caballos, que no hubo más; porque todos los habían llevado cuando fueron a servir a su magestad contra

don Diego de Almagro. Con los caballos enviaron mucha comida: quisieran enviarles todos los regalos del mundo, porque Gonzalo Pizarro fué uno de los más bien quistos que hubo ni habrá en el Perú, que con su nobilísima condición se hacía querer de los extraños, cuanto más de los suyos.

Eligieron una docena de los más principales que en la ciudad había que llevasen aquel recaudo. Ellos fueron y hallaron a Gonzalo Pizarro más de treinta leguas de la ciudad, donde los unos y los otros se recibieron con mucho regocijo y muchas lágrimas, que no se determinó entonces de cual de estas dos cosas hubo más abundancia. Gonzalo Pizarro y los suyos recibieron a los de Quitu con grandísima fiesta y regocijo, porque en los trabajos pasados nunca imaginaron verse en aquel punto. Los de la ciudad lloraron de lástima y de dolor de ver cuales venían, y saber que los que faltaban habían perecido de hambre, y que los más quedaron vivos, desamparados por aquellas montañas. Consoláronse unos a otros, viendo que en lo pasado no había remedio, y que las lágrimas aprovechaban poco. (9)



(9) La expedición al pais de la Canela realizada por Gonzalo Pizarro, ha sido narrada extensa y minuciosamente por Pedro Cieza de Leon en la 5ª parte de su Crónica General del Perú, que lleva el título de *Guerra de Chupas*. Véase los Capítulos XIX al XXIII. Edición de Madrid, 1881.

CAPITULO XV

GONZALO PIZARRO ENTRA EN QUITU. ESCRIBE AL GOBERNADOR OFRECIENDOLE SU PERSONA Y SU GENTE, Y LO QUE SE LE RESPONDE Y LOS PARTIDOS QUE EL GOBERNADOR OFRECE A DON DIEGO DE ALMAGRO

GONZALO Pizarro y sus capitanes y soldados recibieron las dádivas y el regalo con el agradecimiento debido; más viendo que en los vestidos y cabalgaduras no había más que para los capitanes, no quisieron, (como lo dice Zárate, libro cuarto, capítulo quinto) mudar trage, ni subir a caballo, por guardar en todo igualdad como buenos soldados; y en la forma que hemos dicho, entraron en la ciudad de Quitu una mañana, yendo derecho a la Iglesia a oir misa, y dar gracias a Dios que de tantos males los había espacado.

Hasta aquí es de Zárate, donde falta lo que se sigue, que lo oí a personas que lo vieron. Y fué que los doce personages que llevaron el presente a Gonzalo Pizarro, viendo que ni él ni sus capitanes, no habían querido vestirse, ni subir en los caballos, y que determinaban entrar en la ciudad asi como iban desnudos y descalzos, acordaron ponerse ellos también en el mismo trage, desnudos y descalzos, por participar de tanta honra, fama y gloria, como merecían los que habían pasado, sufrido y vencido tantos y tan grandes trabajos. Y así entraron todos igualmente; lo cual fué muy agradecido de la ciudad a sus embajadores. Oída la misa recibieron a Gonzalo Pizarro con las fiestas que le pudieron hacer, mezclada de contento y regocijo de verle vivo a él y a los suyos, y de lástima y dolor de verlos tales. Fué esta entrada a los principios de junio del año de mil y quinientos y cuarenta y dos, habiendo gastado en la jornada dos años y medio de tiempo, aunque un autor por yerro de letra, dice que tardaron en ir y volver año y medio. Pararon en la ciudad, donde cada uno remedió su necesidad como mejor pudo; y Gonzalo Pizarro habiendo sabido

la muerte del marqués su hermano, y el levantamiento de don Diego de Almagro, y su inobediencia contra su magestad, y la venida del licenciado Vaca de Castro por gobernador de aquel imperio y que iba contra don Diego con gente armada, con todos los amigos y valedores del marqués su hermano, pareciéndole que no era razón que el faltase del servicio de su magestad, y de la compañía de todos aquellos caballeros, que los más habían sido sus compañeros y camaradas, escribió al gobernador, dándole cuenta de su viage, y ofreciéndole su persona y su gente para servirle como uno de sus soldados.

El gobernador le respondió admitiendo su voluntad y buen ánimo en el servicio de su magestad para remunerárselo en su nombre, y agradeciendo muy mucho de su parte el socorro que con su persona y con gente tan calificada en los trabajos de la milicia le ofrecía. Pero que de su parte le rogaba, y en nombre de su magestad le mandaba, se estuviese en Quitu y descansase de los trabajos pasados: que a su tiempo le avisaría para que fuese a servir a su magestad.

No quiso el gobernador que Gonzalo Pizarro fuese a su ejército, porque no desconfiaba de hacer algún buen partido con don Diego de Almagro, y no quería venir a rompimiento de batalla, porque temía que según aquellos bandos estaban apasionados, la pelea había de ser destrucción de los unos y de los otros, y que quería como prudente escusar la mortandad de tantos.

Parecíale que si Gonzalo Pizarro estuviese en su ejército, don Diego no querría aceptar ni escuchar partido alguno de los que le ofreciesen, ni osaría meterse en poder del gobernador, temiendo que Gonzalo Pizarro no hiciese alguna cruel venganza en él; porque sabía cuan bien quisto era de todos, y que forzosamente había de ser el todo de aquel ejército.

Esta fué la intención del gobernador· algunos maliciosos no admitiéndola por bastante, decían, que temia, que si Gonzalo Pizarro viniese al real, de comun consentimiento le alzarían por general, según era amado de todos, y también por su esfuerzo y valentía y su mucha soldadesca.

Gonzalo Pizarro obedeció lo que el gobernador le envió a mandar, y se estuvo en Quitu hasta que se acabó aquella guerra. También envió a mandar el gobernador a los que tenían cargo de los hijos del marqués y de Gonzalo Pizarro que se estuviesen como se estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin traer sus pupilos a la ciudad de los Reyes, hasta que otra cosa se les mandase. Decía que estaban más seguros y más pacíficos por allá lejos que no cerca. También decían a esto los murmuradores, que lo hacía por alejarles de sí aunque eran niños.

El gobernador habiendo dado la orden que se ha dicho, caminó hácia Huamanca, porque le dijeron que don Diego venía ya cerca de aquella ciudad, y que pretendía entrarse dentro, porque le tenían por

lugar fuerte, por estar cercado de todas partes de grandes barrancas y hondas quebradas, y tener malos entraderos. Envió delante al capitán Castro con sus arcabuceros para que tomase una cuesta muy áspera que hay en aquel camino, que los indios llaman Farcu, y los españoles Parcos. En el camino tuvo nueva el gobernador que don Diego había entrado ya en la ciudad; lo cual sintió mucho, porque se le aventajaba en el sitio y su gente aún no había llegado toda que iba caminando a la hila.

Alonso de Alvarado volvió a recojerla,y con la priesa que les dió, llegaron todos a donde el gobernador estaba. Muchos dellos habían caminado aquel día por darse priesa, unas cuatro leguas, y otros cinco, y otros seis, y llegaron muy cansados por las asperezas del camino. Estuvieron toda la noche en escuadrón, porque tuvieron nueva que el enemigo estaba dos leguas de allí. Más otro dia supieron de los corredores del campo que la nueva pasada era falsa, y que don Diego estaba lejos de la ciudad. Con esto se sosegaron y fueron a Huamanca: allí paró poco el gobernador, porque temiendo que si había de haber batalla como la temían, no le estaba bien darla en aquel sitio, porque no se podía aprovechar bien de los caballos, de los cuales tenía mayor número que su contrario, y le habían de ser de mucho provecho. Por lo cual salió de la ciudad y se fué a unos campos,[que llaman Chupas, de donde envió dos personas a don Diego, el uno llamado Francisco de Idiaques, y el otro Diego Mercado, que le dijeron que el gobernador le ofrecía en nombre de su magestad perdon de todo lo pasado, si viniese a meterse debajo del estandarte real habiendo deshecho su ejército, y que le haría mercedes. Don Diego respondió que aceptaría el partido con que el perdon fuese general para todos los suyos, y que a él se le había de dar la gobernación del nuevo reino de Toledo, y las minas de oro y los repartimientos de indios que su padre tenía.

Esta demasía pidió don Diego, porque un clérigo que fué de Panamá en aquellos tiempos, pocos días antes que se le ofrecieran estos partidos, le había dicho que en Panamá se hablaba públicamente por cosa muy cierta, que su magestad le había perdonado y dádole la gobernación de la Nueva Toledo que era en el Cosco: que le diese las albricias que merecían tan buenas nuevas.

También le dijo que Vaca de Castro llevaba poca gente, mal armada y muy descontenta: nuevas que aunque eran duras de creer, las admitió don Diego por ser en su favor; y con el ánimo que le dieron respondió y pidió lo que se ha dicho, entendiendo que el gobernador con la flaqueza que llevaba, según las nuevas, le otorgaría cualquier partido que le pidiese.

Habiendo enviado el licenciado Vaca de Castro los mensageros dichos, envió por otra parte un soldado llamado Alonso García, con provisiones y cartas del gobernador, para muchos capitanes y caba-

lleros principales, en que les prometía perdon de lo pasado y grandes repartimientos de indios. El mensagero iba en hábito de indio para ir más disimulado, y por fuera de camino porque nadie le encontrase. Fué desgraciado, que como aquellos días hubiese nevado, los corredores de don Diego que andaban muy advertidos, vieron el rastro que por la nieve iba haciendo Alonso García; y siguiéndolo dieron con él, y lo llevaron a don Diego con todos sus despachos. El cual se indignó grandemente, como lo dice Gomara, capítulo ciento y cincuenta; y Zárate, libro cuarto, capítulo diez y seis, del trato doble: y dijo que no era de caballeros y de ministros imperiales tratar por una parte de partidos de paz, y por otra enviarles a sobornar, y amotinar sus capitanes y soldados. Con este desden mandó ahorcar al mensagero, así por haber mudado el trage como por haber llevado el recaudo, y delante de los mensageros del gobernador, apercibió su gente para la batalla venidera. Y prometió a cualquiera que matase vecinos de repartimiento, darle sus indios, muger y hacienda. Y al gobernador respondió que en ninguna manera le obedecería en tanto que anduviese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Alvares Holguin y Alonso de Alvarado, Gomez de Tordoya, Juan de Saavedra, Garcilaso de la Vega, Illen Suarez de Carvajal, y Gomez de Alvarado, y todos los demás caballeros que eran del bando de los Pizarros.

Esto dijo don Diego por desconfiar al gobernador de que no tratase más de partidos; porque habiendo de apartar de sí los que eran del bando de Pizarro, como don Diego lo pedía, había de quedar solo. Envió a decirle asimismo, que no fiase de que ninguno de los suyos se le pasase, que perdiese la esperanza desto si la tenía; porque todos los suyos le darían la batalla muy animosamente, y defenderían la tierra a todo el mundo, como lo vería por experiencia si lo aguardaba, y que él se partía luego en busca suya. Así lo hizo don Diego, y apercibió su gente, y caminó hacia donde el gobernador estaba con deseo de darle batalla, no solamente él, pero todos los suyos; porque todos generalmente quedaron indignados del trato doble. Y antes se confirmaron en el amistad y servicio de don Diego que le negaron; porque dijeron que el mismo trato doble que habían hecho con él, habían de hacer con todos ellos, y no habían de guardarles palabra ni cumplir promesa. Y así propusieron de morir todos peleando y no oir más partidos.

Creyose, que si no fuera por el trato, y hubiera perdon firmado de su magestad, que don Diego viniera a cualquiera buen partido.

CAPITULO XVI

DE LA MANERA QUE EL LICENCIADO VACA DE CASTRO Y DON DIEGO DE ALMAGRO ORDENARON SUS ESCUADRONES. EL PRINCIPIO DE LA BATALLA LA MUERTE DEL CAPITAN PEDRO DE CANDIA.

EL gobernador sintió que por la respuesta de don Diego de Almagro muchos de los suyos habían quedado perplejos en dar la batalla, porque decían que estaban escandalizados y temerosos que su magestad no había tenido por buena la batalla de las Salinas; pues por haberla dado Hernando Pizarro le tenía preso en cárcel rigurosa y que temía caer en otro delito semejante. Para remediar este inconveniente y quitar el temor y sastifacer a los suyos, mandó el gobernador, hacer información de los delitos de don Diego de Almagro que había muerto al marqués, y otras muchas personas. Que había confiscado bienes agenos, y puéstolos en su cabeza, y repartidos indios sin comisión de su magestad; y que al presente venía con ejército armado contra el estandarte real, y desafiado al gobernador a batalla campal. Por lo cual para justificar su empresa en presencia de todos los suyos firmó el gobernador y pronunció sentencia contra don Diego de Almagro, dándole por traidor y rebelde. Condenóle a muerte y perdimento de bienes a él y a todos los que con él venían. Con la sentencia requirió a los capitanes y a todo su ejército, que para la ejecutar le diesen favor y ayuda como a ministro de su magestad y a gobernador de aquel imperio.

Dada la sentencia le pareció al licenciado Vaca de Castro, que según la desesperada respuesta de don Diego de Almagro, y su rebeldía y pertinacia, no había para qué hablar más en partidos: apercibió su gente para la batalla, porque supo que don Diego venía ya cerca.

Sacóla al campo, hízoles un parlamento diciéndoles que mirasen quiénes eran de dónde venían, y por quién peleaban, y que la posesión de aquel imperio estaba en las fuerzas y esfuerzo dellos; porque si

eran vencidos no podían escapar de la muerte ellos ni él; y que si vencían, que demás de haber cumplido con la obligación que como leales vasallos y servidores a su rey debían, quedarían señores de sus repartimientos y haciendas para gozarlas en paz y quietud Y que a los que no tenían indios, él, en nombre de su magestad, se los encomendaría, que para esto quería el rey la tierra, para darla a los que lealmente le hubiesen servido. Dijo, que bien veía él que no había necesidad de exhortar y dar esfuerzo a caballeros tan nobles y soldados tan valientes, que antes lo tomaría él dellos, como lo tomaba para ir en la delantera y romper su lanza primero que otros. Todos le respondieron igualmente que morirían hechos pedazos antes que ser vencidos; que cada uno tomaba aquel hecho por suyo. Los capitanes suplicaron al gobernador con gran instancia que no fuese en la vanguardia, donde tanto peligro había, porque en la salud del general consistía la de todo su ejército, que se pasase a la retaguardia con treinta de a caballo, y allí estuviese a la mira, y socorriese donde conviniese y fuese necesario. Por la importunación de los capitanes consintió el gobernador ser de los postreros, que él quisiera ir con los delanteros. Con este acuerdo esperaron a don Diego, que estaba dos leguas de allí. Otro día siguiente llegaron los corredores con una nueva de que don Diego quedaba menos de media legua, con determinación de darle batalla.

El gobernador puso la gente en escuadrón. A la mano derecha de la infantería puso el estandarte real, que iba a cargo de Alonso de Alvarado, y el alferez era Cristobal de Barrientos, natural de Ciudad Rodrigo, vecino de Trujillo, donde tenía repartimiento de indios. Pedro Alvarez Holguín, y Gomez de Alvarado, Garcilaso de la Vega, y Pedro Ansurez, capitanes de caballo, iban a la mano izquierda de la infantería, llevando cada uno, como dice Zárate, libro cuarto, capítulo diez y ocho, muy en orden sus estandartes y compañías, yendo ellos en la primera hilera, y en medio de ambos escuadrones de a caballo iban los capitanes, Pedro de Vergara y Juan Velez de Guevara con la infantería. Nuño de Castro con sus arcabuceros, salió delante por sobresaliente, para trabar la escaramuza y recogerse a su tiempo al escuadrón.

Vaca de Castro quedó en la retaguardia con sus treinta de a caballo, algo desviado de la gente; de manera que podía ver donde había más necesidad en la batalla, para socorrer, como lo hizo.

Hasta aquí es de Zárate. Pedro Alvarez Holguin sacó sobre las armas una ropilla de damasco blanco acuchillada, diciendo suelen tirar al terrero, y pocos o ninguno dá en el blanco. Con la orden dicha estuvo aguardando el gobernador a don Diego de Almagro, el cual llegó al llano y se puso en una loma lejos del escuadrón real, que aún con la artillería no se alcanzaban de una parte a otra. Su sargento mayor llamado Pedro Suarez, que había sido soldado práctico en Ita-

lia, y sabía bien de milicia, reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó luego su escuadrón al modo de sus enemigos. Puso los de a caballo a una mano y a otra de la infantería con su capitan general Juan Balsa, y su maese de campo Pedro de Oñate, y sus capitanes Juan Tello de Guzman, y Diego Mendez y Juan de Oña, y Martín de Bilbao, y Diego de Ojeda y Malavez. Todos tenían sus compañías de gente lucida y deseosa de pelear, por ganar la tierra y ser señores de vasallos. El sargento mayor puso su artillería (cuyo capitan era Pedro de Candía) delante de sus escuadrones, asestada hácia la parte por donde sus contrarios podían acometerle. Habiendo ordenado su escuadrón desta manera se fué a don Diego, que estaba entre los de a caballo y la infantería con otros ocho o diez que le guardaban, y le dijo:

Vuesa señoría tiene su escuadrón puesto y ordenado con tantas ventajas de sitio de artillería, que sin encuentro de lanza, ni golpe de espada tiene vencidos sus enemigos, solo con estarse quedo y no moverse de donde está. Que por cualquiera parte que sus contrarios vengan los desbarata, y los hace pedazos con su artillería antes que lleguen a tiro de arcabuz. Cuando don Diego llegó a formar su escuadrón era ya tarde, que no había dos horas de sol.

Los de Vaca de Castro estuvieron diversos sobre si pelearían o no aquel día. Francisco de Carvajal sargento mayor, como hombre esperimentado en semejantes casos, dijo: que en ninguna manera se dejase la batalla aquel día, aunque peleasen de noche, porque era dar ánimo y esfuerzo a sus contrarios, y quitárselo a los suyos; de los cuales se pasarian muchos a don Diego viendo la flaqueza que mostraban. Con esto se determinó el gobernador a dar batalla, y dijo, que holgara tener el poder de Josué para mandar parar el sol.

Caminaron hácia el escuadrón de don Diego, el cual mandó jugar su artillería para atemorizar sus contrarios. Francisco de Carvajal, viendo que si iban derechos al escuadrón del enemigo recibirían mucho daño del artillería que era mucha y muy buena, guió por otro camino, encubriéndose de ella con una loma. Pasado de la loma salió a campo raso, donde iban a manifiesto peligro de la artillería; más Pedro de Candía, que era capitan della, tiraba por alto, de manera que ningún daño les hacía. Lo cual visto por don Diego arremetió y a lanzadas lo mató sobre la misma artillería: y saltando del caballo abajo, con el enojo y rabia de la traición que su capitan le hacía, subió de piés sobre una de las piezas hacia la boca del cañón, y con el peso del cuerpo la bajó de punto, y mandó pegarle fu go estando él encima y metió la pelota en el escuadrón de Vaca de Castro, y lo abrió desde la vanguardia hasta la retaguardia como lo dice Zárate, libro cuarto, capítulo diez y nueve, y Gomara, capítulo ciento y cincuenta. Más no dicen la muerte de Candía, ni cuántos murieron de aquel balazo, que fueron diez y siete hombres que llevó por delante, y si metiera otras

cuatro pelotas no tenía necesidad don Diego de pelear más, y hubiera la victoria como su sargento mayor Pedro Suarez se la había certificado; pero por la traición de su capitán la perdió. Donde es de saber que Pedro de Candía. considerando que Hernando Pizarro, era el que le había agraviado como en su lugar dijimos, de cuya causa se había pasado a lo de Chili, estaba preso en España, y que el marqués, con cuya mano y poder le había agraviado, era ya muerto, dándose por vengado del uno y del otro, le pareció que pues había nuevo gobernador en la tierra, no era buen consejo perder los méritos de lo que había trabajado en ayudar a ganar aquel imperio, sino reducirse al servicio de su magestad. Y así envió recaudo secreto al gobernador de que no temiese la artillería, que él la tenía a su cargo, y haría de manera que no recibiese de ella daño alguno como lo hizo. Y esta fué la principal causa para que el gobernador se determinara a dar la batalla como la dió; más Pedro de Candía no gozó de su pretensión.

CAPITULO XVII

PROSIGUE LA CRUEL BATALLA DE CHUPAS. UN DESCONCIERTO QUE HIZO LA GENTE DE DON DIEGO. LA VICTORIA DEL GOBERNADOR. LA HUIDA DE DON DIEGO

LOS capitanes de su magestad, y su sargento mayor Francisco de Carvajal, viendo su escuadrón abierto, y sus infantes atemorizados, se pusieron a la boca de la calle que la bala había hecho, y cerraron su escuadrón esforzando los suyos; y por no dar lugar con la tardanza a que les tirasen más pelotas, mandaron arremeter a toda furia; y para ir más a la ligera desampararon su artillería por no detenerse con ella.

Los capitanes de don Diego de Almagro, como gente más considerada en lo que más le convenía, y como no prácticos en tales casos, viendo que sus enemigos iban a toda priesa a ellos, dieron voces diciendo: que ganan honra con nosotros, que por vernos estar quedos entienden que los tenemos, y nos acometen como a cobardes. A ellos, a ellos, que no se puede sufrir tanta afrenta. Con esto forzaron a don Diego a que pasase adelante con su escuadrón, y lo hicieron tan inconsideradamente que se pusieron delante de su propia artillería. Lo cual visto por el sargento mayor Pedro Suarez se fué a don Diego, y le dijo en voz alta: Señor, si vuesa señoría guardara mi orden y siguiera mi consejo, hubiera hoy la victoria de esta batalla; y por seguir el ageno la ha de perder. Yo no he de ser hoy vencido; y pues vuesa señoría no quiere que yo sea vencedor en su campo, lo he de ser en el contrario. Diciendo esto puso los piés a su caballo y se pasó a Vaca de Castro, y le dió priesa a que cerrasen con los enemigos, dándoles cuenta del desorden que contra sí mismos habían hecho.

Vaca de Castro, tomando el buen consejo de Pedro Suarez, mandó que marchase a priesa su escuadrón, y Francisco de Carvajal se dió por vencedor con la relación de Pedro Suarez, y como triunfando de

la ignorancia de los enemigos se quitó una cota de malla, y una celada que llevaba, y la arrojó en el suelo diciendo a los suyos que no hubiesen miedo a la artillería, pues no le daba a él siendo tan gordo como dos dellos.

A este tiempo un caballero muy principal en sangre que iba en el escuadrón de los de a caballo, viendo que los unos y los otros estaban ya a tiro de arcabuz, y que él no podía dejar de pelear, se salió del escuadrón de Vaca de Castro, diciendo: señores, yo soy de los de Chili, y como todos saben, fuí con don Diego de Almagro el viejo en aquella jornada: ya que no soy yo con ellos, no es razon que sea contra ellos. Diciendo esto, se apartó buen trecho a un lado del escuadrón donde estaba un sacerdote llamado Hernando de Luque, deudo del maestre escuela de Panamá, Hernando de Luque, compañero que fué de los dos gobernadores Almagro y Pizarro. Con el sacerdote estaba un caballero enfermo, que por no estar para pelear estaba a mira de la batalla. A toda la gente del escuadrón les pareció mal la cobardía de aquel caballero, que quisiese asegurar su vida con no ser de los unos ni de los otros, y aumentar su infamia, que de atrás era notado de cobarde. Los arcabuceros del escuadrón de Vaca de Castro quisieron tirarle, y no lo hicieron, porque con la priesa que se dió cuando los arcabuceros supieron lo que había hecho, ya estaba metido entre los dos que hemos dicho, y por no darles a ellos dejaron de tirarle. Yo le conocí y dejé vivo en una ciudad de las del Perú, cuando me vine, y me acuerdo de su nombre, más no es razon que lo pongamos aquí, basta decir su flaqueza para que la abominen los caballeros hijosdalgo y todo buen soldado. Con la priesa que los de Vaca de Castro se dieron, llegaron a lo alto donde estaba el escuadrón de don Diego, casi desordenados del orden que al principio llevaban. Los arcabuceros de don Diego los recibieron con una rociada de pelotas que les enviaron e hicieron mucho daño en los infantes; hirieron a Gomez de Tordoya, maese de campo de aquel ejército, de tres arcabuzasos, que murió dellos dende a dos días. Hirieron malamente al capitan Nuño de Castro, y mataron otros muchos. Lo cual visto por Francisco de Carvajal, mandó que arremetiesen los de a caballo, en los cuales tenía toda su confianza, porque eran muchos más que los de don Diego. Oyendo el mandato arremetieron con los de don Diego, donde se trabó una bravísima pelea, que duró mucho espacio sin reconocerse ventaja de parte alguna. Al capitan Pedro Alvarez Holguin mataron de un arcabuzaso, que como iba tan señalado, vestido de blanco, y sabían quién era, quería cada cual de los arcabuceros más señalados emplearse en él; por otra parte arremetieron los infantes de Vaca de Castro, y llegaron peleando valerosamente hasta ganar la artillería que estaba ociosa, porque los suyos con mal orden y poca milicia o ninguna, se habían puesto delante della. Los unos y los otros pelearon tan obstinadamente, que aunque el sol era ya puesto, y la noche ce-

rrada, no dejaron de pelear sin conocerse los unos y los otros, más de por el apellido, que los unos decían Chili y los otros Pachacamac, en lugar de Pizarros y Almagros, que también alcanzaron estos renombres aquellos bandos. Fué grande la mortandad de la gente de a caballo, que demás de los encuentros de las lanzas, hubo mucho estrago entre ellos con las espadas, porras y hachas de armas. El interés de la victoria les hacía mostrarse tan crueles unos contra otros, porque sabían que los vencedores habían de gozar de aquel imperio y de sus grandes riquezas; y los vencidos las habían de perder y las vidas con ellas. Era ya más de dos horas de noche, y todavía duraba la cruel pelea, habiendo cuatro horas que se había empezado. El gobernador con sus treinta de a caballo arremetió al lado izquierdo del escuadrón de don Diego, donde los enemigos estaban muy enteros, y se trabó una batalla como de nuevo; más al fin los desbarató el gobernador, aunque le mataron diez o doce de los suyos, y entre ellos al capitan Jiménez, y a Mercado de Medina, y a Nuño de Montalvo. Los unos y los otros cantaban victoria, que todavía duraba la pelea, aunque ya los de don Diego iban enflaqueciendo. Y como él lo sintiese, arremetió a sus enemigos con los pocos que consigo traía, y entró por ellos haciendo maravillas de su persona, con deseo de que le matasen, más no le mataron ni le hirieron por ir bien armado, y porque no le conocieron. Peleó como dice Gomara, capítulo ciento y cincuenta, animosamente.

Ya se reconocía la victoria por el gobernador; lo cual visto por algunos principales de don Diego, se nombraban a voces, diciendo: yo soy el fulano, y yo zutano que maté al marqués; y así murieron peleando como desesperados, y quedaron hechos pedazos. Muchos de los de don Diego se salvaron, quitándose con la oscuridad de la noche las bandas blancas que traían, y poniéndose las coloradas que a los muertos de Vaca de Castro les quitaban. Don Diego de Almagro viendo que la victoria se le había ido de las manos, y que la muerte también le huía, se salió de la batalla con seis de los suyos, que fueron Diego Mendez, y Juan Rodriguez Barragán, y Juan de Guzman, y otros tres, cuyos nombres se han borrado de la memoria. Fué al Cosco donde halló (en los que él había hecho hombres con cargos de justicia y oficios militares) la muerte que sus enemigos no habían podido darle. Que luego que le vieron ir perdidoso, le prendieron Rodrigo de Salazar natural de Toledo, a quien él había dejado por su teniente, y Antonio Ruiz de Guevara, a quien había hecho alcalde ordinario de aquella ciudad· también prendieron a los que iban con él, porque la crueldad fuese mayor; y Agustín de Zárate dice en este paso, libro cuarto, capítulo diez y nueve, lo que se sigue:

Y así feneció el mando y gobernación de don Diego, que un día se vió señor del Perú, y en otro le prendió su mismo alcalde, de su

propia autoridad; y esta batalla se dió a diez y seis de setiembre de mil y quinientos y cuarenta y dos años.

Hasta aquí es de Zárate, con que acaba el capítulo alegado. La victoria se alcanzó por parte del licenciado Vaca de Castro, cerca de las nueve de la noche; pero tan confusamente, que no la tenía por segura, porque todavía sentían pelear algunos por el campo, y con temor que don Diego no se rehiciese (que no sabían si se había ido o no) mandó el gobernador por orden de su sargento mayor, que los infantes y los de a caballo se pusiesen en sus escuadrones hasta saber si tenían cierta la victoria, o la habían de ganar de nuevo. Y así volvieron a ponerse en orden, y estuvieron hasta el día apercibidos para lo que sucediese. (10)

(10) Véase el animoso relato que de la acción de Chupas hace Cieza de Leon. CRONICA, 5ª. PARTE *Guerra de Chupas*. c. LXXVIII. Edición cit., y además Zárate. Ob. cit. lib. IV, c. XV. a XVII., Herrera ob. cit. Década VII. ib III c. VIII. y Gomara. Ob. cit c. CXLIX

CAPITULO XVIII

NOMBRANSE LOS CABALLEROS PRINCIPALES QUE EN AQUELLA BATALLA SE HALLARON. EL NUMERO DE LOS MUERTOS; EL CASTIGO DE LOS CULPADOS, Y LA MUERTE DE DON DIEGO DE ALMAGRO.

EL gobernador gastó mucha parte de la noche loando el ánimo y valentía de sus capitanes y de los demás caballeros y soldados; el esfuerzo y veracidad con que pelearon; el valor que en servicio de su rey mostraron; los hechos particulares y señalados que algunos hicieron, nombrándolos por sus nombres, y que habían manifestado bien la fé, amor y amistad que al marqués don Francisco Pizarro tuvieron; pues ningún peligro habían dejado de acometer por vengar su muerte. También dijo del esfuerzo de don Diego, cuán valerosamente se había señalado y peleado por vengar la muerte de su padre. Dijo que había hecho muy mucho más de lo que su edad requería, que apenas pasaba de los veinte años. También loó a algunos capitanes de don Diego que lo hicieron valerosamente. En particular loó la destreza y milicia de Francisco de Carvajal, que sin ningún temor de la artillería y de la arcabucería hubiese (andando siempre delante de los suyos) acudido con su industria a proveer y socorrer donde era menester. Que como el gobernador estuvo mirando la batalla, pudo ver y notar bien los hechos particulares della, y así los refirió uno por uno. Los principales que en esta batalla de parte de su magestad se señalaron, fueron el maese de campo Gomez de Tordoya, el fator Illen Suarez de Carvajal, y su hermano, Benito de Carvajal, Juan Julio de Hojeda, Tomas Vasques, Lorenzo de Aldana, Juan de Saavedra, Francisco de Godoy, Diego Maldonado, que después adquirió el sobrenombre de Rico, Juan de Salas, hermano del arzobispo de Sevilla, inquisidor general, Valdéz de Salas, Alonso de Loaysa, hermano del Arzobispo de los Reyes Gerónimo de Loaysa, Juan de Pancorvo,

Alonso Mazuela, Martín de Meneses, Juan de Figueroa, Pedro Alonso Carrasco, Diego de Trujillo, Alonso de Soto, Antonio de Quiñones, y su hermano Suero de Quiñones, y su primo Pedro de Quiñones, soldado antiguo de Italia; y todos tres deudos cercanos del gobernador, Gaspar Lara, Diego Ortiz de Guzman, García de Melo, que perdió en la batalla la mano derecha, Pedro de los Ríos, y su hermano Diego de los Ríos, naturales de Córdoba, Francisco de Ampuero, don Pedro Puertocarrero, Pedro de Hinojosa, Diego Centeno, Alonso de Hinojosa, Juan Alonso Palomino, don Gomez de Luna, primo hermano de Garcilaso de la Vega, Gomez de Alvarado, Gaspar de Rojas, Melchor Verdugo, Lope de Mendoza, Juan de Barbarán, Miguel de la Serna, Gerónimo de Aliaga, Nicolás de Ribera, y Gerónimo de Ribera, que a diferencia les llamaban, como en otra parte dijimos, Ribera el mozo y Ribera el viejo.

Todos estos y otros muchos, cuyos nombres la memoria no ha podido guardar, se señalaron en aquella batalla valerosamente, yendo en las primeras hileras de los escuadrones, y casi todos salieron heridos. En suma no quedó hombre de cuenta en todo el Perú, como lo dice Gomara, que no se hallase en esta batalla de parte de su magestad. Los muertos fueron trescientos españoles de la parte de el rey, y muchos, aunque no tantos, de la otra parte; asi que fué muy carnicera esta batalla, y pocos capitanes escaparon vivos; pelearon tanto como esto. Quedaron heridos más de cuatrocientos, y aun muchos dellos se helaron aquella noche, que les hizo grandísimo frío. Todas son palabras de Gomara, con que acaba el capítulo ciento y cincuenta de su historia. De parte de don Diego murieron doscientos; así que con razón dice Gomara, que fué carnicera esta batalla; pues que de mil y quinientos hombres que de ambas partes se hallaron en ella, murieron los quinientos, y quedaron heridos otros quinientos; los ciento fueron de los de don Diego, y los cuatrocientos de los del rey.

Uno de los soldados regios, se hubo tan cruelmente, que aun después de reconocida la victoria no dejó de matar almagristas, hasta haber muerto once dellos; y él mismo después de la batalla se loaba de su mal hecho, diciendo que en tal parte le habían robado once mil pesos, y que se daba por vengado con haber muerto once dellos.

Otras muchas cosas semejantes pasaron aquella noche. La causa de helarse muchos heridos fué porque los indios los despojaron, quitándoles las armas y los vestidos, hasta dejarlos desnudos, en cuero, no respetando ninguno de los bandos, que como era de noche no los conocían, ni que los conocieran aprovecharía nada, porque los indios hacían a toda ropa. Ni los vencedores pudieron recoger sus heridos, porque quedaron todos tales, que aún de sí no podían curar, ni había llegado el carruaje de los toldos, que t dos los pasaron al sereno, que solo dos toldos se armaron para Gomez de Tordoya, y Pedro Anzures, Gomez de Alvarado y Garcilaso de la Vega, y otros capita-

nes ma. heridos que se estaban muriendo. Que los no tan heridos lo pasaron al aire, donde era gran lástima y compasión oir las voces que daban con el dolor de las heridas y mal remedio que para ellas tenían. Tampoco perdonaron los indios a los que huyeron de la batalla, que también los persiguieron, que a los vencidos no hay quien no se les atreva. Mataron por el camino a Juan de Balsa, y a diez o doce que con él iban, que no les valió el nombre de capitan general, para que le tuvieran algun respeto. Lo mismo hicieron en otras partes que mataron muchos españoles, que no les valió huir de la batalla. El gobernador, luego que amaneció, mandó recoger los heridos para curarlos y enterrar los muertos en cuatro o cinco hoyos grandes que hicieron, donde los echaron todos, sino fué a Pedro Alvarez Holguin, y a Gomez de Tordoya de Vargas, y a otros hombres nobles y principales que los llevaron a Huamanca, donde los enterraron como mejor pudieron. De la batalla salieron huyendo más de ciento de a caballo, y más de cincuenta o sesenta infantes y fueron a parar a la ciudad de Huamanca. Los pocos que en ella estaban, como gente victoriosa, salieron a ellos, y los desbalijaron y quitaron las armas y caballos que ellos los daban de muy buena gana como hombres rendidos, porque les concediesen las vidas. Con la obra pía de enterrar los difuntos del campo hubo también castigo aquel mismo día en los culpados, porque entre los muertos hallaron el cuerpo de Martín de Bilbao, y el de Arbolancha, el de Hinojeros, y de Martín Carrillo. Los cuales eran los que daban voces en la batalla (como atrás dijimos) que eran los que habían muerto al marqués para que los matasen. Y aunque entonces los hicieron pedazos, hubo nueva justicia para ellos, que los arrastraron y descuartizaron con voz de pregonero. Lo mismo hicieron de otros que se habían mostrado muy insolentes y muy desvergonzados contra los del rey. Otro día fué el gobernador a Huamanca, donde halló que el capitán Diego de Rojas había degollado al capitán Juan Tello de Guzman, y a Pedro de Oñate, maese de campo de don Diego. El gobernador remitió el castigo de los que quedaban al licenciado de la Gama; el cual degolló a los más principales de don Diego que halló presos en Huamanca, que fueron don Diego de Hoces y Antonio de Cárdenas, y ahorcó a Juan Perez, Francisco Peces, Juan Diente, y a Martín Cote, y otros treinta de los más culpado los demás perdonaron y desterraron a dipersas partes fuera del reino. Entre tanto que se ejecutaba la justicia en Huamanca, supo el gobernador la prisión de don Diego en el Cosco: fué luego allá, y en llegando mandó ejecutar la sentencia que contra él tenía dada, que como se le había hecho proceso antes de la batalla, no quisieron gastar tiempo en hacer otro (aunque Zárate dice que sí). Degolláronle en la misma plaza que a su padre, y el mismo verdugo que a su padre, el cual le despojó los vestidos como hizo a su padre, aunque no todos, porque hubo quien le pagó la calzas, jubón y camisa que le dejó. Estuvo casi todo el día allí

tendido, para que su castigo fuera manifiesto a todos. Después lo llevaron al convento de Nuestra Señora de las Mercedes; y al lado de la sepultura de su padre, o en ella misma, le hicieron la suya, donde lo echaron sin más mortaja que el vestido que llevaba: de limosna le hicieron decir algunas misas.

Este fin tuvo don Diego de Almagro el mozo, tan semejante al de su padre, que parece que en todo le quiso asemejar la fortuna, que demás de ser padre y hijo, hubieron ambos un mismo nombre, un mismo ánimo y esfuerzo en la guerra, la misma prudencia y consejo en la paz, que aunque mozo le mostró don Diego muy grande, porque desde su niñez fué bien doctrinado, y él tenía buena habilidad y buen juicio. Pasaron una misma muerte y un mismo lugar donde fueron degollados. La sepultura una misma: murieron tan pobres, habiendo sido tan ricos y poderosos que los entierros fueron de limosna: y para que en todo fuesen padre y hijo, sucedió que aún los días de la pérdida del uno y del otro fueron uno mismo, que ambas batallas se dieron en sábado.

Así acabó el pobre don Diego de Almagro el mozo, el mejor mestizo que ha nacido en todo el Nuevo Mundo, si obedeciera al ministro de su rey. Fué lindo hombre de a caballo de ambas sillas: murió como buen cristiano, con mucho arrepentimiento de sus pecados. Muerto don Diego, ahorcaron a Juan Rodriguez Barragan, y al alferez Enrique, y a otros ocho que habían acertado a ir al Cosco en rastro de don Diego. Gomez Perez y Diego Mendez, y otro compañero dellos se huyeron de la cárcel: y no hallando lugar seguro en todo el Perú donde poderse acoger, se fueron a las montañas, donde el príncipe Manco Inca estaba retirado. Lo mismo hicieron otros cinco que fueron a guarecerse allá. El Inca los recibió con mucha afabilidad, y los regaló como mejor pudo. Adelante diremos cómo se lo paga on mal, pues le mató uno de ellos. (11)

———

(11) Véase Cieza de Leon. *Crónica*. V Parte; *Guerra de Chupas*. cc. LXXX-IV. Herrera. Ob. cit. Década VII. lib. III. c. XI. Zárate. Ob. cit. lib. IV. c. XIX. Pedro Pizarro Ob. cit. Col. cit. t. V. Naharro *Relación Sumaria* Col. Urteaga. t. V. Gomara ob. cit. c. CXLIX

nes ma. heridos que se estaban muriendo. Que los no tan heridos lo pasaron al aire, donde era gran lástima y compasión oir las voces que daban con el dolor de las heridas y mal remedio que para ellas tenían. Tampoco perdonaron los indios a los que huyeron de la batalla, que también los persiguieron, que a los vencidos no hay quien no se les atreva. Mataron por el camino a Juan de Balsa, y a diez o doce que con él iban, que no les valió el nombre de capitan general, para que le tuvieran algun respeto. Lo mismo hicieron en otras partes que mataron muchos españoles, que no les valió huir de la batalla. El gobernador, luego que amaneció, mandó recoger los heridos para curarlos y enterrar los muertos en cuatro o cinco hoyos grandes que hicieron, donde los echaron todos, sino fué a Pedro Alvarez Holguin, y a Gomez de Tordoya de Vargas, y a otros hombres nobles y principales que los llevaron a Huamanca, donde los enterraron como mejor pudieron. De la batalla salieron huyendo más de ciento de a caballo, y más de cincuenta o sesenta infantes y fueron a parar a la ciudad de Huamanca. Los pocos que en ella estaban, como gente victoriosa, salieron a ellos, y los desbalijaron y quitaron las armas y caballos que ellos los daban de muy buena gana como hombres rendidos, porque les concediesen las vidas. Con la obra pía de enterrar los difuntos del campo hubo también castigo aquel mismo día en los culpados, porque entre los muertos hallaron el cuerpo de Martín de Bilbao, y el de Arbolancha, el de Hinojeros, y de Martín Carrillo. Los cuales eran los que daban voces en la batalla (como atrás dijimos) que eran los que habían muerto al marqués para que los matasen. Y aunque entonces los hicieron pedazos, hubo nueva justicia para ellos, que los arrastraron y descuartizaron con voz de pregonero. Lo mismo hicieron de otros que se habían mostrado muy insolentes y muy desvergonzados contra los del rey. Otro día fué el gobernador a Huamanca, donde halló que el capitán Diego de Rojas había degollado al capitán Juan Tello de Guzman, y a Pedro de Oñate, maese de campo de don Diego. El gobernador remitió el castigo de los que quedaban al licenciado de la Gama; el cual degolló a los más principales de don Diego que halló presos en Huamanca, que fueron don Diego de Hoces y Antonio de Cárdenas, y ahorcó a Juan Perez, Francisco Peces, Juan Diente, y a Martín Cote, y otros treinta de los más culpado los demás perdonaron y desterraron a dipersas partes fuera del reino. Entre tanto que se ejecutaba la justicia en Huamanca, supo el gobernador la prisión de don Diego en el Cosco: fué luego allá, y en llegando mandó ejecutar la sentencia que contra él tenía dada, que como se le había hecho proceso antes de la batalla, no quisieron gastar tiempo en hacer otro (aunque Zárate dice que sí). Degolláronle en la misma plaza que a su padre, y el mismo verdugo que a su padre, el cual le despojó los vestidos como hizo a su padre, aunque no todos, porque hubo quien le pagó la calzas, jubón y camisa que le dejó. Estuvo casi todo el día allí

tendido, para que su castigo fuera manifiesto a todos. Después lo llevaron al convento de Nuestra Señora de las Mercedes; y al lado de la sepultura de su padre, o en ella misma, le hicieron la suya, donde lo echaron sin más mortaja que el vestido que llevaba: de limosna le hicieron decir algunas misas.

Este fin tuvo don Diego de Almagro el mozo, tan semejante al de su padre, que parece que en todo le quiso asemejar la fortuna, que demás de ser padre y hijo, hubieron ambos un mismo nombre, un mismo ánimo y esfuerzo en la guerra, la misma prudencia y consejo en la paz, que aunque mozo le mostró don Diego muy grande, porque desde su niñez fué bien doctrinado, y él tenía buena habilidad y buen juicio. Pasaron una misma muerte y un mismo lugar donde fueron degollados. La sepultura una misma: murieron tan pobres, habiendo sido tan ricos y poderosos que los entierros fueron de limosna: y para que en todo fuesen padre y hijo, sucedió que aún los días de la pérdida del uno y del otro fueron uno mismo, que ambas batallas se dieron en sábado.

Así acabó el pobre don Diego de Almagro el mozo, el mejor mestizo que ha nacido en todo el Nuevo Mundo, si ob deciera al ministro de su rey. Fué lindo hombre de a caballo de ambas sillas: murió como buen cristiano, con mucho arrepentimiento de sus pecados. Muerto don Diego, ahorcaron a Juan Rodriguez Barragan, y al alferez Enrique, y a otros ocho que habían acertado a ir al Cosco en rastro de don Diego. Gomez Perez y Diego Mendez, y otro compañero dellos se huyeron de la cárcel: y no hallando lugar seguro en todo el Perú donde poderse acoger, se fueron a las montañas, donde el príncipe Manco Inca estaba retirado. Lo mismo hicieron otros cinco que fueron a guarecerse allá. El Inca los recibió con mucha afabilidad, y los regaló como mejor pudo. Adelante diremos cómo se lo paga on mal, pues le mató uno de ellos. (11)

(11) Véase Cieza de Leon. *Crónica.* V Parte; *Guerra de Chupas.* cc. LXXX-IV. Herrera. Ob. cit. Década VII. lib. III. c. XI. Zárate Ob. cit. lib. IV. c. XIX. Pedro Pizarro Ob. cit. Col. cit. t. V. Naharro *Relación Sumaria.* Col. Urteaga. t. V. Gomara ob. cit. c. CXLIX

CAPITULO XIX

EL BUEN GOBIERNO DEL LICENCIADO VACA DE CASTRO. LA PAZ Y QUIETUD DEL PERU. LA CAUSA DE LA PERTURBACION DE ELLA.

CON la muerte de don Diego de Almagro el mozo, y de los más principales y más culpados de los suyos, y con el destierro de los no tan culpados, quedó en toda paz y quietud aquel imperio, porque se acabó la voz y el nombre, y bando de los Almagros. Y el licenciado Vaca de Castro, como hombre tan prudente, lo gobernó con mucha rectitud y justicia, con mucho aplauso, gusto y contento de españoles e indios; porque hizo ordenanzas muy provechosas para los unos y para los otros, de que los indios en particular recibieron grandísimo favor y regocijo, diciendo que eran leyes muy conformes a las de sus reyes Incas. Repartió el gobernador los indios que había vacos en los más beneméritos españoles que sirvieron a su magestad en aquella guerra. Mejoró otros muchos de los que tenían indios, dándoles otros mejores, mudándolos de unas ciudades a otras como ellos querían Entonces se pasaron muchos vecinos de los Charcas al Cosco, y uno dellos fué Garcilaso de la Vega, mi señor, que dejó la provincia Tapac-ri, como atrás queda dicho, por la provincia Quechua de la nación Cotanera y Huamanpallpa. Y aunque el gobernador en este repartimiento se hubo tan justificadamente como todos lo decían, no faltaron quejosos de que no les hubiese cabido parte de los indios, porque presumían merecer los mejores repartimientos que en el Perú había. Uno de los quejosos fué un caballero llamado Hernando Mogollon, natural de la ciudad de Badajoz, de quien hicimos mencion en nuestra Historia de la Florida, libro primero, capítulo tercero. El cual, viéndose benemérito, por muchos servicios que en conquistas de nuevas tierras había hecho, y que en la batalla de Chupas, como fué notorio, y el licenciado Vaca de Castro lo vió, había peleado como buen soldado, y que en el repartimiento no le había cabido suerte alguna de indios, se fué al gobernador y le dijo:

señor, en esta tierra, como vuesa señoría bien sabe, todos comen de Mogollón, pues se lo quitaron a su dueño, y solo Mogollón muere de hambre, habiéndose hallado en el descubrimiento de la Florida, y en otras conquistas de importancia para la corona de España, y últimamente en la batalla de Chupas debajo del estandarte de vuesa señoría. Será razon que haya memoria de mí, pues yo no me he olvidado de servir a su magestad. El gobernador, viendo que Hernando Mogollón pedía justicia, le hizo merced de un repartimiento de indios aunque pequeño. Y para remedio de los demás quejosos y soldados pobres, que había muchos, que no hiciesen algún motin, envió compañía dellos con sus capitanes, a imitación del marqués don Francisco Pizarro, a que ganasen y poblasen en diversas partes de la tierra, para que hubiese heredades e indios que repartirles. Mandó al capitán Pedro de Vergara que se volviese a la provincia Pacamuru, donde andaba conquistando, cuando fué llamado, y vino a servir a su magestad en aquella guerra: llevó mucha y muy buena gente.

A Diego de Rojas, y a Nicolás de Heredia, y a Felipe Gutierrez, natural de Madrid, envió a la provincia que llaman Mussu, y los españoles los Mojos. Llevaron muy lucida banda de gente, pasaron grandísimos trabajos hasta llegar al Rio de la Plata: quizá adelante haremos mención dellos. A Gonzalo de Monroy envió al reino de Chili en socorro del capitán y gobernador Pedro de Valdivia, que andaba conquistando las provincias y naciones de aquel reino. A otra provincia llamada Mullupampa, envió al capitán Juan Perez de Guevara que la conquistase, que poco antes la había descubierto él mismo, donde tuvo nuevas este capitán de otras sierras y regiones larguísimas, que van a salir al Oriente entre los rios que llaman Orellana, Marañón y el río de la Plata; pero tierras de grandes montañas lagos y ciénagas y pantanos, que casi es inhabitable; y los pocos indios que por allí viven son tan bestiales y brutos que no tienen religión ni urbanidad, y se comen unos a otros, y la region tan caliente que no les permite traer ropa, y asi andan en cueros. Habiendo desembarazado el licenciado Vaca de Castro de soldados y gente nueva toda la tierra que llaman Perú, que son más de setecientas leguas de largo dentro de Quitu a los Charcas, quedó libre de las importunidades y pesadumbres que le daban, y gobernó en toda paz y quietud con mucho aplauso de todos. Dió en hacer las leyes que atrás dijimos, informándose de los curacas y capitanes viejos del orden y gobierno de sus reyes pasados, tomando de la relación lo que mejor le parecía, para la conservación de los españoles y aumento de los indios. Llamó a Gonzalo Pizarro que todavía se estaba en Quitu, y habiéndole rendido de su parte las gracias de sus conquistas y trabajos pasados, y de parte de su magestad, ofreciéndole a su tiempo el galardón que merecían, lo envió a su casa y a sus indios, que eran en los Charcas, diciéndole, que se fuese a descansar y mirar por su salud y por su hacienda.

Los indios, viéndose libres de las vejaciones y persecuciones de las guerras pasadas, que ambos los bandos las hicieron a costa de las haciendas y vidas dellos. En las cuales como lo dice Gomara al fin del capítulo ciento y cincuenta y uno, perecieron millón y medio dellos, dieron en cultivar sus tierras, de que hubo mucha abundancia de bastimento; y con la diligencia los españoles que también gozaban de la paz y procuraban sus aprovechamientos, se descubrieron riquísimas minas de oro en muchas partes del Perú; pero las más ricas fueron al Oriente de el Cosco en la provincia llamada Collahuaya, que los españoles llaman Caravaya, donde sacaron muy mucho oro finísimo de veinte y cuatro quilates y hoy se saca todavía, aunque no en tanta abundancia. Al Poniente del Cosco en la provincia que llaman Quechua que contiene muchas naciones del mismo nombre en la parte que llaman Huallaripa, descubrieron otras minas de oro, no tan fino como el de Collahuaya, aunque todavía llegaba a los veinte quilates poco más o menos; pero en tanta cantidad que yo me acuerdo ver nueve o diez años después que se descubrieron, que traían sus indios a un vecino a quien cupo parte de aquellas minas, dos mil pesos de oro en polvo cada sábado. Llamamos oro en polvo el que sacan como lo hallan, que es como la limalla de los herreros, y otro más grueso, como el afrecho que sacan de la harina, entre lo cual también se hallan algunos granos que llaman pepitas, como pepitas de melón y calabaza que tienen, a tres, cuatro, seis, ocho ducados más y menos como aciertan a hallarse. De tanto oro como se sacaba, acudía grandísima cantidad a las fundiciones para el quinto de su magestad, que era un tesoro innumerable que le daban de cinco marcos uno, de cinco pesos uno, y así hasta el postrer maravedí. Los tratos y contratos de las mercaderías que iban de España eran al respecto del tesoro que allá se hallaba y sacaba. Con estas prosperidades y con un gobernador tan cristiano, tan caballero, tan prudente, tan amigo de acertar en el servicio de Dios nuestro Señor y en el de su rey, florecía aquel imperio cada día de bien en mejor; y lo que más se debe estimar era la doctrina de nuestra santa fé católica, que por toda la tierra la predicaban los españoles con grandísimo cuidado, y los indios la tomaban con otro tanto gusto y contento, porque veían que muchas cosas de las que les enseñaban se las habían enseñado y mandado guardar sus reyes Incas en su ley natural.

En esta magestad de la predicacion del Santo Evangelio, y en la prosperidad de paz, y quietud y bienes espirituales y temporales que los indios y españoles del Perú gozaban, ordenó el demonio, enemigo del género humano, como estas buenas andanzas se perturbasen y trocasen en contra. Para lo cual despertó sus ministros, que son: ambición, envidia, codicia, avaricia, ira, soberbia, discordia y tiranía, que haciendo cada una su oficio, por su parte, estorbasen la predicación del santo Evangelio, y la conversión de aquellos gentiles a la

fé católica, que era lo que más le afligía, porque perdía la ganancia que en aquella gentilidad tenía. Y Dios nuestro Señor lo permitió por sus secretos juicios, y para castigo de muchos, como por el hecho se verá. Y fué que algunas personas, mostrándose muy celosas de el bien común de los indios sin mirar los inconvenientes que en mal y daño de los mismos que pretendían remediar causaban con su mal consejo y poca prudencia, propusieron en el Consejo real de las Indias que convenía hacerse nuevas leyes y ordenanzas para el buen gobierno de los imperios Perú y México. Y el que más insistió en esto, fué un fraile llamado Fr. Bartolomé de las Casas, que años antes siendo clérigo secular había andado por las islas de Barlovento y por México; y después de haber tomado hábito de religión, propuso muchas cosas, diciendo que convenía al bien de los indios, y a la conversión dellos, a la fé católica, y al aumento de la hacienda real. Diremos sobre esto lo que dicen y escriben Francisco Lopez de Gomara, capellán de su magestad imperial, capítulo ciento y cincuenta y dos y los siguientes; y Agustín de Zárate, Contador general de la hacienda real en el Perú, libro quinto, capítulo primero y los que se siguen.

Y lo que un nuevo historiador de las cosas de Indias, llamado Diego Fernandez vecino de la ciudad de Palencia, refiere de las alteraciones que en México y en el Perú causaron las nuevas leyes y ordenanzas que en la corte hicieron. Que dellas da principio este autor a su historia, y va conforme a los otros dos, en la substancia de los hechos sin discrepar de la verdad dellos. Diremos lo que todos ellos tres escribieron, alegándolos en sus pasos particulares, que por ser yo enemigo de hacerme autor de cosas odiosas, como lo son muchas de las que forzosamente para la verdad y corriente de la historia se deben decir, y porque fueron causas efectivas de las desventuras que los de aquel imperio, asi los del un bando como los del otro padecieron; las escribiré sacando a la letra lo que ellos dicen; y aunque bastará alegar los autores en el margen, citando el libro y el capítulo (como hemos hecho en lo pasado) me pareció escribirlo palabra por palabra, porque algún maldiciente no diga que quité o añadí a lo que ellos dicen. Y esto será solamenete en la materia odiosa, y en lo demás les serviré de comento declarando lo confuso, y añadiendo lo que dejaron de escribir, que pasó en hecho de verdad, y lo oí a muchos de los que se hallaron en aquellas revueltas. Que cuando el Visorey Blasco Núñez Vela pasó al Perú, ya yo tenía cuatro años, y adelante en el discurso de mi vida conocí muchos de los que se nombran en la hisria. Diremos primero la alteración que las ordenanzas causaron en México, y el buen fin que tuvieron por la prudencia y buen consejo del juez que fué a ejecutarlas; y luego volveremos al Perú, y diremos las desventuras, muertes y daños y ruina, que en él se causaron por la aspereza, rigor e imprudencia del visorey que fué a las ejecutar y a gobernar aquel imperio. Y aunque lo de México no es de nuestra

historia, me pareció decirlo en ella, para que se vean los sucesos que en el un reino y en el otro pasaron tan en contra los unos de los otros. siendo la causa una misma; para que los príncipes, reyes y monarcas, adviertan (pues las historias les sirven de ponerles ejemplos como hayan de gobernar) y se recaten de no permitir que se hagan leyes tan rigurosas, ni elijan jueces tan severos, que obliguen y fuercen a sus vasallos y súbditos a que les pierdan el respeto y nieguen la obediencia que les deben, y a que busquen y pretendan otros príncipes que les manden y gobiernen; pues por las historias divinas y humanas, antiguas y modernas, tenemos larga esperiencia que ningún reino se rebeló contra su rey por buen tratamiento que le hiciese, sino por su aspereza, crueldad y tiranía, y demasía de pechos y tributos que les impusiere. Que el Perú por el rigor que en él se usó, estuvo tan en canto de perderse y enagenarse de la corona de España, como por la historia se verá, si la benignidad y blandura del emperador no volviera a restituirlo. (12)

---

(12) Véase los pormenores del Gobierno de Vaca de Castro, en los interesantes capítulos de Cieza. CRONICA. 5ª. parte. *Guerra de Chupas*. cc. LXXXV, LXXXVI y LXXXVII. Entre otras ordenanzas dictadas por Vaca de Castro. debe citarse la de *Tambos*, publicada en la *Revista Histórica* Organo del Instituto Histórico del Perú. t. IV.

CAPITULO XX

NUEVAS LEYES Y ORDENANZAS QUE EN LA CORTE DE ESPAÑA SE HICIERON PARA LOS DOS IMPERIOS MEXICO Y PERU

ES de saber que el año de mil y quinientos y treinta y nueve vino de la Nueva España Fr. Bartolomé de las Casas, y llegó a Madrid, donde entonces estaba la Corte, y en sus sermones y pláticas familiares se mostraba muy celoso de el bien comun de los indios, y gran defensor dellos. Proponía y sustentaba cosas que aunque parecían santas y buenas, por otra parte se mostraban muy rigurosas y dificultosas para ponerlas en efecto. Propúsolas en el Supremo Consejo de las Indias, donde no fueron bien recibidas, porque las repudió la prudencia del buen Cardenal de Sevilla, don García de Loaysa, que entonces residía en aquel consejo, y había gobernado muchos años las Indias, y tenía mejor noticia dellas y de lo que les convenía, que muchos de los que las conquistaron y habitaron, y con su discreción y buen consejo, nunca fué de parecer que se hiciese lo que Fr. Bartolomé pedía. Por lo cual entretuvo su pretensión hasta el año de mil y quinientos y cuarenta y dos que volvió a España el Emperador Carlos Quinto de una larga jornada que por Francia, Flandes y Alemania había hecho. Su Magestad, como tan católico, se persuadió fácilmente a lo que el fraile quería, por los cargos de conciencia que le propuso, si no mandaba hacer y ejecutar las nuevas leyes y ordenanzas que convenía se hiciesen para el bien de los indios. La magestad imperial habiendo oído largamente al religioso, mandó juntar sus consejos y otros letrados graves, prelados y religiosos, y consultando el caso se confirió y trató de propósito; y al fin se proveyó lo que Fr. Bartolomé pretendía, aunque contra la opinión del cardenal y presidente ya nombrado, y del obispo de Lugo don Juan Suarez de Carvajal (que yo alcancé a conocer) y del comendador mayor Francisco de los Cobos secretario de su magestad; de don Sebastian Ramirez, obispo de Cuenca, y presidente de Valladolid, que había sido presidente en

Santo Domingo y en México; y de don García Manrique, conde de Osorno, y presidente de ordenes, que (como dice Gomara) había entendido mucho tiempo en negocios de Indias, en ausencia del cardenal don García de Loaysa. Todos estos, como hombres esperimentados en las cosas de Indias, que las habían manejado mucho tiempo, contradijeron las ordenanzas, que fueron cuarenta las que se hicieron. Y las firmó el emperador en Barcelona en veinte de noviembre de mil y quinientos y cuarenta y dos años; como lo dice Gomara, capítulo ciento y cincuenta y dos; y la batalla de Chupas, entre el licenciado y gobernador Vaca de Castro, y don Diego de Almagro el mozo, se dió a quince de setiembre del mismo año, dos meses y cinco días antes que se firmaran las ordenanzas. De manera que se ve claro la diligencia y solicitud que el demonio traía en estorbar la predicación del santo Evangelio en el Perú· pues apenas se acababa de apagar un fuego, tan grande como fué aquel, cuando tenía solicitado y procurado en encender otro mayor y peor, como se verá por los mismos hechos que las ordenanzas causaron. De las cuales daremos cuenta solamente de cuatro, de que los autores hacen más mención; porque hacen al propósito de la historia, que son las que se siguen:

La primera ordenanza fué, que después de la muerte de los conquistadores y pobladores, vecinos de las Indias, que tuviesen repartimientos de indios encomendados y puestos en sus cabezas por su magestad, no sucediesen en ellos sus hijos, ni mugeres, sino que fuesen puestos en cabeza del rey, dando a los hijos cierta cantidad de los frutos dellos, de que se sustentasen.

Que ningún indio se cargase, salvo en aquellas partes que no se pudiese escusar, y se les pagase su trabajo, y que no se echasen indios a las minas ni a la pesquería de las perlas, y que se tasasen los tributos que hubiesen de dar a sus encomenderos, quitándoles juntamente el servicio personal.

Que se les quitasen las encomiendas y repartimientos de indios que tenían los obispos, monasterios y hospitales· quitasen asimismo los indios a los que hubiesen sido o de presente lo fuesen, gobernadores, presidente y oídores corregidores y oficiales de justicia, y sus tenientes y oficiales de la hacienda de su magestad; y que no pudiesen tener indios aunque dijesen que querían renunciar los oficios.

Que todos los encomenderos del Perú, que se entiende de los que tenían indios, que se hubiesen hallado en las alteraciones y pasiones de don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro, perdiesen los indios, así los del un bando como los del otro; con la cual ordenanza, como dice Diego Fernandez casi ninguno podía tener indios en el Perú, ni hacienda: y por el consiguiente todas las personas de calidad de Nueva España, y también del Perú tampoco los podían tener por la ley tercera antes de esta· porque casi todos, o todos ellos, habían sido corregidores, alcaldes o justicias, o lugares-tenientes, o

ministros de la hacienda real. De suerte que solas estas dos leyes eran como red barredera que comprendían todas las Indias, y despojaban a los poseedores dellas Para mayor inteligencia de las ordenanzas diremos algo acerca del motivo que tuvieron los que las consultaron y ordenaron · y cuanto a la primera ordenanza es de saber, que a los conquistadores y ganadores de las Indias, se les hizo merced por sus servicios de los repartimientos, que los gozasen por dos vidas, por la suya y la del hijo mayor o hija si no tuviese hijo

Después, porque les mandaron que se casasen por parecerles que casándose se quietarían y cultivarían la tierra y sosegarían en ella, sin buscar ni apetecer novedades, alargaron la merced de los indios a que los heredase la muger por sus días, a falta de hijos. La segunda ordenanza que manda que no se carguen los indios, se proveyó porque hicieron relación que no les pagaban su trabajo, en particular de algunos españoles de mala conciencia, tuvieron razon de decirlo; pero no en general de todos, porque muchos hubo que les pagaban su trabajo, y trataban como a hijos; y los indios también tenían y tienen hoy el cargarse por caudal suyo, que son como los jornaleros de España que comen de su trabajo, alquilándose para cavar o segar; y mandar que no se cargasen los indios, también era hacerles agravio a ellos, porque les quitaban su ganancia; sino que se había de mandar que fuesen castigados severísimamente los que no los pagasen.

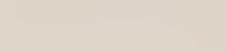
Y a lo que la ley dice que no se echasen indios a las minas, no tengo qué decir, sino remitirme a los indios que hoy (que es el año de mil y seiscientos y once) trabajan por orden del gobernador en las minas de plata del cerro Potocsi, y en las de azogue en la provincia Huanca · que si lo dejasen de hacer, no traerían la plata y el oro que cada año traen a España de aquel imperio.

Y a lo que dice, se tasasen los tributos que hubiesen de dar a sus encomenderos, fué muy bien mandado; y así lo recibieron todos con mucho aplauso, cuando el presidente Pedro de la Gasca, hizo la tasación en el Perú y yo lo ví. Y a lo de quitar el servicio personal digo, que no supieron hacer la relación que convenía en este particular; porque es así que a cada vecino le daban en parte de tributo algunos indios para el servicio de su casa, para lo cual les daban fuera del repartimiento principal, algunos poblezuelos de cuarenta, cincuenta casas, o sesenta cuando más, con obligación del servicio que llaman personal, que era proveer la casa de sus señores de leña y agua, y yerbas para sus cabalgaduras, que entonces no había paja y no daban otro ningun tributo. Y desta manera tenía mi padre tres pueblos pequeños dentro en el valle de el Cosco, y uno dellos se llamaba Caira; y asi los tenían otros muchos vecinos del Cosco por la comarca de aquella ciudad. Y cuando no había pueblos pequeños que darles para el servicio personal, mandaban al repartimiento principal que en parte del tributo diesen indios para el dicho servicio, lo cual ellos

llevaban de muy buena gana, y lo hacían con mucha facilidad y contento. Y así hallando el presidente Gasca este particular tan asentado y acomodado de ambas partes, no trató dello sino que lo dejó como se estaba.

La tercera ley que mandaba quitar los repartimientos de indios que tenían los obispos y los monasterios, y los hospitales a quien los gobernadores habían hecho merced dellos, pareció a todos que no se les hacía agravio en quitárselos; porque la intención de los gobernadores cuando se los dieron, no fué salir de la comisión que de su magestad tenían para repartir los indios, que era por dos vidas y no más que como los monasterios, prelacías y hospitales son perpetuos, no se les hacía agravio en igualarlos con los demás ganadores y conquistadores de aquellos imperios.

Lo demás de la tercera y cuarta ordenanza, que quedan por declarar, se dirá adelante en el discurso de las querellas que daban los condenados por ellas. (13)



(13) Cieza de Leon. Ob. cit. c. XCIX.

CAPITULO XXI

LOS MINISTROS QUE CON LAS ORDENANZAS FUERON A MEXICO Y AL PERU PARA LAS EJECUTAR; Y LA DESCRIPCION DE LA IMPERIAL CIUDAD DE MEXICO

JUNTAMENTE con las ordenanzas se proveyó que la audiencia de Panamá se deshiciese y se ordenase otra de nuevo en los confines de Guatemala y Nicaragua; y que la provincia de Tierra Firme fuese sujeta a esta audiencia.

Proveyóse también que en el Perú hubiese otra chancillería de cuatro oidores y un presidente con título de visorrey y capitán general y que a la Nueva España fuese un personage cual conviniese para visitar al visorey y a la audiencia de México, y a todos los obispos, y tomase las cuentas y residencia a los oficiales de la hacienda real y a todas las justicias de aquel reino.

Todas estas provisiones salieron juntas con las ordenanzas que, como se ha dicho, fueron más de cuarenta; y como en la corte hubiese siempre indianos de todas partes, enviaron luego a México y al Perú muchos traslados de las ordenanzas y de las demás provisiones, de que todos los vecinos y moradores de aquellos dos imperios recibieron, como lo dicen los tres historiadores, grande escándalo, alteración y descontento; y que luego comenzaron todos a tratar de su remedio.

Pocos días después de publicadas las ordenanzas, nombró la magestad imperial por visitador a don Francisco Tello de Sandoval natural de Sevilla, que había sido inquisidor de Toledo, y a la sazon era del Consejo real de las Indias, persona de gran rectitud y mucha prudencia para que fuese con las nuevas leyes y ordenanzas a la Nueva-España, y las ejecutase en aquel imperio e hiciese las visitas dichas.

Nombró asimismo por presidente y visorey de los reinos y provincias del Perú a Blasco Núñes Vela, natural de la ciudad de Avila,

que era entonces veedor general de las guardas de Castilla. Zárate añade, libro quinto, capítulo segundo, lo que se sigue:

Porque su magestad tenía esperiencia en lo que dél había conocido, así en este cargo como en otros corregimientos que antes dél había tenido en la ciudades de Málaga y Cuenca, y que era caballero recto, y que hacía justicia sin ningun respeto, y que ejecutaba los mandamientos reales con todo rigor sin ninguna disimulación.

Hasta aquí es de Zárate. Proveyó asimismo por oidores de la audiencia del Perú al licenciado Diego de Cepeda, natural de Tordesillas, que era oidor en las islas de Canaria y al licenciado Lison de Tejada, natural de Logroño, que era alcalde de los hijosdalgo en la real audiencia de Valladolid, y al licenciado Alvarez que era abogado en la misma audiencia, y al licenciado Pedro Ortiz de Zárate, natural de la ciudad de Orduña, que era alcalde mayor en Segovia. Estos cuatro letrados fueron los oidores nombrados.

Mandó asimismo su magestad que Agustín de Zárate, que era secretario del Consejo real, fuese por contador de cuentas de aquellos reinos y provincias y Tierra-Firme. Y diéronsele las ordenanzas para que asentada la audiencia en la ciudad de los Reyes, a donde su magestad mandó que residiese, se ejecutasen, como en ellas se contenía al pie de la letra, como leyes inviolables.

Hasta aquí es de Diego Fernandez, del capítulo segundo; y casi lo mismo dice Agustín de Zárate. Estas provisiones salieron por el mes de abril del año mil y quinientos y cuarenta y tres.

Diremos ahora brevemente los sucesos felices de México acerca de las ordenanzas: y luego nos pasaremos a contar los del Perú, que fueron de gran lástima y dolor para todos los de aquel imperio, así españoles como indios.

Por el mes de noviembre del mismo año quinientos y cuarenta y tres, se embarcaron el visorey, y sus oidores y ministros, y el visitador don Francisco Tello de Sandoval, en San Lucar de Barrameda, en una hermosa flota de cincuenta y dos navíos, y con próspero viento llegaron en doce días a las isla de Canaria, donde habiendo tomado refresco, volvieron a su viage, y se dividieron los unos a mano derecha, camino de la Nueva-España, y los otros a mano izquierda, camino de el Perú: donde dejaremos al visorey, por decir lo que sucedió al visitador en el reino de México; y dejando el largo discurso de su viage, que lo refiere Diego Fernandez Palentino, decimos que llegó a salvamento al puerto de San Juan de Ulúa, por el mes de febrero del año mil y quinientos y cuarenta y cuatro; de allí se fué a la Vera-Cruz, y siguió su camino hasta México. En los pueblos por do pasaba lo recibían con toda humildad y veneración, haciéndole toda la fiesta que podían.

Los de México, teniendo noticia de las ordenanzas que llevaba, y que estaba ya cerca de la ciudad, determinaron, como lo dice Diego

Fernandez, de salir a recibir al visitador todos cubiertos de luto por mostrar el sentimiento y tristeza que por su venida tenían.

Lo cual sabido por el visorey don Antonio de Mendoza, lo reprehendió y estorbó, y ordenó en contra, y que lo recibiesen con ostentación de mucha fiesta y regocijo: y así salió el mismo visorey con la real audiencia, y los oficiales della, y los cabildos de la ciudad y de la iglesia, con más de otros seiscientos caballeros muy ricos y galanos jaeces. Salieron a recibirle a media legua de la ciudad. El virey y el visitador se recibieron con mucho comedimiento y ceremonia, y lo mismo fué por todos los demás. Luego fueron al monasterio de Santo Domingo, de donde salió don Fray Juan Zumárraga, de la orden de San Francisco, primer obispo de México, a la puerta del convento, a recibir al visitador; y habiéndose despedido el visorey y todos los demás, quedó aposentado el visitador en aquel monasterio. Diego Fernandez habiendo referido lo de hasta aquí, prosigue pintando la ciudad de México.

Séame lícito decir lo que él dice, porque como indio, soy aficionado a las grandezas de aquella otra Roma en sus tiempos. Dice así: está fundada esta gran ciudad de México en un llano sobre agua, de la suerte que Venecia, porque todo el cuerpo de la ciudad estaba sobre agua, y tiene grandísimo número de puentes. La laguna sobre que está fundada la ciudad, aunque parece toda una, son dos muy diferentes, porque la una es de agua salada y amarga, y la otra de agua dulce y buena: la salada crece y mengua, la dulce está más alta, y casi cae el agua buena en la mala, y no al contrario.

Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y tendrá ocho de largo, y casi lo mismo tendrá la dulce.

Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman acales, y los españoles canoas; son a manera de artesa, hechas de una pieza y son grandes y chicas, según el tronco del árbol de que cada una se hace.

Tenía en esta sazon y tiempo setecientas casas muy grandes y principales, y bien edificadas, labradas pulidamente, y de cal y canto. Ninguna de estas casas tiene tejado, sino muy buenos terrados que se pueden muy bien andar por encima de las casas.

Las calles son bien trazadas, muy llanas y derechas, y tan anchas que por cada una dellas pueden ir en ala siete de a caballo con sus lanzas y adargas, sin que el uno estorbe al otro.

La casa donde está la real audiencia tenía dentro nueve patios y una muy buena huerta y plaza, do se pueden muy bien correr toros. Posaban en esta casa cómodamente el visorey don Antonio de Mendoza, el visitador don Francisco Tello de Sandoval, tres oidores, y el contador de cuentas.

Estaban también en ella la cárcel real, la casa de la fundición, do se funden campanas y artillería, y la casa de la moneda.

Pasa por un lado desta casa la calle (que llaman) de Tacuba, y por otro lado la calle de San Francisco. a las espaldas tiene la calle de la Carrera, que todas son calles principales, y por delante la plaza que corren toros en ella. Es tan amplia esta casa, que en lo que responde a estas calles y plazas hay ochenta puertas de casas de vecinos.

La población de los indios de esta ciudad está en dos grandes barrios, que llaman Santiago y México, en que estarían en este tiempo doscientos mil indios. Salen y entran a esta ciudad por cuatro calzadas que una dellas tiene dos leguas de largo, que es por la que entró Hernando Cortés, que es la del Mediodía y otra tiene una legua, y las otras menos.

Hasta aquí es de Diego Fernandez: y lo que este autor dice que en aquella sazon y tiempo tenía México setecientas casas muy grandes, dijera mejor setecientos barrios grandísimos, como se prueba largamente de lo que él mismo dice, pintando la casa en que posaba el visorey y el visitador, pues sin estos posaban en ella los oidores y los demás ministros reales, y la carcel real estaba en ella, y la casa de la moneda y de la fundición donde se fundían campanas y la artillería; que para cada cosa destas era menester un barrio no pequeño; y así lo demuestra el autor contando el circuito de la casa, pues dice: es tan amplia esta casa, que en lo que corresponde a estas calles y plaza, hay ochenta puertas de casas principales de vecinos, donde se muestra bien la grandeza de sola una casa de aquellos tiempos, que como se ha dicho pudiera mejor llamarse barrio que no casa, y al respecto eran las demás; y en particular se puede decir de aquella imperial ciudad de México, que es una de las más principales que hay en el universo, si ya no es la primera, como me lo dijo un caballero flamenco, que por su curiosidad y gusto había visto todas las famosas del Mundo Viejo, y sólo por ver a México pasó al Mundo Nuevo, que demás de verla le valía veinte mil ducados de partidos y apuestas que en su tierra habían hecho con él, sobre si sería hombre para ir hasta allá.

Dejaré (por no hacer tan larga digresión) de decir las particularidades que acerca desto me contó, y los largos caminos que hizo, y los muchos años que gastó en verlas todas; baste decir que fueron más de catorce. Y lo que el Palentino dice, que salió el visorey a recibir al visitador con la real audiencia y los oficiales della, y los cabildos de la ciudad y de la iglesia, con más de otros seiscientos caballeros, con muy ricos y galanos jaeces, no fué encarecimiento, sino mucha verdad; porque entre otras sus grandezas tuvo México ésta, que de ordinario en aquel tiempo, los domingos y fiestas salían a pasear las calles de quinientos a seiscientos caballeros, sin rumor de juego de cañas, ni de otro regocijo alguno, más del paseo ordinario de días de huelga, que para una ciudad sin rey presente no deja de ser mucha realeza.

CAPITULO XXII

ELIGEN PERSONAS QUE SUPLIQUEN DE LAS ORDENANZAS. LAS CUALES SE PREGONAN PUBLICAMENTE. EL SENTIMIENTO Y ALBOROTO QUE SOBRE ELLO HUBO Y COMO SE APACIGUO, Y LA PROSPERIDAD QUE LA PRUDENCIA Y CONSEJO DEL VISITADOR CAUSO EN TODO EL IMPERIO DE MEXICO

VOLVIENDO a nuestra historia decimos, que luego otro día después que el visitador entró en la ciudad de México, hubo una general murmuración y escándalo por toda ella. Decían que venía por ejecutor de nuevas leyes y cada uno discantaba lo que le parecía sobre su venida.

Y públicamente se juntaron a tratar sobre el remedio, diciendo que se les hacía grandísimo agravio. Fueron todos de acuerdo y parecer que luego suplicasen de las ordenanzas, e interpusiesen su apelación ante el visitador. Y aquella noche, y otro día domingo, no trataron de otra cosa los del cabildo y oficiales de la hacienda de su magestad y los vecinos. Y el lunes en amaneciendo se llamaron y convocaron unos a otros, y todos los regidores con el escribano de ayuntamiento con gran número de gente se fueron al monasterio de Santo Domingo, llevando ordenada en forma su apelación Y fué tanta la gente, que con ser el monasterio muy grande y espacioso, no cabían dentro. Y aunque el visitador se recató, y tuvo algún miedo de su desvergüenza, salió a ellos con buen semblante, y diéronle a entender la causa de su venida. El reprendió al cabildo con palabras blandas, diciéndoles que pues él no había presentado sus poderes, ni tampoco les constaba el efecto de su venida, que de qué querían apelar, pues no sabían de qué se agraviaban. Que les rogaba se fuesen luego, y que allá entre sí nombrasen dos o tres regidores por diputados de la ciudad, y que estos viniesen a la tarde a tratar del negocio; y que él les oiría y respondería Con esto se despidieron todos, y entre ellos dis-

putaron al procurador mayor y dos regidores, y al escribano de ayuntamiento y cabildo Miguel Lopez de Legaspi, los cuales fueron a las dos después de mediodía al monasterio.

El visitador los recibió (al parecer) alegremente, y los metió en su aposento, y reprendió el grande alboroto que por la mañana habían hecho: exageró su delito, representándoles lo que dello pudiera resultar contra el servicio de Dios y de su magestad. Díjoles asímismo que él no venía a destruír la tierra, sino a los favorecer en todo lo que pudiese. Prometió ser buen intercesor y medianero para con su magestad a quien dijo que escribiría en favor dellos sobre la suspension de las ordenanzas, y que las más rigurosas él no las había de ejecutar por ninguna manera.

Finalmente les habló y persuadió de tal suerte, que ellos se volvieron muy contentos, sin hacer diligencia alguna sobre la diputación que llevaban. Y ellos mismos fueron causa de sosegar al pueblo, que tan inquieto y escandalizado estaba. Con esto se entretuvieron algunos días, hasta lunes veinte y cuatro de marzo, que se pregonaron públicamente las nuevas leyes, estando presente al auto el visorey y el visitador con toda la audiencia. Y en acabándose el pregón, el procurador mayor de la ciudad rompió por toda la gente, haciendo algun alboroto para llegar al visitador, e interponer ante él la suplicación que ya traía ordenada; y muchos de los presentes dieron clara muestra de escandalizarse, y pasar adelante en su libertad. Por lo cual el visitador recelándose no sucediese alguna novedad y desvergüenza, allí luego en presencia de todos, dió en disculparse con muestras de gran pasión de haber hecho pregonar las ordenanzas, más por fuerza que de grado; y prometió con mucha certificación que todo aquello que fuese en perjuicio de los conquistadores y vecinos no se había de cumplir en manera alguna, y que no faltaría en cosa ninguna de todas las que había tratado y prometido a los diputados del cabildo de la ciudad.

Mostró tener gran sentimiento y aún queja de que no le diesen entero crédito. Hizo grandes salvas en juramentos solemnes, certificando que él deseaba y procuraba más que ellos mismos el bien público de todos los de la Nueva-España.

Prometió con juramento de escribir a su magestad, informándole en favor de los conquistadores y pobladores, y que no solamente había de favorecer para que su magestad no les disminuyese las rentas y hacienda que tenían ni quebrantase sus fueros, y capitulaciones; empero que ayudaría para que de nuevo se los confirmase, e hiciese nuevas mercedes, y les repartiese todo aquello que estaba vacuo en la tierra. Asimismo el obispo de México (que estaba presente) viendo la ciudad tan triste y descontenta, esforzó cuanto pudo el intento del visitador: convidó toda la gente para otro día siguiente, veinte y cinco de marzo (fiesta de nuestra Señora) fuesen todos a la iglesia mayor, que él les predicaría, y el visitador diría la misa.

Con esto se fueron todos harto tristes y confusos, consolándose algún tanto de su congojoso temor con la dudosa esperanza que se les prometía. Y toda aquella noche pasaron con harto poco reposo llenos de congoja y cuidado.

Venido el día, el visorey oidores y cabildo y todos los demás vecinos de la ciudad, se juntaron en la iglesia mayor, donde celebró la misa el visitador, y predicó el obispo de México trajo muchas autoridades de la sagrada Escritura acerca de la presente tribulación en que toda la gente estaba; y tratólo tan bien y con tanto espíritu que a todos dió mucho consuelo. Luego comenzaron a encontrar más contento y trataban mejor del negocio, y de allí adelante el procurador mayor y regidores iban a visitar a don Francisco Tello, y trataban con él la forma y manera que tendrían con su magestad para el remedio, y con su parecer y consejo nombraron dos religiosos, personas principales, y dos regidores diputados por el cabildo de la ciudad y de todo el reino, y que estos partiesen luego para Alemania, donde sabían que a la sazon estaba el emperador ocupado en las guerras que contra los luteranos hacía. Y el visitador se ofreció escribir con ellos a su magestad, dándole a entender cuanto convenía al servicio de Dios y suyo, y a la paz y sociego, y perpetuidad de la tierra la suspensión de las ordenanzas; y que avisaría de los daños e inconvenientes que sucederían de la ejecución dellas.

Lo cual cumplió como caballero, escribió a su magestad la relación de su viage, y lo sucedido con su venida a la Nueva España, advirtió muchas cosas acerca de la declaración y ejecución de las nuevas leyes, particularmente lo que en cada ley se debía restringir y ampliar En esta carta iba un capitulo bien largo y notable en favor de los conquistadores y pobladores de la tierra, para que se les encomendasen indios, y fuesen gratificados de sus servicios y trabajos, culpando mucho a los gobernadores porque habían dado injustamente los repartimientos pasados. Iban en esta carta veinte y cinco capítulos, que contenían las condiciones con que se debían encomendar los indios, para perpetuidad de la tierra y aumento de los naturales, que casi todos eran en favor de los vecinos encomenderos

Con la carta se embarcaron para Castilla los procuradores, y asímismo se embarcó otra mucha gente para huir de las nuevas leyes Algunos días después que las ordenanzas fueron pregonadas, procuró el visitador con mucho tiento y consejo, y poco a poco, cumplir y ejecutar algunas dellas, por los mejores medios que pudo. Y así ejecutó la tercera ley de las rigurosas en los oficiales del rey que entonces lo eran; porque en aquellos les pareció ser cosa justa y conveniente, y no en los que antes lo habían sido, ni en los tenientes: quitóles los oficios, y dejóles los indios. Quitó los indios a los conventos, prelados, hospitales, de que dió luego cuenta a su magestad. Los procuradores, diputados, religiosos y regidores, que partieron de la Nueva España

llegaron con próspero viage en salvamento a Castilla, y de allí se partieron luego para Alemania a negociar con el católico emperador, tomando los religiosos hábito de soldados, porque en aquel tiempo y en aquellas partes era la persecución de los monasterios y religiosos que los hereges hacían. Y habiendo negociado bien a los que iban, y trayéndoles cédulas reales de su buen despacho, escribieron en la primera flota que fué a la Nueva-España, el buen suceso que con su magestad habían tenido, y la mucha merced que les había hecho., por la buena relación del visitador

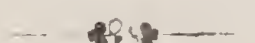
Llegados los despachos a México y vistos en el cabildo, luego salieron todos juntos como estaban con el escribano de ayuntamiento, y fueron a casa del visitador con diferente aspecto que el que llevaron cuando fueron a suplicar de las ordenanzas, y diéronle muchas gracias por la carta que en favor de todos ellos en general había escrito. Y mostrándole la cédula de su magestad, por la cual expresamente mandaba a el visitador que las nuevas leyes se suspendiesen, y no se entendiese en la ejecución dellas hasta que otra cosa en contrario se mandase. Y decía también que su magestad mandaría repartir la tierra entre los conquistadores y pobladores della. Después de lo cual en la primera flota, su magestad envió poder a don Antonio de Mendoza para repartir todo lo que estuviese vaco en la tierra. Luego dieron orden la ciudad y cabildo que por alegría de la buena nueva hiciesen fiestas y regocijos; y así jugaron cañas y corrieron toros, lo más regocijado y más solemne que jamás hasta entonces se había hecho.

Y de allí adelante tuvieron tanto placer y contento que no entendían en otra cosa que en festejarse. Y para buena confirmación de la más esperanza que tenían que se había de cumplir la cédula real sobre la suspensión destas leyes, sucedió que en este tiempo falleció un conquistador casado y tenía indios encomendados, y no tenía hijos, y el virey y el visitador pusieron los indios que tenía en la muger del difunto, de que todos los señores de indios recibieron grandísimo contento; porque aún todavía estaban con recelo y sospecha si se habían de ejecutar o no las nuevas leyes

Habiendo pues don Francisco Tello de Sandoval hecho en la Nueva-España lo que hemos referido, y todo lo demás que por su magestad le fué mandado, se volvió a Castilla, y fué después proveído por su magestad por presidente de las reales audiencias de Granada y de Valladolid, y presidente del Consejo real de las Indias; y por el mes de diciembre de mil y quinientos y sesenta y seis años su magestad le dió el obispado de Osma.

Hasta aquí es lo de México acerca de las ordenanzas: de aquí adelante proseguiremos en las desdichas que por causa dellas en el Perú sucedieron, y como por la historia se verán, fueron en todo contrarias a las prosperidades de México; porque las causó la desven-

tura de aquel imperio, y su mucha riqueza. y el rigor y aspereza que en él se usó, de que procedieron tantas muertes y daños, robos, tiranías y crueldades, que en comparación de las que indios y españoles padecieron, no se escribe la décima parte dellas, porque las calamidades que la guerra en ambos sexos, y en todas edades, en setecientas leguas de tierra causó, no es posible que se escriban por entero.



LIBRO CUARTO

Contiene la ida de Blasco Núñez de Vela al Perú. Su viage hasta llegar a él. Lo que hizo antes y después de llegado al Perú. Lo que decían contra las ordenanzas. El recibimiento del Visorey. La prisión de Vaca de Castro. La discordia entre el Visorey y sus oidores. La muerte del príncipe Manco Inca. La elección de Gonzalo Pizarro para procurador general. El Visorey hace gente, elije capitanes, prende segunda vez a Vaca de Castro. La rebelión de Pedro de Puelles y de otros muchos con él. La muerte del fator Illen Suarez de Carvajal. La prisión del Visorey y su libertad. Nombran a Pizarro por gobernador del Perú. La guerra que entre los dos hubo. Los alcances que Gonzalo Pizarro dió al Visorey, y los que Francisco de Carvajal dió a Diego de Centeno hasta deshacerle. La batalla de Quitu. La muerte del Visorey y Blasco Nuñez Vela, y su entierro.—Contiene cuarenta y dos capítulos.

CAPITULO I

LOS SUCESOS DEL VISOREY BLASCO NUÑEZ VELA LUEGO QUE ENTRO EN TIERRA-FIRME Y EN LOS TERMINOS DEL PERU



A que la historia ha dicho en el libro precedente las prosperidades y buenas andanzas del reino de México, causadas por la cordura, discreción y buen consejo del visitador don Francisco Tello de Sandoval; razón nos esforcemos a hacer relación de las desventuras, muertes y calamidades del imperio del Perú, nacidas del rigor, aspereza y mala condición del visorey Blasco Núñez Vela, que tan determinadamente y contra el parecer de sus propios oídores, quiso ejecutar las ordenanzas tan rigurosas, sin considerar cosa alguna de las que debían mirar en pro y servicio del rey; para lo cual es de saber que como atrás se dijo, las dos armadas del Perú y México se dividieron en el golfo de las Damas. El visorey siguió su viage, y con próspero tiempo llegó a Nombre de Dios, a los diez de enero de quinientos y cuarenta y cuatro, y de allí se fué a Panamá, donde luego quitó muchos indios de servicio, que los españoles habían traído de las provincias del Perú, y los mandó volver a ellas. A muchas personas les pesó, porque quitaban estos indios a sus dueños, así por tenerlos industriados, como porque ya eran cristianos, y también por ser contra la voluntad de muchos de los mismos indios. Y sobre esta razon hablaron muchas veces al virey, como para que lo hiciese, persuadiéndole para ello, y diciéndole no ser cosa que conve-

nía al servicio de su magestad, ni al de Dios; pues es notorio que lo que más se pretendía era que los indios fuesen cristianos, y que esto no podía haber efecto estando en poder de sus caciques Especialmente, que era muy claro, que si algún indio se hacía cristiano, y después volvía a poder de su cacique, hacía que le sacrificasen al demonio. Cuanto más que su magestad expresamente mandaba que los indios fuesen puestos en su libertad, y que aquellos que allí estaban querían residir en aquella provincia, y contra su voluntad los mandaba llevar al Perú; y con tan poco recaudo, que era como imposible no morir muchos dellos. A todo esto respondía el visorey, que su magestad se los mandaba llevar expresamente, y que no podía hacer, ni haría otra cosa; y así mandó luego a los españoles que tenían los indios, que los enviasen a su costa. Serían los que quitaron a particulares, hasta trescientos indios, luego los hizo embarcar en su navío y llevarlos al Perú; los cuales, asi por falta de comida, como por dejarlos en la costa desamparados, murieron los más dellos. Considerando las personas que persuadían al visorey el gran peligro que de proceder en la ejecución de las ordenanzas se tenía, pretendían de se lo estorbar, alegando muchas razones por que lo entendiese, representándole las grandes guerras que en el Perú habían pasado, y que estaba la gente alterada y descontenta. El visorey oía todo esto de mala gana y respondía ásperamente y decía, que por estar fuera de su jurisdicción no los ahorcaba todos. De manera que con esto ponía duro freno para que nadie lo persuadiese de lo que convenía. Estuvo Blasco Nuñez veinte días en Panamá, en los cuales los oídores se informaron de muchas cosas del Perú, y especialmente entendieron dos cosas; la una el agravio grande que los conquistadores recibían con las ordenanzas; la otra el gran peligro que había de quererlas ejecutar, en tiempo que poco antes el licenciado Vaca de Castro había dado la batalla a don Diego de Almagro el mozo, que le había vencido y justiciado, y habían sido muertos en la batalla más de trescientos y cincuenta hombres, y los que habían quedado por el gran servicio que habían hecho a su magestad, todos estaban esperando que se les habían de hacer grandes mercedes Lo cual entendido por los oídores, y habiendo considerado bien el negocio y la cualidad de la condición del visorey, no le apretaron, pareciéndoles que llegados al Perú, vista la cualidad de la tierra y gente della, estaría más apto para tomar su consejo. El virey desabrido, con poca o ninguna ocasión por lo que los oidores le decían, determinó partirse delante dellos, diciendo que juraba, que para que viesen quien él era, que cuando los oidores llegasen había de tener cumplidas y ejecutadas las ordenanzas. Y por lestar a la sazon enfermo y en la cama, el licenciado Zárate, el visorey ee fué a visitar antes de su partida, y el licenciado le dijo, pues que estaba determinado de se partir sin ellos, que le encargaba y suplicaba ntrase muy blandamente en la tierra, y que no tratase de ejecutar ninguna ordenanza hasta que la audiencia estuviese asentada en la

ciudad de los Reyes, y él estuviese apoderado de toda la tierra, y que entonces ejecutaría las leyes que conviniesen, así para la conciencia de su magestad, como para la buena gobernación y conservación de los naturales. Y que sobre las que eran muy ásperas, y otras que parecían no convenían, que se debía informar sobre ellas a su magestad, y que después si su magestad (no obstante la información) tornase mandar que se cumpliesen y ejecutasen, que entonces se podían cumplir y ejecutar mejor porque estaría mas apoderado en la tierra, y estarían en todos los pueblos puestas las justicias de su mano. Estas y otras cosas les dijo el licenciado Zárate, que no fueron al gusto del Virey, antes se enojó mucho por ello, y respondió con alguna aspereza jurando que había de ejecutar las ordenanzas, como en ellas se contenía, sin esperar para ello términos algunos, ni dilaciones. Y cuando los oidores llegasen al Perú ya les habría quitado el trabajo. Y con esto luego se embarcó sólo, sin querer esperar a los oidores, ni alguno dellos, puesto que se lo rogaron. Y a cuatro de marzo llegó al puerto de Tumbes, donde desembarcó, y siguió su viaje por tierra, ejecutando y cumpliendo las ordenanzas por los pueblos por donde pasaba, tasando los indios que algunos tenían, y quitándoselos a otros, y poniéndolos en cabeza de su magestad Y así pasó por Piura y Trujillo, pregonando y ejecutando las nuevas leyes, no queriendo admitir suplicación alguna. Aunque los vecinos alegaban que aquello no se podia hacer sin conocimiento de causa (puesto que las ordenanzas se hubiesen de ejecutar) y sin que la audiencia estuviese asentada, pues expresamente su magestad así lo mandaba por una de aquellas ordenanzas que decía, que para ejecución dellas enviaba un virey y cuatro oídores Empero el virey ponía temor, y amenazaba a lo que en esto insistían. Lo cual causaba gran confusión y tristeza en los ánimos y corazones de todos, considerando el rigor de las leyes, que a nadie perdonaban, y que a todos en general comprendían. Y antes desto al tiempo que el virey tomó la costa del Perú, envió delante sus provisiones y poderes a la ciudad de los Reyes y al Cusco, para ser recibido y obedecido; y para que el licenciado Vaca de Castro se desistiese de la gobernación que tenía, pues él ya estaba en la tierra por virey.

Días antes que estos recaudos se recibieran en la ciudad de los Reyes, se sabía la provisión que su magestad había hecho en Blasco Núñez Vela; y tenían traslado de todas las ordenanzas, con lo cual la ciudad y cabildo, despacharon con recaudo sobre este negocio, a don Antonio de Ribera, y a Juan Alonso Palomino, para el licenciado Vaca de Castro que estaba en la ciudad del Cosco. El cual también tenía cartas de España, en que le avisaban de la provisión de Blasco Núñez Vela, y de las ordenanzas, las cuales llevó Diego de Aller, su criado que fué de España y se adelantó por llegar con la nueva.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino, y lo mismo dicen los demás historiadores.

CAPITULO II

EL LICENCIADO VACA DE CASTRO VA A LOS REYES. DESPIDE EN EL CAMINO LOS QUE IBAN CON EL. EL ALBOROTO QUE CAUSO LA NUEVA DE LA EJECUCION DE LAS ORDENANZAS, Y LOS DESACATOS QUE SOBRE ELLAS SE HABLARON

EL gobernador Vaca de Castro, habiendo oído las nuevas de la ida del visorey Blasco Nuñez Vela, y las ordenanzas que llevaba y que las ejecutaba sin oir a nadie, ni admitir suplicación alguna le pareció asegurar su partido, e irse a la ciudad de los Reyes a recibir al visorey, sin admitir la embajada que don Antonio de Ribera, y Juan Alonso Palomino, le llevaron del cabildo del Rimac, ni querer escuchar lo que le decían los del ayuntamiento del Cosco, y los vecinos que de otras partes venían, que todos le decían que no recibiese al visorey, sino que en nombre de todos suplicase de las ordenanzas por el rigor dellas, y de la provisión del visorey, por la aspereza de su condición, con que se había hecho incapaz del oficio, y que no lo recibiesen a la gobernación, pues él se había hecho indigno della, no queriendo oir a justicia los vasallos de su magestad, y mostrando tanto rigor en la ejecución de cualquiera cosa, por muy pequeña que fuese. También le decían que si él no aceptaba aquella empresa, no faltaría en el reino quien la aceptase.

De la aspereza de la condición del visorey, y del rigor con que ejecutaba las ordenanzas, estaba todo el Perú bien lleno y muy alborotado; porque los mismos mensageros, que el visorey a diversas partes envió para que le recibiesen por gobernador, las habían publicado largamente; sobre lo cual también la fama había acrecentado su parte, como suele en cosas semejantes, para indignar a los que las oyesen. El licenciado Vaca de Castro, dando de mano a todas ellas, se apercibió para ir a los Reyes, salió bien acompañado de caballeros, vecinos y soldados del Cosco, que como él era tan bien quisto, si lo permitiera

no quedara hombre en aquella ciudad que no se fuera con él. En el camino le notificaron las provisiones del visorey para que se desistiese de la gobernación de aquel reino, y le recibiese a él por tal Vaca de Castro las obedeció llanamente, y se desistió de su oficio; aunque antes que lo pronunciase por escrito, proveyó muchos repartimientos de indios en personas que lo merecían, que habían servido a su magestad, como lo había visto por vista de ojos, e informádose de lo que habían servido antes que él fuera a aquel imperio. Los que llevaron aquellas provisiones, contaron en particular lo que el visorey había hecho en la ejecución de las ordenanzas: cómo quitó en Panamá los indios de servicio que los españoles tenían, y los embarcó para el Perú contra la voluntad de los mismos indios y de sus dueños; y cómo en Tumpis, y en San Miguel, y en Trujillo, había tasado algunos repartimientos, y quitado otros, y puéstolos en cabeza de su magestad, conforme a las ordenanzas, sin querer oir suplicación ni otro derecho alguno, diciendo que su magestad lo mandaba así. Con lo cual se alborotaron los que venían con el licenciado Vaca de Castro, de manera que los más dellos se volvieron al Cosco sin despedirse de el gobernador, diciendo que no osarían parecer ni ponerse delante de un hombre tan áspero, que sin causa alguna los ahorcaría a todos· que cuando hubiesen llegado los oidores y la audiencia estuviese asentada, volverían a alegar de su justicia· más con todas estas escusas, se entendía bien que iban escandalizados y alterados, y lo mismo trataron al descubierto, porque llegando a Huamanca, tomaron la artillería que allí había quedado después del vencimiento de don Diego de Almagro, y la llevaron al Cosco. El autor desto fué un vecino llamado Gaspar Rodriguez, que hizo juntar mucha gente de indios, que lo llevaron con gran escándalo de los que lo vieron y oyeron. Vaca de Castro ignorante de aquel mal hecho, pasó adelante y en el camino topó un clérigo que se decía Baltasar de Loaysa, que con la afición que le tenía, iba a avisarle de que en la ciudad de los Reyes se hablaba mal de que fuese acompañado de tanta gente y con armas demasiadas. El licenciado, oyendo esto, pidió a los que habían quedado con él que se volviesen a sus casas, y así lo hicieron muchos, y a los que no quisieron volverse les dijo, que a lo menos dejasen allí las lanzas y los arcabuces que llevaban, que entonces, y aún muchos años después, se usaba caminar con aquellas armas.

Allí se las dejaron, y a pocas jornadas entraron en la ciudad de los Reyes. Iban con el licenciado Vaca de Castro, Lorenzo de Aldana, Pedro de los Ríos, el licenciado Benito de Carvajal, don Alonso de Montemayor y Hernando Bachicao. En la ciudad de los Reyes fueron recebidos con mucho regocijo, aunque mezclado con el dolor de las ordenanzas y de la aspereza de el sucesor, tan en contra de el antecesor. Vaca de Castro despachó luego su mayordomo, llamado Gerónimo de la Serena, y a su secretario Pedro Lopez de Cazalla, con cartas

para el visorey, dándole la buena venida, y el ofrecimiento de su persona y hacienda, al servicio de su magestad y de su señoría. Entre tanto que estas cosas sucedieron en el camino, desde el Cosco hasta la ciudad de los Reyes, hubo otros sucesos más rigurosos por el camino que el visorey llevaba por la costa, desde Tumpis hasta Rimac: que donde quiera que hallaba alguna de las ordenanzas que ejecutar, la ejecutaba con todo rigor, sin admitir razon alguna en defensa ni favor de los conquistadores y ganadores de aquel imperio; porque decía que así se lo había mandado su rey, y que le había de obedecer con lo cual se alteraron del todo los vecinos y moradores de aquel reino; porque como dice Diego Fernandez, participaban todos del daño sin discrepar ninguno. Hablaban desvergonzadamente contra las ordenanzas; decían que hombres apasionados de envidia de lo que los conquistadores del Perú habían ganado y gozaban, no siendo ellos para otro tanto, habían aconsejado a su magestad las mandase hacer, y que otros con hipocresía para sus pretensiones, le habían forzado a que las firmase y enviase con ellas juez tan riguroso, y tan contumaz, que no quisiese oir a nadie, como lo dice Gomara en el capítulo ciento y cincuenta y cinco, por estas palabras, cuyo título es el que se sigue: de lo que pasó Blasco Nuñez con los de Trujillo, y las quejas y razones que todos daban contra las ordenanzas.

Entró Blasco Nuñez en Trujillo con gran tristeza de los españoles, hizo pregonar públicamente las ordenanzas, tasar los tributos, ahorrar los indios y vedar que nadie los cargase por fuerza y sin paga quitó los vasallos que por aquellas ordenanzas pudo, y púsolos en cabeza del rey. Suplicó el pueblo y cabildo de las ordenanzas, salvo de la que mandaba tasar los tributos y pechos, y de la que vedaba cargar los indios, aprobándolas por buenas. El no les otorgó la apelación, antes puso muy graves penas a las justicias que lo contrario hiciesen, diciendo que traía espresísimo mandamiento del emperador para las ejecutar sin oir ni conceder apelación alguna. Díjoles empero que tenían razón de agraviarse de las ordenanzas, que fuesen sobre ello al emperador, y que él le escribiría cuán mal informado había sido para ordenar aquellas leyes. Visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron a renegar: unos decían que dejarían las mugeres, y aunque algunos las dejaran si les valiera, que se habían casado muchos con sus amigas, mugeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decían que les fuera mucho mejor no tener hijos y muger que mantener, si les habían de quitar los esclavos que los sustentaban, trabajando en minas, labranza y otras grangerías. Otros pedían les pagasen los esclavos que les tomaban, pues los habían comprado de los quintos del rey, y tenían su hierro y señal. Otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios, y si al cabo de su vejez no habían de tener quien los sirviese. Estos mostraban los dientes caídos de comer maíz

tostado en la conquista del Perú; aquellos muchas heridas y pedradas: aquellos otros grandes bocados de lagartos. Los conquistadores se quejaban que habiendo gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú, el emperador les quitaba esos pocos vasallos que les había hecho merced. Los soldados decían que no irían a conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarían a diestro ya siniestro cuanto pudiesen.

Los tenientes y oficiales del rey se agraviaban mucho que les privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicios· decían también los clérigos y frailes que no podrían sustentarse, ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos. Quien más se desvergozó contra el virrey y aún contra el rey, fué fray Pedro Muñoz, de la Merced. diciendo cuán mal pago daba su magestad a los que tan bien le habían servido; y que olían más aquellas leyes a interés, que a santidad. pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros; y porque tomaban los pueblos para el rey, quitándolos a monasterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habían ganado. Y lo que peor era que imponían doblado pecho y tributo a los indios que así quitaban y ponían en cabeza del rey, y aún los mismos indios lloraban por esto. Hasta aquí es de Gomara. (1)

---

(1) Veáse Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Historia de las Guerras Civiles del Perú t. I c. VIII. Véase así mismo las leyes dadas por el Gobierno de Indias a mérito de las exhortaciones del Padre Las Casas, trascritas en Herrera Ob. cit. Década VII lib. VI c. V, Lib. VIII, Zárate, ob. cit. Lib. V, c VI Diego Fernandez, (el Palentino) *Historia del Perú* Parte I, Lib. I. c. VI

CAPITULO III

LO QUE DECIAN EN EL PERU CONTRA LOS CONSULTORES DE LAS ORDENANZAS, Y EN PARTICULAR CONTRA DEL LICENCIADO BARTOLOME DE LAS CASAS

PASANDO adelante en sus desacatos y desvergüenzas, no perdonaban a los consejeros y consultores de las ordenanzas: decían mil males dellos, principalmente sabiendo que fray Bartolomé de las Casas, había sido el solicitador y el inventor de ellas, de quien Diego Fernandez dice, que era antiguo conquistador y poblador de las Indias. Decían los del Perú mil disparates, que certificaban haber hecho antes que entrara en religión, contaban particulares desórdenes suyas, y como había intentado hacerse conquistador y poblador de la isla Cumana, y las desgracias y muertes de españoles que había causado con las relaciones falsas, y muchas promesas que al emperador y a sus criados los estranjeros les habían hecho, de acrecentar las rentas reales, y enviar mucho oro y perlas España, a los flamencos y borgoñones que en la corte residían: que como había en el Perú muchos españoles que habían sido conquistadores de muchas de las islas de Barlovento, conocían a fray Bartolomé de las Casas desde antes que fuera fraile, y sabían lo que le sucedió en la conversión que prometió hacer en los indios de la isla Cumana, como lo escribe Francisco Lopez de Gomara en el capítulo setenta y siete de su historia, que me sospecho que alguno de aquellos conquistadores le dió la relación de lo que escribe en el capítulo, que es muy conforme a lo que decían los del Perú que por dar autor que lo haya escrito, pondré aquí el capítulo con su título, que es el que sigue:

Capítulo setenta y siete. De la muerte de muchos españoles cruzados que llevó Bartolomé de las Casas, clérigo.

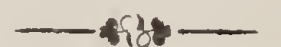
Estaba el licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo en, Santo Domingo, al tiempo que florecían los monasterios de Cumana y Chirivichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la

gente y abundancia de perlas. Vino a España, pidió al emperador la gobernación de Cumana: informole como los que gobernaban las Indias le engañaban; y prometióle de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodriguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata, y el secretario Lope de Conchillos, que entendían en las cosas de Indias, le contradijeron con información que hicieron sobre ello, y lo tenían por incapaz del cargo por ser clérigo, y no bien acreditado ni sabedor de la tierra y cosas que trataba. El entonces favorecióse de Monsiur de Laxao, camarero del emperador y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento para llevar color de buen cristiano en decir que convertiría más indios que otro ninguno, con cierta orden que pondría, y porque prometía enriquecer al rey, y enviarles muchas perlas. Venían entonces muchas perlas, y la muger de Xeures hubo ciento y setenta marcos dellas que vinieron del quinto, y cada flamenco las pedía y procuraba. Pidió labradores para llevar diciendo no haría tanto mal, como soldados desuella caras, avarientos é inobedientes: pidió que los armase caballeros de espuela dorada, y una cruz roja diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle a costa del rey en Sevilla navíos y matalotaje, y lo que más quiso. Y fué a Cumana, el año de veinte, con obra de trescientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacía Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el almirante y audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba ni dijera en corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar. Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecía, pero que no era bien cumplirlas, ni lo podía hacer sin mandamiento del gobernador y oidores de Santo Domingo que lo enviaban. Burlaba mucho del clérigo que lo conocía de la Vega, por ciertas cosas pasadas, y sabía quien era: burlaba eso mismo de los nuevos caballeros y de sus cruces, como de San Benito. Corríase mucho desto el licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo.

No pudo entrar en Toledo, e hizo una casa de barro y palo, junto a do fué el monasterio de Franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fuese a querellar a Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fué también, no se si por esto o por enojo que tenía de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos. Y así quedó Toledo desierto, y los labradores solos. Los indios que holgaban de aquellas pasiones y discordia de españoles, combatieron la casa, y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron, acogiéronse a una carabela; y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas.

Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos, y pérdida de la hacienda del rey, metióse fraile domínico en Santo Domingo; y así no acrecentó las rentas reales, ni ennobleció los labradores, ni envió perlas a los flamencos. Hasta aquí es de Gomara.

Todo esto y mucho más contaban en ofensa del licenciado Bartolomé de las Casas, los agraviados de las ordenanzas, que aún Gomara no se declara bien en lo que dice, que lo va cifrando: y los del Perú pasaban mucho más adelante; decían que se había metido fraile, porque su magestad no le castigase, por la siniestra relación que le había dado de lo que no había visto, ni sabía de aquella tierra Cumana, y que por restituir a su magestad los daños que en su real hacienda le había hecho, le había dado los avisos para las ordenanzas, e insistido tanto en ellas, haciéndose muy celoso del bien de los indios, que los efectos de su celo dirían y mostrarían cuan bueno había sido. Sobre esto hablaban muy largamente, que no se puede escribir todo. A fray Bartolomé de las Casas eligió el emperador por obispo de Chiapa (como lo dice Diego Fernandez) que es en el reino de México; más él no osó quedar allá por lo que en Indias había causado. Yo lo alcancé en Madrid, año de quinientos y sesenta y dos; y porque supo que yo era de Indias, me dió sus manos para que se las besase; pero cuando entendió que era del Perú y no de México, tuvo poco que hablarme.



CAPITULO IV

LAS RAZONES QUE DABAN PARA SUS QUEJAS, LOS AGRAVIADOS POR LAS ORDENANZAS Y COMO SE APERCIBEN PARA RECEBIR AL VISOREY

OTRAS muchas cosas decían sobre las ordenanzas, no solamente en la ciudad de los Reyes, mas también en todo el Perú: y para mayor declaración de sus quejas y lamentos, es de saber, que así en México, como en el Perú, había costumbre entonces, y hasta el año de quinientos y sesenta, que yo salí de allá, que aún no se habían perpetuado los oficios, y que era que en cada pueblo de españoles se elegían cuatro caballeros de los más principales, de más crédito y confianza que se podían hallar para oficiales de la hacienda real, y para guardar el quinto del oro y plata que en toda la tierra se sacaba, que fué el primer tributo que los reyes católicos impusieron a todo el Nuevo Mundo. Los oficiales de la hacienda real eran tesorero, contador, factor y veedor los cuales tenían cargo de cobrar sin el quinto; los tributos de los indios que por muerte de los vecinos vacaban y se ponían en cabeza de su magestad.

Sin estos oficios elijían cada año en cada pueblo de españoles, dos alcaldes ordinarios, un corregidor y teniente de corregidor, y seis, ocho o diez regidores, más o menos, como era el pueblo, y con ellos los demás oficios necesarios para el buen gobierno de la república.

Con estos oficiales como dice la tercera ordenanza, entraban en cuenta los gobernadores, presidente y oidores, y oficiales de justicia y sus tenientes. A todos los cuales que hubiesen tenido los tales oficios, o de presente los tuviesen, mandaba la dicha ordenanza se les quitasen los indios.

Decían los agraviados por ella. nosotros ganamos este imperio a nuestra costa y riesgo, y aumentamos la corona de Castilla con tan grandes reinos y señoríos, como hoy tiene: en pago destos servicios nos dieron los indios que poseemos y nos los dieron por dos vidas, habiendo de ser perpetuos como los señoríos de España. La causa

porque nos los quitan ahora, es porque nos elijieron para oficiales de la hacienda real, para ministros de la justicia y regidores de los pueblos.

Si los tales oficios, los administramos bien y no hicimos agravio a nadie ¿qué razon hay que por haber sido elejidos por hombres de bien nos quiten nuestros indios, y manden que nos quedemos con los oficios, que es achaque para quitarnos otro día lo que ganaremos adelante? Para venir a parar en esto, mejor nos fuera haber sido ladrones, salteadores, adúlteros, homicidas, pues las ordenanzas no hablan con ellos, sino con los que hemos sido hombres de bien.

Con otra tanta y mucha más libertad hablaban los que se hallaban condenados por la cuarta ley que mandaba quitar los indios a todos los que se hubiesen hallado en las dos parcialidades de los Pizarros y Almagros; por la cual ordenanza, como lo dice Diego Fernandez, ninguno podía tener indios ni hacienda en todo el Perú.

Decían a esto, que ¿qué culpa tenían los que habían obedecido a los gobernadores de su magestad, pues ambos lo eran legítimamente, y les mandaban que hiciesen lo que hicieron? Y que ninguno de ellos era contra la corona real sino que habían sido bandos y pasiones que el demonio había inventado entre ellos sobre la partija de sus gobernaciones: que si los unos habían delinquido para que les confiscasen los bienes, claro estaba que los otros quedaban libres por haber servido al rey; pero que condenar igualmente ambas las partes con general confiscación de bienes, que más parecía tiranía de las de Nerón y de otros tales, que deseo del aumento de los vasallos.

Decían también maldades y blasfemias contra los que habían hecho las ordenanzas y persuadido y forzado a su magestad que las firmase y mandase ejecutar con todo rigor, diciéndole que así convenía a su servicio y corona real.

Decían que si ellos se hubieran hallado en la conquista del Perú y pasaran los trabajos que pasaron los ganadores, no hicieran las leyes, antes fueran contra ellos

Traían para confirmación de sus dichos y blasfemias, historias antiguas y modernas, a semejanza de las guerras y pasiones de los Almagros y Pizarros.

Decían si en las guerras que en España tuvieron los dos Reyes don Pedro el Cruel, y don Enrique su hermano, a los cuales acudieron los señores de vasallos y los mayorazgos, y los sirvieron hasta la fin y muerte del uno de ellos: si algun rey sucesor, después de apaciguadas las guerras mandara que les quitaran los estados y mayorazgos a todos los que de la una parte y de la otra se habían hallado, ¿qué dijeran? ¿qué hicieran los hombres poderosos de toda España? Lo mesmo decían de las guerras que hubo entre Castilla y Portugal sobre la herencia de los que llamaron Beltraneja, dos veces jurada por princesa de Castilia, a cuyo bando decían que habían acudido muchos

señores de Castilla, y que la reina doña Isabel hablando dellos los llamaba traidores; y que el duque de Alva, oyéndola una vez, le dijo: ruegue vuesa alteza a Dios que venzamos nosotros, porque si ellos vencen nosotros hemos de ser los traidores.

Decían trayéndolo a consecuencia: si el sucesor quitara los estados a los señores que en aquella guerra se hallaron, ¿qué hicieran los unos y los otros? Otras muchas torpezas decían, que por no ofender los oyentes las dejaremos de escribir, con las cuales se indignaban unos a otros, hasta venir a los que después vinieron.

Volviendo al visorey, que iba camino de los Reyes, es así que recibió con buen ánimo y mucho agradecimiento los recaudos y mensageros del licenciado Vaca de Castro, y respondió a ellos, y los despachó para que se volviesen a los Reyes, los cuales, luego que llegaron a aquella ciudad, dieron larga cuenta del rigor con que se ejecutaban las ordenanzas, y de la aspereza y mala condición del visorey, y cuán determinado iba de ejecutarlas en todo el Perú, sin admitir suplicación ni dilación alguna. Con lo cual se encendió nuevo fuego en los Reyes en el Cosco y en todo el reino.

Trataban generalmente de no recebir al visorey, ni obedecer las ordenanzas, porque decían que el día que el visorey entrase en los Reyes y se pregonasen las ordenanzas, no tenían indios ni otra hacienda alguna; porque sin la declaración de quitarse los indios, decían que las ordenanzas, llevaban tanta diversidad de cosas y mandatos, que por ninguna vía podían escusar que no les confiscasen todos los bienes, y que sus vidas también corrían riesgo; porque por el mismo caso que les quitaban sus indios por haberse hallado en la guerra de los Pizarros y Almagros, también podían quitarles las cabezas, lo cual no era de sufrir aunque fueran esclavos

Con estos desatinos estuvieron los de la ciudad de los Reyes casi resueltos de no recibir al visorey: más el fator Illen Suarez de Carvajal, y Diego de Agüero, que eran de los más principales de aquel cabildo, y muy bien quistos por sus virtudes y buena condición, los aplacaron con buenas razones que les dijeron; de manera que entre todos se determinó que lo recibiesen con toda la mayor pompa y solemnidad que pudiesen, por ver si con servicios y toda ostentación de humildad y vasallage podían aplacarle a que les oyese de justicia, y la admitiese, y cumpliese las leyes que los reyes católicos y el emperador habían hecho en favor de los conquistadores y ganadores del Nuevo Mundo; y en particular en favor de los del Perú porque estos fueron más favorecidos y regalados en aquellas leyes, como hijos más queridos, por haber ganado aquel riquísimo imperio.

Con esta determinación se apercibieron todos de galas, y arreos. y de todo buen ornato, para el dia que el visorey entrase en aquella ciudad. El fator Illen Suarez de Carvajal, y el capitán Diego de Agüero no escaparon de las murmuraciones que sobre cada cosa había.

Decían que ellos por su interés habían solicitado y persuadido el recibimiento del visorey; porque el uno por ser fator de la hacienda real, y el otro por haberse hallado en las guerras pasadas, y ambos por ser regidores tenían perdidos los indios, y que lo hacían más por su interés que por servir a su emperador.

Entre tanto el visorey seguía su camino, y donde quiera que llegaba ejecutaba cualquiera cosa que hallaba que tocase a las ordenanzas; y aunque sentía la alteración y quejas que por ello había, no dejaba de hacerlo; antes de día en día mostraba mayor rigor, para dar a entender que no les temía, y que había de ser buen misnistro, como su rey se lo había mandado, a quien (como él lo decía a cada paso) había de respetar y no a otro.

Caminando de esta manera llegó al valle que llaman Huaura, en cuya venta y dormida no halló indio alguno de servicio, ni cosa de bastimento; y aunque este descuido era principalmente del cabildo de los Reyes, a quien tocaba la buena provisión de los caminos para el visorey; el lo tomó por particular delito de Antonio Solar, natural de Medina de el Campo, y vecino de los Reyes, cuyo era aquel valle, y concibió grande enojo contra él, y mucho más cuando en una pared blanca de la venta, que como dice el refrán, es papel de atrevidos, vió escrito un mote que decía: a quien viniere a echarme de mi casa y hacienda procuraré yo echarle del mundo, porque sospechó que Antonio Solar (como en su casa) hubiese escrito o mandado escribir aquella desvergüenza, así concibió contra él grandísimo odio, aunque por entonces lo disimuló, y adelante lo mostró, como se dirá. (2)

---

(2) Veáse Pedro Gutiérrez de Santa Clara ob. cit. t. I. cc, VII y IX.

CAPITULO V

RECIBEN AL VISOREY. LA PRISION DE VACA DE CASTRO. EL ESCANDALO Y ALTERACION QUE EN TODOS Y EN EL MISMO VISOREY HUBO.

CON los enojos, pesadumbres, y melancolías dichas, aunque procurando encubrirlas, llegó el visorey a tres leguas de la ciudad de Rimac, donde fueron muchos caballeros principales y entre ellos el licenciado Vaca de Castro, y don Gerónimo de Loaysa, obispo della, que después fué arzobispo, para entrar en la ciudad en su acompañamiento.

Recibiólos el visorey a todos con mucho gusto, particularmente al obispo y al licenciado Vaca de Castro; y así fueron caminando, hablando al visorey en las escelencias de aquel valle, su fertilidad y hermosura.

Cuando llegaron al paso del rio hallaron que los estaban esperando Garci-Díaz de Arias, electo obispo de Quitu, con el cabildo de aquella santa iglesia, con la demás clerecía, donde hubo mucho contento, fiesta y regocijo.

Poco más adelante a la entrada de la ciudad, hallaron el cabildo de ella con todos los vecinos y caballeros principales, donde salió, según todos los tres autores lo dicen, el fator Illen Suarez de Carvajal, como persona principal del cabildo, y tomó juramento al visorey en nombre de la ciudad, que guardaría los privilegios, franquezas y mercedes que los conquistadores y pobladores del Perú tenían de su magestad, y se les oiría de justicia sobre la suplicación de las ordenanzas.

El visorey juró que haría todo aquello que conviniese al serv[illegible] del rey y bien de la tierra; por lo cual muchos dijeron y public[illegible] que había jurado con cautela y engaño.

Hasta aquí es de Diego Fernandez. De que el visorey ju[illegible] confuso, sin mostrar ninguna señal de hacer algo de lo q[illegible] se entristecieron todos, así eclesiásticos como seglares, [illegible]

el regocijo que hasta allí habían traído, trocándolo en lágrimas y dolor interior; porque de aquel juramento decían que no podían esperar ningún bien, sino temer mucho mal, y que otro día se habían de ver desposeídos de sus indios y hacienda e imposibilitados de poder ganar otra para sustentar la vida por su larga edad, y estar ya consumidos de los trabajos pasados; y aunque metieron al visorey debajo de un palo de brocado, y los regidores que llevaban las varas iban con ropas que llaman rozagantes, de raso carmesí, aforradas en damasco blanco; y aunque se repicaban las campanas de la iglesia catedral y de los demás conventos, y sonaban instrumentos musicales por las calles, y ellas estaban enramadas de mucha juncia, con muchos arcos triunfales, (que como hemos dicho) los indios los hacen con mucha variedad de flores y hermosura: todo esto más parecía y semejaba un entierro triste y lloroso, que a recibimiento de visorey, según el silencio y dolor interior que todos llevaban.

Así fueron hasta la iglesia mayor, y hecha la adoración del Santísimo Sacramento lo llevaron a las casas del marqués don Francisco Pizarro, donde quedó aposentado el visorey con toda su familia.

Luego otro día habiendo entendido el visorey el alboroto con que fueron al Cosco los que de ella habían venido con el licenciado Vaca de Castro, sospechó, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo tercero, y los demás autores, que Vaca de Castro había entendido en aquel motin, y había sido el origen dél, y lo mandó prender y ponerlo en la cárcel pública y secuestrale sus bienes.

Los de la ciudad aunque no estaban bien con Vaca de Castro, fueron a suplicar al visorey no permitiese que una persona como Vaca de Castro, que era del consejo de su magestad, y había sido su gobernador, fuese echado en cárcel pública; pues aunque le hubiesen de cortar otro día la cabeza, se podía tener en prisión segura y honesta; y así lo mandó poner en la casa real con cien mil castellanos de seguridad, en que le fiaron los mismos vecinos de Lima. Y vistos estos rigores, la gente andaba desabrida y haciendo corrillos, y saliéndose pocos a pocos de la ciudad la vía del Cusco, adonde el visorey no estaba recibido.

Hasta aquí es de Zárate, y lo mismo, casi por las propias palabras, dice Diego Fernandez, y añade: que estuvo Vaca de Castro en la cárcel pública aprisionado, y dice lo que se sigue.

Los que en la ciudad estaban, haciendo mil juntas y corrillos, andaban platicando en el daño que en la tierra venía, y en los pobladores della, haciendo pausa en la riqueza y libertad y señorío, que los conquistadores y señores de indios tenían. Por lo cual afirmaban que la tierra se había de despoblar y venir en gran disminución. Y que por ninguna vía se podía compaceder lo que su magestad mandaba, ni podía haber nuevos descubrimientos, y menos conservarse la población, contratación y comercio de la tierra, y otros mil inconvenientes

que cada uno ponía. Y con esta confusión y temor que todos tenían, algunos de los principales acudían al visorey so color de visitación, creyendo que habían de hallar algún remedio o limitación en su voluntad o rigor viendo la calidad de la tierra y alteración della. Y algunos que más se atrevían a tocar en esta materia, le representaban algunos destos inconvenientes con la mayor templanza que podían (porque ya sabían que se aceleraba cuando en esto le tocaban) lo cual aprovechaba poco, porque luego echaba el bastón interrumpiendo la plática, con aquel color de cumplir la voluntad de su príncipe

De manera que a nadie dejaba ni consentía acabar su plática, ni respondía ni quería satisfacer a cosa que sobre este caso se le dijese, poniendo luego por delante aquella real voluntad. Lo cual en el corazón de muchos causaba mayor escándalo, y aún enemistad y rencor con el virey

De ahí algunos días que fué recebido, llegaron tres oidores que atrás se habían quedado, porque el licenciado Zárate quedó enfermo en Trujillo.

Luego procuró asentar la audiencia y los reales estrados en aquella casa do él estaba aposentado, como lugar más conveniente por la suntuosidad y sitio que tenía, y ordenó suntuoso recibimiento para el sello real (como de audiencia que nuevamente entraba en la tierra) y se recibió llevándole en una caja sobre un caballo muy bien aderezado, cubierto con un paño de tela de oro, debajo de un palio de brocado; llevando las varas del palio los regidores de la ciudad, vestidos de ropas rozagantes de terciopelo carmesí, de la forma que en Castilla se recibe a la persona real, llevando un regidor al caballo de diestro.

Luego se asentó la audiencia, y se comenzaron a hacer y librar negocios, así de gobernación como de justicia, que parecía dar más autoridad a la tierra; y los que menos eran y más pobres, se holgaban por ello (porque a estos comunmente más que a los ricos place ver muchas justicias, y como ya el demonio comenzase a tratar de la caída del triste virey, revolviendo y desasosegando la tierra, que tan poco tiempo había estado pacífica, ordenó que esta alteración creciese y se aumentase, tornando a brotar los primeros malos humores de ella, poniendo discordia y disensión entre el virey, y los oidores, y todo el reino, sobre querer llevar todavía adelante la ejecución de las ordenanzas, y no querer recibir la suplicación del cabildo de la ciudad de Lima, y de otros muchos pueblos que de lo de abajo habían acudido.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino, capítulo diez. Y como este autor dice, trataba el demonio de la caída del visorey, con alterar la tierra; pero el demonio y la discordia, su principal ministro en la destrucción de los reinos e imperios, no se contentaron con encender sus fuegos contra el visorey y los conquistadores y

ganadores de la tierra; más también procuraron encenderlos entre el visorey y sus cuatro oídores (que a bien o mal habían de ser todos a una) y salió con ello; porque como los oidores pretendían templar la cólera del visorey en la ejecución de aquellas ordenanzas, porque como hombres desapasionados, cuerdos y prudentes, mirando a lejos, veían que según el alteración que las ordenanzas, con el solo sonido habían causado, sería mucha mayor la que causaría la ejecución de ellas, y que un reino que apenas había dejado las armas de las guerras pasadas, no podía sufrir un rigor tan grande, y que podría ser que se causase la perdición de todos ellos, y la de aquel imperio.

Con estos temores procuraban templar al visorey, si fuese posible; más él, tomándolo a mal, y sospechando que estaban sobornados y cohechados, se indignó contra ellos, porque decía que todo aquel que imaginase estorbarle la ejecución de lo que su magestad le mandaba, se tuviese por enemigo suyo; y así por mostrar su enojo, les envió a mandar que tomasen casas de por si en que viviesen, y no estuviesen en casas de vecinos, y a costa de ellos.

Sobre lo cual, y sobre los inconvenientes que los oidores ponían en la ejecución de las ordenanzas, habían algunas veces palabras de enojo: más la continua comunicación, que les era forzoso tener para tratar los negocios del gobierno, les templaba a que no descubriesen su pasión en público; pero como cada día se descubriese más y más la intención de ejecutar las ordenanzas, al mismo paso crecía la confusión y alteración de los condenados por ellas; porque como dice Diego Fernandez, capítulo diez: por una parte consideraban y veían la determinada voluntad del virey a cumplir de hecho las ordenanzas; por otra que la magestad del emperador estaba muy lejos para procurar remedio de sus agravios; y por otra parte temían, que siendo despojado de la posesión y señorío de los indios que tenían, que con dificultad después lo podrían conseguir, que cierto eran tres landres para sus entrañas, que cualquiera dellas les causaba frenesí; y así todos andaban locos, confusos y desatinados. Y no solamente parecía haber esta enfermedad en la gente, pero aún también en el mismo virey, porque de ver levantado y alborotado el pueblo, y que muchos se huían de él, también se alborotaba y inquietaba, y tenía por esto mil desabrimientos; y por el consiguiente incitaba más el ánimo obstinado de los interesados, a que se determinasen a echar tras la hacienda la vida y la honra, como después lo hicieron.

Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra. (3)

(3) Gutiérrez de Santa Clara, ob. cit. t. I. cc, X. y XII.

CAPITULO VI

LA DISCORDIA SECRETA QUE HABIA ENTRE EL VISOREY Y LOS OIDORES SE MUESTRA EN PUBLICO. EL PRINCIPE MANCO INCA, Y LOS ESPAÑOLES QUE CON EL ESTABAN, ESCRIBEN AL VISOREY.

NO se satisfizo la discordia de haber entrado en lo interior de los ánimos del visorey y de los oídores si no se mostraba al descubierto porque su gusto es pasear las plazas y correr las calles públicas; para lo cual trajo a la memoria del visorey el mote que había leído en la venta de Huaura, que era de Antonio Solar, y sospechando que él lo había escrito o mandado escribir, le envió a llamar, y tratando con él a solas, sobre el mote, como lo dice Zárate y Diego Fernandez, por unos mismos términos, dijo el visorey, y que le había dicho ciertas palabras muy desacatadas por lo cual mandó cerrar las puertas de palacio, y llamó un capellán suyo que le confesase, queriéndolo ahorcar de un pilar de un corredor que salía a la plaza. Antonio Solar no quiso confesar; y duró la porfía tanto, que se divulgó por la ciudad, y vino el arzobispo de los Reyes, y con él otras personas de calidad, y suplicaron al visorey suspendiese aquella justicia por entonces, lo cual no se podía acabar con él; y en fin, concedió de dilatarla por aquel día, y mandó llevar a Antonio Solar a la cárcel y echarle muchas prisiones. Y habiéndose pasado la alteración y cólera le pareció no era bien ahorcarle, y así le tuve en la cárcel por espacio de dos meses sin hacerle cargo por escrito de su culpa, ni formar otro proceso contra él, hasta que yendo los oidores un sábado a visitar la cárcel, y estando bien informados del hecho, y rogados en favor de Antonio Solar, le visitaron; y preguntándole la causa de su prisión, dijo que no la sabía, ni se halló proceso contra él entre los escribanos, ni el alcaide supo decir más de que el visorey se lo había enviado preso con aquellas prisiones.

El lunes siguiente los oidores dijeron al visorey en el acuerdo, que habían hallado preso a Antonio Solar, y que no parecía proceso

contra él, más de que se decía que por su mandado estaba en la cárcel y que si no había información por donde se justificase la prisión conforme a la justicia, no podían hacer menos de soltarle.

El visorey les respondió que él lo había mandado prender, y aún lo había querido ahorcar, así por aquel mote que estaba en su tambo, como por ciertos desacatos que en su misma persona le había dicho. De lo cual no había habido testigos, y que él por vía de gobernación, como visorey, le podía prender y aún matar, sin que fuese obligado a darles a ellos cuenta porqué lo hacía. Los oídores le respondieron que no había más gobernación sino hacer cuanto fuese conforme a justicia y a la leyes del reino, y así quedaron diferentes; de manera que el sábado siguiente, en la visita de cárcel, los oidores mandaron soltar a Antonio Solar, dándole su casa por cárcel, y en otra visita le dieron por libre. Lo cual sintió el virey demasiadamente, y halló ocasión para vengarse de los oídores, en que cada uno de todos tres se había ido a posar a casa de un vecino de los más ricos de la ciudad, que les daban de comer, y todas las otras cosas necesarias, a ellos y a sus criados; y aunque al principio se había hecho con permisión del visorey, fué por poco tiempo, y mientras buscaban casas en que posar, y las aderezaban; y viendo que pasaba adelante, el visorey les envió a decir que buscasen casas en que posar, y no comiesen a costa de los vecinos; pues no sonaría bien delante de su magestad, ni ellos lo podían hacer, y que tampoco estaba bien que anduviesen acompañados con los vecinos y negociantes.

A todo esto respondían los oidores que no hallaban casas en que posar hasta que saliesen los arrendamientos, y que comerían a su costa de ahí adelante; y cuanto al acompañamiento, que no era cosa prohibida, antes muy conveniente, y que lo usaban en Castilla en todos los consejos de su magestad, porque los negociantes, yendo y viniendo, acordaban sus negocios a los oidores, y les informaban sobre ellos; y así se quedaron siempre diferentes, mostrándolo todas las veces que se ofrecía coyuntura, tanto que un día el licenciado Alvarez tomó juramento a un procurador, sobre que se decía que había dado a Diego Alvarez de Cueto, cuñado del visorey, cierta cantidad de pesos de oro porque le hiciese nombrar al oficio por el visorey; la cual averiguación él sintió mucho.

Hasta aquí es de Zárate. Y Diego Fernandez habiendo dicho lo mismo, añade lo que se sigue:

De manera que el visorey y oidores parecían dos parcialidades y bandos, contrarios el uno del otro. También Antonio Solar después que fué suelto y dado por libre, anduvo secretamente convocando e indignando los vecinos y otra gente contra el virrey; y para mayor indignación publicaba y decía cosas que el virey había dicho y hecho, que jamás le habían pasado por pensamiento, y a todo se daba entero crédito, porque ya Blasco Núñez era tan aborrecido generalmente

de todos, que por su respeto, aún el nombre del virey era en esta sazon tan odioso en la ciudad de los Reyes, como lo fué el nombre del rey en el pueblo romano, después que Tarquino Superbo fué echado de Roma; aunque Blasco Nuñez Vela fué el primer virrey que el reino del Perú había tenido. Hasta aquí es la adición de Diego Fernandez Palentino.

El doctor Gonzalo de Illescas, en su Historia pontifical, tratando de los sucesos del imperio del Perú dice de la terrible condición de Blasco Nuñez Vela, lo que se sigue.

Estúvose después de esto Vaca de Castro en el Perú gobernando pacíficamente por espacio de año y medio, hasta que fué allá por virey Blasco Nuñez Vela, caballero principal de Avila. El cual llevó ciertas ordenanzas rigurosísimas, aunque no tanto como el que las había de ejecutar, &c. En pocas palabras dice este doctor, lo que nuestros historiadores no pudieron ni osaron decir en todo cuanto en este particular escribieron.

Entre tanto que en la ciudad de los Reyes pasaban estas cosas, no faltaron otras tan grandes y mayores en otras partes, donde no había la ambición. envidia, tiranía y deseo de reinar y mandar que en aquella ciudad.

Más la discordia lo corrió todo, y halló como inquietar y matar al pobre príncipe Manco Inca, que estaba contento y pacífico en su destierro voluntario, privado de su imperio; por que cuyo señorío y gobierno había habido tantas muertes y tan crueles guerras como las pasadas, y se temían otras tales y peores, si peores podían ser en lo presente.

Para lo cual es de saber, que Diego Mendez, y Gomez Perez y otros seis españoles que atrás dijimos, que huyeron de la cárcel del Cosco, y escaparon de las persecuciones de los Pizarros, sus enemigos, y de la justicia del gobernador y del licenciado Vaca de Castro, que fué el que últimamente castigó a los más culpados en la muerte del marqués don Francisco Pizarro, supieron por vía del Inca, de la venida del nuevo gobernador, y las disensiones y alboroto que en toda la tierra estaba puesta, porque decían que venía a hacer nuevos castigos, y trocar la tierra de como la tenían los españoles; porque es así que al Inca enviaban sus vasallos cada día relación de lo que por acá fuera pasaba, para que no lo ignorase, por estar encerrado en aquellas bravas montañas.

Diego Mendez y sus compañeros holgaron con las nuevas, y persuadieron al Inca que escribiese al visorey pidiéndole licencia para salir de aquella cárcel, e ir a servir a su magestad en compañía de su gobernador, en las ocasiones que se ofreciesen en su servicio. El Inca lo hizo persuadido dellos, que le decían que se abría camino para restituirle todo su imperio, o muy buena parte de él. Los españoles también escribieron por sí, pidiendo perdón de lo pasado, y salvo conducto para ir a servir a su señoría en lo que les mandase.

Eligieron a Gomez Perez por embajador del Inca; el cual acompañado de diez o doce indios que el Inca mandó que fuesen sirviéndole, llegó ante el visorey, y presentó sus cartas y embajada, y hizo larga relación de la estada del Inca, y de la intención que tenía de servirle. El visorey holgó con las buenas nuevas, y concedió a los españoles largamente el perdón que pedían, y respondió al Inca con palabras de mucho regalo, caricias y amor; porque entendió que la compañía del Inca en cualquiera ocasión que se ofreciese de paz o de guerra, le había de ser de mucho socorro y ayuda. Gomez Perez volvió con la respuesta a los suyos, y ellos y el Inca holgaron con ella, y dieron traza para salir lo más presto que pudiesen a servir al visorey. Más la desgraciada fortuna de Blasco Nuñez Vela, no lo consintió, que en todo le fué contraria como se verá en el capítulo que se sigue.



CAPITULO VII

LA MUERTE DESGRACIADA DEL PRINCIPE MANCO INCA. LOS ALBOROTOS DE LOS ESPAÑOLES SOBRE LAS ORDENANZAS.

JUGANDO un día el Inca a la bola con Gomez Perez (como solía hacer con él y con los demás españoles) que por entretenerlos y entretenerse con ellos, había mandado hacer un juego de bolos por orden de los mismos españoles, porque los indios no los usaban jugar antes. El Gomez Perez todas las veces que jugaba con el Inca, como hombre de poco entendimiento y nada cortesano, porfiaba con el Inca demasiadamente sobre el medir de las bolas, y sobre cualquiera ocasioncilla que en el juego se ofrecía: tanto que el Inca estaba ya enfadado dél; más por no mostrar que lo desdeñaba, jugaba con él tan bien como con los otros, que eran más comedidos y más corteses. Jugando así un día el Gomez Perez porfió más y más que solía; porque con los favores que el visorey le había hecho, y con la esperanza de salir de aquel lugar muy aina, le parecía que podía tratar al Inca como a un indio de servicio de los que el mismo Inca les había dado. A una mano de las del juego estuvo Gomez Perez tan desacatado, y porfió con tanta libertad y menosprecio del Inca, que no pudiéndolo ya sufrir el pobre príncipe, le dió una puñada o rempujón en los pechos, diciéndole, quítate allá, y mira con quién hablas. Gomez Perez, que era tan colérico como melancólico, sin mirar su daño ni el de sus compañeros, alzó el brazo con la bola que en la mano tenía, y con ella le dió al Inca un tan bravo golpe en la cabeza que lo derribó muerto. Los indios que se hallaron presentes arremetieron con Gomez Perez, el cual juntamente con sus compañeros fueron huyendo a su aposento, y con las espadas defendieron la puerta; de manera que no les pudieron entrar. Los indios pegaron fuego a la casa. Los españoles por no verse quemados vivos, salieron de ella a la plaza, donde los indios los flecharon, como a fieras, con mayor rabia que todas las del mundo podían tener, de ver su príncipe muerto. Cuando los tuvieron muertos,

de pura rabia estuvieron por comérselos crudos por mostrar la ira que contra ellos tenían, aunque ya difuntos; también determinaron quemarlos y echar los polvos un rio abajo para que no quedase rastro ni señal dellos. Más al fin acordaron de echarlos en el campo, para que aves y animales se los comiesen, pues no podían hacer otro mayor castigo de aquellos cuerpos. Así acabó el pobre príncipe Manco Inca, a manos de los que él guareció de la muerte, y regaló todo lo que pudo mientras vivió, que no le valió su destierro voluntario, ni las bravas montañas que eligió para su defensa, que allá le fueron a hallar las manos y la furia de un loco sin juicio, sin consejo ni prudencia. Francisco Lopez de Gomara, toca esta muerte en el capítulo ciento y cincuenta y seis de su libro, aunque difiere en la manera del matarle: pero yo lo supe de los Incas que se hallaron presentes a aquella nunca jamás oída locura, cuando con tiernísimas lágrimas le contaron a mi madre los parientes que salieron con el Inca Sayri Tupac, hijo deste desdichado príncipe, cuando salió de aquellas bravas montañas por orden del visorey don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, como adelante diremos, si Dios fuere servido que lleguemos allá.

El demonio, nuestro enemigo capital, viendo tantas ocasiones y tan buena disposición por su intento y pretensión, que era que cesase o a lo menos se dilatase por muchos años la predicación del santo Evangelio en aquel grande y rico imperio del Perú, le pareció no perderlas, y así envió sus ministros, que cada cual dellos buscando razones falsas o no falsas, dándoles el color que pudiesen, encendiesen fuego en todas las partes de aquel reino por alejadas que estuviesen; para que en todo él cesase la buena doctrina de la fé católica, la paz, concordia y amistad que en él hubo todo el tiempo que lo gobernó el licenciado Vaca de Castro. Y pareciéndole que en la ciudad del Cosco había más lastimados de las ordenanzas, porque habían ochenta vecinos que tenían repartimientos de indios, encaminó allá su maldad y sus ministros, para que allí hiciesen lo que hicieron. Para lo cual es de saber, que los traslados de las ordenanzas, como al principio se dijo, corrieron todo el Perú, y causaron grandísimo escándalo; porque todos los conquistadores se veían desposeídos en un día de sus indios y hacienda sin exceptuarse alguno.

Este escándalo y temor acrecentaba el rigor de la condición del visorey, y no querer oir en prticular suplicación de ciudad alguna sobre las ordenanzas, sino que se había de llevar todo a hecho por todo rigor. Por lo cual les pareció a las cuatro ciudades, que son Huamanca, Arequepa, Chuquisaca, y el Cosco, en las cuales aún no estaba recebido el visorey, que eligiendo ellas un procurador general que hablase por todas cuatro, y por todo el reino; porque eligiéndolo el Cosco, que era cabeza de aquel imperio, era visto elegirlo todo él, se remediaría el daño que temían. Trataron sobre ello escribiéndose cartas, las unas a las otras, para que se eligiese una persona en quien concurriesen los requisitos necesarios para tal empresa.

Con este acuerdo pusieron los ojos en Gonzalo Pizarro, porque no había otro en toda la tierra que con más razon pudiese aceptar el oficio. Lo principal, porque era hermano del marqués don Francisco Pizarro, y que había ayudado a ganar aquella tierra, y pasados los trabajos, tantos y tan grandes como se han dicho, aunque no bastantemente· y por su calidad era nobilísimo y virtuoso; y por su condición bien quisto y amado de todos. Y que por todas estas causas, sin que le nombrase el reino, estaba obligado a ser protector, defensa y amparo de los indios y españoles de aquel imperio.

Con estas consideraciones escribieron los cabildos de aquellas cuatro ciudades a Gonzalo Pizarro que estaba en los Charcas, en su repartimiento, suplicándole se llegase al Cosco para mirar y tratar lo que en aquel caso a todos convenía, pues no interesaba él menos, antes él era el principal de los perdidosos; porque demás de perder los indios, según el visorey muchas veces había dicho, llevaba mandato de su magestad para cortarle la cabeza. Gonzalo Pizarro habiendo leído las cartas, recogió los dineros que pudo de su hacienda y de la de su hermano Hernando Pizarro, y con diez o doce amigos fué al Cosco, donde como dice Zárate, libro quinto, capítulo cuarto, todos le salieron a recibir, y mostraron holgarse con su venida, y cada día llegaba al Cosco gente que se huía de la ciudad de los Reyes, y contaba lo que el visorey hacía, añadiendo siempre algo para que más se alterasen los vecinos. En el cabildo del Cosco se hicieron muchas juntas, así de regidores como de todos los vecinos en general; tratando sobre lo que se debía de hacer cerca de la venida del visorey. Algunos decían que se recibiese y que en lo tocante a las ordenanzas se enviasen procuradores a su magestad, para que las remediase. Otros decían, que recibiéndole una vez, y ejecutando él las ordenanzas, como lo hacía de hecho, les quitaría los indios, y que después de desposcídos dellos, con gran dificultad se les tornarían. Y últimamente se determinó, que Gonzalo Pizarro fuese elegido por la ciudad del Cosco, y Diego Centeno que estaba allí con poder de la villa de la Plata le sostituyese; y que desta manera fuese con título de procurador general a la ciudad de los Reyes, a suplicar de las ordenanzas en la audiencia real. Y a los principios hubo diversos pareceres sobre si llevaria gente de guerra consigo: y en fin se determinó que la llevase, dando diversos colores en ello; y el primero era que ya el visorey había tocado atambores en los Reyes, so color de venir a castigar la ocupación de la artillería, y también que decían que era hombre áspero y riguroso, y que ejecutaba aquellas ordenanzas sin admitir las suplicaciones que de ellas ante él se interponían: y sin esperar la audiencia real, a quien también venía cometida la ejecución; y que había dicho el visorey muchas veces que traía mandato de su magestad para cortar la cabeza a Gonzalo Pizarro sobre las alteraciones pasadas, y muerte de don Diego. Y otros que más honestamente trataban este negocio,

daban por escusa de la junta de la gente, que para ir Gonzalo Pizarro a la ciudad de los Reyes, había de pasar por las tierras, donde estaba el Inca alterado, y de guerra, y que para defenderse dél había menester llevar gente. Otros trataban más claramente el negocio, diciendo que se hacía la gente para defenderse del visorey, porque era hombre de recia condición, y que no guardaba los términos de justicia, ni había seguridad para seguirla ante él, y con hacer información de testigo sobre todas estas razones, no faltaron letrados que fundaban y lo hacían entender cómo en todo esto no había ningún desacato, y que lo podían hacer de derecho, y que una fuerza se puede y debe repeler con otra, y que el juez que procede de hecho puede ser resistido de hecho; y desta manera se resolvieron en que Gonzalo Pizarro alzase banderas, y hiciese gente, y muchos de los vecinos del Cosco se le ofrecieron con sus personas y haciendas; y aún algunos hubo que decían, que perderían las ánimas en esta demanda.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, del libro quinto, de la Historia del Perú, capítulo cuarto. Lo que se sigue es de Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y cincuenta y siete.

CAPITULO VIII

PROSIGUEN LOS ALBOROTOS. ESCRIBEN CUATRO CIUDADES A GONZALO PIZARRO: ELIGENLE POR PROCURADOR GENERAL DEL PERU, EL CUAL LEVANTA GENTE PARA IR CON ELLA A LOS REYES.

TANTAS cosas escribieron a Gonzalo Pizarro muchos conquistadores del Perú, que lo despertaron allá en los Charcas do estaba, y le hicieron venir al Cosco después que Vaca de Castro se fué a los Reyes. Acudieron muchos a él como fué venido, que temían ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiesen a las ordenanzas que Blasco Nuñez traía, y ejecutaba sin respeto de ninguno, por vía de apelación, y aún por fuerza si necesario fuese, que ellos que por cabeza lo tomaban, lo defenderían y seguirían. El, por los probar o justificarse les dijo, que no se lo mandasen, pues contradecir las ordenanzas, aunque por vía de suplicación, era contradecir al emperador, que tan determinadamente ejecutarlas mandaba; y que mirasen bien cuán ligeramente se comenzaban las guerras, que tenían sus medios trabajosos, y dudosos los fines; y que no quería complacellos en deservicio del rey, ni aceptar cargo de procurador, ni capitán. Ellos, por persuadirlo, le dijeron muchas cosas en justificación de sus empresas: unos decían, que siendo justa la conquista de indios, lícitamente podían tener por esclavos los indios tomados en guerra: otros, que no podía justamente quitarles el emperador los pueblos y vasallos que una vez les dió durante el tiempo de la donación, en especial que se los dió a muchos como en dote porque se casasen: otros, que podían defender por armas sus vasallos y privilegios, como los hijodalgos de Castilla, sus libertades, las cuales traían por haber ayudado a los reyes a ganar sus reinos de poder de moros; como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras: decían en fin todos, que no caían en pena por suplicar de las ordenanzas, y muchos, que ni aún por las contradecir, pues no les obligaban, antes de consentirlas y

recibirlas por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejo era emprender guerra contra su rey, socolor de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de su lealtad. Empero aprovechaba poco hablar a quien no quería escuchar. Ca no solamente decían aquello que algo en su favor era: pero desmandábanse como soldados a decir mal del emperador y rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decían así que Blasco Nuñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos almagristas, que había ahorcado en Tumbes un clérigo, y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro porque fué contra don Diego de Almagro, que traía expreso mandato para matar a Pizarro, y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusión de ser mal acondicionado decían, que vedaba beber vino, y comer especias y azúcar, y vestir seda, y caminar en hamacas.

Con estas cosas pues, parte fingidas, parte ciertas, holgó Pizarro ser capitán general y procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezón. Asi que lo eligieron por procurador general el cabildo del Cosco, cabeza del Perú, y los cabildos de Guamanga y de la Plata, y otros lugares; y los soldados por capitán, dándole su poder cumplido y lleno. El juró en forma lo que en tal caso se requería.

Alzó pendon, tocó atambores, tomó el oro del arca del rey, y como había muchas armas de la batalla de Chupas, armó luego hasta cuatrocientas hombres a caballo y a pie, de que se mucho escandalizaron y arrepintieron los del regimiento de lo que habían hecho, pues Gonzalo Pizarro se tomaba la mano, dándole solamente el dedo. Pero no le revocaron los poderes, aunque de secreto protestaron muchos del poder que le habían dado. Entre los cuales fueron Altamirano, Maldonado, Garcilaso de la Vega.

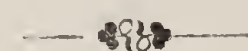
Hasta aquí es de Francisco Lopez de Gomara sacado a la letra, para declarar estos autores. que van algo confusos en este paso, que anticipan los ánimos de aquella ciudad a la rebelión, que después sucedió, es de saber, que cuando eligieron a Gonzalo Pizarro por procurador general, no tuvieron imaginación de que fuese con armas, sino muy llanamente, como procurador de vasallos leales que habían ganado aquel imperio para aumento de la corona de España. Y fiaban que si les oyesen de justicia, no se la habían de negar aunque fuese en tribunal de bárbaros.

Esta fué la verdadera intención de aquella, cuatro ciudades a los principios, y enviaron sus procuradores con poderes bastantes y así de común consentimiento eligieron a Gonzalo Pizarro. Más la aspereza y terribleza de la condición del visorey, y las nuevas que cada día iban al Cosco de lo que el visorey hacía, causaron que Gonzalo Pizarro no fiase su ;persona de papeles, ni de leyes escritas, aunque fuesen en su favor, sino que se previniese de armas, que le asegurasen, como adelante diremos.

Gonzalo Pizarro, viéndose elegido procurador general de aquel imperio, considerando que para tratar del visorey y de la súplica de las ordenanzas en cuya ejecución él se mostraba tan riguroso, y para asegurar su persona de que no le cortase la cabeza, como era pública voz y fama que el visorey lo había dicho muchas veces, determinó hacer una compañía de doscientos soldados, que fuesen como guarda de su persona. No alzó bandera, ni nombró capitán, porque no pareciese ni oliese a rebelión, ni a resistencia a la justicia real, sino solamente guarda de su persona. Los regidores y toda la ciudad le hablaron sobre ello, diciendo que la intención dellos ni de todo el imperio, no era resistir con armas lo que su magestad mandaba por sus ordenanazas, sino con peticiones y toda sumisión; porque habiendo tanta justicia de parte dellos entendían que no se les negaría su príncipe y su rey Por tanto que despidiese aquella gente y tratase de ir como procurador y no como capitán, porque la intención dellos no era sino de ser obedientes vasallos y así lo protestaban Gonzalo Pizarro respondió que pues sabían la condición del visorey y que había dicho que traía particular comisión para cortarle la cabeza ¿qué como se permitía que le enviasen con las manos en el seno al matadero, para que sin provecho dellos lo degollasen sin oírle como a procurador del reino? Que para ir así a muerte tan cierta, él renunciaba el oficio de procurador y se volvía a su casa donde esperaría lo que el visorey quisiese hacer dél; que le estaba mejor hacerlo así que no ir a irritarle para que le anticipase la muerte y su destrucción. Los de la ciudad y los demás procuradores le fueron viendo que (conforme al rigor del visorey y su condición y la determinación con que ejecutaba lo que quería) Gonzalo Pizarro tenía razon, permitieron que hiciese la gente para su guarda, y entonces dieron los colores y las razones que los dos autores dicen para nombrarle por capitán que era porque había de pasar cerca de las montañas donde el príncipe Manco Inca estaba encerrado. Con la permisión de que hiciese la gente se alargó y acrecentó el número della, que llegaron a los cuatrocientos que dice Gomara de a pie y de a caballo, y aún pasaron muchos más. Lo cual visto por los de la ciudad se arrepintieron de haberlo elegido, porque ya parecía rebelión más que no pedir justicia; y así protestaron los tres que Gomara nombra, sin otros muchos, como luego veremos

Gonzalo Pizarro proveyó con cuidado y diligencia lo que a su pretensión convenía, porque con gran instancia escribía a todas las partes donde sabía que había españoles, no solamente a las tres ciudades dichas, más también a los repartimientos y pueblos particulares de indios donde los hubiese, acariciándoles con las mejores razones y palabras que podía y ofreciéndoles su persona y hacienda, y todo lo que valiese, para lo que de presente y lo porvenir se ofreciese.

Con lo cual dió a sospechar y aún certificarse que pretendía resucitar el derecho que a la gobernación del Perú tenía; porque (como lo dicen todos los tres historiadores) tenía nombramiento del marqués don Francisco Pizarro su hermano, para ser gobernador después de los días del marqués, por una cédula que el emperador le había hecho merced de la gobernación de aquel imperio por dos vidas, la suya y la de otro que él nombrase: así como también habían sido los repartimientos de los indios por dos vidas. (4)



(4) Herrera *Historia General* Década VII. Lib. VII c. XX. Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit. t. I. c, XI.

CAPITULO IX

GONZALO PIZARRO NOMBRA CAPITANES, Y SALE DEL COSCO CON EJERCITO. EL VISOREY CONVOCA GENTE. ELIGE CAPITANES. PRENDE AL LICENCIADO VACA DE CASTRO, Y A OTROS HOMBRES PRINCIPALES.

ESTA pretensión incitó a Gonzalo Pizarro a que hiciese tanto aparato de gente, que pareciese antes guerra que no procuración; y para descubrir más su intento envió a Francisco de Almendras (mi padrino de bautismo) al camino de la ciudad de los Reyes, para que con veinte soldados que llevaba, y con los indios donde parase tuviese más cuidado de que ni los que fuesen del Cosco, ni de los que viniesen del Rimac no se le pasase alguno. Tomó la plata y oro que había en la caja del rey, y de los bienes de difuntos, y de otros depósitos comunes, so color de empréstito para socorrer y pagar su gente. Con lo cual muy al descubierto declaró su pretensión. Aprestó la mucha y muy buena artillería que Gaspar Rodriguez y sus compañeros llevaron de Huamanca al Cosco. Mandó hacer mucha y muy buena pólvora que en el distrito de aquella ciudad hay más y mejor salitre, que en todo aquel reino. Nombró oficiales para su ejército, a capitán Alonso de Toro por maese de campo, a don Pedro Portocarrero por capitán de gente de a caballo. y a Pedro Cermeño por capitán de arcabuceros y a Juan Velez de Guevara y a Diego Gumiel por capitanes de piqueros, y a Hernando Bachicao nombró por capitán de la artillería de veinte piezas de campo que habia muy buenas. El cual como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo noveno, aparejó de pólvora y pelotas, y toda la otra munición necesaria; y teniendo junta su gente en el Cosco, general y particularmente justificaba o coloraba la causa de aquella tan mala empresa. con que él y sus hermanos habían descubierto aquella tierra, y puéstola debajo del señorío de su magestad a su costa y misión, y enviado della tanto oro y plata a su magestad, como era notorio; y que después de la muer-

tratos con criados y gente que le era aficionada. Un día, a hora de comer, dió una arma fingida, diciendo que venía Gonzalo Pizarro cerca; y junta la gente en la plaza envió a Alvares de Cueto, su cuñado, y prendió a Vaca de Castro; y otros alguaciles prendieron por diversas partes a don Pedro de Cabrera, y a Hernan Mejía de Guzman su yerno, y al capitán Lorenzo de Aldana, y a Melchor Ramírez, y a Baltasar Ramirez su hermano, y a todos juntos los hizo llevar a la mar, metiéndolos en un navío de armada, de que nombró por capitan a Hierónimo de Zurbano, natural de Bilbao; y dentro a pocos días soltó a Lorenzo de Aldana y desterró a Pedro y a Hernando Mejía para Panamá y a Melchor y a Baltazar Ramirez para Nicaragua, y a Vaca de Castro dejó todavía preso en la misma nao, sin que a los unos y a los otros jamás diese traslado, ni declarase culpa porque procediese contra ellos, ni haber recibido información della. Hasta aquí es de Agustín de Zárate, capítulo sexto.



CAPITULO X

DOS VECINOS DE AREQUEPA LLEVAN DOS NAVIOS DE GONZALO PIZARRO AL VISOREY; Y LOS VECINOS DEL COSCO SE HUYEN DEL EJERCITO DE GONZALO PIZARRO

ESTANDO el visorey Blasco Nuñez Vela metido en estas congojas y cuidados, sucedió un caso muy a su gusto, y fué que de la ciudad de Arequepa vinieron dos vecinos della, el uno llamado Gerónimo de Serna, y el otro Alonso de Cáceres, los cuales deseando servir al rey, entraron en dos navíos que en aquel puerto tenía Gonzalo Pizarro, que los había comprado para llevar en ellos su artillería, y para ser señor de la mar, que le era de mucha importancia. Los dos vecinos, sobornando los marineros, se alzaron con los navíos y se fueron a la ciudad de los Reyes, donde el visorey los recibió con mucho gusto y contento, por parecerle que las fuerzas y ventajas que su contrario le tenía, se pasaban a su bando, con que se aumentaron las esperanzas de buenos sucesos.

Entre tanto sucedió en el ejército de Gonzalo Pizarro, que lo dejaremos en Sacsahuana, que los vecinos del Cosco, que salieron con él, viendo que aquel hecho iba muy en contra de lo que ellos pretendían, que nunca imaginaron pedir justicia con las armas en la mano, sino con mucha sumisión y vasallaje, acordaron entre los más principales, como de atrás lo tenían imaginado y platicado en secreto, de huirse de Gonzalo Pizarro por no ir con él.

Loa principales fueron Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gomez de Rojas, Gerónimo Costilla, Pedro del Barco, Martín de Florencia, Gerónimo de Soria, Gomez de León, Pedro Manjares, Luis de León, el licenciado Carvajal, Alonso Perez de Esquivel, Pedro Pizarro, Juan Ramirez.

Estos nombran los dos autores Zárate y Diego Fernandez, y los que ellos no nombraron, fueron Juan Julio de Ojeda, Diego de Silva,

Tomás Vasquez, Pedro Alonso Carraseo, Juan de Pancorvo, Alonso de Hinojcsa, Antonio de Quiñones, Alonso de Loaysa, Martín de Meneses, Mancio Serra de Leguizamo, Franeiseo de Villafuerte, Juan de Figueroa, Pcdro de los Rios, y su hermano Dicgo de los Ríos, Alonso de Soto, y Dicgo de Trujillo, Gaspar Jara, y otros cuyos nombres se me han ido de la memoria, que todos llegaban a euarenta, y yo eonocí muchos de los nombrados.

Todos estos se huyeron de Gonzalo Pizarro, y se volvieron háeia el Coseo. Llegados a sus casas tomaron lo quc hubieron menester para el camino, y a toda diligencia se fueron a Arequepa, porque sabían que estaban allí los dos navíos de Gonzalo Pizarro, y pensaban irse en uno dellos o en ambos a la ciudad de los Reyes a servir a su magestad, y en su nombre al visorey Blaseo Núñez Vela; más todo les sucedió en contra, porque llegados que fueron a Arequepa, hallaron que la buena diligeneia de los capitanes Alonso de Cáceres y Gerónimo de la Serna habían llevado los navíos a la ciudad de los Reyes, con la misma intención que ellos llevaban de servir a su magestad.

Viéndose burlados de sus esperanzas, no hallando otro eamino seguro, porque temían que Gonzalo Pizarro tendría tomado el eamino dc los llanos como el de la sierra, dieron en hacer un bareo grande en que irse por la mar a la ciudad de los Reyes. Tardaron en hacerlo euarenta días; más eomo ni los oficiales eran maestros ni la madera sazonada se iba a fondo eon la earga que había de llevar.

Por lo cual viendo que no tenían otro remedio, determinaron de ponerse al peligro de caer en poder de los enemigos e ir por la costa hasta los Reyes. Sucedióles bien la determinación que el camino estaba desocupado, más cuando llegaron a los Reyes hallaron que ya era preso el visorey, y que lo habían embarcado para España como adelante se dirá.

Esta mala suerte causó la desgracia del visorey, y, la de los vecinos que le iban a servir, que por detenerse los euarenta días en hacer el barco, sucedió la prisión del visorey; que si estos eaballeros llegaran a tiempo, pasaran las eosas muy de otra manera, porque viendo en la eiudad de los Reyes que hombres tan prineipales que era la flor del Coseo, negaban a Gonzalo Pizarro y se venían a Blasco Nuñez, perdieran el miedo que a Gonzalo Pizarro tenían y no prendieran al visorey; y como los autores dicen, le prendieron y embarearon de puro miedo antes que Gonzalo Pizarro llegara a Rimac, porque no matara al visorey si lo hallara en ella. Más como estos veeinos le hallaron ya preso y aún embareado se desperdigaron, y cada uno se fué donde le pareció que aseguraba su vida; algunos quedaron en la eiudad de los cuales diremos adelante.

Gonzalo Pizarro viendo que le habían negado aquellos de quien él más eonfianza tenía, que era la autoridad y el señorío de su ejército, se vió perdido; y eomo los historiadores dieen, determinó volverse a los Charcas o irse a Chile con cincuenta amigos, que no le faltarían

hasta morir con él: pusieran en ejecución esta determinación sino acertara a tener nuevas en aquella coyuntura de la ida de Pedro de Puelles en su favor y servicio. Con esta nueva se esforzó Gonzalo Pizarro y por no mostrar flaqueza revolvió sobre el Cosco, y quitó los indios de los vecinos que se huyeron y los puso en su cabeza; y después cuando llegó Pedro de Puelles, le dió los que eran de Garcilaso de la Vega, cuyas casas saquearon los soldados y uno de ellos quiso pegarles fuego, que ya tenía el tizón en la mano. Otro que no era de tan malas entrañas, le dijo: ¿que os han hecho las casas? Si pudiéramos haber a su dueno nos vengáramos en él; pero las paredes ¿qué os deben? por esto las dejaron de quemar; pero no dejaron en ella cosa que valiese un maravedí, ni indio ni india de servicio, que a todos les pusieron pena de muerte si entraban en la casa. Quedaron ocho personas en ella desamparadas, mi madre fué la una, y una hermana mía, y una criada, que quiso más el riesgo de que la matasen que negarnos, y yo, y Juan de Alcobaza,mi ayo, y su hijo Diego de Alcobaza, y un hermano suyo, y una india de servicio, que tampoco quiso negar a su señor.

A Juan de Alcobaza defendió de la muerte su buena vida y ejemplo, que era tenido por un hombre quitado de toda pasión e interés mundano. A mi madre, y a los demás, que también nos quisieron matar, nos defendió el amistad de algunos que entraron, que aunque andaban con Gonzalo Pizarro, eran amigos de mi padre, y volviendo por nosotros, dijeron. ¿Qué os deben los niños de lo que hacen los viejos? Pereciéramos de hambre si no nos socorrieran los Incas y Pallas parientes, que a todas las horas del día nos enviaban, por vías secretas, algo de comer; pero era tan poco por el miedo a los tiranos, que no bastaba a sustentarnos.

Un cacique de los de mi padre, que se decía don García Pauqui, señor de dos pueblos que están en la ribera del rio Apurimac, siete leguas de la ciudad, que el uno dellos se dice Huaillati, tuvo más ánimo y lealtad que los demás, y se puso a riesgo de que lo matasen, como lo habían amenazado. Vino una noche a casa, y apercibió que la noche siguiente a tal hora, estuviesen en vela, porque les enviaría veinte y cinco hanegas de maíz; siete u ocho noches después envió otras veinte y cinco, con que pudimos sustentar la vida, que duró más de ocho meses la hambre, hasta que Diego Centeno entró en el Cosco, como adelante diremos. Cuéntanse estas cosas, aunque menudas, por decir la lealtad de aquel buen curaca, para que sus hijos y descendientes se precien della.

Sin el socorro del buen don García Pauqui, tuve yo otro en particular, que debí a un hombre noble que se decía Juan de Escobar, que entonces no tenía indios, pero que muchos años después se los dió el licenciado Castro, y casó con una hija de Vasco de Guevara, y de doña María Enriquez, personas muy nobles y principales.

Este buen caballero Juan de Escobar, que posaba entonces en la casas de Alonso de Mesa, que era calle en medio de las de mi padre, viendo nuestra hambre, y doliéndose della, pidió a mi ayo Juan de Alcobaza que me enviase cada día a comer y a cenar con él: la comida se aceptó, y la cena no, por no abrir aquellas horas la puerta de casa, que a cada momento temíamos que nos habían de degollar, porque a cada paso nos amenazaban. Y Hernando Bachicao, capitán de la artillería, que aún no había salido con ella, nos cañoneó la casa desde la suya; que (como dijimos en la descripción de la ciudad) estaba de frente de la nuestra, las dos plazas en medio: maltratónosla mucho, y acabara de echarla por el suelo, sino que también hubo padrinos que nos valieron. En las casas de los otros vecinos huídos hicieron lo mismo que en la nuestra, más no con tanto rigor. Quisieron mostrar en la de mi padre el enojo que con él tenían, por haber sido uno de los dos autores de aquella huída: de Gabriel de Rojas, que fué el otro autor, no tuvieron en que vengarse, porque tenía sus casas en Chuquisaca, ciudad de la Plata.

Hecho este castigo en el Cosco, en las casas de los vecinos huídos de Gonzalo Pizarro, él volvió a tomar el camino de los Reyes para recibir a Pedro de Puelles, y a los que con él iban: caminó con mucho espacio hasta Huamanca por el estorbo de la artillería. Gerónimo de la Serna y Alonso de Cáceres, que vinieron con los dos navíos a la ciudad de los Reyes, entre otras cosas dijeron al visorey, como habían elegido por procurador general de aquel imperio a Gonzalo Pizarro, el cual hacía gente y se apercibía de armas, y munición, y artillería para venir a los Reyes.

Sabido esto por el visorey y los oídores que hasta entonces por estar cerrados los caminos, como atrás dijimos, no sabían más de que Gonzalo Pizarro había venido de los Charcas al Cosco: pero cuando supieron que hacía gente, despacharon provisiones a aquellas cuatro ciudades, requiriéndoles y mandándoles que recibiesen por visorey de su magestad a Blasco Nuñez Vela, y fuesen a la ciudad de los Reyes o enviasen sus procuradores para pedir justicia de lo que bien les estuviese. Y como dice Gomara, capítulo ciento y cincuenta y ocho, el visorey envió a Fray Tomás de San Martín a certificar a Gonzalo Pizarro que no traía provisión ninguna en su daño; que antes tenía voluntad el emperador de gratificarle muy bien su servicio y trabajos, y que le rogaba se dejase de aquello, y se viniese llanamente a ver con él y hablarían del negocio.

Hasta aquí es de Gomara. Diremos ahora la rebelión de Pedro de Puelles.

CAPITULO XI

COMO SE REBELO PEDRO DE PUELLES, DE BLASCO NUÑEZ VELA, Y SE PASO A GONZALO PIZARRO: Y OTROS QUE EL VISOREY ENVIABA EN POS DEL HICIERON LO MISMO.

SIN las provisiones que el visorey despachó a las cuatro ciudades, y el mensage a Gonzalo Pizarro, envió por otra parte a mandar a Pedro de Puelles que viniese a servir a su magestad, de quien dicen Diego Fernandez, capítulo diez y seis, y Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo diez, por unas mismas palabras, lo que se sigue.

Cuando el visorey fué recibido en la ciudad de los Reyes, le vino a besar las manos Pedro Puelles, natural de Sevilla, que era a la sazon teniente de gobernador en la villa de Guanuco, por el licenciado Vaca de Castro, y por ser tan antiguo en las Indias, era tenido en mucho: y así el visorey le dió nuevos poderes para que tornase a ser teniente en Guanuco: mandole que le tuviese presta la gente de aquella ciudad para que si creciese la necesidad, enviándole a llamar, le acudiesen todos los vecinos con sus armas y caballos.

Pedro de Puelles lo hizo como el visorey se lo mandó; y no solamente tuvo aparejada la gente de la ciudad, más aún detuvo allí ciertos soldados que habían acudido de la provincia de los Chachapoyas, en compañía de Gomez de Solís y de Bonifaz; y estuvo esperando el mandato del visorey. El cual cuando le pareció tiempo, envió a Gerónimo de Villegas, natural de Burgos, con una carta para Pedro de Puelles, que luego le acudiese con toda la gente. Y llegado a Guanuco, trataron todos juntos sobre el negocio, pareciéndoles que si pasaban al visorey, serian parte para que tuviese buen fin su negocio; y que habiendo vencido y desbaratado a Gonzalo Pizarro, ejecutaría las ordenanzas que tan gran daño traían a todos; pues quitándoles los indios a los que los poseían, no solamente recibían perjuicio de los vecinos cuyos eran, más también los soldados y gente de guerra;

pues había de cesar el mantenimiento que les daban los que tenían los indios: y así todos juntos acordaron de pasarse a servir a Gonzalo Pizarro, y se partieron para le alcanzar donde quiera que le topasen.

Luego el visorey fué avisado desta jornada por medio de un capitán indio, llamado Yllatopa, que andaba de guerra, y sabido por el visorey, sintió mucho este mal suceso; y pareciéndole que había lugar para ir a atajar esta gente en el valle de Jauja, por donde necesariamente habían de pasar, despachó con gran presteza a Vela Nuñez, su hermano, que con hasta cuarenta personas fuesen a la ligera a atajar el paso a Pedro Puelles y su gente; y con Vela Nuñez envió a Gonzalo Díaz, capitán de arcabuceros, y llevó treinta hombres de su compañía, y porque fuesen más presto, el visorey les mandó comprar de la hacienda real hasta treinta y cinco machos en que hiciesen la jornada, que costaron más de doce mil ducados, y los otros diez soldados a cumplimiento de los cuarenta, llevó Vela Nuñez de parientes y amigos suyos. Y yendo bien aderezados se partieron de los Reyes, y siguieron su camino hasta que de Guadachile (que es veinte leguas de la ciudad) dicen que llevaban concertado de matar a Vela Nuñez, y pasarse a Gonzalo Pizarro: y yendo ciertos corredores delante, cuatro leguas de Guadachile, en la provincia de Pariacaca, toparon a fray Tomás de San Martín, provincial de Santo Domingo a quien el visorey había enviado al Cusco para tratar de medios con Gonzalo Pizarro, y apartándole un soldado natural de Avila, le dijo los tratos que estaban, hechos de aquella gente, para que él avisase dellos a Vela Nuñez y se pusiese a recaudo, porque de otra manera le matarían aquella noche.

El provincial se dió gran priesa a andar, tornando consigo los corredores del campo, porque les dijo que Pedro de Puelles y su gente había dos días que eran pasadas por Jauja, y que en ninguna manera les podrían alcanzar. Y llegados a Guadachile, dijo lo mismo a la demás gente, y que era trabajar en vano si procedían en el camino: y secretamente apercibió a Vela Nuñez del peligro en que estaba para que se pusiese a recaudo. El cual avisó a cuatro o cinco deudos suyos que con él iban, de lo que pasaba, y en anocheciendo sacaron los caballos, como que los iban a dar agua, y guiándolos el provincial, con la oscuridad escaparon. Y en sabiendo que eran idos, un Juan de la Torre, y Piedra Hita, y Jorge, griego, y otros soldados del concierto, se levantaron a la guardia de la noche, y dieron sobre toda la gente uno a uno poniéndoles los arcabuces a los pechos si no determinaban irse con ellos.

Y casi todos lo otorgaron, especialmente el capitán Gonzalo Díaz, que aunque se le puso el mismo temor, le ataron las manos, y hicieron otras apariencias de miedo, se cree que era del concierto y aún el principal dél; y así se entendió por todos los de la ciudad que lo había de hacer, porque era yerno de Pedro de Puelles, tras quien lo enviaban; y no era de creer que había de prender a su suegro estando bien con

él. Y así levantándose todos, y subiendo en sus machos, que tan caro habían costado, se fueron a Gonzalo Pizarro, al cual hallaron cerca de Guamanga, y había dos días que era llegado Pedro de Puelles con su gente; y halló tan desmayado el campo con la tibieza que ya iba mostrando Gaspar Rodriguez y sus aliados, que si tardara tres días en llegar, se deshiciera la gente. Pero Pedro de Puelles les puso tanto ánimo con su socorro y con las palabras que les dijo, que determinaron de seguir el viaje, porque se profirió que si Gonzalo Pizarro y su gente no querían ir, él con los suyos serían parte para prender al visorey, y echalle de la tierra, según estaba mal quisto.

Llevaba Pedro de Puelles poco menos de cuarenta de a caballo, y hasta veinte arcabuceros; y los unos y los otros se acabaron de confirmar en su propósito con la llegada de Gonzalo Díaz y su compañía. Vela Núñez llegó a los Reyes, y hizo saber al visorey lo que pasaba. Y él lo sintió como era razón, porque veía sus negocios se iban empeorando cada día. Otro día llegó a los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres o cuatro que no quisieron ir con Gonzalo Díaz. Por lo cual demás de hacerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los caballos y vestidos; y así venía Rodrigo Niño con un jubón y con unos muslos viejos, sin medias calzas, con solo sus alpargates, y una caña en la mano, habiendo venido a pie todo el camino. Y el visorey le recibió con grande amor, loando su fidelidad y constancia, y diciéndole que mejor parecía en aquel hábito que si viniera vestido de brocado, atenta la causa por donde le traía.

Hasta aquí es de los dos autores que van muy conformes en lo que se ha dicho. Y Diego Fernandez Palentino añade lo que se sigue.

Sabido por el visorey lo que había pasado, lo sintió demasiadamente, porque veía a la clara cuán mal le sucedían los negocios, y cuan enconados iban. Y queriendo en alguna manera hacer justicia y venganza de tan gran traición, como el capitán Gonzalo Díaz había hecho persona de quien tanto confiaba (faltando a la palabra y fé que le había dado) pues no podía hacer justicia de su persona, hizo luego traer su bandera, y arrastralla por toda la plaza en presencia de todos los capitanes y soldados a vista de toda la ciudad. Y mandó que todos los sargentos y alfereces así de la compañía de Gonzalo Díaz, como de todos los demás con las puntas de las ginetas la hiciesen pedazos, en oprobio y afrenta del ausente capitán.

De lo cual no quedó poco corrido y afrentado Gomez Estacio, alférez de su compañía, y otros compañeros de la bandera, por su capitán; y también porque al mismo Gomez Estacio hizo el virey que llevase la bandera arrastrando. Y así desde este punto fué contrario al virey y servidor, y amigo de Gonzalo Pizarro. Y puesto que a algunos pareció mal lo que Gonzalo Díaz había hecho y que justamente pagaba su honra en lo de arrastrar la bandera, otros había que se holgaban dello, porque el poder del visorey iba menguando, y el de

Gonzalo Pizarro creciendo, y deseaban su caída y verle destruído y echado de la tierra. Y con esto ninguna cosa hacía por buena que fuese que a bien se juzgase. Lo cual él sentía mucho aunque lo disimulaba.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino. Los murmuradores hablaban mal de los consejeros del visorey, porque le aconsejaron que enviase al capitan Gonzalo Díaz contra su suegro, no estando mal con él, como lo dicen los autores· y del visorey hablaban así mismo, porque recibió el consejo sin mirar los inconvenientes.

También volvían por la honra de Gomez Estacio, alférez de Gonzalo Díaz; decían que le habían afrentado sin culpa en madarle arrastrar su propia bandera, no habiéndose hallado en la traición con su capitán. Desta manera hablaban mal del visorey, por el odio que le tenían; por querer ejecutar las ordenanzas tan de hecho.

—— ——

CAPITULO XII

PERDON Y SALVO CONDUCTO PARA GASPAR RODRIGUEZ Y SUS AMIGOS. SU MUERTE Y LA DE OTROS

PARA declarar lo que estos autores dicen de Gaspar Rodriguez. a quien Zárate algunas veces llama Gaspar de Rojas, es de saber que era hermano del buen capitán Peranzures de Campo Redondo, que murió en la batalla de Chupas; y por su muerte heredó sus indios, de los cuales le hizo merced el licenciado Vaca de Castro. Este caballero fué el que con poca o ninguna consideración, llevó al Cosco la artillería que estaba en Huamanca, y metió muchas prendas con Gonzalo Pizarro. Viendo pues ahora que los vecinos más amigos de Gonzalo Pizarro le habían negado y huido dél, y que su partido iba malo, acordó negarle también él; pero como había hecho un negocio tan grave, como llevarse la artillería, de que el visorey tanto se alteró, temió irse tan de hecho a su poder sin alguna seguridad de su vida; porque decía que era el visorey tan áspero de condición, que aunque se fuese a su servicio mandaría matarle por lo pasado. Trató de llevar consigo algunos amigos suyos, para que pareciese mayor el servicio de haberle quitado a Gonzalo Pizarro parte de los hombres nobles que en su bando había.

Acordaron entre todos sus amigos de pedir perdón al visorey de lo pasado, y salvo conducto de presente para irle a servir. En estos tratos y contratos los halló Pedro de Puelles, como lo dicen los autores, que si tardara tres días más en llegar, se deshiciera la gente de Gonzalo Pizarro. Gaspar Rodriguez y sus amigos, aunque vieron el nuevo socorro que a Gonzalo Pizarro llegó, no dejaron de llevar adelante sus deseos. Descubriéronlos a un clérigo, natural de Madrid, llamado Baltasar de Loaysa, que yo alcancé a conocer en Madrid año de sesenta y tres, y no lo conocí en mi tierra por mi poca edad aunque él me conoció mucho, porque era comun amigo de mi padre y de toda la gente noble de aquel imperio. Con este sacerdote (aunque

él era más para maese de campo) trataron Gaspar Rodriguez de Campo Redondo y sus amigos de que fuese a los Reyes, y pidiese al visorey el perdón y el salvo conducto, dándole cuenta de quiénes y cuántos eran los que vendrían a servirle, que con la ausencia de ellos, y con los que antes se habían huído, se deshacía Gonzalo Pizarro de todo punto.

Baltasar de Loaysa salió de secreto del campo de Gonzalo Pizarro, por lo cual sabiéndolo Pizarro, envió tras él, más no pudieron haberle porque iba fuera del camino real. Llegó a Rimac donde fué recibido del visorey por las buenas nuevas que le llevó, que ya tenía noticia de la buena intención de Gaspar Rodriguez y de sus amigos, que se lo había dicho Gerónimo de la Serna, y el visorey lo había publicado entendiendo poner buen ánimo a los suyos; más salióle en contra, porque luego avisaron de todo ello a Gonzalo Pizarro, y fué de mucho daño para la muerte de Gaspar Rodriguez, y de los que con él mataron, por haberse revelado este secreto. A Baltasar de Loaysa dieron el perdón y salvo conducto que pedía; del cual (como dice Zárate, a quien en estos pasos seguimos más que a otro, porque se halló presente a ellos) luego en toda la ciudad se tuvo noticia, y muchos vecinos y otras personas que secretamente eran aficionados a Gonzalo Pizarro, y a la empresa que traía, por lo que a ellos les importaba lo sintieron: tenían por cierto que con la venida de aquellos caballeros se desharía el campo, y así quedaría el visorey sin ninguna contradicción para ejecutar las ordenanzas. Baltasar de Loaysa salió con los buenos despachos que llevaba; y luego que en el pueblo se entendió su partida, y lo bien despachado que iba, temieron todos, que con aquel recaudo se deshacía el campo de Gonzalo Pizarro, y ellos quedaban sujetos a recibir el daño que temían de perder sus indios y haciendas. Determinaron algunos vecinos y soldados de ir muy a la ligera en seguimiento de Loaysa, hasta alcanzarle y tomarle los despachos que llevaba. Loaysa salió solo con un compañero, llamado Hernando de Zaballos, por el mes de setiembre del año de quinientos y cuarenta y cuatro.

Luego otro día siguiente en la noche salieron en su seguimiento hasta veinte y cinco de a caballo, muy a la ligera: los principales que concertaron este trato fueron don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y Lorenzo Mejía y Rodrigo de Salazar, el corcobado, el que prendió en el Cosco a don Diego de Almagro, el mozo, y Diego de Carvajal, que llamaban el Galan, y Francisco de Escobedo, y Francisco de Carvajal, y Pedro Martín de Cecilia, por otro nombre llamado Pedro Martín de don Benito, y otros hasta el número dicho; los cuales caminaron y continuaron su camino con tanta priesa, que a menos de cuarenta leguas de la ciudad de los Reyes alcanzaron a Loaysa, y le quitaron las provisiones y despachos, y a toda diligencia los enviaron a Gonzalo Pizarro con un soldado que fué por cierto atajos; el cual habiéndolos recibido, los comunicó muy en secreto con el

capitán Francisco de Carvajal, a quien pocos días antes había hecho su maestre de campo por enfermedad de Alonso de Toro, que fué el que salió del Cosco con aquel cargo: asimismo dió parte del negocio a otros capitanes y personas principales de su campo, de los que no habían sido en enviar a pedir el salvo conducto; y algunos por enemistades particulares, y otros por envidia, y otros por codicia de ser mejorados en indios, aconsejaron a Gonzalo Pizarro que le convenía castigar este negocio, tan ejemplarmente, que escarmentasen los demás para no inventar semejantes motines y alteraciones; y entre todos los que por el mismo salvo conducto parecía no haber sido participante en este negocio, se resolvieron en matar al capitán Gaspar de Rojas y Felipe Gutierrez, hijo de Alonso Gutierrez, tesorero de su magestad, vecino de la villa de Madrid, y a un caballero gallego llamado Arias Maldonado; el cual con Felipe Gutierrez se había quedado una o dos jornadas atrás en la villa de Guamanga, so color de aderezar ciertas cosas para el camino. Y envió Gonzalo Pizarro al capitán Pedro de Puelles con cierta gente de a caballo, que en Guamanga los prendió y cortó las cabezas. Gaspar Rodriguez estaba en el mismo campo por capitán de casi doscientos piqueros; y por ser persona tan principal y rico y bien quisto, no osaron ejecutar abiertamente en su persona, lo que tenían acordado, y usaron desta forma, que después de tener prevenidos Gonzalo Pizarro ciento y cincuenta arcabuceros de la compañía de Cermeño, y dádoles una arma secreta y encabalgada y puesta a punto la artillería, envió a llamar a todos los capitanes a sueldo, diciendo que les quería comunicar ciertos despachos que había recibido de los Reyes.

Y viniendo todos, y entre ellos Gaspar Rodriguez, cuando entendió Gonzalo Pizarro que estaba cercada la tienda, y asestada a ella toda la artillería, se salió fingiendo que iba a otro negocio. Y quedando todos los capitanes juntos, se llegó el maestre de campo Carvajal a Gaspar Rodriguez, y con disimulación le puso la mano en la guarnición de la espada, y se la sacó de la vaina, y le dijo que se confesase con un clérigo, que allí llamaron, porque había de morir allí. Y aunque Gaspar Rodriguez lo rehusó cuanto pudo, y se ofreció a dar grandes disculpas de cualquiera culpa que se le imputase, ninguna cosa aprovechó, y así le cortaron la cabeza.

Estas muertes atemorizaron mucho todo el campo, especialmente a los que sabían que eran consortes suyos en la causa por que los mataban, porque fueron las primeras que Gonzalo Pizarro hizo desde que comenzó su tiranía. Pocos días después llegaron al campo don Baltasar y sus compañeros, que traían preso a Baltasar de Loaysa, y a Hernando Zaballos como está dicho. Y el día que supo Gonzalo Pizarro que habían de entrar en el real, envió al maestre de campo Carvajal, según fué fama pública, por el camino por donde entendió que venían, para que en topándolos hiciese dar garrote a

Loaysa y a Zaballos, y quiso su fortuna que se desviaron del camino real por una senda, de manera que el maese de campo los erró. Y así llegados a la presencia de Gonzalo Pizarro hubo tantos intercesores en favor, que les perdonó las vidas; y a Loaysa envió a pie y sin ningún bastimento de su real, y a Hernando de Zaballos trajo consigo en su ejército.

Hasta aquí es de Zárate, libro quinto, capitulo once. A Gaspar Rodriguez y a los que con él mataron les hizo mucho mal, y les apresuró la muerte el salvo conducto que él y sus aliados pretendieron para preservarse de la muerte, porque como lo dice Gomara, capítulo ciento y sesenta y cuatro, el visorey dió el salvo conducto para todos, salvo para Pizarro, Francisco de Carvajal, y el licenciado Benito de Carvajal y otros así, de que mucho se enojaron Pizarro y su maestre de campo, y dieron garrote a Gaspar Rodriguez, y a Felipe Gutierrez y a los demás: palabras son todas de Gomara. De esta manera apresuró su muerte el pobre caballero Gaspar Rodriguez de Campo Redondo; y por su inquietud ni cupo con los que llamaban tiranos, ni con los que se tenían por leales.



CAPITULO XIII

LA MUERTE DEL FATOR ILLEN SUAREZ DE CARVAJAL, Y EL ESCANDALO Y ALBOROTO QUE CAUSO EN TODO EL PERU.

ENTRE tanto que en el campo de Gonzalo Pizarro pasaban las muertes que hemos dicho, sucedió en la ciudad de los Reyes un hecho de mucha lástima (como lo dice Gomara, capítulo ciento y cincuenta y nueve por estas palabras): Luis García San Mamés, que por corredor estaba en Jauja, trajo unas cartas en cifras del licenciado Benito de Carvajal al fator Illen Suarez su hermano. El virey sospechó mal de la cifra, ca no estaba bien con el fator, y mostró las cartas a los oidores, preguntando si lo podría matar, dijeron que no, sin saber primero lo que contenían. Y para saberlo enviaron por él. Vino el fator, no se demudó por lo que dijeron, aunque fueron palabras recias, y leyó las cartas, notando el licenciado Juan Alvarez. La suma de la cifra era la gente de armas e intención que traía Pizarro, quién e cuáles estaban mal con él, y que luego se vendría él a servir al visorey en pudiendo descabullirse, como el mismo fator se lo mandaba. Envió luego por el abecedario, y concertó con lo que leyera, y así vino a Lima el licenciado Carvajal dos o tres días después que Blasco Núñez fué preso, sin saber la muerte del fator.

Hasta aquí es de Gomara. La sospecha que del fator se tuvo entonces, como peste tan diabólica, con su perpetuo molestar e incitar, causó en el aposento del virey un hecho terrible no imaginado por nadie, que fué la muerte del mismo fator, que lastimó y atemorizó más que las que se hicieron en el campo de Gonzalo Pizarro, porque no faltase que llorar en ambas partes. La cual sucedió luego la misma noche siguiente a la huída de don Baltasar de Castilla y de los demás nombrados. Los tres autores la cuentan casi de una misma manera, diremos lo que el contador Agustín de Zárate dice de aquella muerte, y añadiremos lo que los otros escriben, que el contador no escribió. Lo que él dice, libro quinto, capítulo once, es lo que se sigue

Pues tornando a la orden de la historia, pocas horas después que salieron de la ciudad de los Reyes don Baltasar de Castilla y sus compañeros, que fueron en seguimiento de Loaysa, como está dicho, no pudo ser tan oculto que no viniese a noticia del capitán Diego de Urbina, maese de campo del visorey, que andando rodando la ciudad, y yendo a las posadas de algunos destos que se huyeron, ni los halló a ellos, ni sus armas, ni caballos, ni a los indios yanaconas de su servicio. Lo cual le dió sospecha de lo que era, y yendo a la posada del visorey, que estaba ya acostado, le certificó que los más de la ciudad se le habían huído, porque él así lo creía.

El visorey se alteró como era razón, y levantándose de la cama mandó tocar arma, y llamó a sus capitanes y con gran diligencia les hizo ir discurriendo de casa en casa por toda la ciudad. hasta que averiguó quiénes eran los que faltaban. Y como entre los otros se hallasen ausentes Diego de Carvajal, y Gerónimo de Carvajal, y Francisco de Escobedo, sobrinos del fator Illen Suarez de Carvajal, de quien él tenía ya concebida sospecha que favorecía a Gonzalo Pizarro y a sus negocios, teniendo por cierto que la ida de sus sobrinos se había hecho por su mandado, o a lo menos que no había podido ser sin que él tuviese noticia de ella, porque posaban dentro en su casa, aunque se mandaban por una puerta diferente, apartada de la principal: para la averiguación de esta sospecha, envió el visorey a Vela Nuñez, su hermano, con ciertos arcabuceros, que fuesen a traer preso al fator; y hallándole en su cama le hizo vestir, y le llevó a la posada del visorey, que por no haber dormido casi en toda la noche estaba reposando sobre su cama vestido y armado. Y entrando el fator por la puerta de su cuadra, dicen algunos que se hallaron presentes, que se levantó en pie el visorey, y le dijo: así, traidor, que habéis enviado a vuestros sobrinos a servir a Gonzalo Pizarro. El fator le respondió: no me llame vuestra señoría traidor, que en verdad no lo soy. El visorey dicen que replicó: juro a Dios que sois traidor al rey. A lo cual el fator dijo: juro a Dios que soy tan buen servidor al rey como vuestra señoría.

De lo cual el visorey se enojó tanto, que arremetió a él poniendo mano a una daga, y algunos dicen que le hirió con ella por los pechos, aunque él afirmaba no haberle herido; salvo que sus criados y alabarderos, viendo cuan desacatadamente le había hablado, con ciertas roncas, y partesanas y alabardas que allí había, le dieron tantas heridas, que le mataron sin que pudiese confesarse, ni hablar palabra ninguna. Y el visorey le mandó luego llevar a enterrar. Aunque temiendo que el fator era muy bien quisto, y que si le bajaban por delante de la gente de guerra, porque cada noche le hacían guardia cien soldados en el patio de su casa, podría haber algún escándalo, mandó descolgar el cuerpo por un corredor de la casa que salía a la plaza, donde le recibieron ciertos indios y negros, y enterráronlo en la iglesia que estaba junto, sin amortajarle, salvo envuelto en una ropa larga de grana que llevaba vestida.

Y así, dende a tres días, cuando los oídores prendieron al visorey, como abajo se dirá, unas de las primeras cosas que hicieron, fué averiguar la muerte del fator, comenzando el proceso de que habían sabido que a la media noche le llevaron en casa del visorey, y que nunca más había parecido, y le desenterraron y averiguaron las heridas.

Sabida esta muerte por el pueblo, causó muy grande escándalo, porque entendían todos cuánto el fator había favorecido las cosas del visorey, especialmente en la diligencia que puso para que fuese recibido en la ciudad de los Reyes, contra el parecer de los más de los regidores. Estos sucesos acaecieron domingo en la noche, que se contaron trece días del mes de setiembre del año de mil y quinientos y cuarenta y cuatro.

Hasta aquí es de Zárate, y Diego Fernandez habiendo dicho lo mismo, añade, capítulo diez y siete, lo que se sigue: descolgáronle por un corredor y le enterraron junto a una esquina de la iglesia mayor, que estaba cerca, y de ahí a pocas horas que el arrebatado ímpetu de la ira y cólera se le pasó al visorey, y le señoreó la razón, cierto le pesó en todo estremo, y se tuvo por cierto haber llorado por ello. Sabida pues la muerte del fator por toda la ciudad, el visorey mandó llamar algunos principales vecinos, y disculpándose, afirmó haber tenido bastante causa para le haber muerto, atribuyendo su muerte al desacato de sus palabras. Y les dijo, que nadie se escandalizase por ello que si bien o mal había hecho, él daría cuenta de ello Dios, y a su rey. De lo cual todo el pueblo se alteró y tomó más indignación contra él. De manera que de la huída destos se causó este sangriento principio, del cual se tomó ocasión y falso color para prender al virey; que cierto fué tiranía secreta y sin fundamento alguno. Y es cierto, que después de este suceso, sintió el virey mucha pena por ello: y decía muchas veces que la muerte de Illen Suarez le traía asombrado y fuera de sí, y maldecía a su hermano Vela Nuñez, porque se lo había traído, llamándole de torpe y de bestia, porque conociendo su condición, y viéndole tan alterado, se lo había traído, diciéndole que si fuera hombre de entendimiento, disimulara en el cumplimiento de lo que le mandaba, haciendo muestra que no le hallaba, hasta que se le hubiera pasado el enojo.

Hasta aquí es de Diego Fernandez. Gomara dice que replicando el fator en disculpa de los cargos que le hacía, le dió el visorey dos puñaladas con una daga, voceando: mátenle, mátenle. Llegaron sus criados y acabáronle; aunque algunos otros le echaban ropa encima para que no le matasen.

Todas son palabras de Gomara, del capítulo ciento y cincuenta y nueve, y al fin dél dice: causó mucho bullicio la muerte del fator, que tan principal persona era en aquellas partes, y tanto miedo que se ausentaban de noche los vecinos de Lima, de sus propias casas; y aún el mismo Blasco Nuñez dijo a los oidores y a otros muchos, que

aquella muerte lo había de acabar conociendo el yerro que había hecho, &c.

La muerte de este caballero causó la total caída del visorey, porque los suyos cobraron tanto miedo de su condición, por haber hecho aquella muerte tan no pensada, que todos le huían y se escondían por no parecer ante él; y sus contrarios tomaron más ánimo y atrevimiento para justificar su opinión contra él (5)

(5) Véase la interesante relación que de la muerte del factor trae Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit. t. I.c, XXXI

CAPITULO XIV

LAS VARIAS DETERMINACIONES DEL VISOREY POR LA IDA DE GONZALO PIZARRO A LOS REYES Y LA MANIFIESTA CONTRADICCION DE LOS OIDORES

GONZALO Pizarro con el socorro que Pedro de Puelles le llevó, y con los que después de él se le vinieron de los del visorey, caminó más con ánimo y confianza que hasta entonces llevaba aunque a paso muy corto, por el estorbo y pesadumbre de la artillería, que como iba en hombros de indios, y el camino es tan áspero, con tantas cuestas que subir y bajar, hacían muy cortas las jornadas. El visorey sabiendo que cada día se le iba acercando más el enemigo, y que los que él tenía consigo muchos mostraban al descubierto el descontento que tenían de la ejecución de las ordenanzas, y que los que más pretendían disimularlo andaban tan tibios en su servicio que también se les veía a la clara el disgusto. Considerando estas cosas y que por horas se iba empeorando el ánimo de la gente, le pareció mudar consejo, aunque tarde, y suspender la ejecución de las ordenanzas imaginando que con la suspensión y publicación della se apagaría aquel fuego que tan encendido iba, y que Gonzalo Pizarro no teniendo ya para qué ser procurador general, desharía su ejército y cesaría todo aquel alboroto, y se quietaría la tierra; y así declaró, como lo dice Diego Fernandez, la suspensión de ellas hasta en tanto que su magestad fuese informado y proveyese sobre ello. Gomara, capítulo ciento y cincuenta y ocho, dice lo que se sigue

Pesóle a Blasco Nuñez de que Pizarro tuviese tantas armas y artillería y la gente tan favorable. Suspendió las ordenanzas por dos años, hasta que otra cosa el emperador mandase, aunque se dijo luego el protesto que hizo, y asentó en el libro del acuerdo, como la suspensión era por fuerza, que ejecutaría las ordenanzas en apaciguando la tierra; cosa de odio para todos. Dió mandamiento y pregonolo para

que pudiesen matar a Pizarro y a los otros que traía, y prometió al que los matase sus repartimientos y hacienda; cosa que indignó mucho a los del Cusco, y que no agradó a todos los de Lima, y aún dió luego algunos repartimientos de los que se habían pasado a Pizarro.

Hasta aquí es de Gomara. Aunque la suspensión de las ordenanzas fué tarde, todavía aplacara mucho si se diera lugar a que se trataran algunos medios, y no vinieran al rompimiento que vinieron; pero como con la nueva de la suspensión de las ordenanzas llegó juntamente la nueva de la protestación que el visorey hizo, diciendo que lo hacía por fuerza y que las ejecutaría en apaciguando la tierra, antes indignó que aplacó a toda la gente, porque vieron al descubierto el ánimo obstinado que el visorey tenía a la ejecución dellas, de lo cual se seguía el daño comun de todos. Por lo cual quedaron más rebeldes y más obstinados en su tiranía que antes estaban. Y así caminaron con determinación de morir todos en la demanda. El visorey sabiendo esto, quedó más escandalizado viendo que con lo que debía aplacarse aquella gente se indignaba más, y que los suyos estaban flacos de ánimo, y muchos aficionados a la empresa de Gonzalo Pizarro, porque había puesto su cabeza al cuchillo por el bien comun de todos. Acordó encerrase en la ciudad y no esperar al enemigo en campo abierto.

Con esta determinación fortificó la ciudad, barreó las calles, hízoles troneras, proveyose de bastimento para si durase el cerco; pero como cada día le viniesen nuevas de la pujanza con que Gonzalo Pizarro iba, y de el ánimo cruel que los suyos llevaban, le pareció no esperarle en los Reyes, sino retirarse a Trujillo, ochenta leguas de distancia la una de la otra. Imaginó llevar en los navíos las mugeres de los vecinos, y que la gente de guerra fuese por tierra la costa abajo.

Trató de despoblar y desmantelar aquella ciudad, quebrar los molinos y llevar por delante todo lo que ser pudiere de provecho al enemigo, alzar los indios de la costa y enviarlos la tierra adentro, porque Gonzalo Pizarro no hallando bastimento ni indio de servicio, desharía su ejército y desampararía la empresa. Estas imaginaciones comunicó a los oidores. Ellos viendo su determinación se la contradijeron muy al descubierto, diciendo que la audiencia real no podía salir de aquella ciudad, porque su magestad mandaba que asistiese en ella, y que ellos no podían ir con su señoría, ni permitirían que nadie desamparase su casa. Con esto quedaron los oidores y el virey declarados por bandos contrarios, y los vecinos más inclinados a la parte de los oidores que a la del virey, porque hablaban en favor dellos, y defendían que no les llevasen sus mugeres y hijas en poder de los marineros y soldados. Apartado el visorey de la consulta que con los oidores tuvo, en la cual no había determinado cosa alguna, le pareció poner en ejecución lo que había imaginado de irse por la mar, y que su hermano Vela Nuñez fuese por tierra con los soldados, para

lo cual mandó a Diego Alvarez Cueto (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo once, por estas palabras)

Que con cierta gente de a caballo llevase a la mar los hijos del marqués don Francisco Pizarro, y los metiese en un navío, y él se quedase en guarda dellos y del licenciado Vaca de Castro, y por general de la armada; porque temió que don Antonio de Ribera y su muger, que tenían a cargo a don Gonzalo y sus hermanos, se los escondieran.

Lo cual causó muy gran alteración en el pueblo, y sintieron dello muy mal los oidores, especialmente el licenciado Zárate, que con gran instancia, particularmente fué a suplicar al visorey que sacase a doña Francisca de la mar por ser ya doncella crecida, hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados. Y ninguna cosa pudo acabar con el visorey, antes ya claramente él les declaró su intención, cerca de lo que tenía determinado en retirarse, y los halló muy lejos de su parecer.

Hasta aquí es de Zárate, y por abreviar y sumar lo que los autores en este particular dicen, es así que los oidores dieron mandamiento a Martín de Robles, aunque era capitán del visorey, para que le prendise. Y escusándose él de hacerlo, por el perjuicio que se le seguía, le aseguraron que era servicio de su magestad, y quietud de todo aquel imperio, atajar los alborotos que el gobierno del visorey causaba; más con todo esto les pidió Martín de Robles mandamiento firmado de todos los oidores para su descargo, y ellos se lo dieron, apercibiéndole que lo tuviese secreto hasta su tiempo. Por otra parte proveyeron una provisión, en que mandaban a los vecinos y moradores de aquella ciudad no obedeciesen al visorey en lo que les mandaba, que diesen sus mugeres para que las llevasen a embarcar, ni desamparar sus casas, y que diesen favor y ayuda a Martín de Robles para que lo prendiese, porque así convenía al servicio del emperador, y al bien de la tierra: también guardaron esta provisión en secreto hasta que les pareció tiempo de publicarla.

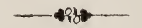
Entre tanto que estas cosas se ordenaban de la una parte y de la otra, andaba la gente tan confusa y desatinada que no sabían a cual parte acudir. El respeto de su rey les inclinaba a que fuesen de la parte del visorey; más el interés propio, que se veían desposeídos y privados de sus indios y hacienda si el visorey prevalecía, les forzaba a que acudiesen a los oidores, porque sentían de las ordenanzas al contrario que Blasco Nuñez.

En estas confusiones gastaron todo el día, aunque el visorey, por asegurarse de cualquiera cosa que los oidores ordenasen contra él, hizo llamamiento de su gente y capitanes, y así estuvieron en su guarda hasta la media noche. Los oidores por otra parte, viendo que el visorey había tocado arma, y que tenía más de cuatrocientos hombres consigo, temieron que mandase prenderlos: hicieron llamamiento

de algunos amigos particulares, más acudiéronles tan pocos que desconfiaban de poder valer algo contra el visorey y así estaban encerrados en la posada del licenciado Cepeda fortalecidos para defenderse si los quisiesen prender.

En esta confusión y temor habló un hombre principal que Gomara llama Francisco de Escobar, natural de Sahagun, y dijo salgamos, cuerpo de tal, señores, a la calle, y muramos peleando como hombres y no encerrados como gallinas. &c

Con esta desesperación salieron los oidores a la plaza, más a entregarse a lo que quisiesen hacer dellos, que no con esperanza de hacer cosa alguna en su favor y sucedióles bien, porque el visorey que había estado mucho espacio de la noche en la plaza por persuación de sus capitanes se había retirado a su casa y entrádose en su aposento. Por lo cual sus soldados y capitanes, viéndose libres del respeto que su presencia les obligaba que le tuvieran, se fueron dos de los capitanes, Martín de Robles y Pedro de Vergara, a los oidores con sus compañías, y en pos de ellos fueron otros y otros, hasta que no quedó nadie a la puerta del virey para defender su casa, sino fueron cien soldados que tenía elegidos para su guardia, que estaban dentro en la casa. (6)



(6) Véase Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit t. I. c. XXX.

CAPTULO XV

LA PRISION DEL VISOREY Y LOS VARIOS SUCESOS QUE CON ELLA HUBO EN MAR Y TIERRA

LOS oidores, aunque favorecidos con la gente que se les había pasado, y con la que por horas se les juntaba, todavía temian ejecutar la prisión del visorey, porque les fué dicho que estaba en la plaza con mucha gente, y con determinación de venir sobre ellos y prenderlos. Por salir deste miedo se fueron a la plaza, y para justificar su causa, y para llamar la gente a su favor, hicieron pregonar la provisión que dijimos tenían ordenada, aunque por el mucho ruido de la gente la entendieron pocos. Llegados los oidores a la plaza como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo once, que se halló presente a la prisión del visorey: Ya que amanecía tiraron algunos arcabuzasos desde el corredor del visorey De lo cual se enojaron tanto los soldados que iban con los oidores, que determinaron entrar en la casa por fuerza, y matar a todos los que se lo resistiesen. Los oidores los apaciguaron con buenas palabras, y enviaron a fray Gaspar de Carvajal, superior de Santo Domingo, y a Antonio de Robles, hermano de Martín de Robles, para que dijesen al visorey, que no querían dél otra cosa sino que no los embarcase por fuerza, y contra lo que su magestad mandaba, y que sin ponerse en resistencia se viniese a la iglesia mayor, donde entraban a esperarle, porque de otra manera ponía en riesgo a sí y a los que con él estaban. Yendo estos mensageros al virey los cien soldados que estaban a su puerta, sin aguardar más se pasaron a la parte de los oidores Los demás soldados viendo la entrada libre, todos se entraron en la casa del visorey, y comenzaron a robar los aposentos de sus criados que estaban en el patio. En este tiempo el licenciado Zárate salió de su posada por irse a juntar con el visorey, y topando en el camino a los oidores, y viendo que no podía pasar, se metió en la iglesia con ellos. Oído por el visorey lo que enviaban a decir, y viendo la casa llena de gente de guerra, y que la

suya misma en quien él confiaba le había dejado, se vino a la iglesia donde los oidores estaban, y se entregó a ellos, los cuales le trajeron a casa del licenciado Cepeda, armado como estaba, con una cota y unas coracinas. Y viendo él al licenciado Zárate con los otros oidores le dijo: ¿también, vos, licenciado Zárate, fuísteis en prenderme, teniendo yo de vos tanta confianza? Y él respondió: que quien quiera que se lo había dicho, que mentía, que notorio era quien le había prendido, y si él se había hallado en ello o no. Luego se proveyó que el visorey se embarcase y se fuese a España; porque si Gonzalo Pizarro le hallase preso le mataría, y también temían que algunos deudos del fator le habían de matar en venganza de la muerte del fator, y que de cualquiera forma se echaría a ellos la culpa del daño: y también les parecía que si le enviaban solo les tornaría a saltar en trierra y volvería sobre ellos. Y andaban tan confusos que no se entendían, y mostraban pesarles de lo hecho; y hicieron capitan general al licenciado Cepeda, y todos llevaron a la mar al visorey con determinación de ponerle en un navío; lo cual no pudieron bien hacer, porque viendo Diego Alvarez Cueto, que a la sazón estaba por general de la armada, la mucha gente que venía, y que traían preso al visorey, envió a Gerónimo Zurbano, su capitán de la mar, en un batel con ciertos arcabuceros y tiros de artillería, para que con él recogiese todos los bateles de las naos, a bordo de la capitana, y él fué a requerir a los oidores que soltasen al visorey. Lo cual no se hizo caso, que no le quisieron oir, antes le tiraron ciertos arcabuzasos desta tierra, y el respondió con otros desde la mar y se volvió. Los oidores enviaron en balsas a decir a Cueto que entregase la armada y los hijos del marqués, y que le entregarían al visorey en un navío, y que si no lo hacía correría riesgo.

La cual embajada llevó con consentimiento del visorey fray Gaspar de Carvajal, que fué en una balsa a ello; y llegado a la nao capitana, dijo a lo que venía, y Diego Alvares Cueto (en presencia del licenciado Vaca de Castro, que como tenemos dicho estaba preso en el mismo navío) viendo el peligro en que quedaba el visorey echó en tierra en las mismas balsas los hijos del marqués, y a don Antonio y a su muger, no embargante que los oidores por entonces no cumplieron lo que de su parte se había prometido, amenazando todavía que si no entregaba la armada, cortarían la cabeza al virey. Y dado el caso que el capitán Vela Nuñez, hermano del visorey, fué y vino de su parte algunas veces, nunca los capitanes de la mar lo quisieron hacer; y con esto se tornaron los oidores con el visorey a la ciudad con mucha guarda, y dende a dos días, porque entendieron los de la armada que los oidores y los otros capitanes que los seguían buscaban formas para entrar con balsas, con gran copia de arcabuceros a tomarles los navíos y viendo que no habían podido acabar con Gerónimo Zurbano que se los entregase, caso que le enviaron a hacer grandes ofertas sobre ello,

porque vieron que era más parte que Cueto, por tener a su voluntad todos los soldados y marineros, que eran viscaínos. Los capitanes de los navíos determinaron en salir del puerto de los Reyes, y andarse por aquella costa entreteniéndose, hasta que viniese despacho o mandamiento de su magestad sobre lo que debían hacer, considerando que había en la ciudad y por todo el reino criados y servidores del visorey, y otras personas que no se habían hallado en su prisión, y muchos servidores de su magestad, que cada día se les iban recogiendo en los navíos, los cuales estaban medianamente armados y proveídos; porque tenían diez o doce versos de hierro y cuatro tiros de bronce, con más de cuarenta quintales de pólvora, y tenían demás desto más de cuatrocientos quintales de bizcochos, y quinientas hanegas de maíz, y harta carne salada, que era bastimento con que por gran tiempo se pudieran sustentar, especialmente no se les pudiendo prohibir las aguas: porque en cualquier parte de la costa podían surgir como está dicho, y no tenían más de hasta veinte y cinco soldados, y considerando que no tenía copia de marineros para poder gobernar diez navíos que estaban en su poder, y que no les era seguro dejar allí ninguno, porque no los siguiesen: por lo cual otro día después de la prisión del virey pusieron fuego a cuatro navíos, los más pequeños porque no los podían llevar, y a dos barcos de pescadores que estaban varados en tierra; y con los seis navíos restantes se hicieron a la vela. Los cuatro navíos se quemaron todos, porque no hubo en qué entrar a los remediar: los dos barcos se salvaron, apagando el fuego dellos, aunque quedaron con algún daño. Y los navíos se fueron a surgir al puerto Guaura, que es diez y ocho leguas más abajo del puerto de los Reyes, para proveerse allí de agûa y leña de que tenían necesidad; y llevaron consigo al licenciado Vaca de Castro, y allí en Guaura determinaron de esperar el suceso de la prisión del visorey. Y entendiendo esto los oidores, y considerando que no se apartarían los navíos mucho de aquel puerto por dejar preso al visorey, y en tanto riesgo de la vida determinaron de enviar gente por mar y por tierra para tomar los navíos por cualquier forma que pudiesen; y para esto dieron cargo de reparar y aderezar los dos barcos que estaban en tierra a Diego García de Alfaro, vecino de aquella ciudad, que era muy práctico en las cosas de la mar. Y teniéndolos reparados y echados al agua, se metió en ellos con hasta treinta arcabuceros, y se fué la costa abajo, y por tierra enviaron a don Juan de Mendoza, y a Ventura Beltran con otra cierta gente; y habiendo reconocido los unos y los otros que los navíos estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche con sus barcas tras un farallon que estaba en el puerto muy cerca de los navíos, aunque no los podían ver, y los de tierra comenzaron a disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del visorey y gente que se quería embarcar, proveyó que Vela Nuñez fuese en tierra con un batel a informarse de lo que pasaba, y llegando a la costa sin

saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente, y le comenzó a tirar. apretándole tanto, que se hubo de rendir y entregar el batel, y desde allí enviaron a hacer saber a Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada, matarían al visorey, y a Vela Nuñez. Y temiendo Cueto que se haría así, entregó la armada contra el parecer de Gerónimo Zurbano, que con un navío, de que era capitán, se hizo a la vela, y se fué a Tierra-Firme; porque dos días antes que viniese Diego García le había mandado Cueto que con su navío se viniese la costa abajo a recojer todos los navíos que hallase, porque no los hallasen los oidores. Y ellos, desque las armada se fué de los Reyes, temiendo que los deudos del fator matarían al visorey (como habían intentado de hacer) acordaron de llevarlo a una isla que está dos leguas del puerto, metiéndole a él y a otras veinte personas que le guardasen en unas balsas de espadamientas secas, que los indios llaman Enea; y sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar a su magestad al visorey con cierta información que contra él recibieron, con el licenciado Alvarez, oidor, para que le llevase en forma de preso; y para su salario le dieron ocho mil castellanos, y haciendo los despachos necesarios, en los cuales no firmó el licenciado Zárate. Alvarez fué por tierra; y al visorey llevaron por la mar en uno de los barcos de Diego García, y se le entregaron en Guaura al licenciado Alvarez con tres navíos, y con ellos, sin esperar los despachos de la audiencia, que aún no eran llegados, se hizo a la vela; y al licenciado Vaca de Castro tornaron en un navio preso, como antes estaba, al puerto de los Reyes.

Hasta aquí es de Zárate, de el capítulo once, libro quinto, que por haberse hallado presente a estas cosas le seguimos singularmente; y aunque los demás autores no salen de la verdad del hecho, no diremos dellos en particular, si no fuere cosa nueva que Agustín de Zárate dejase de decir. (7)

———

(7) Cutiérrez de Santa Clara. Cb. cit. t. l. cc, XXXIX-XLII Pedro Pizarro. Cb. cit. Col. cit. t. VI. El Palentino ob. cit. Parte I, lib. I, c. XIX Gonzalo Pizarro hablando la revolución incruenta que derribó al Virrey dice ingenuamente «He hízose sin que muriese un hombre ni fuese herido como obra que Dios la guiaba para bien de estas tierras» *Carta de Gonzalo Pizarro a Pedro de Valdivia*

CAPITULO XVI

SUCESOS LASTIMEROS QUE TUVO EL VISOREY. UNA CONJURACION QUE HUBO EN RIMAC CONTRA LOS OIDORES; Y LO QUE SOBRE ELLO SE HIZO. LA LIBERTAD DEL VISOREY.

GOMARA habiendo dicho aunque confusamente todo lo de atrás añade lo que se sigue, que por ser de tanta lástima, acerca del pobre visorey puesto en tales tribulaciones, lo puse como aquel autor lo dice, capítulo ciento y sesenta y uno, que es lo que se sigue.

Viendo que no le habían querido recibir en trueque de los navíos, le maltrataron de palabra los que le llevaron diciendo: hombre que tales leyes trujo, tal galardon merece; si viniera sin ellas adorado fuera: la patria es libertada, pues está preso el tirano. Y con estos villancicos lo volvieron a Cepeda, donde le tuvieron sin armas y con guarda que le hacía el licenciado Niño. Empero comía con Cepeda, y dormía en su misma cama. Blasco Nuñez, temiéndose de yerbas, dijo a Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presente Cristobal de Barrientos, Martín de Robles, el licenciado Niño, y otros hombres principales: ¿puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero. Respondió él: ¿cómo señor, tan ruin soy que si os quisiese matar no lo haría sin engaño? vuesa señoría puede comer como con mi señora doña Brianda de Acuña, que era su muger, y para que lo crea, yo haré la salva de todo; y así lo hizo todo el tiempo que lo tuvo en su casa.

Entró un día fray Gaspar de Carvajal a Blasco Nuñez, y díjole que se confesase, que así lo mandaban los oidores. ¿Preguntóle el virey, si estaba allí Cepeda cuando se lo dijeron? y respondió que no, más de los otros tres señores. Hizo llamar a Cepeda y se le quejó. Cepeda lo conoció y aseguró, diciendo que ninguno tenía poder para tal cosa sino él; lo cual decía por la partición que habían hecho de los negocios. Blasco Nuñez entonces lo abrazó, y besó en el carrillo delante el mismo fraile.

Hasta aquí es de Gomara, sacado a la letra que cierto es paso de mucha lástima, que a un príncipe elegido para gobernador de un imperio como el Perú, le pusiesen los más suyos en tales tribulaciones y angustias. El P. fray Gaspar de Carvajal, de quien se hace mención en este capítulo, fué aquel religioso que contradijo a Francisco de Orellana cuando se rebeló contra Gonzalo Pizarro en la jornada de la Canela, y se quedó en la isla de la Trinidad, y de allí se volvió al Perú, donde contaba largamente los trabajos que en aquel descubrimiento vió y padeció. Al caballero don Juan de Mendoza, de quien asímismo hicimos mención en aquel capítulo (que yo conocí vecino del Cosco) le acaeció en México una cosa estraña, que por serlo tanto (que no sé si habrá acaecido otra tal en el mundo) será bien que quede memoria della; y fué que jugando cañas una fiesta solemne en la plaza de la real ciudad de México, antes de pasar al Perú, que fué uno de los que pasaron con el famoso don Pedro de Alvarado, acaeció que después de jugadas las cañas, andando sueltos los caballeros por la plaza tirando bohordos y cañuelas, como se hace de ordinario en las fiestas mayores, este caballero, por mostrar su destreza y gentileza, tiró una cañuela, y al tiempo que ponía la fuerza para arrojarla, el caballo, que iba corriendo, paró de golpe, y él que era muy alto de cuerpo y delgado de piernas, y flojo dellas, y no tan buen ginete como presumía, salió por el pescuezo del caballo adelante, quedándosele los piés en los estribos, y puso las manos en el suelo por no dar en tierra con el rostro, y quedó hecho pretal del caballo. Corriera mucho riesgo su vida, si no le socorrieran muy aina; y así escapó de la muerte por la buena diligencia de las circunstancias, que de muchos dellos oí este cuento; y uno dellos fué Garcilaso de la Vega, mi señor, que se halló en aquella fiesta. Perdonárseme ha la digresión por el cuento tan raro; y con esto volvamos a nuestra historia.

Entre tanto que el visorey estaba detenido y preso en la isla que estaba dos leguas del puerto, volvieron a los Reyes (como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo docc). Don Alonso de Montemayor y los demás que con él habían ido en seguimiento de los que fueron a prender al padre Loaysa, a los cuales los oidores prendieron y a algunos quitaron las armas y juntamente con algunos capitanes del visorey, y con los que se habían venido del Cosco, los pusieron presos en casa del capitán Martín de Robles, y de otros vecinos; y viéndose tan maltratados, determinaron matar a los oidores y soltar al visorey, y restituirle en su libertad y cargo; lo cual concertaron de esta manera: que a la noche en casa de Martín de Robles, se disparasen ciertos arcabuzasos, y que entonces Francisco de Aguirre, sargento, que con cierta gente hacía la guardia al licenciado Cepeda, le matase, y que se pusiesen ciertos arcabuceros a las entradas de las calles de la plaza por donde forzosamente el doctor Tejada, y el licenciado Alvarez tenían de acudir en casa de Cepeda, oyendo aquella

arma, y que en llegando los matasen y alzasen la ciudad por el rey lo cual fuera muy fácil de hacer, si un vecino de Madrid a quien se había dado parte del negocio, no lo descubriera al licenciado Cepeda, una hora antes de la noche en que se había de efectuar. Cepeda proveyó con gran presteza en prender las cabezas del motín, que fueron don Alonso de Montemayor, y Pablo de Meneses, vecino de Talavera, y el capitán Cáceres, y Alonso de Barrionuevo, y algunos otros criados del visorey, y inquiriendo sobre el negocio, condenaron a muerte a Alonso de Barrionuevo, aunque en revista le cortaron la mano derecha, porque hallaron que este había sido el inventor de la conjuración. la cual se apaciguó por esta vía. Hasta aquí es de Zárate

Añadimos que los oidores hallaron otros muchos culpados en aquel motín que pudieran castigar con muerte, más por no hacer tanta carnicería y por escusar nuevos alborotos, y por muchos ruegos de personas principales de la ciudad de los Reyes condenaron a Alonso de Barrionuevo a lo que se ha dicho, y a don Alonso de Montemayor. y a los demás consortes desterraron de aquella ciudad a diversas partes al setentrion della. Los cuales se juntaron después con el visorey, y anduvieron con él en sus trabajos, que a muchos dellos les fué peor. Pasando adelante en su historia Agustín de Zárate dice.

Después de lo cual cada día hacían saber a Gonzalo Pizarro lo que había pasado, porque creyeron que con ello desharía su gente. De lo cual él estaba muy apartado, porque creía que todo cuanto había pasado sobre esta prisión, era ruido hechizo a efecto de hacerle derramar su campo, y después prenderle y castigarle cuando le viesen solo; y así caminaba siempre en ordenanza, y aún más recatadamente que antes. Después de hecho a la vela el licenciado Alvarez con el visorey y sus hermanos, el mismo día subió a su cámara, y queriendo reconciliarse con el visorey de las cosas pasadas (porque él había sido el principal promovedor de ellas, y el que con más diligencia entendió en su prisión y en el castigo de los que les querían restituir en libertad y gobernación y le dijo, que su intención de haber aceptado aquella jornada había sido por servirle y por sacarle del poder del licenciado Cepeda, y porque no cayese en el de Gonzalo Pizarro, que tan en breve se esperaba, y para que lo entendiese así, desde entonces le entregaba el navío y le ponía en su libertad, y se metía debajo de su mano y querer y le suplicaba que él le perdonase el yerro pasado de haber entendido en su prisión y en otras cosas que después habían sucedido, pues también lo había enmendado con asegurarale la vida y libertad, y mandó a diez hombres que consigo llevaba para la guarda del visorey que hiciesen lo que les mandase. El visorey le agradeció lo hecho y lo aceptó y se apoderó del navío y armas, aunque poco después le comenzó a tratar mal de palabra; llamándole bellaco, revolvedor de pueblos y otras palabras de afrenta; y jurándole que le había de ahorcar, y que si entonces lo dejaba de

hacer era por su gran necesidad que dél tenía; y este mal tratamiento duró casi todo el tiempo que anduvieron juntos, y así se fueron la costa abajo hasta la ciudad de Trujillo, donde les sucedió lo que adelante se dirá.

Hasta aquí es de Zárate sacado a la letra. Sucesive entra diciéndole el mismo autor en el capítulo tercero lo que se sigue. (8)

(8) Herrera. ob. cit. Década VII, lib. VII c XVI-XIX Montesinos *Anales*, año de 1544. Gutiérrez de Santa Clara ob. cit t. II, c IV. El Palentino. ob. cit. **Parte I. c. XXV**

CAPITULO XVII

UN REQUERIMIENTO QUE LOS OIDORES HICIERON A GONZALO PIZARRO. EL SUCESO DESGRACIADO DE LOS VECINOS QUE SE HUYERON CON EL

EN haciéndose a la vela el licenciado Alvarez, se entendió en los Reyes que iba de concierto con el visorey, así por algunas muestras que dello dió, antes que se embarcase, como porque se fué sin esperar los despachos que los oidores habían de dar, que por no venir en ellos el licenciado Zárate se habían dilatado, y se le habían de enviar otro día. Lo cual los oidores sintieron mucho sabiendo que Alvarez había sido el inventor de la prisión del visorey, y el que más lo trató y dió la orden para ello. Y entretanto que esperaban a saber el verdadero suceso de aquel hecho les pareció enviar a Gonzalo Pizarro a le hacer saber lo pasado, y a le requerir con la provisión real, para que pues ellos estaban en nombre de su magestad para proveer lo que conviniese a la administración de la justicia y buena gobernación de la tierra, y habían suspendido la ejecución de las ordenanzas, y otorgado la suplicación de ellas, y enviado al visorey a España, que era mucho más de lo que ellos siempre dijeron que pretendían para aplacar la alteración de la tierra, le mandaban que luego deshiciese el campo y gente de guerra, y si quería venir a aquella ciudad, viniese de paz y sin forma de ejército; y que si para la seguridad de su persona quisiese traer alguna gente, podría venir con hasta quince o veinte de a caballo; para lo cual se le daba licencia. Despachada esta provisión, mandaron a algunos vecinos los oidores que la fuesen a notificar a Gonzalo Pizarro, donde quiera que lo topasen en el camino; y ninguno hubo que lo quisiese aceptar, así por el peligro que en ella había, como porque decían que Gonzalo Pizarro y sus capitanes les culparían respondiéndoles, que viniendo ellos a defender las haciendas de todos, les eran contrarios. Y así viendo esto los oidores, mandaron por un acuerdo a Agustín de Zárate, contador de cuentas de aquel reino, que juntamente con don Antonio de Ribera, vecino de aquella ciudad fuese a hacer esta notificación, y les dieron su carta de creen-

cia, y con ella se partieron hasta llegar al valle de Jauja, donde a la sazón estaba alojado el campo de Gonzalo Pizarro. El cual ya había sido avisado del mensage que se le enviaba; y temiendo que si le llegasen a notificar, se le amotinaría la gente por el gran deseo que llevaban de llegar a Lima en forma de ejército, y aún para saquear la ciudad con cualquiera ocasión que hallasen, y queriéndolo proveer, envió al camino por donde venían estos mensageros a Gerónimo de Villegas, su capitán, hasta con treinta arcabuceros a caballo. El cual los topó, y a don Antonio de Ribera le dejó pasar al campo, y a Agustín de Zárate, le prendió y le tomó las provisiones que llevaba, y le volvió por el camino que había venido, hasta llegar a la provincia de Pariacaca, donde estuvo diez días preso: poniéndole su gente todos los temores que podían a efecto de que dejase su embajada; y así estuvo allí hasta que llegó Gonzalo Pizarro con su campo.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Los del cabildo de aquella ciudad de los Reyes eligieron a don Antonio de Ribera, y al contador Agustín de Zárate, porque eran dos hombres los menos sospechosos para Gonzalo Pizarro que entonces podían escoger; porque don Antonio era como cuñado suyo, que casó con la muger de Francisco Martín de Alcántara, hermano del marqués don Francisco Pizarro, y Agustín de Zárate era de los que nuevamente habían ido a la tierra, y no había metido prendas en ninguna de las partes; y así el capitán Gerónimo de Villegas dejó pasar a don Antonio de Ribera por la parentela de afinidad, y retuvo preso al contador Agustín de Zárate.

Diego Fernandez, habiendo dicho lo mismo añade, capítulo veinte y cuatro, que en la consulta que Gonzalo Pizarro hizo con sus capitanes para responder al recaudo de los oidores, no se habló otra palabra más de un dicho que como maese de campo y gran soldado, dijo Francisco de Carvajal: que en lo que decían los señores oidores que fuese Gonzalo Pizarro con quince o veinte, se entendía que entrase con escuadrón de quince o veinte por hilera, y que todos los capitanes del consejo respondieron, que convenía al bien comun hacer gobernador a Gonzalo Pizarro, y que con esto se haría lo que los oidores pedían; donde no que meterían a sangre y a fuego a la ciudad, y la saquearían, &c.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino. Como atrás dejamos apuntado, Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega, y los demás vecinos y caballeros de el Cosco que se huyeron de Gonzalo Pizarro fueron por Arequepa, no pudiendo ir por la mar, fueron por la costa abajo. Cuando llegaron a los Reyes, se hallaron perdidos, porque ya el visorey, a quien iban a servir, estaba preso y embarcado para traerlo a España; y como los oidores habían hecho aquella prisión, no quisieron llegarse a ellos, porque habiendo preso al visorey, parecía que se inclinaban más a favorecer a Gonzalo Pizarro que no a Blasco Nuñez Vela.

Más en hecho de verdad, la intención de los oidores no fué la que decían los maldicientes, sino escusar mayores males y escándalos, como fuera matar al visorey, según era aborrecido de todos los interesantes, y condenados por las ordenanzas que él quería ejecutar. Considerando aquellos caballeros estas cosas, no se declararon por los oidores, porque parecía volverse al bando de Gonzalo Pizarro. Y como no había quien siguiese la voz de su magestad, quedaron aislados en poder de sus enemigos, sin poder huir dellos ni por mar ni por tierra, porque después de preso el visorey toda la tierra seguía el bando de Gonzalo Pizarro. Los más dellos se quedaron en la ciudad de los Reyes, por no poder ir a otra parte; estaban de secreto en casas de amigos y compañeros, que como todos lo habían sido en ganar aquel reino, se favorecían los unos a los otros en lo que podían. Otros no quisieron parar en la ciudad, fuéronse lo más apartado que pudieron della, y se escondieron entre los indios, y estos libraron mejor porque escaparon del peligro que los demás pasaron de ser muertos todos, como algunos dellos lo fueron. Lo mesmo les acaeció a Luis de Ribera y a Antonio Alvarez, y a otros veinte y cuatro y veinte y cinco caballeros y vecinos de la villa de la Plata, y desde aquella villa que está trescientas leguas de los Reyes, venían a servir al visorey, y habiendo pasado muchos trabajos por los caminos, huyendo por no toparse con Gonzalo Pizarro ni con los suyos, habiendo llegado ya muy cerca de los Reyes, supieron que el visorey estaba preso y embarcado en la mar. Con esta nueva se hallaron todos perdidos y desamparados.

No osaron llegar a la ciudad, por parecerles que toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, y que no les estaba bien entrarse de su grado en poder de sus enemigos. Cada uno dellos se fué por su cabo a esconder donde mejor pudiese. Lo mismo hicieron otros muchos caballeros, que por la tierra andaban derramados, que venían a servir a su magestad debajo del gobierno de su visorey, y con su prisión se derramaron y escondieron en diversas partes; y algunos dellos, no teniéndose por seguros en todo el Perú, se fueron a las montañas bravas de los Antis, donde perecieron de hambre y comidos de tigres. Y otros, que fueron a parar a tierras de indios no conquistados, fueron muertos y sacrificados a los ídolos. Tanto como esto puede el temor de morir a manos de los enemigos, que tienen por menos mal aventurarse donde esperen menos crueldad en los bárbaros y en las fieras que no en los tiranos, porque son más crueles que los unos y los otros. Toda esta desdicha causó la del visorey y su arrebatada cólera, que si procediera con más templanza, no le prendieran porque le llegaran los socorros dichos, que eran de mucha gente, muy noble, rica y poderosa, la flor del Cosco y de los Charcas; y así quedaron él y ellos perdidos, entregados a las crueldades de la guerra y de los enemigos, que en muchos de ellos se ejecutaron.

CAPITULO XVIII

GONZALO PIZARRO LLEGA CERCA DE LA CIUDAD DE LOS REYES. LA MUERTE DE ALGUNOS VECINOS PRINCIPALES PORQUE LOS OIDORES SE DETUVIERON EN NOMBRARLE POR GOBERNADOR.

GONZALO Pizarro caminaba con su ejército para los Reyes a jornadas muy cortas, por el impedimento de la artillería, que era muy dificultosa y trabajosa de llevar; así caminó hasta llegar a la provincia llamada Pariacaca, donde estaba Agustín de Zárate preso y detenido, al cual mandó llamar para que le dijese a lo que había venido, como el mesmo lo dice, en su libro quinto, capítulo trece, por estas palabras. Y porque ya Zárate estaba avisado del riesgo que corría en su vida si trataba de notificar la provisión, después de hablado a parte a Gonzalo Pizarro, y díchole lo que se le había mandado, le metió en un toldo donde estaban juntos todos sus capitanes, y le mandó que les dijese a ellos todo lo que a él le había dicho. Y Zárate, entendiendo su intención le dijo de parte de los oidores otras algunas cosas tocantes al servicio de su magestad y al bien de la tierra, usando la creencia que se le había dado especialmente, que pues el visorey era embarcado, y otorgada la suplicación de las ordenanzas, pagasen a su magestad lo que el visorey Blasco Nuñez Vela le había gastado, como se habían ofrecido por sus cartas de lo hacer, y que perdonasen los vecinos de el Cosco que se habían pasado desde su campo a servir al visorey, pues habían tenido tan justa causa para ello; y que enviasen mensageros a su magestad para disculparse de todo lo acaecido y otras cosas de esta calidad; a las cuales todas ninguna otra respuesta se le dió, sino que dijese a los oidores que convenía al bien de la tierra que hiciesen gobernador della a Gonzalo Pizarro, y que con hacerlo se proveería luego en todas las cosas que se le había dicho de su parte, que si no lo hacían meterían a saco la ciudad. Y con esta respuesta volvió Zárate a los oidores, aunque algunas veces la rehusó de llevar, y a ellos les pesó mucho de oir tan abierta-

mente el intento de Pizarro, porque hasta entonces no había dicho que pretendía otra cosa sino la ida del visorey a España y la suspensión de las ordenanzas, y con todo esto les enviaron a decir a los capitanes que ellos habían oído lo que pedían; pero que ellos por aquella vía no lo podían conceder, ni aún tratar dello, sino parecía quien lo pidiese por escrito, y en la forma ordinaria que se suelen pedir otras cosas; y sabido esto, se adelantaron del camino todos los procuradores de las ciudades que venían en el campo, y juntando consigo los de las otras ciudades, que estaban en los Reyes, dieron una petición en el audiencia pidiendo lo que habían enviado a decir de palabra. Y los oidores, pareciéndoles que era cosa tan peligrosa, y porque ellos no tenían la comisión ni tampoco libertad para dejarlo de hacer, porque ya en aquella sazón estaba Gonzalo Pizarro muy cerca de la ciudad, y les tenía tomados todos los pasos y caminos para que nadie pudiese salir della, determinaron dar parte del negocio a las personas de más autoridad que había en la ciudad, y pedirles su parecer, y sobre ello hicieron un acuerdo mandando que se notificase a don fray Gerónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y a don fray Juan Solano, arzobispo del Cosco, y a don García Díaz, obispo de Quitu, y fray Tomás de San Martín, provincial de los Domínicos, y a Agustín de Zárate, y al tesorero y contador y veedor de su magestad que viesen esto, que los procuradores del reino pedían y les diesen sobre ello su parecer, espresando muy a la larga las razones que a ello les movían, lo cual hacían no para seguir y dejar su parecer, porque bien entendían que en los unos ni en los otros no había libertad para dejar de hacer lo que Gonzalo Pizarro y sus capitanes querían, sino para tener testigos de la opresión en que todos estaban.

Entre tanto que se trataba deste negocio, Gonzalo Pizarro llegó un cuarto de legua de la ciudad, y asentó sobre ella su campo y artillería, y como vió que se dilató el despacho de la provisión, la noche siguiente envió a su maese de campo con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veinte y ocho personas de los que se habían venido del Cosco, y otros de quien tenía queja, porque habían favorecido al visorey, entre los cuales eran Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega, y Melchor Verdugo, y el licenciado Carvajal, y Pedro del Barco, y Martín de Florencia, y Alonso de Cáceres, y Pedro de Manjarres, y Luis de León, y Antonio Ruiz de Guevara y otras personas, que eran de las principales de la tierra, a las cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose de ella y quitando el alcaide, y tomando las llaves sin ser parte para se lo defender, ni contradecir los oidores, aunque lo veían, porque en toda la ciudad no había cincuenta hombres de guerra, porque todos los soldados del visorey y de los oidores se habían pasado al real de Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él antes traía, tenía número de mil y doscientos hombres muy bien armados: y otro día de mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo

Pizarro a la ciudad, y dijeron a los oídores que luego despachasen la provisión, sino que meterían a sangre y a fuego la ciudad, y serían ellos los primeros con quien comenzasen.

Los oidores se escusaron cuanto pudieron, diciendo que no tenían poder para lo hacer, por lo cual el maese de campo Carvajal en su presencia sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenía presos, y a los tres de ellos que fueron Pedro del Barco, y Martín de Florencia y Juan de Saavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto a la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte, sobre no haberles dado término de media hora a todos tres para confesarse y ordenar sus ánimas; y especialmente a Pedro del Barco, que fué el último de los tres que ahorcó, le dijo que por haber sido capitán y conquistador, y persona tan principal en la tierra, y aún casi el más rico della, le quería dar su muerte con una preeminencia señalada: que escogiese de cual de las ramas de aquel árbol quería que le colgasen, y a Luis de León salvó la vida un hermano suyo que venía por soldado de Gonzalo Pizarro y se lo pidió por especial merced.

Y viendo esto los oidores y que les amenazaba el maese de campò, que si incontinenti no se le despachaba la provisión, ahorcaría a los demás que estaban presos y entrarían los soldados saqueando, mandaron que las personas a quien se había comunicado el negocio trajesen sus pareceres, los cuales sin discrepar ninguno, los dieron luego para que se les diese la provisión de gobernación, la cual los oidores despacharon para que Gonzalo Pizarro fuese gobernador de aquella provincia, hasta tanto que su magestad otra cosa mandase, dejando la superioridad de la audiencia, y haciendo pleito homenaje de la obedecer y deponer el cargo, cada y cuando que por su magestad y por los oidores le fuese mandado, y dando fianzas de hacer residencia, y estar a justicia con los que dél hubiese querellosos.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, donde cortaremos el hilo de lo que de esto va diciendo, porque este capítulo no sea tan largo que canse. (10)

(10) Gutiérrez de Santa Clara Ob. cit t. I, c. L, El Palentino ob. cit Parte I. Lib. I, c, XXV

CAPITULO XIX

NOMBRAN A GONZALO PIZARRO POR GOBERNADOR DEL PERU. SU ENTRADA EN LA CIUDAD DE LOS REYES. LA MUERTE DEL CAPITAN GUMIEL. LA LIBERTAD DE LOS VECINOS DEL COSCO.

LA muerte de Pedro del Barco y Martín de Florencia, y Juan de Saavedra, causó grande alboroto en la ciudad y en el campo de Gonzalo Pizarro, porque (como lo dice Diego Fernandez Palentino, capítulo veinte y cinco), se entendió y temió que Francisco de Carvajal matara todos los que había preso, y muchos más que sospechaban que había de prender. Con este temor fueron muchos a Gonzalo Pizarro, así vecinos de Rimac, como capitanes y soldados de su ejército, a suplicarle no permitiese que tanta gente noble, que todos habían sido en ayudarle a ganar y conquistar aquel imperio, muriese; que por mucho que justificase su causa en los matar, quedaría odioso en todo el mundo. Gonzalo Pizarro, que era de ánimo piadoso, dió luego una medalla muy rica que traia y un anillo muy conocido, para que Francisco de Carvajal no matase otra persona alguna.

Lo que en esto pasó acerca de estas muertes que Carvajal hizo, que lo oí a muchos de los que se hallaron presentes, fué que Gonzalo Pizarro no tuvo intención de que Francisco de Carvajal matase ningún vecino de aquellos. Envióle para que apaciguase la ciudad, y le dijo, aquietaréis esa gente (entendiendo por los vecinos que se le habían huído) de manera que gusten de nuestra ida. Carvajal, que entendió bien por quienes lo decía, respondió diciendo: yo prometa a vuesa señoría que yo los aquiete, de manera que salgan a recibir o vuesa señoría. Y en cumplimiento desta promesa, como él llevaba las cosas por el rigor de la guerra, ahorcó aquellos hombres ricos y poderosos en el camino por donde había de entrar Gonzalo Pizarro, como que los ponía allí para que le recibiesen, y también por atemorizar a los oidores y a toda la ciudad, para que no dilatasen la provisión de

gobernador que todos los procuradores del reino pedian. A Gonzalo Pizarro le pesó mucho de la muerte de aquellos tres caballeros cuando lo supo; y mandó que los quitasen del árbol antes que llegase a verlos, diciendo que no quería verlos ahorcados, que nunca lo había mandado ni deseado. La provisión de gobernador para Gonzalo Pizarro fué muy agradable a los de la ciudad, y a los del ejército, como lo dice Diego Fernandez, capítulo veinte y cinco.

Porque a todos les parecía que era cosa que convenía a la quietud de aquel imperio, decían que su magestad la confirmaría, así por los servicios del marqués su hermano, como por otras causas que alegaban en loor y alabanza de Gonzalo Pizarro; porque, en esta sazón la fortuna le comenzaba a encumbrar tanto en el ánimo y voluntad de las gentes con aquella color de libertad; que generalmente parecía ser de todos amado. Y lo que mas a esto favorecía era haberles sido el virey tan odioso por la causa del interes.

Hasta aquí es de Diego Fernandez. Recibida la provisión (como lo dice Agustín de Zárate, capítulo trece, por estas palabras), entró Gonzalo Pizarro en la ciudad, ordenado su campo en forma de guerra de esta manera: que la vanguardia llevaba el capitán Bachicao, con veinte y dos piezas de artillería de campo, con mas de seis mil indios que traían en hombros los cañones (como está dicho) y las municiones dellos, y íbalos disparando por las calles. Llevaban treinta arcabuceros para guarda de la artillería, y cincuenta artilleros.

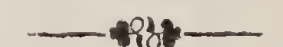
Luego iba la compañía del capitán Diego de Gumiel, en que había doscientos piqueros, y tras ella la compañía de el capitán Guevara en que había ciento y cincuenta arcabuceros; tras ella la compañía del capitán Pedro Cermeño de doscientos arcabuceros; y luego se siguió el mismo Gonzalo Pizarro, trayendo delante de sí las tres compañías de infantería que están dichas, como por lacayos: él venía en un muy poderoso caballo con sola cota de malla, y encima una ropeta de brocado, y tras él venían tres capitanes de caballo; en medio don Pedro Puerto Carrero, con el estandarte de su compañía en la mano, que era de las armas reales; y á la mano derecha Antonio Altamirano con el estandarte del Cosco, y a la mano izquierda Pedro de Puelles con el estandarte de las armas de Gonzalo Pizarro, y tras ellos se seguía toda la gente de caballo armados a punto de guerra. Y en esta orden fué a casa del licenciado Zárate, oidor, donde estaban juntos los demás oidores, porque él se había hecho malo por no ir a la audiencia a le recebir; y dejando ordenado su escuadrón en la plaza subió a los oídores y le recibieron haciendo su juramento, y dando sus fianzas; y de allí se fué a las casas del cabildo, donde estaban juntos los regidores, y le recibieron con las solemnidades acostumbradas y de allí se fué a su posada, y su maese de campo aposentó la gente de pié y de caballo por sus cuarteles en las casas de los vecinos, mandándoles que les diesen de comer.

Esta entrada y recibimiento pasó en fin del mes de octubre del año de cuarenta y cuatro, cuarenta días después de la prisión del visorrey; y de ahí adelante Gonzalo Pizarro se quedó ejercitando su cargo en lo que tocaba a la guerra y cosas dependientes della, sin entremeterse en cosa ninguna de justicia, la cual administraban los oidores que hacían su audiencia en las casas del tesorero Alonso Riquelme. Y luego Gonzalo Pizarro envió al Cosco por su teniente a Alonso de Toro, y a Pedro de Fuentes a Arequipa, y a Francisco de Almendras a la villa de Plata, y a las otras ciudades a otras personas.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Y Diego Fernandez Palentino capítulo diez y seis, añade, que habiendo venido Diego Centeno hasta la ciudad de los Reyes con Gonzalo Pizarro, como procurador de la villa de Plata, viendo que proveía a Francisco de Almendras por capitán y justicia mayor de aquella villa, a quien Diego Centeno tenía por muy amigo, le rogó e importunó que alcanzase de Gonzalo Pizarro lo enviase con él a la villa de la Plata, donde Diego Centeno tenía sus indios y casa, y que Francisco de Almendras lo alcanzó de Gonzalo Pizarro, y lo llevó consigo a los Charcas, donde Diego Centeno le mató después, cuando se hizo del bando de su magestad, no sin nota de ingratitud, aunque en servicio de su rey; porque en toda la conquista de aquel imperio, en la cual Diego Centeno entró muy mozo, Francisco de Almendras, que era hombre principal y rico, siempre le había acudido en todas sus necesidades y enfermedades, (que tuvo algunas muy graves) tratándole como a propio hijo; de tal manera, que Diego Centeno reconociendo los beneficios en público y en secreto, le llamaba padre, y Francisco de Almendras le llamaba hijo, y así fué notado de ingratitud cuando después lo mató; pero como fuesen mayores las fuerzas del servicio de su príncipe y del bien común, vencieron a las particulares de su obligación.

Gonzalo Pizarro, viéndose gobernador de aquel imperio, así por la cédula que del marqués su hermano tenía, como por el nombramiento que los oidores habían hecho del, proveyó los capitanes y corregidores que hemos dicho, y trató en despachar negocios por audiencia con mucha autoridad y reputación, haciendo justicia, y dando todo el gusto y contento que podía a los negociantes, de que toda la ciudad estaba muy contenta y satisfecha; pero entre estas buenas andanzas no faltaron disgustos, porque el capitán Diego Gumiel, habiendo sido hasta allí muy apasionado por Gonzalo Pizarro, le negó y dió en decir mal dél, porque el gobernador no le concedió un repartimiento de indios que Gumiel para un amigo suyo le pidió. Hablaba mal de los oidores. Decía que habían quitado la gobernación al hijo del marqués don Francisco Pizarro, a quien le venía de derecho por herencia de su padre y por cédula de su magestad, y dádosele a quien no le pertenecía; y que él había de ser parte para que se le restituyese al hijo del marqués. Estas cosas y otras semejantes hablaba

Diego Gumiel tan inconsideradamente, que no miraba cómo ni a quién las decía, de manera que vinieron a oídos de Gonzalo Pizarro, el cual mandó a su maese de campo que hiciese pesquisa dellas, y pusiese en silencio y en razón aquel capitán que andaba fuera della. Esto le dijo no con intención que lo matase, que fué cierto que no la tuvo; pero como Francisco de Carvajal no tenía necesidad de espuelas para semejantes cosas, habiendo hecho la averiguación, y viendo el atrevimiento y desvergüenza demasiada, se fué a la posada del capitán Gumiel, y dentro de su aposento le dió garrote, y sacándolo fuera para ponerlo en plaza, salió diciendo: afuera señores, hagan lugar al señor capitán Diego Gumiel que ha jurado de no hacer otra. Así acabó el pobre Gumiel por mucho hablar, que siempre suele ser dañoso. (11)



(11) Pedro Pizarro Ob. cit. Col cit. t. VI. Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit. t. II c. XIV. Herrera. Ob. cit. Década VII Ob. VIII, c. XVI-XIX Montesinos *Anales* Año de 1544. El Peru —*Bocetos Históricos* t. I. o. 81 y sigs.

CAPITULO XX

FIESTAS Y REGOCIJOS QUE LOS DE PIZARRO HICIERON, PERDON GENERAL QUE SE DIO A LOS QUE SE LE HABIAN HUIDO. EL LUGAR DONDE ESTUVO RETRAIDO GARCILASO DE LA VEGA. Y COMO ALCANZO PERDON DE GONZALO PIZARRO.

GONZALO Pizarro y sus capitanes, haciendo ostentación del regocijo y contento que tenían de ser señores del Perú, dieron en hacer muchas fiestas solemnes de toros, ẏ juegos de cañas y sortija, donde algunos sacaron muy buenas letras, y otros de malas lenguas las contrahicieron satíricamente; que por serlo tanto, aunque algunas dellas se me acuerdan, me pareció no ponerias aquí.

Con ei regocijo comun que todos tenían, mandó soltar los caballeros vecinos del Cosco que se le habían huído cuando salió de aquella ciudad, que los prendió. Carvajal, como atrás queda dicho. Hizo perdon general a todos los que no le habían acudido, si no fué al licenciado Carvajal, porque habiendo sido tan su amigo se le había huido, y a Garcilaso de la Vega, como lo dice Diego Fernandez Palentino, capítulo veintisiete, libro primero, que luego declararemos como pasó, porque estos autores no alcanzaron por entero este cuento, que aunque él y Agustín de Zárate lo tocan, no dicen como pasó el hecho. También mandó Gonzalo Pizarro que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya, y porque se la pidieron Rodrigo Nuñez y Pedro de Prado murieron por ello, porque dieron malos indicios de sí,'y sospecha de que la pedían para huirse; de manera que ni había regocijos sin muertes, ni muertes sin regocijo de unos y pesar de otros, porque en las guerras civiles cabe todo.

Declarando lo que en la ciudad de los Reyes pasó entonces, decimos que Francisco Carvajal prendió a todos los mas de los vecinos que de Gonzalo Pizarro se huyeron; pero no prendió a Garcilaso de la Vega, como lo dicen los historiadores; porque cuando aquella noche

llamó Carvajal a su puerta para le prender, salió a abrirle un soldado que se decía Hernando Perez Tablero, natural de la villa del Almendral, del ducado de Feria, hermano de leche de don Alonso de Vargas, mi tio, hermano de mi padre.

El cual Hernan Perez, así por la patria, que eran todos extremeños, como porque él y sus padres y abuelos habían sido criados de los míos, estaba en compañía y servicio de Garcilaso de la Vega, mi señor; y como conoció en la habla a Francisco de Carvajal, sin responderle volvió corriendo a mi padre, y le dijo: señor, Carvajal está a la puerta llamando para entrar. Mi padre salió por los corrales como mejor pudo, y se fué al convento de Santo Domingo, donde le recibieron los religiosos, y le escondieron en una bóveda y hueco de un entierro; y así estuvo escondido en aquella casa con mucho secreto mas de cuatro meses: luego otro día sabiendo Carvajal que se había escondido en un monasterio, porque el de Santo Domingo era el mas cercano a su posada, sospechando que estaba allí, fue al convento con mucha gente, y lo miró todo hasta los desvanes y zaquizamíes, que no le faltó diligencia por hacer, si no fué derribar la casa según el deseo que tenía de hallarle para le matar: porque dél tenía Gonzalo Pizarro la mayor queja; porque decía que habiendo sido compañeros y camaradas en la conquista del Collao y de los Charcas, y comido a una mesa, y dormido en un aposento, no le había de negar por alguna cosa, cuanto mas ser solicitador y caudillo de los que le habían huido. Sin esta vez le buscó Carvajal otras cuatro veces, y la una dellas alzó los manteles por un lado del altar mayor (que era hueco) donde estaba el Santísimo Sacramento, entendiendo que estaba allí el retraído, y vió un buen soldado que también andaba escondido y fugitivo; mas como no era el que Carvajal quería, hizo que no lo había visto, y soltó los manteles, diciendo en alta voz: no está aquí el que buscamos. En pos dél llegó un ministro de los suyos, que se decía Fulano de Porras, y mostrándose muy diligente, alzó los manteles del altar, y vió al pobre que ya Carvajal había perdonado, que porque no llegase otro a mirar debajo del altar había dicho: no está aquí el que buscamos. El Porras, como lo vió, sin mirar quien era, dijo a voces: he aquí el traidor, hé aquí el traidor. A Carvajal le pesó de que lo descubriese, y dijo: ya yo lo había visto, mas porque era de los muy culpados contra Gonzalo Pizarro, no pudo dejar de ahorcarle, sacándole confesado del convento; mas el Porras no quedó sin castigo del cielo, como luego diremos.

Otra vez acaeció que entrando Carvajal en el convento a hora no imaginada, Garcilaso de la Vega, que estaba descuidado de su venida, no pudiendo tomar otra guarida, se entró en una celda que estaba toda desembarazada, sin cama ni otro estorbo que impidiese la vista de todo el aposento, sino era una librería que estaba de frente de la puerta, algun tanto apartada de la pared; tenía un lienzo hasta

el suelo como de una vara en alto, donde se metió mi padre entre la pared y los libros. Dos o tres de los que andaban a buscar la caza entraron en la celda, y como la vieron tan escombrada, entendiendo que la librería estaba pegada con la pared, y que detrás de los libros no podía haber nada, se salieron fuera diciendo: no está aquí. Destos sobresaltos pasó muchos mi padre todo el tiempo que Gonzalo Pizarro estuvo en los Reyes. Sus amigos, que tuvo muchos, intercedieron por él a Gonzalo Pizarro; y aunque él estuvo duro en perdonarle, le otorgó la vida con condición que no le viese ni se le pusiese delante, porque no quería ver a quien contra toda razón de patria, amistad y compañía le había negado. Con este perdón salió del convento, y estuvo otros muchos días retirado en su posada sin salir della, hasta que la importunidad de sus amigos acabó con Gonzalo Pizarro que lo perdonase del todo, y tuviese por bien de verle; y así se lo llevaron delante, y lo perdonó y lo trajo consigo debajo de nombre de prisionero, que nunca más Gonzalo Pizarro le dejó salir de su casa, ni comer fuera de su mesa, y en el campo dormía dentro en su toldo; y así lo trajo hasta el día de la batalla de Sacsahuana, y porque anduvo con Gonzalo Pizarro como prisionero, no hace mención dél ninguno de los tres autores que escribiesen la historia, y yo digo lo que pasó como persona a quien le cupo mucha parte de aquellos trabajos y necesidades de mi padre, que en tres años no gozó de sus indios, que estuvo desposeído dellos; en los cuales, él y los suyos, que, como atrás dije, eramos ocho, vivimos de limosna. Y traer Gonzalo Pizarro a mi padre tan cerca de sí, que no salía de su toldo, era por asegurarse dél que no se le huyese; y el darle de comer a su mesa era porque no teniéndolo mi padre de suyo, se lo había de dar otro; y pareciera mal no dárselo Gonzalo Pizarro. Fué tanta la necesidad que mi padre pasó en aquella jornada, que en la ciudad de Quitu, después de la muerte del visorey, compró un caballo a un soldado que se decía Salinas, por quien llamaron al caballo Salinillas; fué de los famosos que hubo en el Perú. Costóle ochocientos pesos, que son novecientos y sesenta ducados, sin tener ni uno tan solo, sino confiado en sus amigos que se los darían o prestarían para cuando los tuviese; y así un amigo le prestó trescientos pesos que no tenía mas; pero Gonzalo Pizarro luego que supo la compra del caballo, lo mandó pagar de su hacienda, porque sabía que Garcilaso, mi señor, no tenía de qué.

CAPITULO XXI

EL CASTIGO DE UN DESACATO AL SANTISIMO SACRAMENTO Y DE ALGUNOS BLASFEMOS. PIZARRO Y LOS SUYOS NOMBRAN PROCURADORES QUE VENGAN A ESPAÑA.

RESTA decir el castigo de Porras; y fué, que desde a tres meses que pasó el desacato que hizo a nuestro Señor, fué a hacer ciertas diligencias a Huamanca, de las que Carvajal le mandaba, y al pasar un arroyo que no llevaba un brazo de agua, el caballo que iba caluroso, cansado y sediento, se puso a beber en un charquillo pequeño, donde el mismo Porras le guió para que bebiese, y habiendo bebido se dejó caer el charco, y tomó una pierna a su amo debajo, y acertó el Porras a caer hacía la parte alta de donde venía el agua, no pudo salir de debajo del caballo, que debió de maltratarle la pierna con tomársela debajo, ni tuvo maña ni esfuerzo para hacer que el caballo se levantara, y asi se estuvieron quedos hasta que con la represa del caballo, que por una parte y por otra atajó el agua, se ahogó el Porras en tan poca agua, que el caballo con tener alzada la cabeza, estuvo vivo cuando llegaron otros caminantes y lo levantaron y enterraron al Porras a la orilla del mismo arroyo: certificando todos que había sido castigo del cielo por el desacato que hemos dicho, que fué notado en todo aquel reino.

Otras cosas semejantes contaremos donde se ofrezcan de castigos manifiestos que Dios ha hecho principalmente en blasfemos que tenían por costumbre blasfemar de Dios en sus juramentos, hablando en conversación que no se contentaban con los juramentos comunes de decir, juro a tal, o voto a tal, sino que en lugar dellos decían, no creo en tal, por vida de tal, y pese a tal. Los que eran notados por tales blasfemos, que yo conocí algunos, todos murieron de heridas por la boca, que les dieron, así en pendencias singulares que tuvieron riñendo uno a uno como en las batallas que en el Perú hubo, que los halla-

ban muertos de arbacuzasos, o de lanzada, o de estocada por la boca Lo cual fué notado en aquella tierra todo el tiempo que estuve en ella; que particularmente un año antes que saliese del Cosco un fulano de Aguirre, soldado mal acondicionado, riñó una pendencia agena con un Juan de Lira, por el contrario muy afable y muy bien acondicionado; y para reñir con él, se puso una cota de malla con sus mangas, y unos calzones de lo mismo, y un casco de hierro; y así esperó a Juan de Lira en la plaza del monasterio de Santo Domingo, un viernes de cuaresma que iba a su posada después de haber oído un sermón en la iglesia mayor. Riñeron casi una hora de reloj, porque no hubo quien los despartiese: al cabo deste espacio, Juan de Lira, cerrando con Aguirre, le dió una estocada por la boca, que le pasó al colodrillo más de media espada; y el Aguirre dió una cuchillada al Juan de Lira de alto abajo sobre la capa, que en la mano izquierda traía, y le cortó once dobleces della, y le derribó el dedo que los latinos llaman *index*. El Aguirre injurió de la herida aquella noche en la cárcel, que allá lo llevó su mala ventura; y Juan de Lira se guareció en el monasterio del divino Santo Domingo, donde yo le visité, y vi la mano sin el dedo, y los once dobleces de la capa cortada.

Así han muertos otros, que eran notorios blasfemos, que en la batalla de las Salinas murieron dos o tres dellos, y en la de Chupas otros tantos, y en la de Huarina murieron cuatro, y uno dellos se llamaba fulano Mezquita, y todos como hemos dicho, de heridas por la boca; lo cual se notó largamente por los españoles, y fué causa de que no solamente se acabaran los blasfemos, sino que también el comun jurar se corrijiese y enmendase; de manera que todos los españoles del Perú alcanzan particular don de la mano del Señor, en que son muy recatados en el jurar, y lo tienen ya por afrenta y menoscabo en el que lo hace. Y esta buena costumbre que en el Perú se usa, ha salido fuera de sus términos, que en la carrera de Indias, en ambos viages de México y Perú se tiene por infamia el jurar, principalmente entre los soldados: que al que jura (por castigo riguroso) le hacen desdecirse del juramento; porque tenga cuidado de no jurar otra vez: que cierto es mucho de loar a los capitanes y ministros que tan buena costumbre han introducido y que se guarde en su malicia.

No digo lo mismo de mis parientes los mestizos, porque no digan que como uno de ellos hablo en favor de los míos; que cierto hablando sin pasión, en este particular, deben ser estimados, que como en la gentilidad de nuestros abuelos maternos no supieron jurar, ni qué cosa era juramento, vánse con esta leche de las madres, de que se debe dar muchas gracias a Dios. Aunque Gonzalo Pizarro andaba metido en fiestas y regocijos, solemnizando el título de gobernador que había alcanzado, no se olvidaba de lo que en este particlar le convenía, y así trató con sus capitanes y particulares amigos en secreto, y después en público con los vecinos de la ciudad de los Reyes, y con los

procuradores de las demás ciudades que consigo tenia, que sería bien enviasen embajadores a su magestad dándole cuenta de lo sucedido hasta entonces, y suplicándole en nombre de todo aquel imperio confirmase la gobernacion de Gonzalo Pizarro, porque asi convenía á su servicio y al bien y paz comun de indios y españoles, y que esto le pidiesen por sí los procuradores en nombre de todo el reino, y que Gonzalo Pizarro enviase otro embajador por si, suplicando lo mismo alegando sus servicios y los trabajos que en el aumento de la corona de España había pasado. De comun consentimiento fue aprobada la razon propuesta, pareciéndoles que su magestad lo concedería, porque era en su servicio y en provecho comun de todos, así de la hacienda real como de la de los vasallos. Solo Francisco de Carvajal lo contradijo, diciendo (como lo refiere Diego Fernandez, Palentino, capítulo veinte y ocho): que los verdaderos procuradores eran muchos arcabuceros y soldados, armas y caballos. dijo que los vasallos nunca habían de tomar armas contra sus reyes y señores; pero que tomadas una vez, nunca las habían de dejar, y que lo que se había de haber hecho luego al principio, era prender los oidores y enviarlos á su magestad, para que le dieran cuenta de la prision de su visorey, pues ellos lo habían hecho.

Este parecer aprobó Hernando Bachicao; empero no embargante estos dos personages, se proveyó que en nombre de la audiencia viniese a España el doctor Tejada, que era uno de los della; y en su compañía y en nombre de todo el reino viniese Francisco Maldonado, que era maestre-sala de Gonzalo Pizarro; a los cuales dos dieron poder los procuradores, y la audiencia dió sus provisiones para todo lo que les conviniese. Acordaron enviarlos en un navío que estaba en el puerto de los Reyes que no había otro, en el cual estaba preso y detenido el licenciado Vaca de Castro, el cual aguardaba á ver qué hacían de el por no venirse a España, sin órden de los superiores, ya que el visorey lo había mandado prender.

Acordaron que Hernando Bachicao con la artillería y gente necesaria llevase en aquel navío a Panamá los procuradores; de lo cual fue avisado el licenciado Vaca de Castro por un amigo y deudo suyo llamado García de Montalvo. Temiendo el licenciado que si lo sacasen del navío, podrían resultar algunas cosas no convenientes a su calidad y autoridad, determinó con el favor y ayuda de su deudo Montalvo y de los criados que consigo tenía, de alzarse con el navío é irse a Panamá. Salió con su intención porque no había gente en el navio de parte de Gonzalo Pizarro que lo defendiese, y los marineros holgaron de dar contento a Vaca de Castro, porque en aquella tierra era querido y amado de todos en extremo; y Gonzalo Pizarro hubo grandísimo enojo, porque se le atajaba el viaje de los embajadores, que le parecía muy de su provecho.

CAPITULO XXII

EL ALBOROTO QUE CAUSO EN GONZALO PIZARRO LA LIBERTAD DEL LICENCIADO VACA DE CASTRO. HERNANDO BACHICAO VA A PANAMA. Y EL VISOREY DESPACHA PROVISIONES HACIENDO LLAMAMIENTO DE GENTE.

TAMBIEN le incitó la sospecha a imaginar, que algunas personas, como lo dicen todos los tres autores, hubiesen dado ayuda al licenciado Vaca de Castro para aquel hecho: tocaron luego arma, y prendieron cuantos caballeros sospechosos habían en el pueblo, así de los que se habian huído del Cosco, como de los que habian acudido de otras partes al bando del visorey: todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maese de campo, mandó que se confesase y hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. El fator con buen ánimo comenzó a hacer lo que le mandaban, y aunque le daban mucha prisa que acabase, él se detenía en su confesión: el verdugo estaba presente con un cabestro y garrote en la mano para ejecutar en él la muerte. Sin duda se pensó que lo mataran: porque muchos considerando la calidad de su persona que no era para ponerle en aquellos términos, decían que para dejarle vivo no era bien haberle puesto en ello. Tambien se temia que muerto el licenciado Carvajal, había de haber gran mortandad de los demás que estaban presos. que fuera gran pérdida por ser la gente mas principal de aquel reino y los que habían acudido al servicio de su magestad.

Estando en estos términos el licenciado Carvajal, algunos iban a hablar con Gonzalo Pizarro, y le decian que mirase la gran parte que el licenciado Carvajal era en la tierra, y que habiendo muerto el visorey a su hermano el fator tan sin culpa, como era notorio; pues la mas principal culpa por donde decia haberle muerto, era porque el licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, no era justo matarle, sino

procuradores de las demás ciudades que consigo tenía, que sería bien enviasen embajadores a su magestad dándole cuenta de lo sucedido hasta entonces, y suplicándole en nombre de todo aquel imperio confirmase la gobernacion de Gonzalo Pizarro, porque asi convenía á su servicio y al bien y paz comun de indios y españoles, y que esto le pidiesen por sí los procuradores en nombre de todo el reino, y que Gonzalo Pizarro enviase otro embajador por si, suplicando lo mismo alegando sus servicios y los trabajos que en el aumento de la corona de España había pasado. De comun consentimiento fue aprobada la razon propuesta, pareciéndoles que su magestad lo concedería, porque era en su servicio y en provecho comun de todos, así de la hacienda real como de la de los vasallos. Solo Francisco de Carvajal lo contradijo, diciendo (como lo refiere Diego Fernandez, Palentino, capítulo veinte y ocho): que los verdaderos procuradores eran muchos arcabuceros y soldados, armas y caballos. dijo que los vasallos nunca habían de tomar armas contra sus reyes y señores· pero que tomadas una vez. nunca las habían de dejar, y que lo que se había de haber hecho luego al principio, era prender los oidores y enviarlos á su magestad, para que le dieran cuenta de la prision de su visorey, pues ellos lo habían hecho.

Este parecer aprobó Hernando Bachicao; empero no embargante estos dos personages, se proveyó que en nombre de la audiencia viniese a España el doctor Tejada, que era uno de los della; y en su compañía y en nombre de todo el reino viniese Francisco Maldonado, que era maestre-sala de Gonzalo Pizarro: a los cuales dos dieron poder los procuradores, y la audiencia dió sus provisiones para todo lo que les conviniese. Acordaron enviarlos en un navío que estaba en el puerto de los Reyes que no había otro, en el cual estaba preso y detenido el licenciado Vaca de Castro, el cual aguardaba á ver qué hacían de el por no venirse a España, sin órden de los superiores, ya que el visorey lo había mandado prender.

Acordaron que Hernando Bachicao con la artillería y gente necesaria llevase en aquel navío a Panamá los procuradores; de lo cual fue avisado el licenciado Vaca de Castro por un amigo y deudo suyo llamado García de Montalvo. Temiendo el licenciado que si lo sacasen del navío, podrían resultar algunas cosas no convenientes a su calidad y autoridad, determinó con el favor y ayuda de su deudo Montalvo y de los criados que consigo tenía, de alzarse con el navío é irse a Panamá. Salió con su intención porque no había gente en el navio de parte de Gonzalo Pizarro que lo defendiese, y los marineros holgaron de dar contento a Vaca de Castro, porque en aquella tierra era querido y amado de todos en extremo; y Gonzalo Pizarro hubo grandísimo enojo, porque se le atajaba el viaje de los embajadores, que le parecía muy de su provecho.

CAPITULO XXII

EL ALBOROTO QUE CAUSO EN GONZALO PIZARRO LA LIBERTAD DEL LICENCIADO VACA DE CASTRO. HERNANDO BACHICAO VA A PANAMA. Y EL VISOREY DESPACHA PROVISIONES HACIENDO LLAMAMIENTO DE GENTE.

TAMBIEN le incitó la sospecha a imaginar, que algunas personas, como lo dicen todos los tres autores, hubiesen dado ayuda al licenciado Vaca de Castro para aquel hecho: tocaron luego arma, y prendieron cuantos caballeros sospechosos habían en el pueblo, así de los que se habian huído del Cosco, como de los que habian acudido de otras partes al bando del visorey: todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maese de campo, mandó que se confesase y hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. El fator con buen ánimo comenzó a hacer lo que le mandaban, y aunque le daban mucha prisa que acabase, él se detenía en su confesión: el verdugo estaba presente con un cabestro y garrote en la mano para ejecutar en él la muerte. Sin duda se pensó que lo mataran: porque muchos considerando la calidad de su persona que no era para ponerle en aquellos términos, decían que para dejarle vivo no era bien haberle puesto en ello. Tambien se temia que muerto el licenciado Carvajal, había de haber gran mortandad de los demás que estaban presos. que fuera gran pérdida por ser la gente mas principal de aquel reino y los que habían acudido al servicio de su magestad.

Estando en estos términos el licenciado Carvajal, algunos iban a hablar con Gonzalo Pizarro, y le decian que mirase la gran parte que el licenciado Carvajal era en la tierra, y que habiendo muerto el visorey a su hermano el fator tan sin culpa, como era notorio; pues la mas principal culpa por donde decia haberle muerto, era porque el licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, no era justo matarle, sino

esperar, que antes le había de servir y acompañar, que ser su contrario, aunque no fuese mas de por vengar la muerte de su hermano: que lo considerase bien, y no se determinase tan a priesa en la muerte de un hombre, que tan de provecho le podía ser. Y en cuanto a la huída de Vaca de Castro, le dijeron que ya estaban todos satisfechos que el licenciado Carvajal ni los otros, no habían entendido en ello, sino que la mal querencia, tras cada ocasión, los prendía y molestaba sin tener consideracion, mas de que era gente sospechosa en el negocio en que andaban.

Gonzalo Pizarro con todo esto estaba tan enojado, que á ninguno quería oir, ni le podian sacar mas palabra de que no le hablase nadie en ello. Visto esto, el licenciado Carvajal y sus amigos, acordaron llevar el negocio por otra via, y dieron al maese de campo un tejuelo de oro de dos mil pesos, y prometiéronle mucho más muy secretamente; lo cual aceptó, y luego comenzó de aflojar en el negocio, y fue y vino a Gonzalo Pizarro, en fin, que el licenciado Carvajal y los demás fueron sueltos; y luego tornaron a aderezar la partida de Hernando Bachicao porque llegó entonces al puerto un bergantin de Arequipa, y con otros que se aderezaron, metiendo en ellos cantidad de artillería de la que Gonzalo Pizarro trujo del Cosco, Bachicao se partió con el doctor Tejada, y Francisco Maldonado, y sesenta arcabuceros que se pudieron haber y quisieron ir con él. Y desta manera se fue sobre la costa por aviso que el visorey estaba en el puerto de Tumbes. Y una mañana llegó al puerto, y luego fue visto por la gente del visorey y dióse arma; y pensando el visorey que Gonzalo Pizarro venía por la mar con mucha gente a mas priesa, con ciento y cincuenta hombres que tenia, se fue huyendo la via de Quito, y algunos dellos se le quedaron, que recibió Bachicao, y tomó dos navíos que halló en el puerto, y fue a Puerto Viejo y a otras partes, y recogió ciento y cincuenta hombres en sus navíos: el visorey se fue sin parar, hasta Quito.

Hasta aqui es de Agustin de Zarate, declarados algunos pasos que tenia oscuros. Y volviendo al tejuelo de oro que Francisco de Carvajal recibió, es así que tomaba lo que le daban los acusados de algun delito cuando no salía verdadera la acusacion; y entonces por no matar sin culpa al acusado, daba larga, y entretenía la ejecucion del castigo de muerte para que entre tanto fuesen y viniesen rogadores a Gonzalo Pizarro, y alcanzasen el perdon; y en estas ocasiones cohechaban a Carvajal, porque diese lugar a que intercediesen por el acusado. Pero cuando el delito era cierto, ni aprovechaban dádivas ni ruegos, que luego ejecutaba la pena de muerte en ellos; porque él hacia de veras todo aquello que convenía al bando que seguía, así en el castigo de sus enemigos y contrarios, como en el buen trato y regalo de sus amigos y valedores. Los historiadores le hacen demasiadamente codicioso y cruel: parte tuvo de lo uno y de lo otro; pero no tanta como dicen, y lo que hacía de muertes y crueldades, era porque convenía al

bando que seguía, como hemos dicho, porque presumió ser soldado, capitan y maese de campo de veras; y adelante donde se ofreciere, diremos de su condición otras cosas notables que yo le conocí, y a todos los capitanes de Gonzalo Pizarro, y oí muchas cosas particulares dellos a los que los trataban muy familiarmente.

Atrás dijimos como el licenciado Alvarez puso en libertad al visorey Blasco Nuñez Vela, y que luego se le juntó el otro navío en que iba su hermano Vela Nuñez; y asi fueron hasta el puerto de Tumpis donde desembarcaron y asentaron plaza de audiencia, porque como dicen los historiadores llevaba cédula particular de su magestad para poderla hacer con solo un oidor. Despacharon muchas provisiones a diversas partes haciendo relación de su prision y libertad, y de la venida de Gonzalo Pizarro a los Reyes, y de todo lo demás hasta entonces sucedido: mandaron por ellas que todos los españoles acudiesen al servicio de su magestad. Envió capitanes para levantar gente a Puerto Vejo, a San Miguel, y a Trujillo; proveyó que el capitan Gerónimo de Pereira fuese hasta la provincia Pacamuru, que los españoles llamaban Bracamoros: mandó que le trajesen bastimento de todas partes, y el oro y plata que hubiese de su magestad en sus cajas reales, que todo lo había menester para valerse contra tantos enemigos como tenia. En las ciudades donde envió sus provisiones, tambien había bandos y parcialidades, que muchos se fueron a Gonzalo Pizarro, y le dieron las nuevas de lo que pasaba. Otros por huir de él y no caer en sus manos se huyeron a los montes, y con todas estas dificultades acudieron al visorey mas de ciento y cincuenta españoles cada uno con las armas y caballo, y bastimento, que conforme a su posibilidad podia haber, de que el visorey sentia mucho contento, que en tiempo tan contrario acudiesen a favorecer sus buenos deseos. Estos regocijos y placeres le duraron muy poco, porque su mala fortuna, tomando por instrumento al capitan Hernando Bachicao, se los quitó, y le hizo retirarse la tierra adentro, donde pasó muchos y grandes trabajos hasta su muerte, como adelante diremos.

Gonzalo Pizarro, sabiendo que el visorey estaba en Tumpis haciendo gente contra él, le pareció no descuidarse en cosa que tanto le importaba, proveyó capitanes que fuesen a inquietarle y a resistirle en todo lo que pudiesen, y las mismas provisiones que el visorey despachaba, le servían de aviso para proveer y ordenar lo que bien le estaba y convenia; porque las mas dellas iban a parar a sus manos, que los mismos mensageros se las llevaban. Con lo cual proveyó que los mismos capitanes Gerónimo de Villegas y Gonzalo Diaz, y Hernando de Alvarado fuesen la costa abajo al Septentrion, a recoger la gente que por aquellas partes hallasen, para que no acudiesen al visorey, y le inquietasen todo lo que pudiesen, sin darle batalla aunque tuviesen copia de gente para podérsela dar.

CAPITULO XXIII

LAS COSAS QUE BACHICAO HIZO EN PANAMA. EL LICENCIADO VACA DE CASTRO VINO A ESPAÑA, Y EL FIN DE SUS NEGOCIOS. EL VISOREY SE RETIRA A QUITU.

HERNANDO Bachicao, que dijimos había tomado los navíos del visorey, y obligádole a que se retirase la tierra adentro, prosiguió su camino para el puerto de Panamá. En su viage topó otros dos o tres navíos, que por escusar proligidad no decimos cuyos eran, ni lo que en ellos pasó, de que hace larga relación Diego Fernandez Palentino, capítulo veinte y nueve, mas de que se los llevó consigo: y como navegase sin temor de enemigos que le inquietasen, se fue de puerto en puerto, que los hay muchos por aquella costa, tomando refresco en cada uno de ellos, y cuando llegó a las islas que llaman de Perlas, que estaban veinte leguas de Panamá, como lo dice Agustin de Zárate, capítulo diez y seis, fueron avisados los de aquella ciudad de su venida y le enviaron dos vecinos a saber su intento, y a requerirle no entrase con gente de guerra en la jurisdiccion. Bachicao respondió que en caso que él venía con gente de guerra, la traía para su defensa contra el visorey, y que no venia a hacer daño ninguno en aquella tierra, sino solamente a traer al doctor Tejada, oídor de su magestad, que con provision de su real audiencia iba a darle cuenta de todo lo sucedido en el Perú, y que no haría mas de ponerle en tierra y proveerse de lo necesario y volverse.

Con esto los aseguró de manera que no hicieron defensa en su entrada. Cuando llegó Bachicao al puerto, dos navíos que en el estaban alzaron velas para irse; al uno dellos alcanzó con un bergantin y le hizo volver al puerto, trayendo ahorcados de la entena, al maestre y contra maestre. Lo cual causó gran escándalo en la ciudad, porque entendieron cuán diferente intento traía del que había publicado. Y porque les pareció ya muy tarde para la defensa, no se pusieron en ella,

y así quedaron con mucho temor ellos y sus haciendas, sometidos a la voluntad de Bachicao, que era muy estraño; y asi entró en la ciudad sin que le osase esperar el capitan Juan de Guzman, que estaba allí haciendo gente por el visorey, la cual toda se le pasó luego a Bachicao, y él se apoderó de la artillería, que allí había traído Vaca de Castro, en el navío con que se huyó. Tiranizó la república usando de las haciendas de todos a su voluntad, teniendo tan opresa la justicia, que no osaba hacer más de lo que él queria, y a dos capitanes suyos que concertaron de matarle, los prendió y degolló públicamente, y hizo otras justicias con públicos pregones en que decían. manda hacer el capitan Hernando de Bachicao esto y esto, usando llanamente de la jurisdiccion.

El licenciado Vaca de Castro, que a la sazon estaba en Panamá, en sabiendo su venida, se huyó para Nombre de Dios, y se embarcó en la mar del Norte: y lo mismo hizo Diego Alvarez Cueto y Gerónimo Zurbano, que eran embajadores del visorey. Tambien se fueron con ellos al nombre de Dios el doctor Tejada, y Francisco Maldonado, y todos juntos, auque hombres de tres parcialidades diferentes, se vinieron a España en buena compañía. El doctor Tejada murió en el camino en el canal de Bahama. Francisco Maldonado y Diego de Alvarez Cueto, llegando a España se fueron por la posta a Alemania, a dar cuenta a su magestad, cada uno de su embajada. El licenciado Vaca de Castro se quedó en la Isla Tercera de los Azores, y de alli se vino a Lisboa, y después a la corte, diciendo que no se habia atrevido a venir por Sevilla, por no entrar en poder y tierra donde eran tanta parte los hermanos y deudos del capitan Juan Tello de Guzman. a quien arriba hemos dicho que hizo degollar al tiempo del vencimiento de don Diego de Almagro el Mozo. Llegado a la corte fue detenido en su casa por mandado de los señores del Consejo de las Indias, y le pusieron cierta acusación; y después le tuvieron preso mientras se trató la causa, en la fortaleza de Arévalo, por espacio de mas de cinco años. Y despues señalaron una casa en Simancas, y de ahí con la mudanza de la corte le señalaron por cárcel la villa de Pinto con sus términos, hasta que se sentenció el negocio. Hasta aquí es del contador real Agustin de Zárate.

No dice cómo lo sentenciaron, porque acabó de escribir su Historia antes que se sentenciase el negocio del licenciado Vaca de Castro; que como tuvo muchos émulos y le pusieron muchas calumnias, mas con envidia que con verdad, se dilató mucho su causa, y él holgaba dello, porque sabía que habia de salir libre de todo, como salió, dado por buen ministro y buen gobernador de aquel imperio, y restituído en su lugar en el Consejo real de Castilla, y como se habia detenido tanto su negocio, cuando fue a sentarse en su silla, fue el mas antiguo oidor de todo el Consejo real, como yo lo hallé en Madrid a fin del año de quinientos y sesenta y uno, que fuí a la corte. Demás de darle por

libre y restituirle en la magestad de su oficio, le hicieron mercedes por los servicios que en el Perú hizo a la magestad imperial, que a su hijo don Antonio Vaca de Castro, caballero del hábito de Santiago, como tambien lo era su padre, le dieron veinte mil pesos de renta en el Perú, en los repartimientos que quisiese escoger, que los valiesen. A este caballero vi en el Nombre de Dios que pasó con el conde de Nieva, que iba por visorey de aquel reino, año de quinientos y sesenta, que iba a gozar desta merced que a su padre hicieron, que sin lisonja y sin agravio ageno, en voz de todo el Perú, fue el mejor gobernador que alli ha pasado, como se podrá ver por todos los tres historiadores que dél hablan, que ninguno dellos dice cosa mal hecha que hubiese hecho. Y con esto volveremos al Perú a dar cuenta de lo que el visorey Blasco Nuñez de Vela hizo en aquellos tiempos.

Habiéndose retirado el visorey (como lo dice Agustin de Zárate, capítulo diez y seis) con hasta ciento y cincuenta hombres, al tiempo que Bachicao le tomó el armada en Tumbes, caminó con ellos hasta que llegó a la ciudad de Quitu, donde le recibieron de buena voluntad, y alli se rehizo de hasta doscientos hombres, con los cuales estaba en aquella tierra, por ser muy fértil y abundante de comida, donde determinó aguardar lo que su magestad proveeria, después de sabido de Diego Alvarez de Cueto lo que en la tierra pasaba, teniendo siempre buenas guardas y espías en los caminos, para saber lo que Gonzalo Pizarro hacía; con ser que desde Quitu a los Reyes hay más de trescientas leguas, como tenemos dicho. Y en este tiempo cuatro soldados de Gonzalo Pizarro, por cierto desabrimiento que dél tuvieron, hurtaron un barco y con él se fueron huyendo la costa abajo, desde el puerto de los Reyes, remando hasta que le pusieron en un buen parage para ir por tierra a Quitu; y llegados dijeron al visorey el descontento que los vecinos de los Reyes y de las otras partes tenían con Gonzalo Pizarro, por las grandes molestias que les hacía, trayendo a los unos fuera de sus casas y haciendas, y a los otros, echándoles huéspedes é imponiéndoles otras cargas que no podían sufrir, de las cuales estaban tan cansados, que en viendo cualquiera persona que tuviese la voz de su magestad holgarían de salir (juntándose con él)) de tan gran tiranía y opresión. Con lo cual y con muchas otras cosas que los soldados le dijeron, le encendieron a que saliese de Quito con la gente que tenía, y se viniese la vía de la ciudad de San Miguel, llevando por su general un vecino de Quito llamado Diego de Ocampo, que desde que el visorey vino a Tumbes le había acudido, y ayudádole con su persona y hacienda en todas las cosas necesarias,en que gastó más de cuarenta mil pesos que tenía suyos. En todas estas jornadas seguía al visorey el licenciado Alvarez, con el cual se hacía audiencia, por virtud de una cédula de su magestad que el visorey llevaba, para que llegado él a los Reyes, pudiese hacer audiencia con uno o dos oidores, los primeros que llegasen, hasta que viniesen todos; y lo mismo en caso que los dos o tres

dellos muriesen. Y para este efecto hizo abrir un sello nuevo, el cual entregó a Juan de León, regidor de la ciudad de los Reyes, que por nombramiento del marqués de Camarasa, adelantado de Cazorla, que es Chanciller Mayor de las Indias, iba elegido por canciller de aquella audiencia, y se había venido huyendo de Gonzalo Pizarro; y así despachaba sus provisiones para todo lo que convenía, por título de don Cárlos, y selladas con el sello real, firmándolas él y el licenciado Alvarez; de manera que había dos audiencias en el Perú, una en la ciudad de los Reyes, y otra con el visorey. Y aconteció muchas veces venir dos provisiones sobre un mismo negocio, una en contrario de otra. Hasta aquí es de Zárate. (12)



(12) Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit. t. II cc. X, XIII y XIX.

CAPITULO XXIV

DOS CAPITANES DE PIZARRO DEGUELLAN OTROS TRES DE EL VISOREY. EL CUAL SE VENGA DELLOS POR LAS ARMAS. GONZALO PIZARRO SE EMBARCA PARA LA CIUDAD DE TRUJILLO.

PASANDO adelante Agustín de Zárate en su historia, capítulo alegado, dice: cuando el visorey quiso partir de Quito envió a Diego Alvarez de Cueto su cuñado a España, a informar a su magestad de todo lo pasado, y a pedirle socorro para tornar a entrar en el Perú y hacer la guerra poderosamente a Gonzalo Pizarro. Cueto pasó a España en la misma armada en que vinieron el licenciado Vaca de Castro y el doctor Tejada, como tenemos dicho arriba; y así llegó el visorey a la ciudad de San Miguel, que es ciento y cincuenta leguas de Quito, con determinación de residir allí hasta ver mandato de su magestad, teniendo siempre en pie su real nombre y voz, porque le pareció muy conveniente sitio para poder recoger consigo toda la gente, que así de España como de las otras partes de las Indias viniese al Perú, porque como está dicho, es paso forzoso, y que no se pueden escusar de pasar por el viniendo por tierra, especialmente los que traen caballos y otras bestias; y que desta manera iría cada día engrosando su ejército y cobrando nuevas fuerzas. Allí los mas de los vecinos acogieron al visorey de buena voluntad, y le hicieron buen hospedage proveyéndole de todo lo necesario, según su posibilidad, y así iba cada día recibiendo gente y caballos y armas, tanto que llegó al pié de quinientos hombres medianamente aderezados, aunque algunos tenían falta de armas defensivas, y hacían coseletes de hierro y de cueros de vaca secos. Al tiempo que Gonzalo Pizarro envió en los bergantines al capitan Bachicao para tomar la armada del visorey, despachó asimismo dos capitanes suyos llamados Gonzalo Díaz de Pineda y Gerónimo de Villegas, que fuesen por tierra a recoger la gente que hallasen en las ciudades de Trujillo y San Miguel, y se estuviesen en fron-

tera contra el visorey, y ellos con hasta ochenta hombres que pudieren juntase estuvieron en San Miguel hasta tanto que supieron la venida del visorey y no le osando esperar se metieron la tierra adentro hacia Trujillo, y alojaron en una provincia que se dice Collique, que es cuarenta leguas de San Miguel, y hicieron saber a Gonzalo Pizarro la venida del visorey, y cómo juntaba gente cada día y engrosaba su ejército, dando a entender el gran daño que le venía en no remediarlo con tiempo. Y a esta sazón supieron estos capitanes que el visorey había enviado un capitán suyo llamado Juan de Pereira, a la provincia de los Chachapoyas a convocar y juntar todas las gentes que por aquellas partes pudiesen haber, caso que en aquella tierra residen pocos españoles; y pareciéndoles a estos capitanes de Pizarro que Pereira y los que con él viniesen estarían muy descuidados, determinaron de salirles al camino por donde venía y una noche les prendieron las centinelas y dieron sobre ellos, y tomándolos durmiendo y sin recelo de enemigos, a Pereira y dos principales que con él venían, les cortaron las cabezas, y toda la demás gente que eran hasta sesenta hombres de caballo la redujeron al servicio de Gonzalo Pizarro, con temor de la muerte; y así se tornaron a su aposento. Y deste acontecimiento tuvo gran pesar el visorey, y determinó tomar ocasión en que vengarse. Asi salió muy ocultamente de San Miguel con hasta ciento y cincuenta de caballo, y se fue donde los capitanes Gonzalo Díaz y Villegas estaban con menos cuidado y guarda de la que debían tener, como personas que pocos días antes habían hecho tal asalto en la gente de sus contrarios; y asi llegó el visorey a Collique una noche, y casi sin que fuese sentido con la mucha turbación de los capitanes, no tuvieron lugar de ponerse en órden ni dar batalla; antes se huyeron cada uno como mejor pudo tan derramados, que Gonzalo Díaz, casi solo fue a dar en una provincia de indios de guerra, los cuales fueron contra él y le mataron, y lo mismo hizo Hernando de Alvarado: y Gerónimo de Villegas juntó después consigo alguna gente y se metió la tierra adentro hacia Trujillo, y el visorey se fué a San Miguel.

Gonzalo Pizarro sabiendo el desbarato de sus capitanes y que el visorey iba creciendo de día en día, en gente y fuerzas, armas y pertrechos de guerra, determinó con toda la destreza posible deshacer al visorey y su ejército; porque entendía y se certificaba que cada día se le había de llegar más gente de la que iba de España y de las otras partes de las Indias, que casi necesariamente habían de desembarcar en el puerto de Tumpis, ó cerca, en cuyos términos andaba el visorey: temía tambien no llegase entre tanto algun despacho de su magestad en favor del visorey, que fuera parte para quebrar los ánimos a la gente que con él andaba.

Con estas imaginaciones determinó antes que su mal creciese juntar su ejército, e ir en busca de sus enemigos, y poner el negocio a riesgo de batalla si quisiesen esperarle: y asi ordenó sus capitanes y hizo

paga, y envió los caballos delante à Trujillo, y los demás impedimentos, quedando él y los principales de su campo solos para salir a lá postre.

En esta sazon llegó al puerto de Lima un bergantín de Arequepa con más de cinco mil y cien mil castellanos para Gonzalo Pizarro; y de Tierra Firme llegó otro navío de Gonzalo Martel de la Puente, que enviaba su muger y hijos, para que se fuesen al Cosco donde tenía su casa. Con el buen suceso de los navíos, que los habían menester, quedaron Gonzalo Pizarro y los suyos tan ufanos y soberbios, viendo que la fortuna les favorecía en todos sus deseos, que no temían a todo el mundo.

Hasta aquí es de Agustin de Zárate. Y Diego Fernandez añade, que se atrevían a decir locuras y desatinos, y aun blasfemias en su opinión, en tanto que algunos decían a Gonzalo Pizarro que se coronase e intitulase rey. Argüía Cepeda que de su principio y origen todos los reyes descendían de tiranía; y que así la nobleza tenía principio de Caín, y la gente plebeya del justo Abel; y que esto claro se veía y mostraba por los blasones e insignias que en las armas de los nobles se ponían y figuraban. Aprobaba mucho esto Francisco de Carvajal, y discantaba diciendo, que se viese el testamento de Adan, para ver si mandaba el Perú al emperador don Carlos, o a los reyes de Castilla. Todo lo cual oía Gonzalo Pizarro de buena gana, puesto que con palabras tibias lo disimulaba, &c.

Hasta aquí es de Diego Fernandez, sacado a la letra del capítulo treinta y cuatro, libro primero. Metieron los de Pizarro en los navíos gran número de arcabuces, picas y otras municiones, y aderezos de guerra, y se embarcaron en ellos más de ciento y cincuenta personas principales, llevando consigo, para dar más autoridad a su negocio, al licenciado Cepeda, oidor, y a Juan de Cáceres, contador de su magestad. Con la ida de Cepeda se deshizo la audiencia, porque no quedó en la ciudad de los Reyes otro oidor sino el licenciado Zárate; y para asegurarse mas de que no hubiese provisiones reales, llevó Gonzalo Pizarro consigo el sello real. El cual, habiendo de dejar la ciudad de los Reyes, plaza tan importante para su pretensión, le pareció dejarla debajo del poder y gobierno de un hombre tal que la sustentase por él en todas las ocasiones que se ofreciesen: para esto eligió a Lorenzo de Aldana, que era un caballero muy prudente, muy discreto, muy bien quisto de todos y rico, que tenía un gran repartimiento en la ciudad de Arequepa: dejóle ochenta hombres de guardia que bastaban para la seguridad de la ciudad, porque todos los vecinos señores de indios, iban con Gonzalo Pizarro. El cual se embarcó por marzo, año de quinientos y cuarenta y cinco: fué por la mar hasta el puerto que llaman de Santa, quince leguas de Trujillo; allí saltó en tierra y tuvo la Pascua Florida en Trujillo, donde aguardó algunos días a que se juntase la gente, por quien había enviado a diversas

partes, más viendo que tardaba por sacar su ejército de pueblo de españoles, por no dar tanta pesadumbre a los huéspedes, se fue a la provincia llamada Collique donde estuvo algunos dias hasta que llegó la gente que esperaba. Hizo reseña de ella; halló que tenia más de seiscientos hombres de pie y de a caballo; y aunque el numero de la gente no hacia mucha ventaja al visorey, pero teníasela en las armas, y en los aparejos de guerra, y en que sus soldados eran veteranos y prácticos en las cosas de la milicia, y se habían hallado en las otras batallas, y sabían la tierra y los pasos dificultosos della, y estaban habituados en los trabajos militares, que en todas las guerras pasadas habían tenido, desde que entraron a ganar aquel imperio, y al contrario, los del visorey y los mas dellos, eran recien idos de España, no habituados en las cosas de guerra, bisoños, mal armados, y con muy ruin pólvora, y falta de otras cosas, necesarias para la guerra. (13)



(13) Este como los capítulos siguientes guardan conformidad con las narraciones de Santa Clara. Garcilaso ha tenido para componer su relato, como fuentes históricas,además de sus propios recuerdos,las narraciones de Zárate y el Palentino. a quienes cita y copia inextenso.

CAPITULO XXV

GRANDES PREVENCIONES QUE GONZALO PIZARRO HACE PARA PASAR UN DESPOBLADO. DA VISTA AL VISOREY, EL CUAL SE RETIRA A QUITU. LA PRUDENCIA Y BUEN PROCEDER DE LORENZO DE ALDANA.

GONZALO PIZARRO en aquella provincia Collique y en sus comarcanas, hizo gran diligencia para recoger mucho bastimento, y cosas necesarias para su ejército, especialmente porque había de pasar por un despoblado, de mas de veinte leguas de largo, que en todas ellas no hay agua ni otro refrigerio alguno, sino arenales y mucho calor. Por impedir el peligro tan evidente hizo gran diligencia, en que se proveyese de agua para el camino. Mandó a todos los indios comarcanos que trajesen gran cantidad de cántaros y tinajas; y dejando alli todas las cargas de la gente de guerra, de vestidos, ropas y camas que no les eran necesarias, proveyó que los indios que habían de llevar aquellas cargas fuesen cargados de agua para el bastimento de aquel despoblado, así para los caballos y otras bestias, como para sus personas.

Cargaron los indios, y se pusieron todos a la ligera, sin llevar ningún servicio porque el agua no les faltase; y puestos así a punto enviaron delante veinte y cinco de caballo por el camino ordinario por do se camina aquel despoblado, con órden que si descubriesen a los del visorey, para que sus espías le dijesen que por allí venía Gonzalo Pizarro; y todo el demás ejército echó por otra parte, que también era despoblada. Desta manera caminaron, llevando la comida encima de los caballos. Mas el visorey, que tenía sus espías en el un camino y en el otro, poco antes que llegasen los enemigos, supo la venida dellos: mandó tocar arma, diciendo que quería salir al campo y darles batalla; mas luego que tuvo su gente recogida y fuera de la ciudad, caminó por otra parte hasta la cuesta. que llaman de Cassa, por la

cual fue a muy gran priesa; cuatro horas después supo Gonzalo Pizarro la ida del visorey, y sin entrar en la ciudad de San Miguel, ni tomar mas bastimentos, mandó que guiasen por el camino do iba el visorey; y caminaron aquella noche tras dél ocho leguas, y le tomaron alguna gente; y desta manera le fue dando muchos alcances, y le prendieron mucha gente, y tomaron todo cuanto en su real llevaba, y ahorcaron algunos, que les pareció convenirles, y así caminaron por lugares asperísimos sin comida; pero cada día tenían nuevas prisiones de la gente que al visorey se le quedaba, por no poderle seguir. Echaron cartas a la ventura, enviándolas con indios para las personas principales del real del visorey, con grandes promesas de perdon y mercedes, a los que le matasen, las cuales causaron escándalos y sospecha, para que adelante, como se dirá, hubiese muertes de gran lástima, porque no fueron justificadas, que como eran guerras civiles, los que tenían particulares pasiones y enemistades, enviaban de un bando a otro cartas echadizas en nombre ageno, para que el visorey sospechase mal de los que consigo tenía: que Gonzalo Pizarro nunca escribió cartas para que matasen al visorey, ni los del visorey las escribieron a Pizarro, como dicen los autores, sino que las traiciones encubiertas causaron muchos males en aquella guerra, como lo suelen causar en todas las pasiones humanas. Habiendo seguido Gonzalo Pizarro al visorey muchas leguas con mucho trabajo por la aspereza del camino, y con mucha hambre por la necesidad de los bastimentos, que el visorey se los iba alzando por doquiera que iba, llegó a una provincia llamada Ayahuaca, donde paró, para reformar su gente que iba maltratada de tanto trabajo pasado, y dejó de seguir al visorey, asi por la incomodidad de los suyos, como porque supo que su enemigo iba tan lejos que no le podría alcanzar. En Ayahuaca se proveyó lo mejor que pudo de lo necesario, y de allí salió con la buena órden y muy a priesa por las mismas pisadas que el visorey había ido. Por el camino halló alguna gente de la del visorey, que se le quedaron, unos por el mucho cansancio que llevaban, y otros por el mucho descontento que en sí tenían. El visorey seguía su camino hacia la ciudad de Quito, por ser aquella tierra abundante de comida y de otras provisiones, para sacar a los suyos de las necesidades que llevaban.

Gonzalo Pizarro, aunque de lejos. le iba siguiendo, y de los soldados que del visorey quedaron rezagados y vinieron a su poder, no quiso (como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veinte) llevar consigo ninguno, asi por no fiarse dellos, como porque le parecía que llevaba demasiada gente, segun la poca que el enemigo tenía, especialmente yendo siguiendo el alcance, y con falta de comida.

A toda esta gente rezagada envió Gonzalo Pizarro la tierra adentro a Trujillo, y a los Reyes, y a otras partes, donde cada uno quiso, aunque algunos principales de quien tenía particular queja, los ahorcó. Estos comenzaron a sembrar por los lugares donde iban nuevas

en favor del visorey, y en contradicción de la tiranía de Gonzalo Pizarro; a la cual muchas personas favorecían, así por parecerles la empresa justa, como porque la gente que reside en aquella provincia, son mas amigos de novedades que de otra ninguna parte, en especial los soldados y gente ociosa, porque los vecinos y personas principales siempre pretenden la paz, como negocio en que tanto les vá; pues con la guerra son molestados y apremiados, y los hacen pechar por diversas vías, y si no muestran buen rostro a ello, corren mas riesgo que los otros, porque cualquiera ocasion basta para matarlos el que gobierna, por gratificar con sus haciendas a los que los siguen; pues estas pláticas no podían ser tan secretas que no viniesen a noticia de los tenientes de Gonzalo Pizarro, los cuales cada uno en su jurisdicción los càstigaba como les parecía que convenía para el sociego de su opinión, y especialmente en la ciudad de los Reyes, donde la mas desta gente se acogió, fueron ahorcados muchos, por manos de un alcalde ordinario, llamado Pedro Martin de Sicilia, gran favorecedor de Gonzalo Pizarro y de sus cosas, porque Lorenzo de Aldana, que alli era teniente, estuvo siempre muy recatado para no entremeterse en cosa, sobre que pudiese haber despues querella de parte contra él; antes estorbaba todo cuanto podía que no se hiciesen muertes ni daños, y así se rigió todo el tiempo que alli estuvo, que aunque tenía la justicia por Gonzalo Pizarro, nunca quiso hacer cosa tan señalada en su favor, que sus secuaces le tuviesen por prendado, antes acogía con buena gracia toda la gente aficionada al visorey; por lo cual todos los que desta opinión residían en las otras provincias, se acogían a aquella, teniéndola por más segura; y desto mostraban tener gran queja los apasionados por Gonzalo Pizarro, especialmente un regidor de aquella ciudad, llamado Cristóbal de Burgos, que Lorenzo de Aldana llegó a responderle sobre esto tan abiertamente, que le trató mal de palabra, y aun puso las manos en él, y le tuvo preso cierto tiempo; y así siempre escribían a Gonzalo Pizarro esta sospecha; y aunque él la tuvo por cierta, nunca dejó de hacer dél toda confianza, porque estando tan lejos no le pareció que sería parte para quitarle el cargo, a causa que tenía consigo mucha gente de guerra, y ganada la voluntad a los principales de aquella ciudad. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPITULO XXVI

LOS ALCANCES QUE GONZALO PIZARRO Y SUS CAPITANES DIERON AL VISOREY. LA HAMBRE Y TRABAJOS CON QUE AMBOS EJERCITOS CAMINABAN. LA MUERTE VIOLENTA DEL MAESE DE CAMPO Y CAPITANES DEL VISOREY.

PORFIANDO Gonzalo Pizarro en los alcances que al visorey iba dando, le pareció apretarle mas y mas en aquel camino hasta verlo acabado; y por no seguirle con el impedimento de su ejército, envió tras él a Francisco de Carvajal con cincuenta de a caballo escogidos que le fuesen dando caza en la retaguardia. Por otra parte escribió a Hernando Bachicao, que estaba en la costa, que dejando los navíos en Tumbis a buen recaudo, fuese hacia Quitu a juntarse con él. Proveído esto, marchó a toda furia en seguimiento del visorey, para ir dando calor y favor a Francisco Carvajal, su maese de campo. El visorey caminaba con mucho trabajo: animaba a su gente lo mejor que podía, y habiendo andado aquel día ocho leguas descansaron la noche, creyendo haber escapado de las manos de sus enemigos; mas Francisco de Carvajal, que no dormía, llegó cuatro horas de la noche donde estaban, y con una trompeta les dió arma.

El visorey se levantó, y como mejor pudo recogió su gente, y poniéndola en orden volvió a su camino acostumbrado: Carvajal que iba en pos dél, prendió algunos de los que se quedaban por falta de los caballos: viniendo el día se dieron vista los unos a los otros. El Visorey, viendo cuan pocos eran los contrarios hizo alto, y quiso darles batalla: hizo dos escuadrones de su gente, que serían como ciento y cincuenta hombres Carvajal no quiso poner en aventura su partido, y tocando su trompeta se retiró algun espacio. El visorey ,viendo que le daban lugar, volvió a su camino con mucha lástima y dolor de su gente, que de hambre y flaqueza ellos y sus caballos no pudiesen caminar. Por lo cual les daba licencia para que se quedasen los que qui

siesen, mas ninguno quiso tomar, sino morir con él; y así caminaron con su trabajo ordinario de hambre, cansancio y falta de sueño, porque no les daban lugar a que descansasen. Gonzalo Pizarro supo el arma que Carvajal dió al visorey, que sus émulos con la pasión que contra él tenían dijeron mal de Carvajal, certificando que según estaban descuidados los enemigos pudiera degollarlos sino les diera el arma, y en esto le culpan, los historiadores. Pero yo que le conocí oí a muchos que sabían de milicia (hablando de Carvajal) decir que de Julio César acá no había habido otro soldado como él. No quiso Carvajal pelear por no aventurar su empresa, porque como los mismos historiadores dicen, llevaba el visorey ciento y cincuenta hombres, y él no más de cincuenta; y por esto dijo entonces Carvajal: a los enemigos que huyen, hacelles la puente de plata.

Tambien se dijo que no llevaba comisión para pelear porque no se perdiese. Para condenar los capitanes en hechos militares, es menester saber de fundamento las causas: y el saberlas es dificultoso por el mucho secreto que les conviene guardar en su milicia. Gonzalo Pizarro le envió socorrro de otros doscientos hombres con el licenciado Carvajal, los cuales fueron apretando al visorey hasta la provincia y pueblo llamado Ayahuaca, ganándole siempre parte de la gente, caballos y fardaje, que cuando llegó a aquel asiento, apenas llevaba ochenta hombres: de allí pasó adelante con deseo de llegar a Quitu por socorrer a los suyos con la comida que allí hallasen, de que llevaban mucha necesidad. Obligóles la hambre a que comiesen de los caballos que se les cansaban. Lo mismo le acaeció a Gonzalo Pizarro y a los suyos, que padecieron tanta y mas hambre que los del visorey; porque Blasco Nuñez, por donde quiera que iba, ponía mucha diligencia en no dejar cosa de que Gonzalo Pizarro pudiese aprovecharse. Carvajal mató algunos de los principales que en este alcance prendieron, que fueron Montoya, vecino de Piura; Briceño, vecino de Puerto Viejo; Rafael Vela, y otro fulano Balcazar. Gonzalo Pizarro envió mas socorro a los suyos con el capitán Juan de Acosta, que llevó sesenta hombres con los mejores caballos que en el ejército tenían; y como hombre que iba de refresco, apretaba al visorey malamente. El cual como lo dice Diego Fernandez por estas palabras, capítulo cuarenta y uno:

Caminaba de día y de noche con la poca gente que le había quedado de los alcances pasados, aunque muchas veces no hallaban sino yerbas del campo; y con la desesperación y despecho que llevaba, maldecía la tierra, y el día que en ella había entrado, y las gentes que de España a ella habían venido, los navíos en que vinieron, pues tan grandes traiciones sustentaban, siguiéndole siempre Juan de Acosta reciamente, hasta poco antes de llegar al asiento de Calva. Y llegando ya tarde, reposó algún tanto aquella noche, creyendo (según lo mucho que le habían seguido) que tuviera tiempo de reposar.

Empero llegando Juan de Acosta al cuarto del alba, dió rebato, y repentinamente sobre ellos; y embarazándose con los primeros, tuvo el visorey lugar de escapar con hasta setenta hombres de los que mejores caballos tenían, con todos sus captianes. Y tomando Juan de Acosta la demás gente y fardage, hizo alto y reparo, pareciéndole que ya no podía hacer más efecto. Y con esto el cansado y afligido virey tuvo mas espacio y menos peligro. El cual llegado que fué a la provincia y asiento de Calva; porque Gerónimo de la Serna y Gaspar Gil, sus capitanes, se adelantaron de su compañía y banderas, sospechando que iban a quebrar un paso que estaba en el camino por donde habían de pasar, que cuando vino a Piura lo mandó hacer de madera con mucho trabajo, que era en una peña junto a un grande río, do había un gran despeñadero, poco antes de Tambo Blanco, en la provincia que llaman Amboca, que para le hacer, si le quebraran, fuera menester espacio de tiempo; y asimismo que había tenido otras sospechas y aun avisos de que se querían reconciliar con Gonzalo Pizarro, y que le habían escrito: por tanto, se determinó quitarles las vidas, y aunque luego lo puso por obra, haciéndoles dar garrote y degollarlos en aquel poco espacio de tiempo que los enemigos le habían dado. Y caminando ya desde alli con menos trabajo y temor, llegó al asiento de Tomebamba, donde mandó hacer lo mismo de Rodrigo de Ocampo, su maese de campo (a quien hasta alli había tenido por su grande e íntimo amigo) porque del había tenido la misma sospecha y aviso que de los dos muertos capitanes, los cuales le habían servido y seguido en todos sus trabajos.

Sobre estas muertes hubo en el Perú varios y contrarios juicios y opiniones de culpa y de su descargo. De este asiento de Tomebamba, fué caminando Blasco Núñez hasta entrar en Quito, sin tener algún revés, y sin las hambres y necesidad que hasta allí habían padecido. Y porque antes de llegar a Quito tuvo noticia y sospecha que Francisco de Olmos y los que con él habían venido de Puerto Viejo, habían sembrado palabras de mala intención en deservicio del rey, luego que fué llegado a la ciudad, procuró inquirir y saber la verdad de la manera que habían salido de Puerto Viejo, y lo que después habían dicho y tratado; de que resultó que consultado con el licenciado Alvarez, de muchos de ellos se hizo justicia, a unos cortando las cabezas, y a otros ahorcando con título y renombre de traidores; siendo de los muertos Alvaro de Carvajal, el capitán Hojeda, y Gomez Estacio, reservando la vida a Francisco Olmos, entendiendo no haber sido culpado.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino. Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y sesenta y ocho, escribe por otros términos la muerte de aquellos capitanes, que sacado a la letra, lo dice como se sigue.

Pizarro envió tras Blasco Núñez a Juan de Acosta, con sesenta compañeros de a caballo a la ligera porque aguijase. El virey

anduvo lo posible hasta Tumebamba, con tanto trabajo y hambre, cuanto miedo. Alanceó a Gerónimo de la Serna, y a Gaspar Gil, sus capitanes, sospechando que se carteaban con Pizarro, y diz que no hacían; a lo menos Pizarro nunca recibió cartas dellos. Entonces hizo también matar a estocadas por la misma sospecha a Rodrigo de Ocampo. su maese de campo, que no tenía culpa, según todos decían, y que no se le merecía, habiéndole sustentado y seguido. Llegado a Quito mandó al licenciado Alvarez que ahorcase a Gomez Estacio, y a Alvaro de Carvajal, vecinos de Guayaquil, porque conjuraron de matarle, &c.

Hasta aquí es de Gomara. Estas nuevas muertes causaron mucho escándalo en todo el Perú, porque sobre ellos decían los maldicientes cuanto se les antojaba; y dañaron mucho al partido del visorey, porque como no fué manifiesta la culpa, ni la averiguación del a, más de sospechas, muchos que pretendían ir a servir al visorey, lo dejaron de hacer por temer no les acaeciese lo mismo.

Dejarlos hemos al visorey en Quitu y a Gonzalo Pizarro en el camino en pos dél, por decir lo que entre tanto que estas cosas pasaban en el reino de Quitu, sucedieron en la provincia de los Charcas, que hay setecientas leguas de la una a la otra, y son los términos del Perú: cosa deadmiración que la misma porfía pasase setecientas leguas de tierra en medio.

CAPITULO XXVII

LA MUERTE DE FRANCISCO DE ALMENDRAS. EL LEVANTAMIENTO DE DIEGO CENTENO. LA RESISTENCIA QUE ALONSO DE TORO LE HIZO, Y ALCANCE LARGO QUE LE DIO

YA se dijo arriba como muchos vecinos de la villa de Plata vinieron a servir al visorey, llamados por su provisión, aunque sabiendo en el camino su prisión se volvieron a sus casas. Gonzalo Pizarro como está dicho, envió a aquella villa por su teniente a Francisco de Almendras, hombre que seguía de veras el bando de Gonzalo Pizarro; y como tal, sabiendo que un caballero principal de los de aquel pueblo, llamado don Gomez de Luna, había dicho en su casa que no era posible que algún día no reinase el emperador, le prendió y puso en la cárcel pública con guardas; y porque los del cabildo le rogaron que lo soltase, o a lo menos le pusiese en prisión conforme a la calidad de su persona; y no dándoles Francisco de Almendras buena respuesta, hubo alguno dellos que se la dió mala, y dijo que si él no le soltaba ellos le soltarían. El teniente se ofendió desto, y por entonces disimuló su enojo, y a la media noche fué a la cárcel y dió garrote a don Gomez, y sacándole a la plaza le hizo cortar la cabeza. Lo cual, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veinte y uno, por estos términos: sintieron mucho todos los vecinos, pareciéndoles que a cada uno tocaba aquel agravio, especialmente lo sintió un vecino de aquella ciudad, llamado Diego Centeno, natural de Ciudad-Rodrigo, por ser muy grande amigo de don Gomez. Y aunque este Diego Centeno en el primer levantamiento de Gonzalo Pizarro le siguió y vino con él desde el Cosco a los Reyes, siendo de los principales votos del ejército, como procurador de la provincia de los Charcas; después viendo que la mala intencion de Gonzalo Pizarro se estendía a mucho más de lo que a los principios había publicado, con su licencia se volvió a su casa, e indios, donde residía al tiempo que acaeció esta muer-

te de don Gomez; la cual determinó vengar por la mejor vía que pudiese, y sacar de la tiranía de Francisco de Almendras las personas y vidas de los que con él vivían debajo de su mando. Comunicolo con los más principales vecinos de aquella tierra, especialmente con Lope de Mendoza, y Alonso Perez de Esquivel, Alonso de Camargo, Hernan Nuñez de Segura, Lope de Mendieta, Juan Ortiz de Zárate, su hermano y otros, de cuyas intenciones tenía confianza; y entre todos acordaron matar a Francisco de Almendras, como lo hicieron un domingo, juntándose en casa de Almandras para ir con él a misa: diéronle de puñaladas, y no acabado de morir dellas, lo sacaron a la plaza y cortaron la cabeza por traidor, y alzaron banderas por su magestad sin que hubiese dificultad en apaciguar el pueblo, porque Francisco de Almendras estaba mal quisto: pusiéronse en orden de guerra: nombraron a Diego Centeno por capitán general, el cual nombró capitanes de a pie y de caballo, y comenzó a juntar gente y proveerse con gran diligencia de armas y las demás cosas necesarias: puso guardas en los caminos, porque no se supiese lo que había hecho. Envió a Lope de Mendoza a Arequepa para que si pudiese prendiese a Pedro de Fuentes, que estaba allí por teniente de Gonzalo Pizarro. El cual luego que supo por los indios lo que en los Charcas había pasado, desamparó la ciudad y Lope de Mendoza entró en ella; y con la gente, armas y caballos, y dinero que allí pudo recoger, se volvió a juntar en la villa de la Plata con Diego Centeno. Hallaron que tenía doscientos y cincuenta hombres bien aderezados. Diego Centeno los juntó y les hizo una larga plática de todo lo hasta entonces acaecido por Gonzalo Pizarro sobre las ordenanzas: condenó la intención de Gonzalo Pizarro trayéndoles a la memoria las muertes que había hecho en los que pretendían servir al rey, y como con amenazas y fuerzas de ar mas se había hecho nombrar por gobernador de aquel imperio, y que había tomado mucha hacienda, así de la de su magestad, como de muchos particulares, y quitado repartimientos de indios, y puéstolos en su cabeza; consentido que públicamente hablasen en perjuicio y deservicio de su rey; sin estas cosas dijo otras muchas contra Gonzalo Pizarro; y al fin dellas trajo a la memoria la obligación que como buenos vasallos tenían de servir a su rey, y el mal renombre que cobrarían de hacer lo contrario. Con estas razones persuadió Diego Centeno a los suyos a que se ofreciesen de obedecerle y seguirle donde quiera que fuesen.

Envió luego un capitan al camino del Cosco para que le guardase y procurase que la nueva de lo que había hecho no fuese al Cosco hasta que hubiese recogido más gente, y preparádose de armas y caballos, más pólvora, y bastimento; más por mucha diligencia que pusieron en guardar el secreto, no fué posible guardarlo; porque por la vía de los indios llegó la nueva al Cosco, y cien leguas adelante al Septentrion, camino de los Reyes, donde estaba Alonso de Toro, te-

niente de Gonzalo Pizarro, guardando aquel camino; porque temiendo Gonzalo Pizarro no se le fuese el visorey por la sierra al Cosco, le había enviado a mandar que guardase y defendiese con cien hombres aquel paso. Allí tuvo Alonso de Toro las nuevas, no solamente del alzamiento de Diego Centeno, y muerte de Francisco de Almendras, más también muy en particular de la cantidad de gente, el número de caballos y arcabuces, y todo lo demás que hasta entonces se había hecho, que los indios lo contaron largamente Lo cual sabido por Alonso de Toro, fué apriesa al Cosco, hizo gente, apercibió los vecinos y regidores de aquella ciudad, y persuadióles a que tomasen la defensa de Gonzalo Pizarro contra Diego Centeno: díjoles que él pensaba ir con él, pues en la ciudad había gente armada y caballos para resistirle y aún sobrepujarle: y para justificar su causa, dijo que Diego Centeno había hecho aquel alboroto sin título, ni autoridad que para ello tuviese, sino movido de su particular interés, aplicándolo al servicio de su magestad; porque siendo Gonzalo Pizarro legítimo gobernador de aquellos reinos, y habido por tal, teniéndolos pacíficos y quietos, y estando esperando lo que su magestad sobre ello proveería para obedecerle, Diego Centeno había hecho injustamente aquel levantamiento sin causa alguna, que era razón resistirle y castigarle como merecía un alboroto tan escandaloso. Por otra parte quiso abonar el partido de Gonzalo Pizarro: díjoles que trajesen a la memoria y considerasen lo que Gonzalo Pizarro había hecho por todos los vecinos y soldados de aquel imperio, en haberse puesto a la defensa de todos ellos en la revocación de las ordenanzas, en lo cual había puesto al tablero su persona y bienes en beneficio común de todos; pues era notorio, que si las ordenanazs se cumplieran y ejecutaran, a ningún vecino le quedaba hacienda, ni soldado podía parar en la tierra; pues los vecinos los alimentaban y sustentaban, y que por este beneficio los unos y los otros estaban obligados a favorecer su partido, y que Gonzalo Pizarro no había ido contra lo que su magestad había proveído, ni declarádose en cosa alguna contra su servicio; pues yendo a suplicar de las ordenanzas,halló que la audiencia había preso al visorey, y desterrádole del reino y que Gonzalo Pizarro, como gobernador, lo gobernaba y tenía a su cargo; y que si había ido contra el visorey, había sido por requerimientos, mandato y provisión de la audiencia real; y que para que viesen que era justificada su causa, les dijo que mirasen que el licenciado Cepeda, oidor de su magestad, y más antiguo de su audiencia había ido con Gonzalo Pizarro. También le dijo que no era bien que nadie tratase si los oidores habían podido darle la gobernación o no, porque aquel caso era para que su magestad lo determinase; y que hasta entonces no habían visto cosa en contrario, que ninguno merecía ni podía gobernar aquel imperio con más mérito ni más satisfaccion de todos, porque lo había ganado con sus hermanos a su costa y riesgo, y conocía a los demás conquistadores, y

sabía los trabajos y méritos de cada uno para gratificarlos, lo cual no podían hacer los gobernadores nuevamente idos de España.

Con estas cosas, y otras muchas semejantes que les dijo, y con su áspera y mala condición, se hizo obedecer, que nadie le osó contradecir; y así trataron de seguirle contra Diego Centeno. Alonso de Toro hizo gente, llamose capitan general, nombró capitanes, tomó todos los caballos que en la ciudad había de los hombres inhábiles e impedidos por enfermedad para la guerra, y a los vecinos hizo ir personalmente con él Con estas diligencias juntó casi trescientos hombres medianamente armados. Salió seis leguas del Cosco al Mediodía, donde por no tener nuevas de los contrarios paró más de veinte días; al fin dellos siguió su camino a buscar al enemigo, pareciéndole que perdía tiempo en esperar nuevas dél, llegó doce leguas de donde estaba Diego Centeno, el cual se retrajo por tener dividida su gente en dos partes; más con todo eso se enviaron mensageros y rehenes de los unos a los otros para tratar de aquel negocio, si fuese posible no llegar a rompimiento; más luego se vió que no había medio ni término de paz. Alonso de Toro fué a dar la batalla al enemigo. Diego Centeno y los suyos acordaron que no era bien aventurar un negocio tan grande, porque si les sucedía mal cobraban mucha pujanza los enemigos y el partido de su magestad lo perdía: con esto se retrajeron, llevando gran número de carneros cargados de comida, y los curacas principales de aquellas provincias metiéronse por un despoblado de más de cuarenta leguas de travesía. Alonso de Toro les fué siguiendo hasta la villa de Plata, que son ciento y ochenta leguas del Cosco: hallóla casi despoblada con mal aparejo para residir en ella, porque no había comida, y los indios, por la ausencia de sus curacas, andaban amontonados, acordó no seguirles más, sino volverse al Cosco. Adelantóse con cincuenta de a caballo que llevó consigo; dejó al capitán Alonso de Mendoza con treinta hombres en muy buenos caballos escogidos, que fuesen en retaguardia y llevasen la demás gente por delante, y la defendiesen de Diego Centeno si saliese sobre ellos, y así fuesen hasta el Cosco donde le hallarían.

CAPITULO XXVIII

DIEGO CENTENO ENVIA GENTE TRAS ALONSO DE TORO. EN LA CIUDAD DE LOS REYES HAY SOSPECHAS DE MOTINES. LORENZO DE ALDANA LAS AQUIETA. GONZALO PIZARRO ENVIA A LOS CHARCAS A SU MAESE DE CAMPO FRANCISCO DE CARVAJAL, Y LO QUE FUE HACIENDO POR EL CAMINO

LA vuelta de Alonso de Toro para la ciudad del Cosco supo Diego Centeno por aviso de los indios, de que se admiró grandemente, que yendo con toda pujanza sobre él se retirase tan sin causa: imaginó de la novedad de la vuelta de Alonso de Toro tan apriesa, y su gente dividida en tres partes, no podía ser sino de mucha desconfianza y mala voluntad que hubiese sentido en los suyos; parecióle gozar de la ocasión: envió al capitan Lope de Mendoza con cincuenta hombres en buenos caballos a la gineta, que fuesen en pos de los contrarios para recoger los que se le pasasen. Lope de Mendoza alcanzó hasta cincuenta hombres de los que iban en la segunda cuadrilla, que Alonso de Mendoza aún no había salido de la villa de la Plata; quitoles los caballos y armas, aunque se los volvieron luego con algún socorro y dineros, porque prometieron de servir en la jornada. Algunos de ellos ahorcó, aunque los historiadores no dicen cuantos, por sospechosos y demasiadamente amigos de Alonso de Toro. Lope de Mendoza revolvió sobre Alonso de Mendoza, el cual, sabido el suceso se fué por otro camino, de manera que no le alcanzaron. Diego Centeno llegó luego a la villa de Plata. Acordaron asentar allí para recoger la gente que les viniese y pertrecharse de armas y de lo más necesario. Alonso de Toro llegó al Cosco sin dar razón de su retirada tan repentina y desordenada que hubiese dado ocasión a que su enemigo. yendo de caída revolviese sobre él y le hiciese ventajas, y que las hiciera mayores si tuviera ánimo de seguirle. Todos estos sucesos se supieron en la ciudad de los Reyes, y como allí hubiese gente de am-

bos bandos, los del visorey, cobrando nuevo ánimo, trataban casi en público de irse a juntar con Diego Centeno, y la remisión que Lorenzo de Aldana mostraba en castigar estas cosas, daba sospecha a los de Gonzalo Pizarro, que pues las consentía, pretendía ser cabeza dellos.

Con este temor se fueron a él y le dieron cuenta de las desvergüenzas de los que hablaban con libertad. A lo cual ayudó también la nueva que entonces llegó a los Reyes, de las muertes que el visorey había dado a los suyos,y de los alcances que Gonzalo Pizarro había dado al visorey, y cuán apretado lo traía. Esa mala nueva de la pérdida y desgracias del visorey, y muertes que en los suyos hizo, quitó el ánimo a los que por él se declaraban y se lo dió a los de el bando de Pizarro, de tal manera que a los principales de él les pareció que se podían declarar con Lorenzo de Aldana; y así le dijeron que en aquella ciudad había personas sospechosas que inquietaban su partido con palabras escandalosas, que sería bien castigarlos con muertes y destierro, que ellos se ofrecían a dar información de quiénes y cuántos eran. Lorenzo de Aldana respondió que no lo había sabido, que se hiciese luego diligencia que él los castigaría severamente.

Con esta respuesta prendieron los denunciadores quince personas y el alcalde Pedro Martín de Sicilia, o de Don Benito, que ambos apellidos le daban, quiso darles tormento, y corrieran mucho riesgo si lo ejecutara, que por poco que confesaran los matara Pedro Martín, según el afición que tenía al bando de Gonzalo Pizarro. Lorenzo de Aldana que lo sintió, se los quitó de entre las manos y los llevó a su posada, diciendo que en ella estarían más guardados, para que no se huyesen: y allí les daba todo lo que había menester, y so color de castigo los desterró de la ciudad en un navío que les dió, y debajo de secreto, habló con algunos dellos, manifestándoles su intención, que la supiesen para adelante. Los del bando de Gonzalo Pizarro quedaron muy descontentos del poco o ningun castigo que Lorenzo de Aldana en aquellos hombres hizo, y les creció la sospecha que era del bando contrario. Dieron aviso dello a Gonzalo Pizarro; más él no hizo novedad alguna con Lorenzo de Aldana, porque lo tenía por amigo, y que estando tan lejos como en Quitu, y Lorenzo de Aldana tan bien quisto como lo era, no podría salir con el hecho si quisiese descomponerle. Supo Gonzalo Pizarro en este tiempo el levantamiento de Diego Centeno, y las cosas sucedidas en los Charcas: quiso remediarlas pareciéndoles que eran de más importancia que las de la ciudad de los Reyes, y habiéndolo consultado con sus capitanes, dió sus poderes a su maese de campo Francisco Carvajal para que fuese a aquella empresa: los capitanes aconsejaron esto a Gonzalo Pizarro con mucha instancia, unos por gobernar ellos a solas, y otros por el temor que tenían a la mala condición de Francisco de Carvajal: los unos y los otros decían, que para negocio tan importante convenía la esperiencia

y consejo de tal persona. Carvajal se partió de los términos de Quitu con solas veinte personas de confianza que le acompañaron; llegó a la ciudad de San Miguel, donde le recibieron con muestra de aplauso: prendió seis regidores principales del pueblo, díjoles las quejas que Gonzalo Pizarro, contra ellos tenía, por haberle sido tan contrarios, y haber favorecido el partido del visorey con tantas veras, por lo cual había determinado meter a fuego y a sangre aquella ciudad, y no dejar hombre a vida en ella; pero que considerando que aquel daño no lo había hecho la gente plebeya sino la principal, se había resuelto en castigar los principales y no todos, porque no fuese tanto el daño, sino los que tenía escogidos; y así les mandó que se confesasen, y hizo dar garrote al uno dellos, de quien tenía mayor queja, porque había ayudado y dado industria como se abriese el sello real con que el visorey despachaba, porque era práctico en aquella arte. Los demás escaparon por buena diligencia que sus mugeres y sus amigos hicieron con junta de clérigos y frailes que rogaron a Carvajal los perdonase, el cual lo concedió condenándolos a destierro de aquella provincia, y privacion de sus indios, y en cada cuatro mil pesos. De allí pasó a Trujillo recogiendo toda la gente y dineros que podía. Echó emprestidos, y cobrándolos con toda priesa, pasó a la ciudad de los Reyes, donde con los que llevaba recogió doscientos hombres bien aderezados, y con ellos se partió la via del Cosco por la sierra; llegó a la villa de Huamanca, y como dicen los autores también echó allí tributo, y lo cobró.

Entre tanto se ordenó otro motin en la ciudad de los Reyes para matar a Lorenzo de Aldana, que la gente andaba entonces dispuesta para motines, que a cada paso los hacían, sin mirar los medios ni fines de ellos, y asi perecieron los mas de los autores. Y este que fue el tercero de los que se trataron en la ciudad de los Reyes; se apaciguó con muerte de tres o cuatro de los autores, y causó la de otros cinco o seis, que Francisco de Carvajal mató de los suyos en Huamanca, porque los de la ciudad de los Reyes acusaron a los que iban con Francisco de Carvajal. El cual supo en Huamanca la retirada de Diego Centeno, y los alcances que Alonso de Toro le dió, y cómo se había vuelto victorioso a la ciudad del Cosco. Pareciole a Francisco de Carvajal que pues no habia por qué temer a Diego Centeno, no había para qué pasar adelante; y asi acordó volverse a los Reyes, y tambien lo hizo por no verse con Alonso de Toro, porque era su émulo, a quien Gonzalo Pizarro por cierta enfermedad que Alonso de Toro tuvo, le quitó el cargo de maese de campo como atrás se dijo, y se lo dió a Carvajal, por lo cual no se llevaban bien estos dos personajes. Carvajal se volvió a los Reyes, mas apenas habia llegado a la ciudad cuando le alcanzaron las nuevas de que Diego Centeno había salido de las montañas, y seguido la gente de Alonso de Toro, y que había preso y reducido a su amistad y compañía mas de cincuenta hombres de ellos,

y que Alonso de Mendoza se había retirado por otra parte. Por lo cual le pareció volver contra Diego Centeno, y así lo puso por obra, y por no verse con Alonso de Toro no quiso ir por el Cosco sino por Arequepa; y así fué a aquella ciudad por la costa adelante. Lo cual sabido por Alonso de Toro y por el regimiento del Cosco, le escribieron que no saliese de Arequepa para ir contra Diego Centeno, sino del Cosco, porque no pareciese que desfavorecia aquella ciudad siendo cabeza del imperio. Carvajal hizo lo que le pidieron, más por lo que a él le tocaba, que era llevar mas gente del Cosco, que no por acudir a ruegos agenos; y así con toda diligencia fue al Cosco, donde se recibieron él y Alonso de Toro con recelo, temor y sospecha el uno del otro, pero no hubo en público cosa alguna. Luego otro dia prendió Carvajal cuatro vecinos del Cosco, y sin dar cuenta dello a Alonso de Toro los ahorcó porque no eran de su bando, de que el émulo quedó mas quejoso que antes estaba. Carvajal sacó trescientos hombres bien apercebidos, los ciento de caballo y los demás infantes; fué con ellos al Collao donde estaba Diego Centeno, y llegó a menos de diez leguas dél. Diego Centeno imaginando, como todos lo decían, que la gente de Carvajal iba muy descontenta y que se le pasaria, dió un arma de noche a Francisco de Carvajal con ochenta hombres, y se puso tan cerca de los enemigos, que se hablaron unos a otros. Mas hallose burlado de sus imaginaciones, porque Carvajal puso tan buena órden en su gente, que no consintió que nadie saliese del órden y escuadron en que los tenía puestos, ni su gente estaba tan descontenta como la fama publicaba, que si lo estuviera no era posible que un hombre solo resistiera a trescientos que llevaba que no se le fueran unos por un cabo y otros por otro. Este nombre de malquisto dan los autores a Carvajal, diciendo que trataba muy mal a su gente, y que no les pagaba sino con malos tratamientos y peores palabras; pero los hechos tan grandes que ellos mismos cuenten dél, y como los acababa tan a gusto y provecho, dicen de qué manera debia de tratar su gente, pues le ayudaban a hacer cosas tan grandes.

Cruel fue, que no se puede negar; pero no con los de su bando sino con sus enemigos, y no con todos sino con los que él llamaba pasadores y tejedores, que andaban pasándose de un bando a otro como lanzaderas en un telar; por lo cual les llamaba tejedores, y adelante donde se ofreciere, diremos mas de Carvajal, que cierto fue bravo hombre de guerra, que mostró bien haber sido soldado del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Sesa, y de los demás capitanes de su tiempo. Diego Centeno, viendo que nadie le acudia como lo pensó, se retiró con buena órden y concierto, que siempre lo llevó todo el tiempo, que le duraron estos alcances de su enemigo, hasta que de el todo le deshicieron.

LOS LIENZOS HISTORICOS DE LA EPOCA COLONIAL



Este célebre lienzo que se encuentra en la Iglesia de la Compañía en el Cuzco, representa el enlace de dos caballeros españoles con dos damas nobles indias; en el primer grupo (de izquierda a derecha) Doña Beatriz Clara Coya nieta del emperador Huayna Capac y su esposo don Martín de Loyola, sobrino de San Ignacio. En el centro, el santo fundador de la Compañía de Jesús y San Francisco de Borja. El grupo de la derecha representa a doña Ana María Cusi Coyllur (hija de doña Beatriz y de Loyola) y a su esposo don Juan de Enríquez nieto de San Francisco de Borja. El cuadro muestra además dos detalles, a derecha e izquierda: un grupo representando la monarquía indiana con el Inca y la Coya, y el matrimonio de D Juan Enríquez y doña Ana María, verificado en España ante el Arzobispo de Toledo

Este cuadro histórico, de gran tamaño, se halla colocado en uno de los lados del atrio de la iglesia de la Compañía, y servía de estímulo a la población india que veía así honrada la estirpe de los descendientes de los Incas. Garcilaso de la Vega nos ha contado de la estirpe de los desposados. (Primera Parte de los Comentarios Reales, t. III c, XXXVIII. y las notas correspondientes).

CAPITULO XXIX

PERSIGUE CARVAJAL A DON DIEGO CENTENO. HACE UNA ESTRAÑA CRUELDAD CON UN SOLDADO Y UNA BURLA, QUE OTRO LE HIZO A EL.

FRANCISCO de Carvajal, luego que amaneció, siguió a su enemigo con sus infantes en escuadrón formado, y por sobresalientes los caballos que le fuesen picando la retaguardia. Diego Centeno se retiró, y la noche siguiente y otras tres o cuatro dió arma a Francisco de Carvajal, con la esperanza que todavía llevaba, de que algunos se le pasarían; más viendo que se hallaba burlado, dió en poner su gente en cobro para que el enemigo no se la maltratase. Caminó a toda furia a doce, y a trece, y a quince leguas por día, como los autores dicen. Echaba adelante los impedimentos de su ejército, y él iba siempre detrás con la gente más suelta y más bien armada que llevaba. El enemigo era tan diligente en seguirle, que por mucho que Diego Centeno caminase, casi nunca le perdía de vista en su escuadrón formado, en que llevaba dos docenas de picas; y decía que aquellas yendo siempre arboladas, habían de destruir a su enemigo como lo hicieron. Diego Centeno con los más escogidos de los suyos, hacía rostro a Francisco de Carvajal, principalmente en los pasos estrechos que por el camino hallaban. En ellos le embarazaba dos y tres días que no le dejaban pasar adelante. Mandaba que entre tanto la gente impedida y todo el bagage caminase a toda priesa, y cuando sentía que habría caminado veinte leguas o más, dejaba a Carvajal, y se daba priesa por alcanzar los suyos; y cuando llegaba a ellos decían todos: bendito sea Dios que nos dejará descansar aquel tirano siquiera dos días, mientras que caminaba las leguas que hay enmedio. Pero a muchos de los de Diego Centeno les oí decir en este paso, que apenas

Luego volvían a su retirada a toda diligencia, y Diego Centeno se ponía en la retaguardia, a defensa de los suyos. Un día de aquellos acaeció, que en un paso estrecho, donde había unos peñascos y estrechura de camino, Diego Centeno y sus pocos compañeros detuvieron al enemigo más de medio día, y a cerca de la noche se retiraron. Uno dellos, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que era arcabucero, e iba en una yegua, quiso hacer un buen tiro con su arcabuz, no considerando bien el peligro a que se ponía; apeóse de su yegua, púsose tras un peñasco por tirar de mampuesto y no perder su tiro: empleolo bien que delante de Carvajal mató un buen caballo. Cuando el pobre arcabucero fué a tomar su yegua, que en confianza de su ligereza se había atrevido a ser el postrero de los suyos, la yegua le huyó asombrada del trueno del arcabuz de su amo, e incitada de los caballos sus compañeros que iban delante; de manera que el buen soldado quedó desamparado. Los de Carvajal le prendieron, y se lo llevaron y presentaron. El cual enfadado de tanta y tan valerosa resistencia como sus contrarios le hacían, y enojado del atrevimiento y temeridad de aquel soldado, mandó (por darle mayor tormento que con muerte breve) que desnudo en cueros como nació, atado de piés y manos, lo dejasen en un lapachar que allí había, al frío de aquella tierra, que es tan grande, que los indios tienen cuidado de meter debajo de techado sus cántaros y ollas, y cualquiera otra vasija de barro, porque si se descuidan y las dejan al sereno las hallan otro día reventadas del mucho frío. En aquel puesto tan riguroso y cruel pasó el pobre soldado toda la noche, dando gritos y ahullidos, pidiendo misericordia, diciendo: cristianos, ¿no hay alguno de vosotros que de mí se duela y apiade y me mate, para librarme del tormento que aquí paso?; que me haréis la mejor caridad del mundo, y Dios os lo pagará.

Con estas lamentaciones repetidas muchas veces, pasó el pobre hombre la noche, y cuando vino el día y se entendió que Carvajal le diera lo pasado por castigo, le mandó dar garrote, que cierto tengo para mí que fué la mayor de sus crueldades; y luego dió en seguir a sus contrarios, continuando los alcances tan rigurosamente como se ha dicho. Los de Diego Centeno, no pudiendo sufrir el continuo trabajo que de día y de noche pasaban, enflaquecieron mucho así ellos como sus caballos, de los cuales prendía Carvajal todos los que podía alcanzar, y los enemigos más notorios mataba, sin perdonar alguno: otros que no lo eran tanto perdonaba a ruego de los suyos. No se permite dejar en el olvido una burla que en estos tiempos y en estos alcances hizo un soldado a Francisco de Carvajal, entre otras muchas que en el discurso de esta guerra le hicieron. Muchos soldados pobres iban a Francisco de Carvajal en toda la temporada que fué maese de campo, y se le ofrecían, diciendo cada cual: señor, yo vengo tantas leguas de aquí a pie y descalzo solo por servir al gobernador mi señor: suplico a vuesa merced mande proveerme de lo necesario para que yo

le pueda servir. Francisco de Carvajal les agradecía su voluntad, y les pagaba el trabajo del camino con proveerles de armas y caballos, vestidos y dineros lo mejor que podía.

Muchos de estos soldados se quedaron en su servicio, y le sirvieron muy bien, hasta el fin de la guerra: otros muchos no iban sino a que les proveyese de armas y caballos para huirse en pudiendo al bando del rey. A uno de estos soldados proveyó Carvajal en aquellos alcances de una yegua, que no tenía más. El soldado, que tenía intención de huirse, era muy tardío en los alcances, que siempre era de los postreros: por otra parte hacía grandes bravatas, diciendo, que si tuviera una buena cabalgadura, que fuera de los primeros, y el que más persiguiera a los contrarios. Carvajal enfadado de oírselo tantas veces, le trocó la yegua por una muy buena mula, y le dijo: señor soldado, he aquí la mejor cabalgadura que hay en nuestra compañía; tómela vuesa merced porque no se queje de mí; y por vida del gobernador, mi señor, que si no amanece mañana doce leguas delante de nosotros, que me lo ha de pagar muy pagado. El soldado recibió la mula, y oyó la amenaza; y por no verla cumplida se huyó aquella noche, y tomó el camino en contra del que Carvajal llevaba en seguimiento de sus enemigos, porque no fuese ni enviase a nadie tras él; y dióse tan buena diligencia, que al salir del sol había caminado once leguas. Aquella hora topó otro soldado conocido suyo que iba en busca de Francisco de Carvajal, y le dijo: hacedme merced, señor Fulano, de decirle al maese de campo que le suplico me perdone, que no he podido cumplir lo que me mandó, que no he caminado más de once leguas; pero que de aquí a medio día caminaré las doce, y otras cuatro más. El soldado, no sabiendo, que el otro se había huído, se lo dijo a Carvajal, entendiendo que lo enviaba a algún recaudo de mucha diligencia. Carvajal se enfadó más de la segunda desvergüenza que de el primer atrevimiento, y dijo: a estos tejedores (que así llamaba a los que se iban a él, y se volvían al rey) les conviene andar confesados, porque los que yo topare me han de perdonar, que los he de ahorcar todos, porque no tengo necesidad de que vengan a engañarme, a quitarme mis armas y caballos, los que yo procuro para los míos, y que después de armados y arreados se me huyan; y de los clérigos y frailes que fueren espías he de hacer lo mismo; los religiosos y sacerdotes esténse en sus iglesias y conventos rogando a Dios por la paz de los cristianos, y no se atrevan en confianza de sus hábitos y órdenes a hacer tan mal oficio como ser espías; que si ellos mismos desprecian lo que tanto se debe preciar, ¿qué mucho que los ahorque yo, como lo he visto hacer en las guerras que he andado?

Esto dijo Carvajal con mucho enojo, y lo cumplió después en los unos y en los otros, como lo dicen los historiadores; y con estos tejedores que le engañaban mostraba él su ira y crueldad, que a los soldados que derechamente servían al rey sin pasarse de una parte a

otra, les hacía honra cuando les prendía, y procuraba regalarles por ver si pudiese hacerlos de su bando. Dejaremos con su enojo a Carvajal en la persecución y alcances que daba a Diego Centeno, por volver a decir lo que Gonzalo Pizarro daba al visorey, porque los unos y los otros fueron en un mismo tiempo y casi en unos mismos días. (14)



(14) El cuarto tomo de los *Quinquenarios*, o sea la relación, por quínquenios, de "Las guerras mas que civiles que hubo en el Perú" escrito por Pedro Gutierrez de Santa Clara, esta dedicado a relatar los hechos delictuosos cometidos por el Maestre de Campo D. Francisco de Carbajal, y el episodio contado por Garcilaso esta descrito con tal lujo de detalles que hacen honor a la biografía del cruel teniente de Gonzalo Pizarro.

CAPITULO XXX

GONZALO PIZARRO DA GRANDES ALCANCES AL VISOREY HASTA ECHARLE DEL PERU. PEDRO DE HINOJOSA VA A PANAMA CON LA ARMADA DE PIZARRO.

YA dijimos atrás cómo el visorey entró en Quitu, y Gonzalo Pizarro iba en sus alcances; y aunque su gente no iba más descansada ni más bastecida de comida, antes en este particular iban más necesitados que sus enemigos, porque el visorey ponía mucho cuidado en no dejar bastimento alguno de que su contrario pudiese aprovecharse; más con todo eso eran tantas las ansias de acabarle, que no cesaban de seguirle de día y de noche, como lo dice Zárate, libro quinto, capítulo veinte y nueve, por estas palabras.

Gonzalo Pizarro siguió al visorey desde la ciudad de San Miguel, de donde se retiró hasta la ciudad de Quitu, que son ciento y cincuenta leguas, llevando tan a porfía el alcance, que casi ningún día se pasó en que no se viesen, y hablasen los corredores, y sin que en todo el camino los unos y los otros quitasen las sillas a los caballos, aunque en este caso estaba más alerta la gente del visorey; porque si algun rato de la noche reposaban era vestidos, y teniendo siempre los caballos de el cabestro, sin esperar a poner toldos, ni aderezar las otras formas que suelen tener los caballos de noche, mayormente por los arenales, donde no hay arbol ninguno, y la necesidad ha enseñado el remedio; y es, que llevan unas talegas o costales pequeños, los cuales en llegando al sitio donde han de hacer noche, los hinchen de arena, y cavando un hoyo grande los meten dentro, y después de atado el caballo tornan a cubrir el hoyo, pisando y apretando la arena. Demás desto, ambos ejércitos pasaron gran necesidad de comida, en especial el de Gonzalo Pizarro que iba a la postre, porque el visorey ponía gran diligencia en alzar los indios y caciques, para que el enemigo hallase el camino desproveído; y era tanta la priesa con que se retiraba

el visorey, que llevaba consigo ocho o diez caballos, los mejores de la tierra, que había podido recoger, llevándolos algunos indios de diestro, y cansándose el caballo lo dejaba desjarretado, porque sus contrarios no se aprovechasen dél. En este camino juntó consigo Gonzalo Pizarro al capitan Bachicao, que vino de Tierra Firme de la jornada que tenemos dicho, con trescientos y cincuenta hombres, y veinte navíos y gran copia de artillería; y tomando la costa más cercana a Quitu fué a salir al camino a Gonzalo Pizarro, Llegados a Quitu, tuvo juntos Gonzalo Pizarro en su campo más de ochocientos hombres, entre los cuales estaban los principales de la tierra, así vecinos como soldados, con tanta prosperidad y quietud, cuanta jamás se vió tener hombre que tiránicamente gobernase; porque aquella provincia es muy abundante de comida, y poco tiempo antes se habían descubierto en ellas muy ricas minas de oro, del cual hubo gran suma de los repartimientos de los vecinos que le negaron, y de los quintos de su magestad, y de las cajas de los difuntos. Allí supo Gonzalo Pizarro que el visorey estaba cuarenta leguas de Quitu, en la villa de Pasto, que entra en la gobernación de Belalcazar; y determinó de irlo a buscar, aunque todo este alcance se hizo sucesivamente, y casi sin que hubiese dilación entre uno y otro, porque Gonzalo Pizarro se detuvo en Quitu muy poco, tanto que saliendo contra él de Quitu, hubo refriegas entre la gente de ambos campos, en un sitio que se dice Río Caliente. Y sabiendo el visorey en Pasto la venida de Gonzalo Pizarro, a gran priesa se salió de la ciudad, y se metió la tierra adentro hasta llegar a la ciudad de Popayan; y habiéndole seguido Gonzalo Pizarro veinte leguas mas adelante de Pasto, determinó volverse a Quito, porque allí adelante la tierra era muy despoblada y falta de comida; y asi se tornó a Quito, habiendo seguido el alcance del visorey tanto tiempo, y por tanto espacio de tierra, pues se puede afirmar que le siguió desde la villa de Plata, de donde la primera vez salió contra él, hasta la villa de Pasto, en que hay espacio de setecientas leguas, que ocuparían mas de mil leguas de las ordinarias de Castilla, &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Sin lo que escriben los historiadores de esta jornada, es de saber, que el visorey habiendo pasado el Rio Caliente le pareció que sus contrarios se contentarían con haberle echado de los términos del Perú fuera de toda su jurisdiccion, y que no le seguirían mas, y él quedaría en paz para determinar lo que mejor le estuviese; mas pocas horas después que tuvo estas imaginaciones y las hubo platicado con sus capitanes, vieron asomar la gente de Gonzalo Pizarro que bajaba por una larga cuesta que desciende al rio, con la priesa y furia que siempre llevaban por alcanzarle. Entonces alzando las manos al cielo, hizo una esclamación diciendo: ¿es posible que se crea en tiempo alguno, cuando se diga que hubo españoles que persiguieron el estandarte real de su rey cuatrocientas leguas de tierra

que hay de la ciudad de los Reyes hasta aquí, de la manera que estos lo han hecho? Diciendo esto, levantó su gente apriesa para seguir su camino, porque el enemigo no descansaba por alcanzarle. Gonzalo Pizarro, como se ha dicho, se volvió a Quito, donde, como lo dice Zárate, estaba tan soberbio con tantas victorias y prósperos sucesos como había tenido, que comenzaba a decir palabras desacatadas contra su magestad, diciendo, que de fuerza o de grado le había de dar la gobernación del Perú, dando razones por donde era obligado a ello, y como si hiciese lo contrario se lo pensaba resistir; y aunque él lo disimulaba algunas veces, se lo persuadían públicamente sus capitanes, y le hacían publicar esta tan desacatada pretensión; y asi residió algún tiempo en la ciudad de Quito, haciendo cada día grandes regocijos, fiestas y banquetes, sin saber nuevas del visorey, ni el designio que tomaba en sus negocios: porque unos decían que se quería ir a España por la vía de Cartagena, y otros que se iría a Tierra-Firme, para tener tomado el paso, y juntar gente y armas para ejecutar lo que su magestad enviase a mandar; y otros decian que esperaría este mandato en la misma tierra de Popayan: que nunca nadie pensó que allí tuviera aparejo de rehacerse de gente para innovar ninguna cosa en aquellas negocios. Para cualquiera de todos estos fines, parecía a Gonzalo Pizarrro y a sus capitanes cosa conveniente estar apoderado de la Tierra Firme, por tener tomado el paso para cualquier suceso que viniese; y así para esto, como para estorbar al visorey que fuese a ella, mandó volver la armada que había traído Hernando Bachicao, y que fuese por general della Pedro de Hinojosa, que era su camarero, con hasta doscientos y cincuenta hombres; el cual se partió luego, y de Puerto Viejo envió en un navío al capitan Rodrigo de Carvajal, que fué a Panamá con las cartas que llevaba de Gonzalo Pizarro, por las cuales rogaba a los vecinos de aquella ciudad favoreciesen sus cosas; y que enviaba aquella armada para satisfacer los robos y desafueros que Bachicao había hecho en los moradores de aquella tierra, que habíad sido muy fuera de su voluntad, que ni lo había mandado ni imaginado. Rodrigo de Carvajal llegó cerca de Panamá tres leguas, y de un estanciero supo que estaban en ella dos capitanes del visorey, el llamado Juan de Guzman, y el otro Juan de Illanes, haciendo gente para llevársela de socorro a la provincia de Belalcazar, donde los esperaba, y que tenían juntos mas de cien soldados, y buena cantidad de armas, y que aunque había días que lo tenían todo apercibido, no se iban al visorey, sino que se estaban quedos para defender aquella ciudad de la gente de Gonzalo Pizarro, que tenían por cierto que habia de enviar para ocuparla. Rodrigo de Carvajal envió un soldado de secreto con las cartas a ciertos vecinos, los cuales dieron noticias dél a la justicia, y lo prendieron; y sabida la idea de Hinojosa y su intención, se puso en arma la ciudad, y envió dos bergantines a tomar la nao de Carvajal. El cual viendo la tardanza de su soldado, sospechó lo que fué, y se hizo a la vela, y los bergantines no la hallando, se volvieron.

CAPITULO XXXI

PEDRO DE HINOJOSA PRENDE A VELA NUÑEZ EN EL CAMINO. Y EL APARATO DE GUERRA QUE HACEN EN PANAMA PARA RESISTIRLE. Y COMO SE APACIGUO AQUEL FUEGO.

EL gobernador de Panamá llamado Pedro de Casaos, natural de Sevilla, fue con gran diligencia al Nombre de Dios: apercibió la gente que alli había: juntó las armas defensivas y ofensivas que pudo haber: llevólo todo consigo a Panamá, y apercibiose para resistir a Pedro de Hinojosa. Lo mismo hicieron los dos capitanes del visorey; y aunque antes entre ellos y Pedro de Casaos había habido alguna competencia sobre la superioridad, eligieron a Casaos por general. Pedro de Hinojosa habiendo despachado a Rodrigo de Carvajal, siguió su viaje a Panamá, procurando por la costa saber nuevas del visorey. En el puerto y rio de San Juan echó gente para saber lo que alli había; los cuales trajeron presos diez españoles: del uno dellos supo, que el visorey por la tardanza de sus capitanes Juan de Guzman y Juan de Illanes, enviaba a Panamá a su hermano Vela Nuñez para que llevase la gente que allí habia; y para hacer mucha mas, le habia dado mucho dinero de la hacienda real, y entregádole un hijo natural de Gonzalo Pizarro; y que Vela Nuñez había enviado a este soldado delante para que supiese lo que habia en la costa, y que él quedaba una jornada de allí. Lo cual sabido por Hinojosa, envió dos capitanes con gente; los cuales se dividieron por dos caminos conforme al aviso que les dió la espía doble. Tuvieron buena dicha, que los unos prendieron a Vela Nuñez, y los otros a Rodrigo Mejía, natural de Villa-Castin, que traía al hijo de Gonzalo Pizarro, y con ambos hubieron buen saco de mucha ganancia. Lleváronlos a Hinojosa, que holgó mucho con ellos; porque Vela Nuñez pudiera estorbarle en Panamá en sus pretensiones, y la restitución del hijo de Gonzalo Pizarro habia de ser de mucho contento a su padre; por la cual todos ellos se

regocijaron muy mucho por haber tenido tan próspero suceso en tan breve tiempo. Con esta fiesta y regocijo navegaba Pedro de Hinojosa hacia Panamá, cuando Rodrigo de Carvajal le salió al encuentro y le dió cuenta de lo que le había sucedido, y cómo aquella ciudad estaba puesta en arma para resistirle. Alegróse con la nueva, y púsose en órden de guerra; y así navegó hasta que un día de los del mes de octubre, del año mil quinientos y cuarenta y cinco, dió vista a Panamá con once navíos que llevaba, y doscientos y cincuenta hombres. La ciudad se alborotó grandemente: acudieron todos a sus banderas, y Pedro de Casaos fue por general; llevó mas de quinientos hombres, aunque los mas de ellos eran mercaderes y oficiales, gente tan poco práctica en la guerra, que ni sabían tirar ni manejar los arcabuces; y lo peor que tenían era la mala gana de pelear, porque les parecía que gente que venía del Perú, antes les había de ser de provecho que de daño en sus tratos y contratos y mercaderías; demás de que muchos de aquellos mercaderes, y aun los mas caudalosos, tenían sus haciendas en el Perú en poder de sus compañeros y fatores: temían que sabiendo Gonzalo Pizarro la contradicción que a los suyos le habían hecho, les había de tomar las haciendas: mas con todo eso se pusieron a todo punto de defensa en escuadron formado; y los principales que gobernaban el escuadrón, eran el general Pedro de Casaos, y Arias de Acebedo; el cual despues de venido a España, se avecindó en Córdoba, donde hoy viven los caballeros sus nietos. Eran también capitanes y caudillos, Juan Fernandez de Rebolledo, y Andres de Aravza, y los capitanes del visorey, Juan de Guzman, y Juan de Illanes, con otra mucha gente noble que allí había; los cuales todos pretendían defender la ciudad, asi por servir a su magestad, como por haber quedado escarmentados de las demasías y sinrazones que Bachicao les había hecho: temían que haría lo mismo Pedro de Hinojosa. El cual vista la resistencia, saltó en tierra con doscientos hombres bien apercibidos, gente veterana: los otros cincuenta dejó en guarda de los navíos. Fué marchando por la costa, llevó los bateles de los navíos con mucha artillería; con la cual si los enemigos les acometiesen, podían destruirlos. Dejó orden en los navíos, que si llegasen a rompimiento de batalla, ahorcasen a Vela Nuñez, y a otros prisioneros que con él tenían. Viendo el gobernador Pedro de Casaos la determinación de Pedro de Hinojosa, y que iba a buscarle, salió al encuentro con ánimo de pelear con él hasta vencer o morir. Llegando los unos y los otros a poco mas de tiro de arcabuz, salieron de la ciudad todos los clérigos y frailes que en ella había, con muchas cruces y otras santas insignias cubiertas de luto, tristeza y dolor; y a grandes voces clamaron al cielo y a la gentes, pidiendo paz y concordia, y diciéndoles, que pues eran cristianos y habían ido a aquellas tierras a predicar el santo Evangelio a aquellos infieles, no convirtiesen las armas contra sí mismos, pues era en daño é infamia comun de todos. Con estas voces detuvieron los dos escua-

drones que no llegasen a romper; y poniéndose entre los unos y los otros trataron de treguas, y alcanzaron que se diesen rehenes de una parte a otra. Hinojosa envió de su parte a don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera; y los de Panamá enviaron a don Pedro de Cabrera, ambos naturales de Sevilla. De parte de Hinojosa se alegaba que no sabían la causa por qué les resistían la entrada, pues no venían a hacer daño a ninguno, sino a satisfacer los agravios, robos y tiranías que de Bachicao los de aquella ciudad habían recibido, y a comprar por sus dineros lo necesario de ropa y bastimentos para su camino; y que traían precisa órden de Gonzalo Pizarro para no hacer agravio a nadie, ni pelear si no fuesen compelidos y forzados a ello; y que habiéndose proveído y reparado sus navíos, se habían de volver luego, y que el intento de su venida había sido buscar al visorey, hacerle que se fuese a España como los oídores lo habían enviado, porque andaba inquietando y alterando la tierra; y que pues no estaba en Panamá, no tenían para qué parar allí como ellos pensaban, y que les rogaban que no les forzasen a romper con ellos, porque hasta venir a lo que habían dicho, harían todos los comedimientos posibles por cumplir con el mandato que traían de Gonzalo Pizarro; y de otra manera, siendo forzados a pelear, harían lo que pudiesen para no ser vencidos.

De parte del gobernador Pedro de Casaos daban otras razones para fundar la sinjusticia que le hacían en querer entrar en forma de guerra con escuadrón formado en jurisdicción agena, aunque Gonzalo Pizarro gobernase jurídicamente como ellos decían; y que no tenían color ninguno para entremeterse en distrito ageno; y que las mismas promesas había hecho Bachicao; y después de apoderádose en la tierra, había hecho los robos y daños que ellos decían que venían a remediar. Los jueces comisarios que para esta diferencia se nombraron, deseando la paz y conformidad de ambas las partes proveyeron, que Hinojosa pudiese saltar en tierra y estar en la ciudad por espacio de treinta días con cincuenta soldados suyos para la seguridad de su persona; y que la armada con las demás gentes se volviese a las islas de las Perlas, y alli llevase los maestros y materiales necesarios para el reparo della; y que al fin de los treinta días se volviese al Perú. De una parte y otra se afirmaron estas paces con juramento y pleito homenage de guardallas, y se dieron rehenes.

Pedro de Hinojosa se fue a la ciudad con sus cincuenta soldados, y tomó una casa donde daba de comer a todos los que iban a ella, y permitía que los suyos jugasen y conversasen llanamente con los de la ciudad. Con lo cual (como lo dice Agustin de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y dos, que todo lo que vamos diciendo es suyo) dentro de tres días se le pasaron casi todos los soldados del visorey, que los capitanes Juan de Guzman y Juan de Illanes habían recogido. Lo mismo hizo la demás gente baldía que había en la ciudad, que no eran vecinos ni mercaderes, los cuales todos estaban aficionados al bando de Hino-

josa, por irse con él al Perú, que lo deseaban. De los unos y de los otros juntó Pedro de Hinojosa gran copia de gente, y los capitanes del visorey Juan de Illanes, y Juan de Guzman, viéndose desamparados de los suyos, tomaron secretamente un barco y se fueron con catorce o quince personas que les habían quedado. Hinojosa quedó pacífico: entendía en sustentar su ejército sin entremeterse en el gobierno ni administración de la justicia, ni consentir que los suyos hiciesen agravio alguno. Envió a don Pedro de Cabrera, y a Hernando Mejía de Guzman, su yerno, con gente al Nombre de Dios, para que guardasen aquel puerto y procurasen haber los avisos que les convenía haber para su seguridad, asi de España como de otras partes.

CAPITULO XXXII.

LO QUE MELCHOR VERDUGO HIZO EN TRUJILLO Y EN NICARAGUA, Y EN EL NOMBRE DE DIOS, Y COMO LO ECHAN DE AQUELLA CIUDAD.

EN este mismo tiempo sucedió en la ciudad de Trujillo una novedad que causó mucho escándalo, y adelante mucho odio contra el que la hizo, que fue un vecino de aquella ciudad, llamado Melchor Verdugo, a quien le cupo en suerte y repartimiento la provincia de Cassamarca, famosa por haber sido en ella la prisión del rey Atahuallpa, y los grandes sucesos que atrás se han contado.

El cual por ser natural de la ciudad de Avila, de donde la era el visorey, pretendió mostrarse en su servicio y hacer alguna cosa señalada; y como el visorey hubiese conocido esta intención antes de su prisión, le había dado comisiones para hacer cosas grandes en las pretensiones que tuvo de despoblar la ciudad de los Reyes; por lo cual Melchor Verdugo quedó en odio y mala voluntad de Gonzalo Pizarro, y de todos los suyos. Sabiendo esto Melchor Verdugo, pretendió salir del reino antes que los de Pizarro le hubiesen a las manos. Quiso dejar una cosa señalada hecha contra la voluntad opinión de Gonzalo Pizarro, para lo cual allegó a sí algunos soldados, compró armas de secreto, hizo algunos arcabuces, grillos y cadenas dentro en su casa; porque su intención pasaba adelante hasta ofender los propios vecinos de su ciudad, compañeros suyos. Ayudó la ventura a sus deseos que en aquella coyuntura entró un navío en el puerto de Trujillo que venía de los Reyes: envió a llamar al maestro y piloto, diciendo que quería que viesen cierta ropa y maiz que enviaba á Panamá, y que la viesen para la cargar. Cuando los tuvo en su casa, los metió en un calabozo que tenía hecho: luego se fingió enfermo de las piernas, de cierto mal que solía tener en ellas; y puesto a una ventana de su casa, vió los alcaldes del pueblo, y un escribano con ellos, y les rogó que subiesen donde él estaba, para hacer ciertos autos ante ellos, pues él no podía bajar por su indisposición· cuando los tuvo dentro disimuladamente

los llevó donde el maestre y piloto estaban, y allí les quitó las varas, y dejó seis arcabuceros en guarda y los echó en cadenas. Vuelto a su ventana, llamaba al vecino que iba a la plaza, fingiendo que tenía algún negocio que tratar con él, y lo metía en la prisión sin que los de fuera supiesen nada desto; y así en poco tiempo tuvo mas de veinte personas de las principales que habían quedado, que los demás habían ido con Gonzalo Pizarro. Luego salió a la plaza con hasta veinte soldados que tenía por amigos, apellidando la voz del rey; prendió los que no no le acudieron tan presto, y a todos sus prisioneros juntos les dijo, que quería ir en busca del visorey, que para llevar la gente y armas tenía necesidad de dineros, que todos ellos se rescatasen en la cantidad que cada uno pudiese, y la pagase luego, so pena que se los llevaría presos consigo. Los presos pagaron de contado lo que prometieron, y de la caja real sacó lo que había, y con lo que él tenía, que era hombre rico, juntó gran suma de oro y plata, y con todo ello se embarcó en el navío, llevando los presos consigo hasta la playa, porque no le impidiesen su camino, y allí se los dejó en las mismas prisiones. Embarcóse y fue hacia Panamá. en su viage topó un navío cargado de mucha mercadería que llevaban a Bachicao, de la que en aquella ciudad había robado. Toda la saqueó Verdugo, y la repartió entre sí y los suyos: no osó llegar a Panamá, temiendo la armada de Gonzalo Pizarro que alli estaba; fuése a Nicaragua. Pedro de Hinojosa que supo su ida, envió tras él con dos navíos al capitan Juan Alonso Palomino, con ciento y veinte arcabuceros. Halló a Verdugo desembarcado en tierra, y hubo su navío. No osó saltar en tierra, porque los vecinos de las ciudades de Granada y Leon estaban apercibidos para defenderle la salida. Palomino se volvió a Panamá con los navíos que por la costa de Nicaragua halló: llevóse consigo los que eran de provecho, y quemó los que no lo eran. Llegó a Panamá y dió cuenta a Pedro de Hinojosa de todo lo sucedido Melchor Verdugo quedó imposibilitado de poder hacer en la mar del Sur cosa alguna de las que contra Gonzalo Pizarro pretendía; porque perdió el navío que llevaba, y no podía comprar otro, porque Bachicao y los suyos se los llevaron todos. Consideró que yendo por la mar de el Norte a Nombre de Dios, podía hacer algún hecho grande en aquella ciudad, porque imaginó que Pedro de Hinojosa tendría alli poca gente, y estaría descuidada, porque por aquella vía no le podía venir contraste alguno. Con esta imaginación aderezó cuatro fragatas, y se embarcó en ellas en la laguna de Nicaragua, con cien soldados que tenía bien aderezados, y fue por el desaguadero della, y salió a la mar del Norte, y navegó costa a costa hacia Nombre de Dios. En el rio quellaman Chagre tomó un barco con ciertos negros ladinos, de los cuales se informó de todo lo que en Nombre de Dios pasaba, de la gente y capitanes que allí había, y dónde posaban; y guiándole los mismos negros, llegó a media noche a la ciudad, saltó en tierra, cercó la casa donde estaban los capitanes don Pedro de Ca-

brera, y Hernan Megía, con algunos soldados, los cuales despertaron al ruido de la gente, y se pusieron en defensa de la casa. Los de Verdugo le pegaron fuego: los de dentro se vieron en mucho peligro, tanto que les fué forzoso salir por medio de los enemigos con poca contradicción dellos; porque llevaban mas intención de robar y de aprovecharse, que de matar a nadie. Los huídos se salvaron con la oscuridad de la noche, y se escondieron en las grandes montañas que por alli hay casi pegadas a las casas, y como pudieron fueron a Panamá y dieron cuenta a Pedro de Hinojosa de lo sucedido; el cual lo sintió muy mucho, procuró vengarse con justo título: para lo cual quizo hacer ofendido al doctor Ribera, que era gobernador en Nombre de Dios, y estaba en Panamá: querellose ante él de Melchor Verdugo, encareciéndole haber entrado en su gobernación y jurisdicción, sin título ni provisión de otro superior para lo hacer; y que de su autoridad había preso los alcaldes y rescatado los prisioneros, y alborotado el mar del Sur, y mar del Norte, y la ciudad del Nombre de Dios. Pidieron al doctor lo mandase castigar. Dijo Pedro de Hinojosa que el se ofrecía a ir con él y darle favor y ayuda con su gente para el castigo. El doctor Ribera admitió la querella y la oferta de su persona y gente; y para asegurarse dellos, tomó juramento y pleito homenage a Pedro de Hinojosa y a sus capitanes, que le obedecerían como a su capitan general, y no saldrían de su mandado. Con esto salieron de Panamá para el Nombre de Dios. Melchor Verdugo que lo supo, puso su gente en orden, y entre ellos los vecinos de aquella ciudad. Hinojosa los acometió, y de los primeros arcabuzasos murieron algunos de una y otra parte. Los vecinos de aquella ciudad, viendo que el gobernador iba por general de sus contrarios, se fueron retrayendo todos a un monte que estaba junto a ellos. Los de Verdugo se desbarataron por detener a los que se retraían, y no pudiendo resistir a sus contrarios, se fueron a sus fragatas, y tomando el mejor navío de los que en el puerto había, lo armaron de artillería, de la que los otros navíos tenían, batieron el pueblo, aunque con poco o ningún daño por estar en hondo. Melchor Verdugo viendo que no podía hacer nada de lo que pretendía, y que mucha de su gente se le había quedado en tierra, se fué a Cartagena con el navío y con sus fragatas, para esperar oportunidad de dañar al enemigo si pudiese. El doctor Ribera y Pedro de Hinojosa apaciguaron el pueblo lo mejor que pudieron, y dejando en él los mismos capitanes, y alguna mas gente que antes tenía, se volvieron a Panamá. (15)

---

(15) Copiosos datos sobre la vida de este celebre aventurero se hallan en la obra de don Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Ob. cit. t. IV.

CAPITULO XXXIII

BLASCO NUÑEZ VELA SE REHACE EN POPAYAN. GONZALO PIZARRO FINGE IRSE DE QUITU POR SACARLE DE DONDE ESTABA. EL VISOREY SALE EN BUSCA DE PEDRO DE PUELLES.

EL visorey Blasco Nuñez Vela en este tiempo estaba en Popayan, como atrás se dijo, y por no estar ocioso hizo juntar todo el hierro en la provincia se pudo haber: mandó buscar maestros, hizo armar fraguas, y en breve tiempo le labraron y pusieron a punto doscientos arcabuces con lo necesario para ellos: pertrechóse de armas defensivas, escribió al gobernador Sebastián de Belalcazar, y a un capitán suyo llamado Juan Cabrera, que por orden del dicho gobernador andaba en cierta nueva conquista de indios: dióles cuenta de lo sucedido por él después que entró en el Perú, y del alzamiento de Gonzalo Pizarro, y como le había echado de la tierra, y que estaba determinado de volverle a buscar en teniendo ejército competente para ello: que les rogaba viniesen a juntarse con él, que en ello harían señalado servicio a su magestad: que muerto el tirano se había de repartir el Perú, que les cabría lo mas y mejor dél. Con estas promesas (para ponerles ánimo) les dió cuenta como Diego Centeno andaba en los otros confines del Perú en servicio de su magestad, y que cada día se le juntaba mucha gente: que perseguido y acosado el tirano por ambas partes, no podía dejar de perecer. Enviólos comisión, que de las cajas de su majestad, de las ciudades y villas comarcanas tomasen treinta mil pesos de oro para socorrer los soldados. Los capitanes, vistos los despachos, obedecieron llanamente, y vinieron a Popayan con cien soldados bien aderezados, y besaron las manos al visorey; el cual envió asimismo despachos al nuevo reino de Granada, del mismo tenor que los pasados, a Cartagena y a otras partes, pidiendo socorro, y cada día se le junta-

ba gente; de manera que en breve tiempo tuvo cuatrocientos hombres medianamente armados. En este mismo tiempo supo la prisión de su hermano Vela Nuñez, y la pérdida de sus capitanes Juan de Illanes y Juan de Guzman: pesóle dello, porque esperaba de allí aquel buen socorro. Gonzalo Pizarro por otra parte no ocupaba su imaginación y sus trazas sino como haber a las manos al visorey; porque le parecía que no tenía hora segura mientras él vivía y traía ejército; y porque no podía entrar donde el visorey estaba: por la falta de bastimentos que aquella tierra tenía, inventó un ardid, y fue que echó fama de quererse ir a los Charcas a apaciguar el alzamiento de Diego Centeno y dejar allí en Quitu al capitan Pedro de Puelles con trescientos hombres en frontera del visorey, para defenderle si quisiese salir. Sus imaginaciones y trazas puso por obra para que la fama las publicase: nombró los capitanes y soldados que habían de ir con él, y los que habían de quedar: dió socorro a los unos y a los otros, y asi salió de Quitu, haciendo reseña de los que iban y de los que quedaban. Ordenó que todo esto viniese a noticia del visorey, para lo cual ayudó mucho un mal hombre que el visorey había enviado por espía para que le avisase de lo que el enemigo hiciese. El cual se descubrió a Gonzalo Pizarro por el interés que dél esperaba, y le descubrió la cifra que traía para escribir al visorey Gonzalo Pizarro le hizo escribir todo lo que pasaba, y dió orden que un indio llevase la carta, ignorante del trato doble. Por otra parte mandó que Pedro de Puelles escribiese a ciertos amigos suyos que residían en Popayan, como el que quedaba allí con trescientos hombres, que si quisieren irse a holgar con él lo podían hacer, pues eran sus amigos y la tierra estaba segura por el ausencia de Gonzalo Pizarro. Mandó que estas cartas la llevasen indios que se hubiesen hallado presentes a la partida de Gonzalo Pizarro, para que allá lo pudiesen decir así. Mandó que enviase Pedro de Puelles los indios disimuladamente al descubierto, para que las guardas del visorey hubiesen las cartas y se las llevasen. Dada esta orden se partió Gonzalo Pizarro, como dicho es, de Quitu; y habiendo caminado tres o cuatro jornadas, se hizo enfermo por no pasar adelante. El visorey por otra parte recibió las cartas de su espía doble, y las falsas de Pedro de Puelles; y dando crédito a las unas y a las otras, imaginó que con cuatrocientos hombres que tenía era superior a Pedro de Puelles, y que fácilmente le vencería y seguiría a Gonzalo Pizarro hasta destruirle; y aunque no tenía nuevas dél, porque los caminos estaban cerrados, determinó ir a Quitu, confiando en que todos acudirían. Gonzalo Pizarro, por el contrario, sabía por horas por vía de los indios Cañaris lo que el visorey hacía, cómo caminaba, y dónde llegaba; y cuando supo que estaba doce leguas de Quitu volvió apriesa a aquella ciudad a juntarse con Pedro de Puelles, y ambos capitanes salieron con gran contento al encuentro del visorey, y aunque tenían nuevas que llevaba ochocientos hombres; pero Gonzalo Pizarro fiaba

en que su gente era veterana, y la contraria bisoña; y haciendo reseña della, halló que tenía doscientos arcabuceros, y trescientos y cincuenta piqueros, y ciento y cincuenta de a caballo, muy bien aderezados, mucha pólvora y muy buena y refina. Llevó por capitanes de arcabuceros a Juan de Acosta y a Juan Velez de Guevara; y por capitan de piqueros a Hernando de Bachicao, y por capitanes de a caballo a Pedro de Puelles y a Gómez de Alvarado, y su estandarte llevaba Francisco de Ampuero con sesenta de a caballo. El licenciado Benito Suarez de Carvajal, hermano del fator Illen Suarez, iba con Gonzalo Pizarro; llevaba treinta hombres entre parientes y amigos por compañía aparte, de que se nombraba capitan. Desta manera sabiendo que su enemigo estaba dos leguas de allí, se adelantó Gonzalo Pizarro a tomar un paso de un río por donde el visorey venía, con intención de desbaratarle allí; y llegado al paso se fortificó muy bravamente; y esto fué, como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y cuatro, sábado a quince de enero del año de mil y quinientos y cuarenta y seis.

El visorey Blasco Nuñez Vela iba con grande ánimo sobre el capitan Pedro de Puelles, entendiendo desbaratarle, e ir luego sobre Gonzalo Pizarro, y hacer dél lo mismo; porque siempre imaginó que los que iban con el tirano le habían de negar y pasarse a servir a su magestad. Con esta confianza llegó tan cerca de Pedro de Puelles, no sabiendo que Gonzalo Pizarro estaba con él, que los corredores se hablaron, y se llamaron de traidores los unos a los otros, porfiando que cada cual de las partes andaba en servicio del rey; y aunque los corredores se vieron, el visorey nunca supo que Gonzalo Pizarro estaba allí, sino imaginó que la batalla había de ser con Pedro de Puelles. La noche siguiente al principio della, como lo dice Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y cinco, por estas palabras: tomó acuerdo con sus capitanes, y les pareció que era más conveniente y de menos riesgo irse a meter en la ciudad, que no dar la batalla; y así, antes de media noche, lo más sin ruido que pudo, hizo armar la gente, y dejando su real poblado con las tiendas e indios que traía, rodeó por la parte izquierda, atravesó mucha sierra, donde (como lo dice Diego Fernandes Palentino, capítulo cincuenta y dos); le llovió toda la noche y pasó muchas quebradas y grandes ríos, y muchas veces iban los caballos rodando por las cuestas abajo, y arrastrando las caderas iban hasta dar con los ríos; y desta manera caminaron toda la noche, dejando muertos algunos caballos, y perdidos algunos soldados, que después no pudieron llegar al tiempo de la batalla; y siendo de día claro, se halló una legua de Quitu.

Hasta aquí es del Palentino. El motivo que el visorey tuvo para hacer aquel camino tan trabajoso, fué desear tomar las espaldas al enemigo, y dar de madrugada sobre él; porque nunca entendió que el camino era tan áspero ni tan largo, que, (como dice Zárate) no

estaba tres leguas de Quitu: más con el largo rodeo que hizo, fué necesario andar más de ocho leguas. Atribuyose este hecho a grande yerro del los consejeros del virrey, que sobre determinación de dar la batalla el día siguiente, fatigasen la gente y los caballos con andar la noche antes ocho leguas por sierras y caminos tan ásperos; pero cuando ha de venir la desgracia, principalmente en la guerra, los consejos que se toman en favor, se convierten en contra.



CAPITULO XXXIV

EL ROMPIMIENTO DE LA BATALLA DE QUITU, DONDE FUE VENCIDO Y MUERTO EL VISOREY BLASCO NUÑEZ VELA.

EL visorey entró en la ciudad de Quitu, no halló resistencia alguna, y allí le dijo una muger como Gonzalo Pziarro iba contra él; de lo cual él se maravilló mucho, y entendió el engaño que con él se había usado. Por otra parte, Gonzalo Pizarro no supo la ida del visorey a Quitu, antes entendió que se estaba en su real, hasta que a la mañana llegando los corredores cerca de los toldos, y viendo el poco ruido que había, entraron dentro y supieron de los indios, lo que pasaba, y dieron cuenta dello a Gonzalo Pizarro. El cual a toda diligencia envió corredores por todas partes, y dellos supo que el visorey estaba en Quitu. Luego alzó a gran priesa su real, y caminó ordenadamente con determinación de dar la batalla do quiera que topase al visorey. El cual sabiendo lo que pasaba, y la ventaja que los enemigos le tenían, y que no esperaba otro ningún remedio, determinó poner el negocio en riesgo de batalla, en esperanza de que se les pasarían los servidores de su magestad. Salió de la ciudad a recibir al enemigo, animó su gente con gran esfuerzo, y así fueron todos marchando con tanto ánimo como si tuvieran ya la victoria por suya; que aunque Gonzalo Pizarro era superior en el número de la gente, el visorey llevaba muy valerosos capitanes y otros hombres señalados. Eran capitanes de infantería Sancho Sanchez de Avila, y su primo Juan Cabrera y Francisco Sanchez. Eran capitanes de a caballo el adelantado Sebastian de Belalcazar, y Cepeda, y Pedro de Bazan; y así llegaron los escuadrones a vista uno de otro. Luego salieron arcabuceros sobresalientes de una parte y otra a trabar la escaramuza. Los de Pizarro hacían mucha ventaja a los del visorey, por la mucha y muy buena pólvora que llevaban; y los arcabuceros muy diestros por el mucho ejercicio que habían tenido; y los del visorey todo en contra. Los escuadrones se acercaron tanto que fué necesario recogerse los

sobresalientes a sus banderas. De parte de Gonzalo Pizarro salió a recoger los suyos el capitan Juan de Acosta, y con él otro buen soldado llamado Paez de Soto-Mayor: entonces mandó Gonzalo Pizarro al licenciado Carvajal, que con su compañía acometiese por el lado diestro de los enemigos, y él se puso delante de su gente de a caballo; más sus capitanes no lo consintieron, y le pusieron a un lado del escuadrón de la infantería, con otros siete u ocho en su compañía, para que de allí gobernase la batalla. La gente de a caballo del visorey, que serían hasta ciento y cuarenta hombres, viendo que los del licenciado Carvajal iban a ellos, les salieron al encuentro y arremetieron todos juntos de tropel, tan sin orden y tan sin tiempo, que (como dice Agustín de Zárate) cuando llegaron a los enemigos iban ya casi desbaratados, porque una manga de arcabuceros que les esperaba por un lado, les hizo mucho daño, y el licenciado Carvajal y los suyos le maltrataron mucho, que aunque eran pocos, tenían ventaja a los del visorey, porque ellos y sus caballos estaban descansados y fuertes para pelear; y los del visorey, por el contrario, cansados y debilitados, y así cayeron muchos de los encuentros de las lanzas; y juntándose todos pelearon, con las espadas y estoques, hachas y porras, y fué muy cruel la batalla. A esta sazon acometió el estandarte de Gonzalo Pizarro con hasta cien hombres de a caballo, y hallando los enemigos tan mal parados, los acabó de desbaratar con mucha facilidad. Por otra parte era grande la pelea de la infantería, con tanta vocería y ruido, que parecía de mucha más gente de la que era: a los primeros tiros fué muerto el capitan Juan Cabrera, y poco después el capitan Sancho Sanchez de Avila, que con un montante lo había hecho valerosamente, pues rompió muchas hiladas del escuadrón contrario; más como la gente de Pizarro era mucha más en número, y aventajada de armas, sobrepujaron a sus enemigos, rodeándolos por todas partes, hasta que mataron los capitanes y los más de los suyos. El visorey andaba peleando entre su gente de a caballo: había hecho muy buenas suertes, que del primer encuentro derribó a Alonso de Montalvo, y hizo otros lances con mucho ánimo y esfuerzo; andaba disfrazado que sobre las armas traía una camiseta de indio, que fué causa de su muerte. Viendo los suyos ya perdidos quiso retirarse, más no le dejaron. porque un vecino de Arequepa, llamado Hernando de Torres, se encontró con él; y no le conociendo, le dió a dos manos con una hacha de armas un golpe en la cabeza, de que lo aturdió y dió con él en tierra. En este paso, Agustín de Zárate, libro quinto, capítulo treinta y cinco, dice lo que se sigue sacado a la letra. El visorey y su caballo andaban tan cansados del trabajo de la noche pasada, en que no habían parado, ni dormido, ni comido, que no hubo mucha dificultad en caer; y aunque todavía la batalla andaba bien reñida entre la infantería, en viendo caído al visorey, los suyos que lo conocían, aflojaron y fueron vencidos, y mucha parte dellos muertos.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Si Hernando de Torres conociera al visorey por el hábito de Santiago que llevara descubierto en los pechos, es cierto que no le hiriera para matarle, sino que procurara prenderle, apellidando y pidiendo favor y ayuda a los suyos; pero como lo tuvo por un hombre particular, y aun pobre, por el hábito de indio que llevaba. hizo lo que hizo y causó su muerte. Culpaban al virey sobre el haberse disfrazado; pero él lo hizo con intención de no quedar preso si lo venciesen, quiso ir desconocido, porque no le hiciesen honra como a visorey, sino que lo tratasen, como a cualquier particular soldado y así acaeció la desgracia. El licenciado Carvajal viendo vencidos los del visorey, anduvo con gran diligencia corriendo el campo en busca del visorey, para satisfacer su ira y rencor sobre la muerte de su hermano· halló que el capitan Pedro de Puelles le quería matar aunque estaba ya casi muerto, así de la caída como de un arcabuzaso que le habían dado A Pedro de Puelles dió a conocer al visorey un soldado de los suyos, que si no fuera por el aviso que este le dió, no le conociera según iba trocado de hábito. El licenciado Carvajal se quiso apear para acabarle de matar; estorbóselo Pedro de Puelles diciendo que era bajeza poner las manos en un hombre ya casi muerto: entonces mandó el licenciado a un negro suyo que le cortase la cabeza, y así se hizo, y la llevaron a Quitu y la pusieron en la picota, donde estuvo poco espacio hasta que lo supo Gonzalo Pizarro, de que se enojó mucho, y la mandó quitar de allí y juntarla con el cuerpo para enterrarlo. Un autor dice en este paso lo que se sigue.

Llevada pues la cabeza del visorey a la ciudad de Quitu, la pusieron en el rollo de la plaza, do estuvo colgada algún poco de tiempo; y pareciendo esto alguna cosa de gran fealdad, la quitaron y juntaron con el cuerpo, y lo amortajaron y llevaron a enterrar, &c.

Sobre esto se ofrece decir que este autor, por no decir que Gonzalo Pizarro mandó quitar la cabeza de la picosa dice, que pareciendo a algunos cosa de gran fealdad la quitaron: donde parece que hace culpado a Gonzalo Pizarro de que la mandase poner, o a lo menos consintiese que estuviese puesta en aquel lugar; lo cual no pasó así, sino que le pesó mucho de que la hubiesen puesto; y como lo dice Gomara, la mandó quitar luego que supo que estaba en la picota. Pero la adulación puede mucho con los que escriben, con el fin de agradar más que de guardar justicia, quitando o añadiendo a las partes. El mismo Gomara hablando de la muerte del visorey, y habiendo dicho todo lo de atrás, dice: Hernando de Torres vecino de Arequepa, encontró y derrotó a Blasco Nuñez y aun en el alcance (según algunos) sin conocerlo, cá llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe a confesar Herrera, confesor de Pizarro, como le vió caído: preguntóle quién era, que tampoco le conocía: díjole Blasco Nuñez: no os va nada en eso, haced vuestro oficio. Temíase de alguna crueldad, &c. Hasta aquí es de Gomara.

Entonces llegaron los que le cortaron la cabeza y la llevaron a la picota. Algunos soldados hubo muy desacatados, que le pelaron parte de las barbas diciendo: la cólera y las asperezas de vuestra condición os ha traído a estos pasos. Y un capitan de los que yo conocí, trajo algunos días por pluma parte de las barbas, hasta que también se las mandaron quitar. Así acabó este buen caballero, por querer porfiar tanto en la ejecución de lo que ni a su rey ni a aquel reino convenía: donde se causaron tantas muertes y daños de españoles y de indios, como por la historia se ha visto, y se verá en lo que está por decir: aunque no tuvo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo, según veremos adelante por los historiadores, y según que él mismo lo dijo muchas veces, como atrás se ha visto. (16).

———

(16) Gutiérrez de Santa Clara. Ob cit. t. IV c. X I El Palentino. Ob. cit. Parte I c. LIII-LIV. Herrera. Ob. cit,Decada VIII. Líb. I,c. I–III;Montesinos. *Anales* Año de 1546.

CAPITULO XXXV

EL ENTIERRO DEL VISOREY. LO QUE GONZALO PIZARRO PROVEYO DESPUES DE LA BATALLA. Y COMO PERDONO A VELA NUÑEZ. Y LAS BUENAS LEYES QUE HIZO PARA EL BUEN GOBIERNO DE AQUEL IMPERIO

GONZALO Pizarro viendo la victoria de su parte, mandó tocar las trompetas a recoger, porque vió que la gente andaba muy derramada siguiendo el alcance, y hacían mucho daño en los ya vencidos. Fueron muertos en la batalla y en el alcance doscientos hombres de parte del visorey, y de parte de Gonzalo Pizarro no más de siete, como lo testifica Zárate; porque los del visorey iban tan cansados dell argo camino y de la mala noche pasada, que no estaban para pelear, sino para dejarse matar, como lo hicieron, mostrando el ánimo que al servicio de su rey tenían. A los unos y a los otros enterraron en aquel campo, echando a seis y siete cuerpos en cada hoyo; al visorey y a Sancho Sanchez de Avila, y a Juan Cabrera, y al licenciado Gallego, y al capitan Cepeda, natural de Placencia, y a otros de los principales, llevaron a la ciudad y los enterraron en la iglesia mayor della con gran pompa y solemnidad. Gonzalo Pizarro se puso una loba de luto; y los principales de su campo hicieron lo mismo; quedaron heridos don Alonso de Montemayor, y el gobernador Sebastian de Belalcazar, y Francisco Hernandez Girón, a quien Gomara llama Francisco Hernandez de Cáceres; Zárate no hace mención de él, y Diego Fernandez dice de él lo que se sigue.

Gonzalo Pizarro quiso matar al capitan Francisco Hernandez Girón, y aun túvolo así mandado (que cierto no se perdiera nada por lo que después hizo y causó en el Perú), más por muchos ruegos que tuvo, así por ser bien quisto y haber peleado valientemente, como por ser reputado por pariente de Lorenzo de Aldana, Gonzalo Pizarro le perdonó, &c.

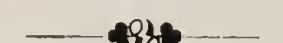
Hasta aquí es de Diego Fernandez. El licenciado Alvarez, oidor que siempre trajo consigo el visorey, salió mal herido de la batalla, y pocos días después della murió de las heridas que le dieron, aunque algunos maldicientes, como lo dicen todos los tres historiadores, dijeron que por culpa de los cirujanos había muerto, por trato que tuvieron con Gonzalo Pizarro; pero a él y a ellos les levantaron testimonio falso, que en aquellos tiempos y siempre, donde quiera que hay bandos, con ocasión y sin ella, procuran decir todo el mal que pueden, principalmente contra los caídos. A Sebastian de Belalcazar perdonó Gonzalo Pizarro, y lo envió a su gobernación con parte de la gente que contra él trajo. El cual le hizo pleito homenaje de ser siempre en su favor y servicio. A don Alonso de Montemayor, y a Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero de Quitu, y a otros hombres principales desterró a Chili, aunque por el camino se alzaron con el navio en que iban y se fueron a Nueva-España. Recogió toda la gente que pudo haber de los vencidos: mandó ahorcar a Pedro Bello, y a Pedro Anton, que eran los que dél se habían huído en la ciudad de los Reyes en un barco: a los demás propuso la razón que tenía de estar quejoso dellos, que volviendo por el bien común de vecinos y soldados, quisiesen ser contra él, o contra sí mismos, que era lo más cierto; pero que les perdonaba, teniendo atención a que unos habían venido engañados y otros forzados: prometióles que si con él hacían el deber, los tendría en el mismo lugar y reputación que a los que le habían seguido, y les gratificaría igualmente, y así los mandó quedar en su campo, socorriéndoles con lo que habían menester. Mandó a los suyos que nadie los maltratase de obra ni palabra, sino que los tratasen como a hermanos. Despachó mensageros por todo el reino con la nueva de su victoria, por animar a los que tenían y seguían su bando, y por quebrantar a los contrarios. Envió a Panamá al capitan Alarcón en un navío con la nueva del vencimiento, a Pedro de Hinojosa, y que a la vuelta trajesen a Vela Nuñez y a los que con él estaban presos. Tuvo algunos pareceres de los que con cuidado miraban su empresa en lo adelante, que le dijesen enviase su armada por la costa de la Nueva-España y Nicaragua, a recoger y quemar todos los navíos que por allí hallasen, por quitar y prohibir cualquiera intención que contra él pudiesen tener, para acometerle por la mar; y que hecho esto recogiese su armada a la ciudad de los Reyes, para que si su magestad enviase algún despacho hasta Tierra-Firme, no hallando allí en qué, ni cómo lo pasar al Perú, le sería bastante torcedor para hacer los partidos muy a su ventaja: lo cual le fuera de grandísima importancia para salir con su empresa, como adelante se verá. Pero Gonzalo Pizarro confiado en Pedro de Hinojosa y en los que con él estaban, que a los más dellos había sacado de mucha pobreza y necesidad, y los había enriquecido con indios y reputación, esperando que se lo agradecieran como hombres nobles, que todos ellos lo eran, no

quiso seguir el consejo que sus amigos le daban, por parecerle que se lo atribuirían a cobardía y flaqueza de ánimo; porque según su esfuerzo y valentía, que muchas veces engaña a los que della se precian, presumía resistir y vencer abiertamente cualquiera contradicción que procurasen hacerle. El capitan Alarcón hizo su viage, y de vuelta trajo al hijo de Gonzalo Pizarro y a Vela Nuñez, y otros tres que estaban presos con él; ahorcó dos dellos, porque supo que habían hablado palabras escandalosas; quiso ahorcar el tercero, más el hijo de Gonzalo Pizarro le libró, diciendo que aquel le había tratado con mucho respeto y comedimiento. A Vela Nuñez llevó a Quitu, y Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir, estuviese sobre aviso de no caer en cualquiera sospecha que le sería muy peligrosa. Llevóle consigo hasta la ciudad de los Reyes, y lo traía con más libertad de la que parecía convenir que tuviese un hombre tan contrario suyo; pero Gonzalo Pizarro fiaba de los demás lo que pudieran fiar dél, que era hombre entero y sin doblez. El licenciado Cepeda, oidor, de quien nos hemos olvidado mucho, anduvo con Gonzalo Pizarro en toda esta jornada, y se halló en la batalla y peleó en ella como soldado, y no como oidor. Gonzalo Pizarro estuvo en Quitu después de haber proveído las cosas que se han dicho, donde, pareciéndole que como gobernador le convenía tratar del gobierno de aquel imperio, porque era ya solo, y la audiencia estaba por su industria deshecha, y que al oidor Cepeda traía consigo, el licenciado Alvarez era ya muerto, y al doctor Tejada habían enviado a España por embajador, y el licenciado Zárate estaba en los Reyes solo y enfermo, y no podía despachar nada por audiencia, por lo cual como hombre que deseaba dar buena cuenta de sí, procuró Gonzalo Pizarro hacer leyes y ordenanzas para el buen gobierno de la tierra, para la quietud y beneficio de indios y españoles, y aumento de la religión cristiana, como lo dice Francisco Lopez de Gomara en el capítulo ciento y setenta y tres de su historia, que con su título es el que se sigue:

De lo bien que en ausencia de Francisco de Carvajal gobernó Gonzalo Pizarro, y a la postre se quiso llamar rey, instigado de muchos. Nunca Pizarro en ausencia de Francisco de Carvajal, su maese de campo, mató ni consintió matar español, sin que todos o los más de su consejo lo aprobasen: y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con provisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni rancheasen, que es tomar a los indios su hacienda por fuerza, y sin dineros, so pena de muerte. Mandó así mismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar a los indios la doctrina cristiana, so pena de privación del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del rey, diciendo que así lo hacía su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente; y que pues ya no había guerra, muer-

to Blasco Nuñez, que sirviesen todos al rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos, y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernación; y aun Gasca dijo después que vió los mandamientos, que gobernaba bien para ser tirano: este buen gobierno duró como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada a Gasca.

Hasta aquí es de Gomara. Lo que dice más en aquel capítulo, dejaremos para decirlo en su tiempo, que pasaron otras cosas y hazañas famosas en medio; y para contarlas nos es necesario, dejando a Gonzalo Pizarro en Quitu, hacer un salto de setecientas leguas en medio, y buscar a Francisco de Carvajal y a Diego Centeno, que los dejamos en gran contienda, siguiendo el uno al otro, y haciéndole todo el mal y daño que podía, como se verá en el capítulo siguiente (17)



(17) Asegura Santa Clara que, sobre la tumba de Núñez Vela, algún tiempo después se puso este epitafio:

Aqui yace sepultado
el ínclito Visorrey
que murió descabezado
como bueno y esforzado
por la justicia del rey;
(La) su fama volará
aunque murió su persona,
(y) su virtud sonará,
por esto se le dará
de lealtad la Corona.

CAPITULO XXXVI

DE UN GALANO ARDID DE GUERRA QUE DIEGO CENTENO USO CONTRA FRANCISCO DE CARVAJAL. CUENTANSE LOS DE MAS SUCESOS HASTA EL FIN DE AQUELLOS ALCANCES

COMO atrás dijimos, Francisco de Carvajal iba en pos de Diego Centeno sin perder hora ni punto de lo que le convenía, para deshacer y haber a las manos a sus enemigos: iba siempre con su escuadrón de infantería formado, y cada día había a las manos parte del carruage y de la gente de Diego Centeno. Acaeció que un día llevándolos así por delante siempre a vista, habían de pasar una quebrada honda que (como hemos dicho de otras muchas que en aquella tierra hay) tenía más de una legua de descendida hasta un arroyo pequeño, y otro tanto de subida, y del un cerro al otro no había un tiro de arcabuz; donde Francisco de Carvajal sabiendo bien el camino, y lo que por adelante había, iba muy alegre y contento, viendo que llevaba a su contrario al matadero; porque imaginaba que mientras Diego Centeno bajaba la cuesta hasta el arroyo, el llegaría a ponerse en lo alto della, y que mientras que el enemigo subía la otra cuesta, sus arcabuceros que los llevaba tales, matarían a Diego Centeno y a los suyos sin errar tiro, porque les habían de tirar de mampuesto a pie quedo. Con esta imaginación iba Carvajal muy ufano, y los suyos, lo mismo, porque se certificaban haber acabado su empresa aquel día. Diego Centeno que también llevaba cuidado de sí, y de los suyos entendió el peligro en que iban, y previno el remedio para librarse dél; y una legua antes de llegar a la descendida del arroyo, llamó a los principales de su compañía, y díjoles: señores, ya vuesas mercedes ven el peligro en que vamos, que mientras que subiéremos la cuesta que está de la otra parte del arroyo que llevamos por delante, nuestro enemigo se ha de poner a nuestras espaldas, y tirarnos a pie quedo de mampuesto, y matarnos a todos sin perdir tiro. Conviene que seis

de vuesas mercedes, de los que tienen mejores caballos, se pongan tras de este cerro, que está a mano derecha de este camino, y se estén quedos y encubiertos, y cuando Carvajal y su vanguardia hubiesen pasado de este cerro, den en la retaguardia y alcancen todos los indios y negros, y españoles que pudieren, y los caballos y acémilas que al canzaren sin respetar nada, y hagan todo el mayor ruido que pudieren, para que el arma llegue a oídos de Francisco de Carvajal, y vuelva atrás a socorrer los suyos, y nos deje pasar libres: porque de otra manera pereceremos hoy todos. Nombró los seis que habían de quedar, por quitarles de diferencias, porque querían quedar todos, que eran quince o diez y seis los que llamó a la plática. Hecha esta prevención. Diego Centeno siguió su camino llevando los suyos por delante, dándoles toda la priesa que podía Los seis compañeros de a caballo dieron vuelta al cerro, y cuando Carvajal y su vanguardia, (donde llevaba toda su gente útil de guerra, porque no se recataba de los enemigos por las espaldas) hubieron pasado, dieron en la retaguardia, y alancearon a toda furia los indios, negros y españoles que iban con el carruage. Mataron las acémilas y caballos que toparon, con lo cual obligaron a los enemigos a dar armas, pidiendo socorro a los suyos. Carvajal oyendo lo que no imaginó, hizo alto en el caminar, y no quiso volver atrás, sospechando que la arma era falsa; y que siéndolo y volviendo atrás a socorrer los suyos, y no hallando enemigos, perdía el lance que llevaba ente las manos. Más los seis de a caballo, pasando adelante en su empresa, hicieron de manera que ya no daban arma los de Carvajal, sino que a gritos y voces pedían socorro. Derribaron una acémila entre las que mataron, que llevaba dos barriles quintaleños de pólvora: pegáronle fuego y dió una estampida como un trueno, que retumbó aquellos cerros y valles. Ya con esto se certificó Francisco de Carvajal que la arma no era falsa, sino verdadera y muy dañosa: mandó volver su gente para socorrer los suyos, que lo habían bien menester. Los seis de a caballo, viendo venir cerca la gente de guerra, volvieron las espaldas y se fueron por el camino que habían venido; y tomando rodeos, y atajos, guíados por los indios, se volvieron a juntar al fin de seis días o siete con su Capitan Diego Centeno. El maese de campo Francisco de Carvajal, habiendo socorrido a los suyos, paró allí lo que restaba del día y la noche siguiente que no pudo seguir a su enemigo; porque el daño que los seis de a caballo le hicieron fué mucho, que como tuvieron tiempo, y no quien les contradigese, alancearon a su placer cuanto por delante hallaron y dieron lugar a que Diego Centeno pasase aquel mal paso, sin que su enemigo le hiciese daño, como ambos lo llevaban pensando. De lo cual quedó Carvajal muy desdeñado, corrido y afrentado: de que un capitan que en su comparación era bisoño y más que bisoño, le hubiese hecho un ardid de guerra tan galano y tan en su favor, que se le hubiese escapado del peligro tan notorio en que iba, y libradose de sus

manos con tanto daño de su enemigo; y así como afrentado, no habló palabra en todo el día en aquel hecho, más de proveer el remedio del daño pasado; ni quiso cenar aquella noche, diciendo que le bastaba la burla y afrenta de aquel día para cena y comida de otros muchos. Pasado ya buen rato de la noche, perdida parte de la ira y enojo que había recibido, hablando con los suyos les dijo: señores, yo he visto en todo el discurso de mi soldadesca en Italia, que fueron más de cuarenta años, retirarse de sus enemigos al rey de Francia, y al gran capitán y a Antonio de Leiva, y al conde Pedro Navarro, y a Marco Antonio Colona, y a Fabricio Colona, y a los demás capitanes famosos de mis tiempos, así españoles como italianos; más ninguno ví retirarse con el valor que este mozo se me ha retirado hoy: palabras son de Francisco de Carvajal, sin quitarle ni añadirle una; y a mí me las dijo quien se las oyó a él. Luego otro día bien de mañana siguió a su enemigo con más diligencia y más corage que hasta allí había tenido, y así fué cada día ganándole gente y caballos, y el fardage que no podía huir; de manera que al cabo de más de doscientas leguas que le había dado de alcances por caminos reales, y fuera dellos, por sierras y valles, no le quedaron a Diego Centeno más de ochenta hombres. Viendo su gente tan cansada y disminuída, pareciéndole que en toda aquella tierra no había parte segura donde poder parar él y los suyos, acordó irse a la costa de la mar, a la ciudad de Arequepa, para guarecerse en la mar, ya que no podía en la tierra. Envió delante uno de sus capitanes, llamado Ribadeneira, con aviso si hallase algún navío por la costa o lo tomase por dinero o por engaño, y lo tragese a Arequepa, para que en el se embarcasen y escapasen de aquel peligro. Ribadeneira con buena dicha halló un navío que iba a Chili, y acometiéndole él y sus compañeros de noche en una balsa con mucho silencio, lo ganaron fácilmente y vieron que iba bien proveído de matalotage; volvieron en él hácia Arequepa para recebir a Diego Centeno; pero Diego Centeno con la priesa que Carvajal le daba, llegó primero al puerto que el navío; y sintiendo al enemigo a sus espaldas, y viendo que ya no había donde ir, acordó deshacer la gente que llevaba y les dijo: que pues Ribadeneira no parecía, ni en aquel puerto había navío en que poder huir del enemigo, le parecía que cada uno en cuadrillas de cuatro en cuarto, o de seis en seis, o a solas, como mejor les pareciese, se derramasen por diversas partes, para que si el enemigo siguiese a unos, no siguiese a todos, y que él se iba a esconder donde pudiese: diciendo esto se despidió de los suyos, y se metió en una quebrada de sierras y montes altos, con un compañero llamado Luis de Ribera, y un criado, donde hallaron una cueva, y en ella estuvieron escondidos casi ocho meses, hasta que el presidente Gasca entró en el Perú, y todo este tiempo los mantuvo un curaca del repartimiento de Miguel Cornejo, en cuya tierra acertaron a caer. Dejarlos hemos así hasta su tiempo. En todo lo que de Diego Centeno

hemos dicho desde que alzó bandera por su magestad, anduvo en su compañía Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, de quien hicimos larga mención en nuestra Historia de la Florida. Francisco de Carvajal llegó a Arequepa en seguimiento de Diego Centeno, allí perdió el rastro dél y supo que él y sus compañeros se habían desperdigado por diversas partes; fué al puerto de aquella ciudad y otro día amaneció en él el capitan Ribadeneira en su navío. Francisco de Carvajal sabiendo de uno de los que prendió, quien era, y a que venía, y la contraseña que tenían, pretendió haber el navío con ella· más Ribadeneira anduvo tan recatado, que pidiéndole hablase alguna persona conocida de los suyos, y viendo que nadie salía a hablarle, alzó velas y se fué del puerto. Carvajal supo que Lope de Mendoza iba huyendo con otro siete u ocho compañeros la tierra adentro: envió tras ellos a uno de sus capitanes con veinte arcabuceros, que le siguió casi cien leguas, hasta encerrarlo en la gobernación y conquista del capitan Diego de Rojas, de donde se volvieron a dar cuenta a Carvajal de lo que les había sucedido. El cual después que vió que Diego Centeno se había perdido, y que no parecía hombre de los suyos, se fué a la villa de Plata a recoger dineros de la hacienda de Gonzalo Pizarro, y de los que le habían negado.

Volviendo a Lope de Mendoza, es así que entró por la gobernación de Diego de Rojas, que fué uno de los capitanes que el licenciado Vaca de Castro, gobernador del Perú, proveyó a nuevas conquistas, después de haber apaciguado las revueltas del Perú con la muerte y castigo de don Diego de Almagro el Mozo: diremos en el capítulo siguiente lo que sucedió.

CAPITULO XXXVII

LOS SUCESOS DE LOPE DE MENDOZA, Y LAS MANERAS DE PONZOÑA QUE LOS INDIOS ECHAN EN LAS FLECHAS. Y COMO LOPE DE MENDOZA VOLVIO AL PERU

LA intención que Lope de Mendoza llevaba, era esconderse él y sus compañeros en aquellas bravas montañas de los Antis, que están al oriente de todo el Perú, hasta que saliese la voz del rey. Andando con esta intención, bien descuidado de topar españoles por aquella tierra, se encontró con Gabriel Bermudez, que era uno de los que entraron con Diego de Rojas, que habiendo él y sus compañeros hecho grandes hazañas contra los indios de aquella conquista, y sufrido increíbles trabajos y hambres, y habiendo llegado con su descubrimiento hasta el río de la Plata, y hasta la fortaleza que Sebastian Gaboto en aquella tierra hizo, entró la discordia entre ellos (por muerte de Diego de Rojas el capitan general) sobre cuál dellos había de gobernar aquel pequeño y valeroso ejército. Fué tan grande la ambición que tuvieron los que pretendían el mando y gobernación, que se mataron muchos dellos, unos a otros, y se dividieron por diversas partes: y como si no tuvieran enemigos en quien emplear las armas, las volvían contra sí mismos. La muerte de Diego de Rojas se causó de un flechazo que le dieron los indios con yerba malísima, que hace su obra después de los tres días de la herida, y despacha al herido en otros siete días adelante; el cual muere rabiando, comiéndose las manos a bocados, y dando cabezadas por las paredes, con que apresura su muerte. Los españoles, deseando saber la contrayerba, ya que de los indios, ni por promesas, ni por amenazas que les hacían, no podían sacar el aviso della, flecharon en los muslos a uno de los que tenían presos, y le soltaron así herido, el cual buscó por el campo dos maneras de yerbas, y majando cada una de por sí, bebió el zumo de la una, y el de la otra echó en las heridas, habiéndolas primero abierto con un cuchillo, y sacado las púas de la flecha, que

les hacen sutiles, y puestas de manera que cuando arrancan la flecha de la herida se quedan las púas dentro, y es menester sacarlas para que aproveche la contrayerba: así lo hizo el indio y sanó. Los españoles con este remedio escaparon muchos de la ponzoña de las flechas, algunos murieron que no pudieron sacar las púas de las flechas. En las islas de Barlovento y en toda la tierra que llaman del Brasil, en Santa Marta y en el Nuevo Reino, y otras tierras de indios crueles, usaban otra manera de ponzoña (que la pasada que hemos dicho) no se supo de qué era. Tomaban una pierna de un indio de los que mataban, y la colgaban al aire y al sol, y en ella hincaban todas las púas de las flechas que cabían en el cuarto del indio, y pasados tantos días las sacaban, y sin limpiarlas las enjugaban al aire, donde no les diese el sol, y después las ponían en las flechas. Fué una cruelísima yerba y muy ponzoñosa, muy dificultosa de curar, y peor de sanar: en cuya comprobación contaremos adelante en su lugar un cuento de que yo soy testigo. Después que los españoles entraron en aquellas tierras, y tuvieron guerra con los indios, trocaron la materia de la ponzoña, que como hasta allí la hacían de carne de indios, de allí adelante la hicieron de carne de los españolès que mataban y podían haber: y si acertaban a matar o prender algún español bermejo, de los que llaman pelo de azafrán, hacían la ponzoña antes dél que de otro; porque el color tan encendido y estraño les parecía que sería más ponzoñoso que el común. A esto se añadió que oyeron el refran comun que entre los españoles se usa decir, que los tales bermejos son buenos para hacer dellos rejalgar. Volviendo a los de la entrada, decimos, que viéndose tan discordes, y tan enemistados unos con otros, que no esperaban paz ni amistad, acordaron parte dellos salirse de aquella tierra al Perú; porque andando divididos y enemistados, no podían hacer nada contra los indios, que eran belicosos y bravos. Lo de la ponzoña con todo lo sucedido en esta jornada, y la discordia de aquellos españoles, la cuenta largamente Diego Fernandez Palentino en su historia, donde se verán cosas estrañas, que yo por abreviar con la nuestra me remito a la suya. Movióles a aquellos españoles (demás de su discordia) a salirse al Perú, la nueva que tuvieron por un indio de las revueltas de aquel imperio, aunque no supieron las particularidades dellas, más de que había guerra entre los españoles.

Con esta nueva enviaron a Gabriel Bermudez, que fuese hácia los términos del Perú a certificarse de lo que había, para seguir el bando que mejor les estuviese. El cual, andando con esta pretensión, topó con Lope de Mendoza, que le dió larga noticia de todo lo sucedido en el Perú, después que Diego de Rojas había salido dél; y juntándose los compañeros de Gabriel Bermudez, de comun consentimiento hicieron mensageros a Nicolás de Heredia, que era el caudillo de la otra parcialidad, el cual vino luego con sus compañeros. Lope de Mendoza los hizo amigos; y los unos y los otros de común parecer

le alzaron por capitan general, y juraron de le seguir y obedecer. Eran por todos ciento y cincuenta hombres, casi todos de caballo, gente valerosa, dispuesta a sufrir y pasar cualquiera necesidad, hambre y trabajos,como hombres que en más de tres años continuos,descubriendo casi seiscientas leguas de tierra, no habían tenido un día de descanso sino de trabajos, increíbles, fuera de todo encarecimiento de escritores Lope de Mendoza viendose con tanta y tan famosa gente, salió con ella de las montañas a ver si podía resistir a Francisco de Carvajal, o si había tomado otro alguno la voz del rey con quien se juntar. Salió hasta la provincia y pueblo llamado Pucuna, donde paró algún día por rehacer la gente y los caballos, que venían fatigados de la hambre y trabajos pasados. Francisco de Carvajal, que no se descuidaba de cosa alguna de lo que al oficio de buen maese de campo convenía,supo la salida de Lope de Mendoza y de la gente de la entrada (que este apellido dieron aquellos soldados), y que habían salido mal avenidos unos con otros, determinó irlos a buscar antes que se reconciliasen, porque le parecía sujetarlos más fácilmente estando desunidos. Lope de Mendoza que supo su venida, se fortificó en el pueblo con trincheras y troneras, para defenderse dentro: más cuando vió a Francisco de Carvajal cerca, mudó parecer. temió no le cercase y lo rindiese por hambre, porque no se había proveído de bastimento : también vió que su gente por ser casi toda de caballo era superior a los contrarios, y que pelearían mejor en el campo que en el cercado, y que los de Carvajal se le pasarían mejor en campo raso, donde pudiese recogerlos con facilidad, que no donde hubiese pared en medio: que este pensamiento de que Carvajal traía su gente descontenta, y que se le huiría en viendo ocasión, engañó muchas veces a Diego Centeno: lo mismo hace ahora a Lope de Mendoza. El cual salió a recibir a Francisco de Carvajal, que iba con escuadrón formado a combatirle en el pueblo; pero cuando vió que Lope de Mendoza su enemigo dejaba el fuerte, hizo mayor ostentación de acometerle y darle batalla; más su pretensión no era sino de echarle fuera del fuerte con engaño, y así hizo burla de ellos cuando los vió fuera dél; porque vió la bisoñería que habían hecho; y para confirmársela fué derecho a ellos, y Lope de Mendoza hizo lo mismo y viéndolos a tiro de arcabuz, les dió lado, y con buena orden se entró en el pueblo, sin que sus contrarios se lo pudiesen resistir, porque no pasándosele a Lope de Mendoza, alguna de la gente de Carvajal, (como lo imaginaba) no eran parte los suyos para resistirle, porque traía doblado número de gente, y muchos arcabuceros, muy diestros y ejercitados: de manera que trocaron los sitios, que Carvajal se quedó en el fuerte, y Lope de Mendoza en el campo. Los de Carvajal saquearon el pueblo, donde los contrarios habían dejado su hacienda: hubieron sin la ropa, más de cincuenta mil pesos, en barras de plata, que Lope de Mendoza luego que salió

de las montañas mandó traer de ciertas partes, donde él y Diego Centeno las habían escondido cuando andaban huyendo de Francisco de Carvajal. Quería con aquella plata hacer paga, y dar socorro a los que habían salido de la entrada, más ellos fueron tan generosos, que muy pocos o por mejor decir, casi ninguno quiso recibir nada; porque pretendían que adelante se les hiciesen mercedes aventajadas, por haber servido al rey, a su costa y riesgo, sin paga ni socorro; porque así lo alegaban después en sus peticiones: y esta fué comun costumbre, no solamente de aquellos de la entrada, más también de todos los soldados nobles del Perú, no querer recibir paga ni socorro, y desdeñarse si se lo ofrecían, porque ponían su honra en servir sin interés presente, sino por el galardón venidero. Y si alguno por mucha necesidad recibía algún dinero, no era por vía de paga ni socorro, sino de empréstito con obligación de volverlo a la hacienda de su magestad luego que tuviesen de qué; y así lo hacían con mucha puntualidad, porque ponían su honra en el cumplimiento de la promesa soldadesca.



CAPITULO XXXVIII

ARDIDES DE FRANCISCO DE CARVAJAL, CON LOS CUALES VENCE Y MATA A LOPE DE MENDOZA Y SE VA A LOS CHARCAS.

MIENTRAS que los de Carvajal saqueaban el pueblo, parece que perdió ocasión Lope de Mendoza en no acometer a sus contrarios, porque el saco muchas veces ha sido causa de perderse los vencedores y ganarse los vencidos; pero también temieron que Carvajal no estaría tan descuidado que pudiesen vencerle: y así fué que sintiendo su gente derramada, luego tocó arma, y la tuvo en escuadrón toda la noche; y para engañar al enemigo, porque no se le fuese aquella noche, escribió una carta falsa, en nombre de uno de los suyos, y se la dió a un indio ladino, instruyéndole en lo que había de hacer y decir, para que fuese creído: persuadía en la carta que acometiesen a Carvajal aquella noche por dos partes, que se le pasaría mucha gente descontenta que con él andaba, que no lo habían hecho el día antes porque no los matasen con los arcabuces mientras se iban a ellos.

Usó Carvajal deste ardid, aprovechándose de la comun opinión que hemos dicho, que sus contrarios tenían, de que su gente andaba siempre muy descontenta y maltratada, y que se le había de huir en pudiendo. Lope de Mendoza cuando vió la carta, aunque no supo cuya era porque iba sin firma, la creyó por ser conforme a su opinión: apercibió su gente, y a media noche acometió por las dos partes que le avisaron, más por ninguna hizo efecto, porque halló mucha resistencia y ninguno que se le pasese; con que desmayó, viéndose engañado, y se retiró con muerte de siete u ocho de los suyos, y otros heridos de los arcabuces. Supo de los indios que seis o siete leguas de allí había dejado Francisco de Carvajal toda su hacienda y la de su gente, quiso vengarse y pagarse en la misma moneda, despojando a sus contrarios, pues se habían llevado la suya. Caminó luego hácia allá, hubo todo el despojo de Carvajal, con que todos quedaron muy contentos; porque demás de la ropa hallaron mucho oro, armas y pólvora.

Dicen los historiadores, todos tres, que Carvajal quedó mal herido de la pelea de la noche de un arcabuzaso que le pasó un muslo, y que anduvo toda la noche ordenando su gente, habiéndose curado en secreto, porque no sintiesen que estaba herido: dicen que uno de los suyos le hirió, pero la herida por lo que ellos mismos dicen, debió de ser poca o nada, pues pudo andar toda la noche, y seguir otro día

a su contrarios y hallarlos la noche siguiente dormidos y descuidados, donde los venció y desbarató, y prendió muchos dellos, y los que no pudo haber, se derramaron por diversas partes con la oscuridad de la noche, y Lope de Mendoza entre ellos. Francisco de Carvajal, luego que ameneció y vió que Lope de Mendoza se había ido, le siguió por el rastro. En el camino supo que sus contrarios le habían saqueado su hacienda y la de sus compañeros.

Entonces volviéndose a los suyos, dijo: mal se entiende el señor Lope de Mendoza én llevar consigo el cuchillo de su muerte. Dijo esto dando a entender que él y los suyos habian de hacer lo que pudiesen hasta morir o cobrar sus haciendas. De allí adelante se dió más priesa a caminar tras Lope de Mendoza, el cual habiendo caminado ocho o nueve leguas y pareciéndole que Carbajal, con su mucha ocupación, no sería para caminarlas aquel dia ni otro' se quedó en la ribera de un río (habiéndolo pasado) a descansar y dormir, que iban fatigados de sueño, de las trasnochadas pasadas: y así estaban uno durmiendo, y otros comiendo a todo su placer, cuando Carvajal asomó por una cuesta que bajaba al río. Los de Lope de Mendoza se alborotaron con la venida del enemigo tan repentina; y pensando que Carvajal llevaba consigo toda su gente, huyeron por diversas partes, sin aguardar a ver los que iban contra ellos, que no eran más de sesenta, que Carvajal había escogido los que tenían mejores caballos, pareciéndole que bastaban aquellos para seguir gente que iba huyendo. Prendió muchos de los contrarios: detúvose en aquel puesto, recogiendo lo que le habían saqueado, halló en dos o tres cuadrillas de soldados, que estaban jugando parte de los tejos de oro que le habían robado, donde dijo algunos dichos de los suyos, que Diego Hernandez escribe largamente: allí se detuvo todo el día. Entre tanto tuvo lugar Lope de Mendoza de acogerse con cinco o seis de los suyos, y otros se derramaron por diversas partes sin saber adonde iban, más de huír y apartarse de el enemigo.

Francisco de Carvajal, habiendo recogido la presa, aunque no toda la que había perdido, siguió el rastro de los que huían y acertó a seguir el de Lope de Mendoza, no porque lo supiese, sino por que el rastro era de más gente: dióse tan buena priesa, que aunque sus contrarios le llevaban cinco o seis horas de ventaja, a la madrugada de la segunda noche que le siguió, llegó donde estaba Lope de Mendoza, que era un pueblo pequeño de indios; y en el espacio de poco más de treinta horas de tiempo, que había escapado del último alcance que Carvajal le dió, había caminado veinte y dos leguas; y pareciéndole que Carvajal por traer mucha gente no caminaría tanto, había parado allí. Y también lo hizo forzado del sueño y cansancio, que él y los suyos llevaban de las trasnochadas, y de las jornadas tan largas, sin descansar ni comer ellos ni sus cabalgaduras; y así estaban todos hechos pedazos, y dormidos como cuerpos muertos.

Carvajal llegó al pueblezuelo; llevaba consigo otros ocho compañeros, con los cuales se había adelantado de los suyos por dar arma aquella noche a Lope de Mendoza donde quiera que lo hallase, por no darle lugar a que descansase, ni parase, sino que pereciese huyendo. Supo de los indios la casa donde Lope de Mendoza y sus compañeros estaban y cuántos eran. Entonces fué con más confianza, y tomando dos puertas que el aposento tenía, que era un galpon grande del cacique del pueblo, habló a voces llamando por sus nombres a sus capitanes, aunque no los llevaba, más de por asombrar, y dar a entender a sus contrarios, que llevaba mucha gente, porque no se pusiesen en defensa. Díjoles: señores capitanes, fulano y fulano, guarden vuesas mercedes esta puerta; y vuesas mercedes señores, fulano y fulano, guarden esotra puerta; y vuesa merced, señor fulano, traiga fuego para quemar este galpon.

Con este ruido y vocería asombró Carvajal a los que estaban en la casa, y entró con tres de los que llevaba, y los desarmó y ató a todos, sino fué a Lope de Mendoza, que le respetó por el oficio que tenía de capitan general, y así lo sacó fuera de la casa, para que viesen los pocos que eran: desta manera fué la prisión de Lope de Mendoza, aunque los historiadores la cuentan en suma, por no hablar en particular de los ardides de Carvajal. El cual luego hizo dar garrote a Lope de Mendoza, y cortarle la cabeza; a Nicolás de Heredia y a otros tres y a los demás perdonó. Lo mismo hizo a todos los de la entrada que prendió y les restituyó los caballos y armas y otras cosas que les habían quitado, y les dió socorro de dineros y cabalgaduras, a los que no las tenían, procurando hacerles amigos, para que siguieran su bando. Así mismo perdonó a Luis Pardomo y a Alonso Camargo, que huyeron con Lope de Mendoza desde que se apartaron de Diego Centeno, porque le descubrieron donde tenía Diego Centeno enterrados más de cincuenta mil pesos de plata. Con la victoria alcanzada, viendo que no había en toda aquella tierra quien le contradijese, se fué a los Charcas a residir algunos días en la villa de Plata, y recoger toda la que pudiese de las minas de Potocsi que se descubrieron en aquel año, y de los indios, de los vecinos muertos y de los que se le habían huído, cuyos repartimientos ponían en cabeza de Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra. El día que entró en la villa de Plata salieron a recibirle los que había dentro por aplacarle: salió entre ellos un Alonso Ramirez con la vara en la mano, a quien Diego Centeno había hecho alcalde ordinario de la villa. Carvajal le dijo: señor Ramirez, quitadle la cruz a esa vara y hacedle una punta, y tirársela a un perro, y voto a tal, que si no le acertáis por el ojo principal, que os he de ahorcar. Díjole esto por darle a entender su torpeza y rusticidad, que viniese con la vara en la mano a recibirle, no habiéndosela dado él ni hombre de su parcialidad, sino su enemigo. Ramirez la dejó, entendiendo tarde lo que fuera bien que mirara con tiempo.

CAPITULO XXXIX

FRANCISCO DE CARVAJAL ENVIA LA CABEZA DE LOPE DE MENDOZA A AREQUEPA Y LO QUE SOBRE ELLA DIJO UNA MUGER. UN MOTIN QUE CONTRA CARVAJAL SE HACIA, Y EL CASTIGO QUE SOBRE EL HIZO

OTRO día, después que Francisco de Carvajal entró en aquella ciudad de la Plata, envió la cabeza de Lope de Mendoza a la ciudad de Arequepa, con Dionisio de Bobadilla, que fué después sargento mayor de Gonzalo Pizarro, y yo le conocí. Envióla para que la pusiesen en la picota de aquella ciudad, en castigo y memoria de que en ella habían alzado bandera él y Centeno. Bobadilla la llevó, y será bien que contemos un caso particular que allí le pasó con una honrada muger, que por ser caso tan notable será justo que no quede en olvido. Vivía en Arequepa una muger virtuosa y muy caritativa llamada Juana de Leyton: había sido criada de doña Catalina Leyton, muger noble de la familia que deste apellido hay en el reino de Portugal, que fué muger de Francisco de Carvajal, aunque no falta quien diga por hacerle odioso, que era su amiga: no era sino muger y muy estimada de su marido, y de todos los caballeros del Perú, que lo merecía por su persona y nobleza.

Esta señora crió mucho tiempo a Juana de Leyton, y por ella tomó su apellido; casóla con un hombre honrado que se decía Francisco Voso; fué tan muger de bien que Francisco de Carvajal la respetaba como si fuera su hija.

En las alteraciones de Gonzalo Pizarro siempre favoreció a los del bando del rey; a unos rogando por ellos a su señor Francisco de Carvajal, y a otros ayudándoles con su hacienda, y a otros escondiéndolos en su propia casa, de manera que cuando Gonzalo Pizarro entró en Rimac la primera vez, y hubo aquellas prisiones y muertes que entonces contamos, tuvo Juana de Leyton tres vecinos escondidos

en su casa. Francisco de Carvajal, que no se le escondía nada, fué a ella, y a solas le dijo: ¿qué es de los tres hombres que tenéis aquí escondidos? Ella lo negó, y replicando Carvajal, que sí tenía, y nombrando uno de ellos por sospecha o por cierta ciencia, la confundió. Viendo ella que no lo podía negar, (con ánimo varonil) le dijo: ahí están dentro en tal aposento, y yo os los traeré, y un cuchillo con que los degolléis, y bebais la sangre, y comais sus carnes si bastaren a hartaros. Hartaos ya, hartaos de sangre humana, que andáis muy sediento della. Diciendo esto acometió a ir por los escondidos. Carvajal viendo su determinación, le dijo: déjalos, déjalos, y déjame a mí también, y quédate con el diablo; con esto se fué, y dejó a Juana de Leyton muy victoriosa. Este cuento supe de uno de los mayores enemigos de Carvajal, y hombre de mucha verdad, que fué Gonzalo Silvestre, de quien atrás hicimos mención.

Poco después se fué a vivir Juana de Leyton a Arequepa, como está dicho, donde Dionisio de Bobadilla llevó la cabeza de Lope de Mendoza, y la de Nicolás de Heredia, y de otros tres o cuatro; y antes que fuese a ver a Pedro de Fuentes, que era teniente de Gonzalo Pizarro en aquella ciudad, fué a ver a Juana de Leyton, porque sabía que había de dar gusto con su vista a Francisco de Carvajal su señor. Ella le recibió con mucha cortesía; y habiéndole preguntado por su salud, y por la de su señor, y sabiendo que llevaba aquellas cabezas para ponerlas en el rollo, le dijo: señor Dionisio de Bobadilla, suplicóos que me hagáis merced de la cabeza de Lope de Mendoza, para que yo la entierre lo mejor que pudiere, aunque no será como ella lo merece, porque era de un caballero muy principal, y muy servidor del rey. Bobadilla se escusó diciendo que no podía, que bien conocía ella la condición de Francisco de Carvajal, su señor, que si tal hiciese, le mandaría hacer cuartos; ella replicó diciendo: dádmela por amor de Dios, e yo os daré doscientos pesos con que socorráis uno de vuestros soldados; mirad que no os sirve de nada esa cabeza puesta en la picota; baste haberla cortado, sin que la traigáis ahora arrastrando por el suelo. Bobadilla volvió con las mismas palabras a escusarse tres y cuatro veces, que ella muy encarecidamente y con mucho afecto repitió su demanda. La Juana de Leyton viendo que no le aprovechaban ruegos ni promesas, casi movida en ira le dijo: pues ponla muy en hora buena, que mala será para tí. Los doscientos pesos que te ofrecía por la cabeza, yo se los diré de misas por su ánima; y a tí te digo, que vivirá poco quien no la viere quitar, para enterrarla con mucha honra y poner la tuya en su lugar.

El dicho pasó así, y después el hecho, sin faltar nada, como lo dirá la historia. Bobadilla salió muerto de risa, y por otra parte admirado del coloquio que tuvo con Juana de Leyton, y presentó las cabezas ante Pedro de Fuentes; y no acertando los indios que las llevaban a desenvolverlas de las mantas en que iban envueltas, llegó él mismo y las

desenvolvió con mejor maña; y diciendo los españoles que allí estaban que hedían las cabezas, dijo el Bobadilla: no señores, no, que cabezas de enemigos cortadas por nuestras manos, huelen y no hieden: dijo este dicho, por preciarse de ministro y discípulo de Francisco de Carvajal, que los tuvo tales.

El maese de campo Francisco de Carvajal, después de haber deshecho al capitán Diego Centeno, y muerto a Lope de Mendoza y a Nicolás de Heredia y a otros, y recogido y regalado a los soldados de la entrada del río de la Plata, con armas, caballos y dineros por hacerlos de su bando, estuvo de asiento en la villa de Plata, recogiendo toda la que podía para enviársela a Gonzalo Pizarro. En este tiempo los soldados, hombres nobles que salieron de la entrada como avergonzados y afrentados de que Carvajal con tanta facilidad los hubiese vencido, y desperdigado y muerto a Nicolás de Heredia, su capitan principal y otros sus compañeros, trataron de matar a Francisco de Carvajal, por vía de venganza, y no por codicia (como alguno lo dice) habiendo dicho dellos mismos poco antes, que eran tan agenos de codicia, que no quisieron recibir pagas de Lope de Mendoza, aunque se las daba muy largas. Los principales de la conjuración fueron Luis Pardomo, Alonso Camargo, y otros, que otras veces habían sido perdonados de Francsico de Carvajal, como atrás se ha dicho, y sin estos hubo otros treinta dc los no tan nombrados; y hecha la conjura para matarle tal día, hicieron juramento sobre un crucifijo de guardar todos el secreto con mucho recato: más Francisco de Carvajal, que velaba sobre sí con mucho cuidado, y también tenía amigos muy aficionados, supo la trama de los conjurados, prendió a algunos de ellos, y los hizo cuartos con gran enojo y rabia, diciendo estas palabras, que Diego Fernandez escribe en este paso: el señor Balmaceda y otros muchos caballeros de la entrada del río de la Plata, me querían matar sobre haberles yo tratado bien, y haberles hecho más honra que a los servidores del gobernador Gonzalo Pizarro, mi señor &c.

Habiendo justiciado seis o siete de los más principales, perdonó a los demás por no degollar tantos: y para asegurarse de ellos, que los sintió hombres muy ásperos, los envió por diversas partes (por vía de destierro) a Gonzalo Pizarro a quien poco antes desto había escrito una larga relación de todo lo por él sucedido, y cómo sus enemigos estaban ya desbaratados y deshechos.

En este mismo tiempo recibió Francisco de Carvajal de Gonzalo Pizarro, en trueque, y cambio de su relación, las nuevas de la batalla de Quitu, la muerte del visorey, y lo que después della había proveído y cómo pretendía irse a la ciudad de los Reyes, y Carvajal hiciese lo mismo, para que de allí se viesen, y tratasen lo que les convenía hacer para lo de adelante. (18)

---

(8) Vease lo dicho en la nota N 15

CAPITULO XL

LO QUE FRANCISCO DE CARVAJAL ESCRIBIO Y DIJO DE PALABRA A GONZALO PIZARRO SOBRE QUE SE HICIESE REY DEL PERU. Y LA PERSUACION DE OTROS EN LO MISMO.

CON estas nuevas anduvo Carvajal muy imaginativo sobre las cosas de Gonzalo Pizarro, trazando como se perpetuase en el señorío de aquel imperio, no solamente como gobernador del emperador, sino como señor absoluto, pues lo había ganado juntamente con sus hermanos. Escribióle una carta larga que Diego Fernandez, capítulo cuarenta y nueve, refiere, pidiéndole que se llamase rey: más cuando se vió con Gonzalo Pizarro en Rimac, entre otras cosas (aunque adelantemos este paso de su lugar) le dijo: señor, muerto un visorey en batalla campal, y cortada su cabeza y puesta en la picota, y que la batalla fué contra el estandarte real dé su magestad, y que antes y después ha habido tantas muertes, robos, y daños, como se han hecho, no hay para qué ya esperar perdón del rey, ni otro concierto alguno, aunque vuesa señoría de sus disculpas bastantísimas, y quede más inocente que un niño de teta; ni hay para qué fiar de promesas, ni de palabras por certificadas que vengan, sino que vuesa señoría se alce y se llame rey; y la gobernación y el mando que espera de mano agena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza y reparta lo que hay vaco en la tierra, por sus amigos y valedores; y lo que el rey les da temporal por dos vidas, se lo dé vuesa señoría en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, como los hay en todos los reinos del mundo, que por sustentar y defender ellos sus estados, defenderían el de vuesa señoría.

Levante órdenes militares, con nombre y apellido de los de España, o de otros santos sus devotos, con las insignias que por bien tuviere; y para los caballeros de los tales hábitos señale rentas y pensiones de que puedan comer y gozar por sus días, como lo hacen en todas

partes los caballeros militares. Conesto que he dicho en suma, atraerá vuesa señoría a su servicio toda la caballería y nobleza de los españoles, que en este imperio están, y pagará por entero a los que lo ganaron y sirvieron a vuesa señoría, que ahora no lo están. Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por vuesa señoría con el amor que a sus reyes Incas tenían: tome vuesa señoría por muger y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propincua al arbol real, y envíe sus embajadores a las montañas, donde está encerrado el Inca heredero deste imperio, pidiéndole salga a restituirse en su magestad y grandeza, y que de su mano dé a vuesa señoría por muger la hija o hermana que tuviere: que bien sabe vuesa señoría cuánto estimará aquel príncipe su parentesco y amistad; y demás de ganar el amor universal de todos los indios con la restitución de su Inca, ganará vuesa señoría, que harán muy de veras lo que su rey les mandare en vuestro servicio, como alzar los bastimentos, despoblar los pueblos, cortar los caminos por donde quiera que sus enemigos quisiesen acometer a vuesa señoría; en fin serán todos los indios de vuestro bando, que no ayudando ellos a los contrarios de vuesa señoría con bastimentos, ni con llevar las cargas, no pueden prevalecer ni ser parte en esta tierra; y el príncipe se contentará con el nombre de rey, y que sus vasallos le obedezcan como antes, y gobierne en la paz a sus indios, como hicieron sus pasados; y vuesa señoría y sus ministros y capitanes gobernarán a los españoles, y administrarán lo que tocare a la guerra, pidiendo al Inca que mande a los indios, hagan y cumplan lo que vuesa señoría ordenare y mandare; y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen, ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo a el un bando y al otro.

Demás desto tendrá vuesa señoría del Inca no solamente todo el oro y plata que los indios sacaren en este imperio, pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido (como es notorio) de los reyes sus antecesores, que todo se lo dará y entregará a vuesa señoría, así por el parentesco como por verse restituído en su magestad y grandeza: y con tanto oro y plata como la fama dice, podrá vuesa señoría comprar a todo el mundo si quisiere ser señor dél; y no repare vuesa señoría en que le digan que hace tiranía al rey de España, que no se la hace, porque como el refrán lo dice, no hay rey traidor. Esta tierra era de los Incas, señores naturales della, y no habiéndo de restituírsela a ellos, más derecho tiene vuesa señoría[a ella que el rey de Castilla, porque la ganó por su persona a su costa y riesgo, juntamente con sus hermanos; y ahora en restituírsela al Inca, hace lo que debe en ley natural; y en quererla gobernar y mandar por sí, como ganador della, y no como súbdito y vasallo de otro, también hace lo que debe a su reputación; que quien puede ser rey por el valor de su brazo, no es razón que sea siervo por flaqueza de ánimo. Todo está en dar el primer paso y la primera voz.

Suplico a vuesa señoría considere despacio lo que importa esto que le he dicho, para perpetuarse en el señorío de este imperio, y para que le sigan, todos los que en él viven, y vivieren; y por conclusión digo, que como quiera que el hecho salga, vuesa señoría se corone y se llame rey, que a quien lo ha ganado por sus brazos, y valor, no le está bien otro nombre, y muera vuesa señoría rey; y muchas veces vuelvo a decir, que muera rey y no súbdito. Que quien consiente estarse mal, merece estar peor. Algunas cosas he dejado de referir en esta plática de Carvajal, aún más descompuestas, porque no ofendiesen los oídos de los fieles y leales, ni agradasen a los mal intencionados. Gonzalo Pizarro oyó de buena gana a su maese de campo, y viendo que con tanto afecto miraba y le decía lo que le convenía en aquel caso, que no dejó de entenderlo todo muy bien, le llamó de allí adelante padre, porque como tal le miraba y procuraba el aumento de su grandeza, y la perpetuidad della. También le dijeron casi lo mismo Pedro de Puelles, y el licenciado Cepeda, y Hernando Bachicao, y sus más íntimos amigos que eran muchos, como lo dice Gomara, capítulo ciento y setenta y tres por estas palabras:

Escribieron a Pizarro, Francisco de Carvajal, y Pedro de Puelles, que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al emperador, sino tener muchos caballos, coseletes, tiros, arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase así los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos sin merecellos llevaba: unos decían que no darían al rey la tierra sino les daba repartimientos perpetuos: otros, que harían rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y a Garci-Jimenez. Otros, que llamarían turcos, sino daban a Pizarro la gobernación del Perú, y soltaban a su hermano Hernando Pizarro; y todos en fin, decían, cómo aquella tierra era suya, y la podían repartir entre sí, pues la habían ganado a su costa, derramando en la conquista su propia sangre.

Hasta aquí es de Gomara, con que acaba aquel capítulo. Y Diego Fernandez Palentino, libro segundo, capítulo décimotercio, dice en este paso lo que se sigue, sacado a la letra. Y hecho esto, prosiguió su camino para la ciudad de los Reyes, tratando y platicando su gente de continuo entre sí. Unos, que su magesrad no trataría de cosas pasadas, y que sin falta confirmaría la gobernación a Gonzalo Pizarro: otros había que hablaban más desenvuelta y desvergonzadamente, y decían que aunque su magestad quisiese hacer otra cosa no habría efecto. Y aún el licenciado Cepeda (como en todo quería aplacar y lisongear a Pizarro) pasaba más adelante, aprobando con él Hernando Bachicao y otros tales, y decían, que los reinos del Perú le competían por justos y derechos títulos, trayendo y alegando a su propósito ejemplos de reinos, tierras y provincias, que después de su origen y principio habían sido tiranizadas, y por discurso del tiempo el título se había hecho bueno, e habían quedado por señores y reyes los que

lo habían tiranizado. Traía a consecuencia la diferencia sobre el reino de Navarra, y la razón y forma, y manera como los reyes se ungían, y otras cosas semejantes. Atrayendo e inclinando a Gonzalo Pizarro a que pretendiese y pasase más adelante por ser gobernador, afirmando que jamás hombre que al principio hubiese pretendido ser rey, había tenido tanto derecho como él a la tierra que gobernaba. Todo esto oía Gonzalo Pizarro de buena gana, por razón que todos los hombres generalmente desean mandar y señorear, y se arrojan a la ambición. Cuanto más que Gonzalo Pizarro era de entendimiento algo grosero, y no sabía aún leer, y era hombre que miaraba poco los inconvenientes. Y como dice el licenciado Cepeda era tenido por letrado, y muy leído, de buen juicio y entendimiento, todos aprobaban lo que él decía, y les parecía bien, y nadie le contradecía; y todas las veces que estaban despacio y en conversación, no se trataba de otra materia.

Hasta aquí es del Palentino. Declarando nosotros lo que Gomara dice de los derechos que Cobos llevaba sin merecerlos, es de saber que la magestad imperial hizo merced a su secretario Francisco de Cobos, de uno y medio por ciento de todo el oro y plata que llevaba a quintar a la casa de la fundición y tesoro de su magestad; pero era con cargo y obligación que había de poner a su costa fundidores y carbon para fundir el metal, y ensayadores, para ensayar la plata y quilatar el oro, y habiendo de cumplir el secretario estas obligaciones, antes quedaba perdidoso que ganancioso; pero como cada uno de los que iban a pagar el quinto quería saber cuanto llevaba y cuanto había de pagar de quinto y derechos, y cuanto le había de quedar a él, llevaba fundido quilatado y ensayado por el ensayador del rey su oro y su plata a su costa; y por esta causa el secretario Cobos, no cumplía ninguna de sus obligaciones: por esto dice Gomara que llevaba los derechos sin merecerlos; quiso decir sin poner de su parte lo que estaba obligado.

— —

CAPITULO XLI

BUENOS RESPETOS DE GONZALO PIZARRO EN SERVICIO DE SU REY. EL CUAL SALIENDO DE QUITU VA A TRUJILLO, Y A LOS REYES, Y LA FIESTA DE SU ENTRADA

GONZALO Pizarro no quiso determinarse en el hecho de llamarse rey, porque el respeto natural que a su príncipe tenía, pudo en él más que la persuación de sus amigos, y también, porque nunca perdió la esperanza de que la magestad imperial le haría merced de confirmarle la gobernación de el Perú, por haberlo ganado con sus hermanos, y por sus particulares servicios, y porque conocía los que habían servido a su magestad en la conquista de aquel imperio para gratificarles sus servicios; y que todas estas cosas eran partes para que su magestad le hiciera merced de la gobernación; demás de que había dado cédula a su hermano el marqués para que después de sus días fuese gobernador el que él nombrase, y que su hermano había hecho nombramiento en él, y que en las cosas pasadas y sucesos contra el visorey, le parecía tener escusa bastante por el rigor con que el visorey había querido ejecutar las ordenanzas sin oir al reino ni a sus procuradores, de cuya causa todo aquel imperio le había elegido por procurador general, y que los oidores habían preso al visorey, y enviádolo a España y no él. Por todo lo cual le parecía a Gonzalo Pizarro que no solamente merecía perdón de lo que pasaba, sino nueva merced de la gobernación presente; porque es natural costumbre de los hombres belicosos, favorecer y estimar sus hechos aunque sean culpables. Por no haberse atrevido Gonzalo Pizarro a emprender un hecho que tan bien le estaba, según sus amigos decían, entendiendo la gente común que era por falta de discreción, y no por sobra de buen respeto a su rey, le notaron de falta de ánimo, y motejaron de cortedad de entendimiento, por donde los historiadores lo dijeron en sus historias, más por siniestra relación que les dieron, que por decir lo

que en esto había; porque Gonzalo Pizarro en la común opinión de los que le trataban de cerca y le conocían, era hombre de bastante entendimiento, no cabiloso ni engañador, ni de palabras dobladas, sino sencillo hombre de verdad, de bondad y nobleza, confiado de sus amigos, que le destruyeron, como los mismos historiadores lo dicen; y no hay que culpar a los que escribieron en este particular, porque los que daban las relaciones, procuraban adular por sus pretensiones; y el Palentino fué mandado que escribiese, como él mismo lo dice en su dedicatoria por estas palabras: más queriendo proceder se me acobardó la pluma y rehusé la carrera por algunos inconvenientes que se me oponían. Estando así confuso yo, vine en esta sazon a la corte de vuestra magestad, donde hice demostración ante los de vuestro real consejo de las Indias de aquella primera historia que antes yo había escrito (que agora en orden es segunda) y pareciéndoles bien el verdadero discurso de su narración, entendieron que sería útil y provechoso, y aún necesario, que yo acabase la historia comenzada, y así lo mandaron, dándome esperanza de gratificación y premio, con que tomé nuevo aliento y ánimo para cumplir mandado de tan alto tribunal, lanzando de mí el temor y recelo que ya tenía para no acabar la empresa comenzada, &c. Siendo esto así, qué mucho que dijesen de los enemigos, principalmente de las cabezas, lo que los apasionados les relataban? antes se hubieron cortesmente, según lo que hoy se usa.

Gonzalo Pizarro determinó salir de Quitu, e ir a la ciudad de los Reyes y residir allí, por estar en medio de aquel imperio para acudir a una mano y a otra, a lo que de paz o de guerra se ofreciese. Dejó en Quitu por su lugar teniente, y capitan general a Pedro de Puelles, con trescientos hombres de guerra, por la mucha confianza que de él tenía, por haberle servido con tanta lealtad, y acudídole cuando estuvo para perderse si él no le socorriera. Llegando a la ciudad de San Miguel, supo que en los términos de ella había muchos indios de guerra; envió a la conquista de ellos al capitan Mercadillo, con ciento y treinta hombres, el cual pobló la ciudad que hoy llaman Loja. Al capitan Porcel envió con sesenta hombres a su antigua conquista de la provincia Pacamuru: también mandó que el licenciado Carvajal fuese por la mar, con una banda de soldados en los navíos, que Juan Alonso Palomino había traído de Nicaragua, y que por la costa arriba proveyese en cada puerto, conforme a la instrucción que para ello llevaba. El licenciado Carvajal cumplió el mandato bastantemente, y fué por la costa hasta la ciudad de Trujillo, y Gonzalo Pizarro fué por tierra hasta ella, donde se juntaron y dieron orden de caminar para la ciudad de los Reyes. Gonzalo Pizarro salió de Trujillo acompañado de doscientos hombres de guerra escogidos, entre ellos el licenciado Carvajal, Juan de Acosta, Juan de la Torre, el licenciado Cepeda, Hernando Bachicao, Diego Guillen y otras personas nobles:

camino hacia los Reyes. A la entrada de aquella ciudad hubo diversos pareceres entre los suyos sobre cómo entraría en ella; unos decían que entrase debajo de palio como rey, pues lo era, y se había de coronar presto. Los que decían esto, eran los que le aconsejaban que se declarase y llamase rey. Otros hubo que hablaron más templadamente, y decían, que se abriese puerta y calle nueva, por uno de los barrios de la ciudad, para memoria de aquella entrada, como se hacía en Roma, cuando los emperadores entraban en ella, triunfando de grandes victorias. Porfióse muy obstinadamente de una parte y otra, sobre estos dos pereceres, por salir cada bando con el suyo: más Gonzalo Pizarro no quiso seguir ninguno dellos, sino que se remitió a lo que el licenciado Carvajal ordenase en aquel caso. El cual dió orden que entrase a caballo, llevando sus capitanes delante de sí y a pie, y sus caballos delante de ellos de diestro, y la infantería en pos de sus capitanes, en forma de escuadrón por sus hileras. La gente de a caballo también entró a pie, metidos entre los infantes, pareciéndoles que pues los capitanes iban a pie, no era razon que ellos fuesen a caballo. Gonzalo Pizarro fué en pos de los suyos, encima de un hermoso caballo; llevaba cuatro obispos a su lados, a la mano derecha iba el arzobispo de los Reyes, a cuyo lado iba el obispo de Quitu: a la mano izquierda de Gonzalo Pizarro iba el obispo del Cosco, y a su lado el obispo de Bogotá, el cual había ido al Perú a consagrarse por mano de aquellos tres prelados. En pos de ellos iba otra banda de soldados a pie, como en retaguardia de Gonzalo Pizarro; pero estos, ni los que iban delante, llevaban armas de guerra, como picas ni arcabuces, ni armas defensivas, por no parecer que iban de guerra, sino con sus espadas y dagas con toda señal de paz. En pos de ellos iba Lorenzo de Aldana, como teniente de Gonzalo Pizarro, con todo el cabildo, vecinos y moradores de aquella ciudad que habían salido a recibir al gobernador, y dádole el parabien de su venida con grandes aclamaciones y bendiciones en común, y en particular de que hubiese vuelto por todos ellos, y restituídoles sus haciendas, con tantos trabajos, y peligros como había pasado, ofreciéndose a la muerte por todos ellos. Así entró Gonzalo Pizarro, y fué a la iglesia catedral a adorar el Santísimo Sacramento: por las calles había mucha música de voces, de trompetas y ministriles, que los tuvo mucho buenos en extremo: las campanas de la iglesia y de los conventos se repicaban con gran fiesta de toda la ciudad. Gonzalo Pizarro, habiendo adorado al Señor, se fué a su casa que era la de el marqués su hermano, donde dicen los historiadores que vivió de allí adelante con mucha más pompa y soberbia que solía. Uno de ellos dice, que traía ochenta alabarderos de guardia, y que ya en su presencia ninguno se sentaba; otro dice, que daba la mano a todos, para que se la besasen. Dicen todo esto, parte por adular, con decir mal del enemigo, como lo hemos dicho, y parte por indignar a los que lo leyeren; y así es lo más de lo que escriben de este

caballero, y de sus ministros, diciendo mal de ellos, que cierto como cristiano digo verdad, que ni ví alabardero de su guardia, ni oí hablar que los hubiese tenido; y atrás dijimos, que cuando el marqués su hermano entró en la tierra, y llevó orden de su magestad que pudiese traer veinte y cuatro alabarderos para guardia de su persona, que no fué posible que nadie quisiese tomar alabarda para ser alabardero, porque lo tenían por oficio bajo, sino fueron dos que yo conocí. No sé como después, en tiempo de más soberbia y presunción se hallasen ochenta, habiendo dicho ellos mismos que los españoles en aquella tierra presumen de tan generosos, que aún de el rey no quieren recibir paga en la guerra, sino es que el impresor se engañó, que diciendo el autor arcabuceros (como lo dice otro de ellos) él dijo alabarderos, no sabiendo la presunción de los españoles del Perú, ni entendiendo que para guarda de la persona, pudiesen ser sino alabarderos y no arcabuceros; también le notan de que usaba de ponzoña para matar los que quería; cierto es testimonio falso, porque nunca tal pasó, ni se imaginó, que si algo desto hubiera, también lo oyera yo entonces, o después, como lo oyeron ellos; y bastara esta maldad para que todo el mundo le aborreciera; y los mismos autores dicen en muchas partes que era muy bien quisto. Séame lícito decir con verdad, y sin ofensa de nadie, lo que yo ví, que mi intención nunca es otra, sino contar llanamente lo que pasó, sin lisonja, ni odio, que no tengo para qué tener ni lo uno, ni lo otro.



CAPITULO XLII

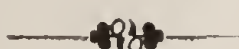
EL AUTOR DICE COMO SE HABIA GONZALO PIZARRO CON LOS SUYOS. CUENTA LA MUERTE DE VELA NUÑEZ. LA LLEGADA DE FRANCISCO DE CARVAJAL A LOS REYES. EL RECIBIMIENTO QUE SE LE HIZO

YO conocí a Gonzalo Pizarro de vista en la ciudad de el Cosco, luego que fué a ella después de la batalla de Huarina hasta la de Sacsahuaman, que fué casi seis meses, y los más de aquellos días estuve en su casa, y ví el trato de su persona en casa y fuera de ella. Todos le hacían honra como a superior, acompañándole do quiera que iba a pie o a caballo, y él se había con todos así vecinos, como soldados tan afablemente, y tan como hermano, que ninguno se quejaba de él; nunca ví que nadie le besase la mano, ni él la daba aunque se la pidiesen por comedimiento; a todos quitaba la gorra llanamente, y a nadie que lo mereciese dejó de hablarle de vuesa merced. A Carvajal como lo hemos dicho, llamaba padre; yo se lo oí una vez, que estando yo con el gobernador, que como a niño y muchacho me tenía consigo, llegó a hablarle Francisco de Carvajal; y aunque en el aposento no había quien pudiese oírle sino yo, se recató de mí, y habló al oído de manera que aun la voz no le oí. Gonzalo Pizarro le respondió pocas palabras; y una dellas fué decirle, mirad padre. Vile comer algunas veces, comía siempre en público: poníanle una mesa larga, que por lo menos hacía cien hombres, sentábase a la cabecera de ella, y a una mano y a otra, en espacio de dos asientos no se sentaba nadie; de allí adelante se asentaba a comer con él, todos los soldados que querían, que los capitanes y los vecinos nunca comían con él sino en sus casas. Yo comí dos veces a su mesa, porque me lo mandó, y uno de los días fué el día de la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora: su hijo don Fernando, y don Francisco su sobrino, hijo de el marqués, y yo con ellos, comimos en pie todos tres en aquel espacio que quedaba de la mesa sin asientos, y él nos daba de su plato lo que habíamos de comer; y ví todo lo que he dicho, y anda-

ba yo en edad de nueve años, que por el mes de abril siguiente los cumplí a doce de él, y ví lo que he dicho y como testigo de vista lo certifico. Los historiadores debieran tener relatores apasionados y de odio y rencor, para informarles lo que escribieron. También le notan que llevando todos los quintos y rentas reales, y los tributos de los indios vacos, y de los que andaban contra él, que todo venía a ser más que las dos tercias partes de la renta del Perú, no pagaba la gente de guerra, y que la traía muy descontenta, y cuando le mataron, no dicen que le hallaron tesoros escondidos: donde se ve claro la intención de los relatores. Asímismo le hacen adúltero, con gran encarecimiento de su delito, como es razon que se acriminen casos semejantes, principalmente en los que mandan y gobiernan.

Volviendo a nuestra historia, es de saber que en el tiempo que Gonzalo Pizarro estuvo de esta vez en la ciudad de los Reyes, acaeció la desgraciada muerte de Vela Núñez, hermano del visorey Blasco Núñez Vela, que la causó el capitán Juan de la Torre, el cual se había casado años antes con una india, hija de un curaca de los de la provincia de Puerto Viejo. Los indios viéndose favorecidos con el parentesco de aquel español, estimándolo más que a sus tesoros, le descubrieron una sepultura de los señores sus antepasados, donde había más de ciento y cincuenta mil ducados en oro y esmeraldas finas. Juan de la Torre viéndose tan rico, deseó huirse de Gonzalo Pizarro y venirse a España, a gozar de sus riquezas; más pareciéndole que según los delitos que contra el servicio de su magestad había hecho, porque fué uno de los que pelaron las barbas del visorey, y se las puso por medalla, no venía seguro. Tentó a Vela Núñez para que se huyese con él en un navío de los que en el puerto había, para que en España, él y sus deudos le apadrinasen y favoreciesen; por haberle sacado de poder del tirano, y teniendo ya el consentimiento de Vola Núñez, por hablillas y novelas que se aumentaron de que su magestad confirmaba la gobernación a Gonzalo Pizarro, mudó parecer, porque siendo así no quería perder la gracia y amistad de Gonzalo Pizarro, de quien esperaba grandes mercedes; y porque Vela Nuñez u otro por él, no descubriese a Pizarro el trato que con él había hecho, que fuera causa de su muerte, quiso ganar por la mano al que lo hubiese de descubrir, y así dió cuenta dello a Gonzalo Pizarro, por lo cual cortaron la cabeza a Vela Núñez, y hicieron cuartos a otro sobre ello, aunque se murmuró que Gonzalo Pizarro lo había hecho más por persuación de el licenciado Carvajal, que no por gana que tuviese de matarle: porque siempre Pizarro sospechó de la blanda condición de Vela Núñez, que antes había sido incitado que incitador. Así acabó este buen caballero, por culpa de un traidor, que lo fué de todas maneras. Francisco de Carvajal teniendo días antes nuevas de la ida de Gonzalo Pizarro a los Reyes, y mandato suyo, vino de los Charcas a juntarse con él a la misma ciudad. Salió Gonzalo Pizarro buen rato fuera de ella, a rece-

birle; hízole un solemne y triunfal recibimiento, como a capitan que tantas victorias había ganado, y tantos enemigos había desperdigado. Dejó Carvajal en la villa de Plata a Alonso de Mendoza por capitán y teniente de Gonzalo Pizarro; trajo consigo cerca de un millón de pesos de plata, de lo que se había sacado de las minas de Potocsí, y de los indios vacos, de que tuvo bien de gastar Gonzalo Pizarro; donde le repitió Carvajal lo que en la carta le había escrito acerca de hacerse rey. Dejarlos hemos a ellos, y a todos sus ministros y amigos, particularmente los vecinos de las ciudades de aquel imperio, ocupados en la paz y quietud de los indios y españoles que en él había, y en el aumento de la santa fé católica, en la doctrina y enseñanza de los naturales, y en el aprovechamiento de sus haciendas, y de el comun de los mercaderes y tratantes que con las guerras y revueltas pasadas no osaba nadie gragear y mercadear, porque todo andaba a peligro de que se lo quitasen a sus dueños, como lo hacían: los unos con color descubierto de tiranos, robándolo; y los otros, con decir que lo habían menester para servicio de el rey. Que río vuelto (como dice el refrán) ganancia es de pescadores. Pasarnos hemos a España a decir lo que su magestad imperial proveyó, sabida la revuelta y alteración de el Perú, y la prisión del visorey Blasco Núñez Vela.



INDICE

LIBRO TERCERO

PAG.

LIBRO CUARTO

PAG.

PAG.

Lista de los suscriptores a la Colección de Historiadores Clásicos del Perú

Supremo Gobierno
H. Concejo Provincial de Lima
Beneficencia del Callao
Universidad Mayor de San Marcos
Facultad de Letras
Facultad de Ciencias
Facultad de Medicina
Profesores de Jurisprudencia
Sociedad Geográfica de Lima
Escuela de Ingenieros
Escuela Normal de Preceptores
Biblioteca de la Escuela Militar
Colegio de Guadalupe
Federación de Universitarios del Perú
Cuerpo de Ingenieros de Minas
Señor Presidente de la República

Aljovín Miguel Dr.
Alejos C.
Aspillaga Antero
Alvarez Sáez Jorge
Avendaño Leonidas Dr.
Alcántara César A.
Angulo Domingo Fr.
Alayza y Paz Soldán Francisco
Albertis Alfredo de
Alvarado L.
Ayarza Víctor
Alaiza y Roel Carlos
Antunes Cayetano
Astete y Concha Enrique
Blanco Galindo Carlos (La Paz)

Barreda y Laos Felipe Dr.
Barreto Anselmo Dr.
Balta José Ing.
Bentín Ricardo
Bernales José Carlos
Beas Lizardo
Benvenutto M.
Basadre Carlos
Borja García y U. H.
Borja G. Ernesto
Biblioteca Municipal de Puno
Biblioteca del Estado Mayor de Ejército
Barreto Benjamin Dr (Buenos Aires)
Boza Ernesto G.
Bustillos Enrique
Balarezo Román
Biblioteca Ministerio de Fomento
Biblioteca Pública (Arequipa)
Bonilla M. C.
British Mureum
Ballivián Manuel Vicente (La Paz)

Cáceres S A.
Cano Washington (Arequipa)
Castro Fr. Gregorio (Obispo)
Castillo Daniel I. Dr.
Cornejo Mariano H. Dr.
Cáceres Zoila Aurora
Cúneo Vidal Rómulo
Cazorla José Alberto
Calvo Pérez Manuel
Cassinelli Pablo
Corta Fr. Ladislao de
Casimir Cipriano
Cosio José Gabriel Dr.
Castañón José Dr.
Cancino J. T. Dr.
Canaval Mansueto Dr.
Cáceres Vega Fray Inocencio (Buenos Aires)

Carbajal Ascención
Cornejo Gustavo Dr.
Concha Carlos Dr.
Caparó Muñiz J. L.
Convento de San Francisco
Carcovich Aquiles
Centro Cerreño
Castro y Sanchez J. A.
Cámara de Senadores
« « Diputados
Casanova Juan Antonio (Canóng.)
Calle Juan José Dr.
Club de la Unión
Club Nacional
Carmona Nicanor M.
Convento de Santo Domingo
Convento de San Francisco
Chopitea J. Ignacio
Costa y Cavero Ramón
Costa y Laurant F.

Chirif Hermanos

Dávalos Lissón Pedro
Director Colegio Alemán
Dirección General de Correos
Director Colegio de Guadalupe.
Dávila Fernández G. Dr.
Denegri Luis Ernesto
Delgado Tomás Fr.

Eléspuru Juan N. Gral.
Elguera Federico
Encinas J. A. Dr.
Eguiguren Luis A. Dr.
Einfelt Carlos
Eizaguirre R. Dr.
Escomel Edmundo Dr. - Arequipa
Esportos Nicolás E.
Escuela Nacional de Bellas Artes
Ezeta S. M.

Falconí Teófilo Dr.
Festini Esther Dra.
Flórez Ricardo Dr.
Ferreyros Manuel O.
Facultad de Filosofía y Letras (Buenos Aires.)
Fernández Concha Aurelio Dr.

García y Lastres Aurelio
Gálvez Aníbal Dr.
Gamarra Hernández Enrique
García Calderón E.
Gacría Arturo Dr.
García Irigoyen David Dr.
Gardini Federico
Gagliniffi Pascual
González Olaechea M. Dr.
Gamio Ignacio
Giraldo Santiago Dr.
Girón Manuel N.
Garland Antonio
Garay Juan H. (Canónigo)
Goytizolo Enrique
Gómez Teodomiro
Gusmán Alfredo

Hurtado Pedro Dr. (párroco)
Hessler Michelsen
Herrera Genaro Dr.
Herrera Fortunato L. Dr.
Haward Carl

Iberico Rodríguez M.
Izcue José Augusto
Irigoyen Pedro Dr.
Ibarra Manuel
Izaguirre Bernardino (Rdo P.)
Ibarra Miguel Eliseo

Jancke F.
Jeri Ricardo
Jirón Manuel

Lavalle Juan Bautista de Dr.
Lavalle y García José A. Ing.
Leguía A—(Chiclayo)
Leguía y Martínez German Dr.
Larco A.
La Jara y Ureta José María, Dr.
Loayza Francisco A.
Library of the University of Illinois—Urbana
Larco Herrera Alberto (Trujillo)
Lafone Quevedo Samuel A. (Buenos Aires)
Loayza Miguel S. A.
Loayza Luis
López Lizardo
Luna Ricardo José
Llerena Enrique

Mackay John A.
Morales Macedo Carlos Dr.
Menéndez Julio Dr.

Means Ainsworth P.
Michelsen Carl.
Maldonado Angel Dr.
Mac-Lean Ricardo
Muro Felipe S.
Mendoza Valdemaro
Molina Wenceslao Dr.
Martinelli Enrique Dr.
Maccagno Luis
Morales Justo
Mackehenie y García Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores
Malpartida Elías
Museo Histórico Nacional
Museo La Plata (Argentina)
Molinari Diego Luis (Ministerio RR. EE. Buenos Aires)
Miranda Catalido S. Ing.
Masías Doctor
Morozini Cesar, Doctor
Mendoza del Solar José A (Arequipa)

Napanga Agüero C. Dr.
Northwestern University Library
Novella Andrés

Olazabal Benigno F. Dr. (Sicuani)
Ontaneda J. M.
Olaechea Abel S.
Ocaña Antonio B
Oviedo Pedro F. Dr.
Osma Felipe de Dr.
Ortiz de Zevallos C. L.
Ortega J. Y.
Osores Arturo Dr.
Arzobispo de Lima Iltmo. Sr.
Obispo de Huarás Iltmo. Sr.
„ de Trujillo Iltmo. Sr.
„ de Ayacucho Iltmo Sr.
„ de Chachapoyas Iltmo. Sr.
Osma Pedro Dr.

Peña Natalio (Oruro-Bolivia)
Paredes Rigoberto (Oruro)
Pimentel Carlos R.
Pazos Varela J F. Dr.
Paz Soldán Luis Felipe Dr.
Prat Florentino Rdo. P.
Prado y Ugarteche Javier Dr.
Prado Mariano Ignacio Dr.
Piérola Carlos de
Paz Soldán Carlos E. Dr.
Porras Melitón Dr.
Pando Edelmira del
Philipps Belisario Dr.
Polo José Toribio (hijo)
Portal Ismael
Pinzas Teobaldo
Portocarrero V. M.
Porras y Berrnaechea Raúl Dr.
Podesta Luis
Pazos Varela Hernán Dr.
Peña Barrenechea Ricardo
Peña y Prado Juan M.
Pérez Valvin Ascencio
Paz Soldán J. P.
Palomino y Salcedo Leonidas
Peña Enrique (Buenos Aires)
Pizarro José R. Gral.
Puente Benjamin (General)

Quintana Tobias N.
Quiroga Adolfo Dr.

Restrepo y Sanz Dr. (Colombia)
Ramirez Barinaga M. A. Dr.
Riva Aguero José Dr.
Reinere Carlos Rv. P.
Rodó Matilde
Romero Eleodoro Dr,
Rosay María
Ramos Liborio
Rodríguez José Enrique
Ráez Luis A.
Ritchic John
Rebagliati Raul Dr.
Ruíz Albino José
Rojas Franco S.
Rey de Castro A. D.
Ramos Enrique del C.
Ramírez Carlos A. Dr.
Ramos Murga Bartolomé
Ruiz Bravo Pedro
Rosell E. (Cuzco)
Romero Sotomayor Salvador

Supr. Convento de La Merced
Supr. Colegio Recoleta
„ „ Jesuítas
„ „ S. Agustín
„ „ Sto. Domingo
Supr. de la Congregación de los PP. Redentoristas
„ Colegio de la Merced
Solano Alberto
Soto Isaac

Sociedad de Ingenieros
Salazar C. R.
Segura José María
Samanez Juan Gmo.
Swayne y Mendoza Guillermo
Sevilla Ricardo Coronel
Shaw E. Alejandro Dr (Buenos Aires)
Sousa Aurelio Dr.
Solar Amador Dr.
Sivirichi Francisco Dr
Sotomayor M.
Seminario Manuel R.
Sánchez Rafael
Sánchez Luis Alberto

Tassara M.
Tassara Glicerio
Tudela y Varela Francisco Dr.
Thol Juan Dr.
Talleri y Raineri Angela
Trillo A. V.
Torres Luis M.

Ureta Alberto
U. y Chávez Moises
Urteaga Raul Rdo. P.
Ugarte Angel Dr.
Uceda C. E. Dr.
Ugarteche Tizón Pedro

Vara Cadillo Saturnino Dr.
Vegas García Ricardo
Varela y Orbegoso Luis Dr.
Villarán V. Manuel Dr.
Valdeavellano Fausto
Valdez de la Torre Carlos Dr.
Valcárcel Luis Dr.
Valdizán Hermilio Dr.
Vásquez y Romero S.
Vidal Tomás

Wiesse Carlos Dr.
Webster Smith I.

Yuychud Moisés A.
Ynfante Luis C.

Zapata Ernesto
Zúñiga Andrés.







